





D F C C
A

C. 111825
L. 95089.

1873
Jan
1873



ALONSO XI

ó LOS

AMORES DE DOÑA LEONOR DE GUZMAN.

E.



ALONSO XI

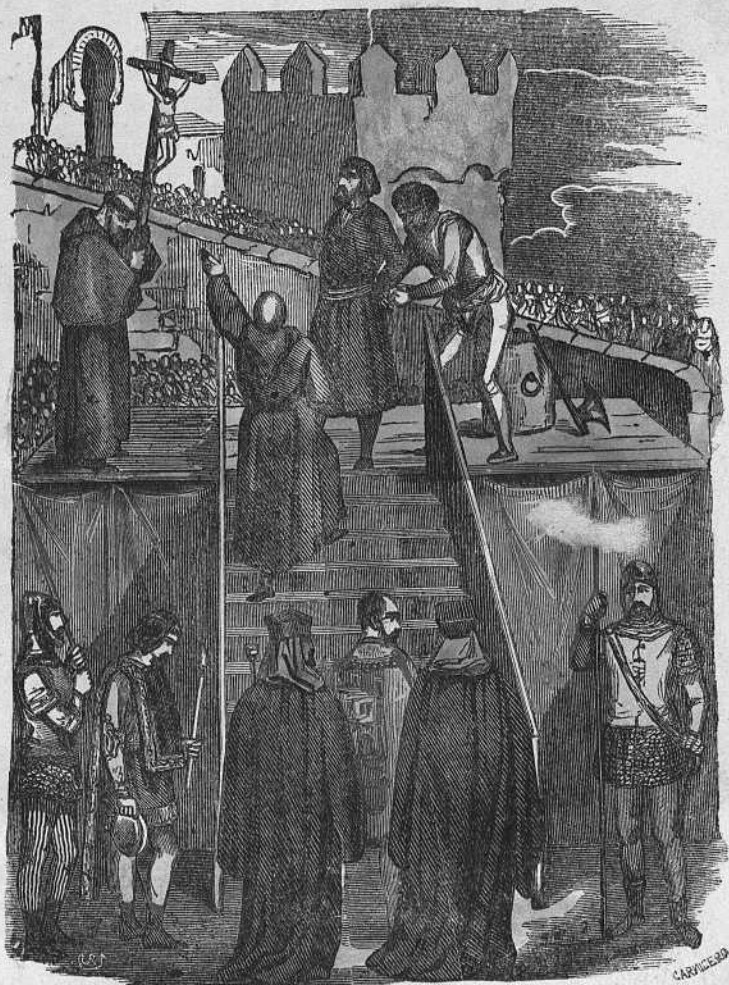
133 0

AMORES DE DOÑA LEONOR DE GUZMAN

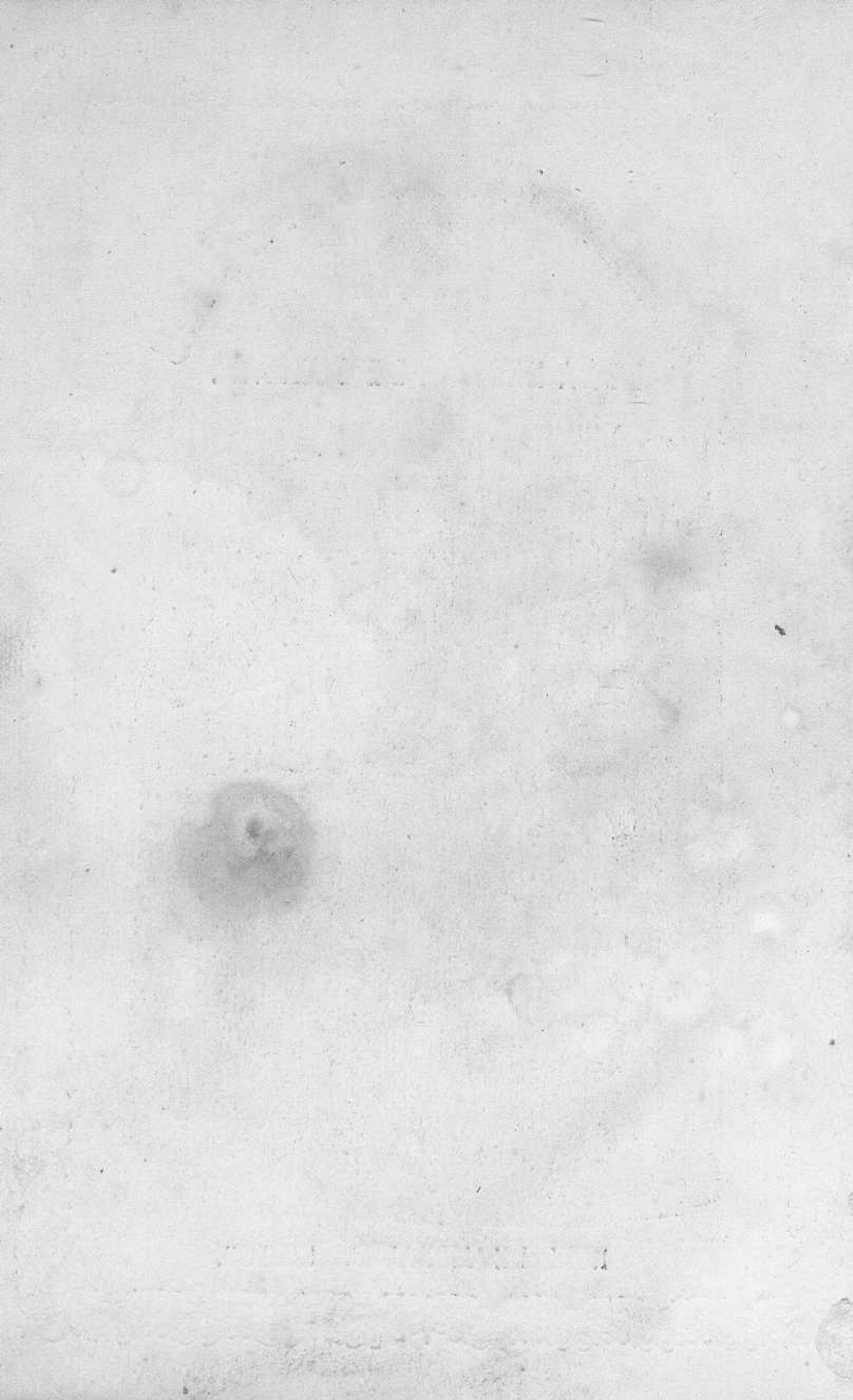


■ LOS AMORES DE ■

DOÑA LEONOR DE GUZMAN.



RUIZ DE MORALES, EDITOR.



HISTORIA NOVELESCA ESPAÑOLA.

LOS AMORES

DE DOÑA

LEONOR DE GUZMAN.

(REINADO DE ALONSO ONCENO.)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL.

DE D. V. ÁFRICA BOLANGERO.



RUIZ DE MORALES, EDITOR.

MADRID. Imp. de la Historia Novelesca Española. ANDALUCÍA.

Imp. de la Historia Novelesca
Española.

Jerez de la Frontera,
Gaitan, 10.

R. 69033

HISTORIA NOVELAS

LOS AMORES

LEONOR DE CUNHA

DE D. V. A. F. G. COLANGELO

MUNICIPIO DE MADRID

MADRID.—Imp. de la Historia Novelesca.



Alonso XI.





LOS AMORES DE DOÑA LEONOR DE GUZMAN.

PRÓLOGO.



DESDE la muerte de Fernando IV, al año de 1325, en que fué declarado mayor de edad Alonso XI de Castilla y Leon, presentaban los pueblos de estos reinos el aspecto más triste y lamentable.

Con la muerte de Fernando IV que aunque débil, era rey, y los reyes son respetados en España por instinto y por tradicion, con la muerte del hijo de Sancho el *Bravo*, decimos; comenzaron los disturbios, las guerras intestinas, y la in-

feliz Castilla fué víctima de los abusos y arbitrariedades que toda minoridad trae consigo. Porque muerto Fernando IV entró á sucederle en la corona, su hijo Alonso XI, niño de solo diez meses.

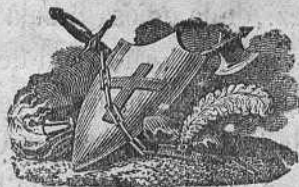
Los pueblos que el niño rey heredára de su padre, se hallaron durante la regencia terriblemente vejados. Era tal el estado á que los habian reducido los hombres apoderados del mando, que viendo sus habitantes, que á más de arruinarlos completisimamente, á fuerza de pechos y contribuciones, carecian de las cosas mas necesarias y precisas para la vida, corrieron á buscar en tierras estrañas la tranquilidad y recursos que su patria no les ofrecia. Los campos, yermos enteramente, estaban á merced de los moros, que como no encontraban resistencia hacian frecuentes salidas y de todo se apoderaban. Pero una de las mayores plagas que por entonces sufrió la patria de San Fernando, fué sin disputa la multitud de bandidos y ladrones que infestaban sus caminos y encrucijadas. Estos, que no solo robaban cuanto podian, sino que asesinaban y sumerjian á mil familias en el llanto, la desolacion y la miseria, eran los que mas contribuian á que los grandes de aquella época, de suyo revoltosos y alborotadores, conspirasen contra su misma patria y contra los derechos lejitimos del tierno infante, destinado á dar después dias de gloria á los pueblos que le vieron nacer, y que supo regir con tanto acierto. Si el anciano obispo de Avila no tuviera la precaucion de apoderarse del rey y de encerrarse con él en la capital de su diócesis; indudablemente hubiese perecido el nieto de Doña Maria Alfonsa de Molina, á manos de sus rebeldes vasallos, de sus tutores y de sus parientes. Estos, que eran Don Juan el Tuerto, hijo del infante del mismo nombre, el infante Don Felipe, hermano de Fernando IV, y el caduco Don Juan Manuel, llenos de ambicion, sanguinarios, revoltosos y

perversos por instinto, cometieron las mayores tropelías y maldades, y redujeron á los reinos que gobernaban, por su voluntad y audacia, á la situacion triste y deplorable que hemos indicado, sin tener en cuenta que llegaría un dia en que pagarian sus infinitas maldades.

Con efecto, este suspirado dia amaneci6 felizmente para Castilla. El rey, aunque demasiado j6ven cuando se encarg6 del mando de sus reinos, comprendi6 perfectamente el estado afflictivo de estos, y no solo comenz6 á hacerles ver lo que puede un rey animado del deseo de labrar la felicidad de los pueblos encomendados á su cuidado, sino que los veng6, si bien con exesiva dureza tal vez, de la odiosa tirania en que habian vivido por espacio de tantos años. Multitud de grandes y orgullosos magnates, entre ellos Don Juan el Tuerto, fueron v6ctimas de su rebeldía y de la justa venganza de Alonso XI. Prosigui6 con incansable afan, á las compańias de bandeleros que á la sombra del des6rden y la impunidad habíanse multiplicado considerablemente. Concedi6 varios privilegios á muchas ciudades y villas, y despues hizo ver á los moros, que aunque ni6o era cristiano, y por consiguiente su mas mortal é irreconciliable enemigo.

Castilla vi6 en el hijo de Fernando IV, á un rey justo, magnanimo y guerrero. Las damas á un cumplido y apuesto caballero, amigo de fiestas y torneos, donde estas tuvieron lugar de lucir sus gracias y bellezas. Los hombres todos, al hombre pensador, de gran capacidad y rijido sin ser parcial. Y á pesar de tener en su reinado dos 6 tres lunares que eclipsan en algun tanto la fama de que goz6, el mundo entero admira en 6l al héroe de la famosa batalla del Salado, de esa batalla que caus6 la admiracion del orbe todo, y que el Papa Benedicto XII en el sermon que predic6 en accion de gracias, la compar6 á las

de David con los Filisteos: poniendo tambien en justo paralelo el presente que le hizo Alonso XI de los despojos de la batalla, con el que Antioco envió al gran sacerdote Simon en reconocimiento del Sumo Sacerdocio.








D. Vicente Africa Volangero.

CAPITULO I.

La formidable.

 A primavera del año de 1326, ibase precipitando en los ardientes brazos del estío. Los campos presentaban, á pesar del abandono en que yacian, el aspecto mas grato y magnífico. El cielo era azul, diáfano y transparente, como una inmensa bóveda de cristal. Los árboles estaban cuajados de hojas, y las flores campestres en toda la fuerza y vigor de su color y de su perfume. Con la primavera renace la vida. Las flores se apresuran á abrir su cáliz perfumado á la suave brisa de mayo, el agua de los rios y de las cascadas deja ese ruido monótono y aterrador á un tiem-

po, con que sigue su curso en el invierno; los pájaros se esfuerzan en hacer mas perfectos sus trinos y armonías. Todos viven y todos disfrutan de la alegría de los campos, del aroma de las plantas y del azul del cielo.

Muy poco quedaba para que tocase á su fin uno de los mas hermosos dias de mayo. Como á tres leguas de la ciudad de Burgos, en un lugar en extremo sombrío y pantanoso que habia á la espalda de un inmenso monte de la cordillera llamada sierras de Oca, se elevaba un edificio de piedra negruzca, cuyas torres y almenas en algun tiempo pugnaron por llegar á las nubes. Este inmenso edificio de arquitectura, grave é imponente, era el monasterio de San Benito de Palermo, que la piedra de Alfonso III el Magno habia mandado erigir por los años de 886 en gracia de cierto milagro que hizo el santo rey, y que la historia se obstina en tener oculto. Este monasterio que en sus primeros tiempos tuvo una comunidad numerosísima y pingües rentas con que se mantenian los reverendos padres, presentaba en el dia el aspectò más triste y lamentable. El edificio enteramente arruinado, solo conservaba las cuatro paredes de la fachada, y advertiremos de paso que era de forma cuadrada, y algun que otro subterráneo no mal parado, en que se conoce habitaron las mulas y bestias de labor que los hijos de San Benito tenian. Sus mutiladas torres y campanarios se hallaban cuajados de habitantes aéreos; pero de esos pájaros que viven en las soledades y en los montes y que suelen ser tenidos por aves de mal agüero. Multitud de animaluchos de todas clases vivieron largo tiempo en este edificio, hasta que una de las muchas compañías de bandoleros que hubo en todos los caminos de Castilla y Leon, durante la minoría de su rey, Alonso el Onceno, vino á desalojarlos de su antigua guarida. Y con efecto, el real monasterio de San Benito, en la época en que dá princi-

pio nuestra historia, servia de guarida á una de las mas famosas compañías de bandidos que hubo en Castilla por el tiempo de que hablamos.

Los individuos que la componian, y cuyo número ascendia á cincuenta próximamente, era gente desertada de los reinos de Aragon, Navarra y Portugal, que se vieron en la precision de abandonar su pátria por salvar el pellejo, terriblemente comprometido á consecuencia de sus fechorías. Estos miserables, en cuyos pechos germinaban los sentimientos y los instintos mas perversos y sanguinarios, tenian sin embargo un gefe que los mandaba, un gefe que ellos elegian, y á quien respetaban como á un Dios. Hugo de Troumblay, de nacion francés, fué el primer capitan de esta compañía, denominada la *formidable*. Pero muerto Hugo, tuvieron que elegir un nuevo gefe, y para el efecto se reunieron en cónclave los bandidos de la *formidable*. Habia entre ellos un hidalgo de Aragon, llamado Nuño Fajardo, que aunque tenia buen corazon, segun decian sus compañeros, era un tanto aficionado al robo y al pillage. Este hombre que ya frisaba en los cincuenta años, era en extremo alto de cuerpo, de cabellos casi blancos, de ojos pequeños pero picarescos, y de espeso y largo bigote entrecano. Sus maneras francas y sueltas y la prudencia y valor que habia desplegado en las circunstancias más críticas porque habia pasado la compañía, le granjearon no solo las simpatías de sus compañeros, sino hasta el aprecio de Hugo de Troumblay: [aprecio que no tardó en probárselo con conferirle el empleo de teniente de la *formidable*, ó lo que es lo mismo, hacerle su segundo. A la muerte de Hugo, justo y natural era que su teniente ascendiera al empleo que este dejara vacante; pero la eleccion de sus soldados recayó en un jóven que habia dejado el capitan, si hijo ó ahijado, no se sabe hasta ahora. El teniente de Hugo de Troum-

blay no solo respetó el derecho que sus compañeros tenían, y la eleccion que habían hecho, sino que fué el primero en desenvainar su veterana espada y ofrecérsela á su nuevo capitán en prueba de respeto y sumision. El jóven capitán de la *formidable*, tendria escasamente diez y nueve años. Y aunque nacido segun la opinion de muchos, y criado entre bandoleros, sus sentimientos y sus acciones eran las mas generosas y caballerescas. Sus compañeros le llamaban el generoso, por su desprendimiento y desinterés.

Como dijimos al principio de este capítulo, uno de los dias mas hermosos de mayo, tocaba á su fin. En las ruinas del monasterio de San Benito, se hallaban reunidos todos los bandidos de la *formidable*. Un asunto grave é importantísimo los tenia á todos congregados en uno de los subterráneos, llamado por ellos el salon de las conferencias. Nuño Fajardo que seguia de segundo gefe, ocupaba la presidencia, porque el jóven capitán que debia ocupar aquel puesto se hallaba en Burgos, capital de la tierra donde ellos cometian sus robos y fechorias, al cuidado de un asunto de gran importancia. Todos sentados alrededor de una enorme mesa de madera blanca, cubierta de cacharros y basijas, blancas tambien, llenas de vino unas y otras desocupadas, guardaban el mayor silencio y escuchaban lo que les decia el teniente del generoso. Nuño Fajardo que al pedir la palabra y antes de comenzar á hablar se habia echado al colete un magnífico trago del tinto de toro, dijo á sus compañeros, estirando antes las piernas y las cejas, atusándose el bigote y tosiendo dos ó tres veces como el orador que teme hablar por temor de equivocarse, ó porque sus palabras no tengan la fuerza necesaria para convencer ó satisfacer al auditorio á quien se dirijen:

—Compañeros, yo creo....

Y aquí volvió á toser de nuevo y á verse tan comprometido como antes de empezar. Pero como ya lo habia hecho, no tenia mas remedio que seguir. Y para el efecto, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y continuó de esta suerte:

—Compañeros; hoy, ahora mismo, al instante, si quereis, puede hacerse la compañía con un magnífico tesoro.

Los ojos de los bandidos brillaron de una manera espantosa.

—Un tesoro! dijeron todos con voz atronadora.

—Sí, un tesoro, que... ¡Cuerno y sangre, ya lo creo!... bien vale la chica un tesoro. Si la viérais, si la conociérais... vaya, si vale un tesoro; vale tanto como la catedral de Toledo y de Sevilla, y aun estoy por decir que tanto como Castilla y Aragon.

—Mira, Nuño, dijo uno de los bandidos de semblante horrible y de torva mirada: si vuelves á engañarnos otra vez...

Y miró á sus compañeros para ver el efecto que hacian sus palabras.

—Si vuelves á engañarnos otra vez, continuó, te cortaremos las orejas. A los soldados del generoso no se les engaña con decirles que encontrarán un tesoro, y este tesoro se convierte de una mano á otra en una mujer..... Ten cuidado con lo que hablas, porque...

—Sí, sí, eso es... dijeron todos dando gritos formidables.

—Cuerno y sangre! Silencio! repuso Nuño montando en cólera y dando una fuerte puñada en la mesa. Por Satanás, que no he visto gente mas estúpida que vosotros, ni bribon mas grande que tú, Mal-alma: dijo al bandido que le habia interrumpido. Dime, pedazo de alcornoque, bribon de los infiernos, si cojes á la chica y luego...

—Y luego qué... dijeron á una todos, y el primero Mal-alma.

—Y luego que el demonio os lleve á todos por imbéciles y

canallas. Y si vuelves otra vez á levantarme el grito con tanto descaro, te mando dar cincuenta palos que hagan en tu endemoniado y horrible cuerpo otros tantos verdugones. Con que tú querías, bestia y más que bestia, alborotarme el cotarro, que esta misma noche ha de hacer la mejor presa que ha hecho desde que es lo que es? Y dime, borracho y bribon, ¿qué cuenta hubieras dado al generoso si por tu causa no se hubiese hecho, lo que estoy seguro se hará ahora; no es verdad, compañeros? ¿No es cierto que puedo contar con vosotros y que no haréis caso nunca de ese bellaco?

—Sí, sí, cierto; pero dinos qué muger es esa y en donde tienes el tesoro de que nos has hablado.

—Cáspita, así os quiero, compañeros! Vés miserable Mal-alma, qué poco caso hacen de tí?..... Escuchadme, señores! Uno de los espías que tenemos en las ciudades y villas de estas tierras me ha noticiado que esta noche pasará por aquí en una litera, y con varios criados y gentes de armas, el rico y noble Don Jimeno de Luna y Osorio, que con su hija la bella Doña Elvira, van al real Monasterio de las Huelgas de Burgos para dejar allí á esta jóven, mientras él hace un viage que tiene que hacer por tierra de Francia y Alemania.

—Y traen dinero? preguntaron todos con avidéz.

—No sé; pero siempre traerán algo, porque gente tan principal no camina sin él. Pero mi principal objeto está en Doña Elvira; si la llegamos á tener en nuestro poder....

Los bandidos se encojieron de hombros, como no comprendiendo las intenciones de su gefe y apuraron de un solo trago todo el vino que contenian las vasijas. Mal-alma, al oír las palabras de Nuño se sonrió con desden.

Este, conociendo que no le habian entendido sus compañeros, se apresuró á decir:

—Ahora, prestad una poca de atencion á lo que voy á decir, y no solo llegareis á ver claro en esto, sino que os convencereis de que efectivamente tendremos un inmenso tesoro, con solo poseer á la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio. Nuestros centinelas nos avisarán de cuando se acercan los viajeros á la encrucijada que hay cerca de estas ruinas en el camino real. Entonces salimos de aquí, trabamos una pequeña escaramuza con la tropa de Don Jimeno, y despues de vencida y muerta esta, nos apoderamos bonitamente del padre y de la hija. Una vez en nuestro poder estos, le damos suelta al padre, pero con ciertas precauciones á fin de que no nos descubra, y despues le pedimos una considerable cantidad de dinero por el rescate de su hija. Comprendeis ahora?

—Por Satanás y toda su córte, dijo Mal-alma, que es magnifico tu plan y que está bien combinado, en verdad! y yo, bruto de mí, que por más que he estado revolviendo en mi cabeza una porcion de ideas, no se me habia podido ocurrir esa. Nuño, me veo en la precision de confesar que eres el hombre de mas recursos de toda la compañía.

—Viva, viva! dijeron todos á la vez y tumultuosamente.

Los gritos y vivas de aquella horda desenfrenada, fueron interrumpidos por los de los centinelas y vigilantes, que decian con voz aguardentosa:

—Alerta, alerta!

—Es la señal! repuso Nuño Fajardo poniéndose de piés y echando un nuevo trago para cobrar brios. A las armas, compañeros, á las armas, y que todo se haga con el mayor silencio.

—A las armas! gritó la muchedumbre, y que viva nuestro teniente!

Y aquella caterva de ladrones y asesinos salio precipitadamente del salon de las conferencias.

Media hora despues se hallaban escondidos con el mayor sigilo en las ramas y malezas de la encrucijada que Nuño les habia indicado.



CAPITULO II.

De como los temoras de Doña Elvira de Luna no eran infundados.

MIENTRAS tenia lugar la escena que hemos descrito en el capitulo anterior, caminaba con paso algo mas que mediano, la litera que conducia á Doña Elvira de Luna y Osorio, que como sabemos por boca de Nuño, iba en direccion del real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

La noche habia estendido completísimamente por el horizonte su negro y tupido velo. El mas profundo silencio reinaba en los campos. El aire crepuscular, que aun duraba, soplabá de una manera agradable. La litera de Doña Elvira, conducida por dos

magníficas mulas manchegas, entonces muy apreciadas, llevaba perfectamente cubiertas sus ventanas con sendas cortinas de seda carmesí. Dos soldados armados hasta los ojos, marchaban con acompasado son delante, como descubriendo el camino, sin hablarse una sola palabra. Cerca de la litera y sobre el lado derecho, cabalgaba en un brioso alazan de la raza cordobesa, un caballero también cubierto de pies á cabeza con una armadura de rico y bruñido acero. Como unos veinte ginetes, que caminaban también silenciosos, cerraban también la retaguardia de aquella comitiva.

El caballero que iba inmediato á la litera, acercó la cabeza á la ortezuela y dijo con tono cariñoso:

—Duermes, hija mia?

—No, padre mio, no puedo: contestó una voz angelical, y al mismo tiempo se descorrió una de las cortinas.

—No puedes, y por qué, hija mia? repuso el caballero con dulzura.

—Ah, señor! si viérais el miedo que tengo... son estos sitios tan malos para pasarlos de noche!...

—Desecha ese temor, Elvira. Ya por estos caminos no hay tantos bandidos como antes. —Y aunque los hubiera, ¿qué nos importa á nosotros? no llevamos veinte aguerridos soldados de nuestra casa, capaces de habérselas con un ejército entero?

—Es verdad, padre mio; pero y si nos salen cincuenta, de qué servirán nuestros soldados cuando los enemigos son dobles en número?—Ah, señor, si tuviéramos la desgracia de que nos salieran esos foragidos, pertenecientes á la *formidable*, á esa compañía que hace mas de diez años es el terror y el espanto de todas estas comarcas, si Dios no ha dado oídos á las súplicas y plegarias que desde el fondo de este asiento le dirijo sin cesar, no hagais resistencia alguna, dadle todo lo que os pidan, y

cuanto dinero llevamos, porque si irritais á esos hombres feroces y sanguinarios, como fieras, ¡oh! qué será de nosotros? qué será de vos, padre mio?

—Pero, hija mia, tu abultas el peligro, dado caso de que lo haya: tu espíritu de mujer débil y pusilánime de suyo, te hace ver un peligro que ciertamente no existe, y que aunque existiera sabríamos vencer, con el favor de Dios y con la ayuda de nuestros leales y valerosos soldados.

—Vuestras palabras, padre mio, me animan en algun tanto... pero no logran tranquilizarme completamente. Si viérais, señor, qué presentimientos tan funestos se apoderaron de mi corazón cuando entró la noche y me vi en este silencio y en estas soledades!...

—Pero bien, qué cuidado te puede causar este silencio y estas soledades, cómo has dicho, viniendo acompañada por tu padre y por la gente de guerra que traemos? Elvira, hija mia, por Dios no te avergüenzas de ser mas cobarde que un niño? repuso Don Jimeno con aire bromista.

—Padre mio, contestó la jóven fija en su idea, siento infinito que no me hayais comprendido. Lo que experimento no es miedo, no es cobardia...

—Por Baco, que si no es lo que has dicho, exclamó D. Jimeno soltando una estrepitosa carcajada; no sé lo que pueda ser entonces. Si no es miedo ni cobardia pobre hija mia, qué será pues?

—Presentimientos, padre mio, presentimientos confirmados con mi temblor interior, presentimientos que confirma tambien mi corazón con sus fuertes y frecuentes latidos.

Don Jimeno de Luna y Osorio no contestó esta vez.

En el momento de acabar Doña Elvira de proferir las anteriores palabras, llegaban los viajeros á la encrucijada donde

estaban escondidos los bandidos de la *formidable*. Las malezas y retamas, que bastante crecidas, había á un lado y otro de los caminos, se movieron casi imperceptiblemente. Este ruido que no fué percibido ni aun por los soldados delanteros, lo oyó Doña Elvira y dijo á su padre con voz débil y balbuciente á un tiempo:

—No ois ruido, padre mio?...

—Yo creo que sueñas, Elvira... ese ruido que has oido lo produce el aire.

—No, padre mio, no es el aire!... y si no mirad!...

Y al querer indicar Elvira á su padre lo que se veía delante de ellos, cayó sin conocimiento sobre los blandos cojines de la litera.

Don Jimeno alzó la vista y vió que los soldados que caminaban delante de la litera, se detuvieron y vacilaron un instante.

—Adelante, Mendo, Alvar, adelante, voto á Sanes! exclamó Don Jimeno furioso y sacando precipitadamente la espada.

En vez de obedecer los soldados á su amo, dieron un paso atrás y cayeron por último de sus caballos.

—A mí, soldados, á mí! dijo el de Luna llamando á su escolta.

—Es inútil, contestó Nuño Fajardo, que se puso de un salto frente de Don Jimeno.

—Miserable!

—Detente, si no quieres acompañar á los dos soldados que acaban de espirar en la peregrinacion que han emprendido.

—Toma, asesino! repuso Don Jimeno descargando con la espada un terrible golpe sobre el teniente del generoso.

Pero este con la mayor ligereza se libró maravillosamente del peligro.

—Si volveis, Don Jimeno, dijo Nuño con la mayor tranquili-

dad, à tener la osadía de levantar vuestra espada para darme á mí ó á alguno de mis soldados, lo vais á pasar con toda vuestra gente bastante mal. Nuestra intencion no era haceros daño, pero si os empeñais...

Y acordándose Don Jimeno de los consejos de su hija, dijo á Nuño Fajardo con la mayor cortesía:

—Perdonad. creí que vuestras intenciones eran las de trabar lucha conmigo y con mis soldados, pero puesto que habeis sido franco, lo voy á ser yo tambien. Qué quereis, señores? ¿el dinero que traigo? Poco es en verdad, pero será vuestro. ¿Quereis los caballos de la escolta? Vuestros son tambien. Y por cierto, que os llevais veinte caballos que en nada desmerecerán á los vuestros.

—Nada de eso queremos... ó mejor dicho lo queremos y aun serán nuestros, pero lo que queremos y lo que buscamos es otra cosa: dijo Nuño volviendo la cabeza hácia el sitio donde estaban sus compañeros,

—Eso es, eso es, dijeron estos con alegría.

—Y qué quereis entonces de mí, señores? repuso Don Jimeno, lleno de temor á la vista del aspecto que tomaba la cuestion.

—Qué quereis de mí? volvió á decir; si no quereis ni el dinero ni los caballos que traemos, no sé entonces qué cosa pueda daros que os contente y satisfaga. Señores, si no os contentais con lo que os he ofrecido, os prometo, os doy mi palabra de caballero, de mandaros, ó de poner en el sitio que designeis, cien escudos de oro y otros tantos maravedises de plata. Os contentais?

—No: contestó Nuño despues de reflexionar un momento.

—Por San Bruno, San Benito y toda la corte celestial, que no sé, entonces lo que quereis! Hay cosa que valga mas que el

dinero?

—Sí.

—La tengo yo?

—Sí, volvió á decir el teniente del generoso.

—Hablad, y si...

—Pues bien, Don Jimeno, busquemos y necesitamos á Doña Elvira.

—A mi hija!

—A vuestra hija.

—Infames! asesinos! villanos! á mí, soldados, á mí! y que no quede uno de esos bandidos!

Y esto diciendo, se precipitó, seguido de sus soldados, sobre la muralla de hombres que habia detrás de Nuño Fajardo.

Un momento despues no se oia mas que el relincho de los caballos, los quejidos de los heridos y el ruido que producian las espadas y mazas al caer sobre las armaduras.

El bandido llamado Mal-alma, era el único que no peleaba. Al empezar el combate, se habia separado de las filas y dirigiéndose á la litera donde yacia desmayada la tierna hija de D. Jimeno de Luna y Osorio. Dos soldados la guardaban por orden de su padre. Pero el astuto bandido se deslizó silenciosamente por el suelo, á manera de serpiente, y cogiendo á los dos soldados descuidados, los mandó al otro mundo, sin que los infelices tuvieran lugar de dar siquiera un grito. Entonces abrió una de las portezuelas de la litera, y puso sus horribles manos sobre el delicado cuerpo de la infeliz Elvira. Los ojos del bandido brillaron de una manera espantosa al ver la singular hermosura de la hija de Don Jimeno. Se sonrió al principio con alegría, y después tuvo la audacia de acercar sus impúdicos labios á los finísimos de la jóven. Esta se estremeció al contacto, y lanzó con el mayor trabajo un suspiro que espiró en sus labios.

Mal-alma la cojió cuidadosamente, y desapareció con ella para dirigirse á las ruinas del monasterio de San Benito.

El combate se decidió al cabo por los bandidos. Dos ó tres soldados de los que constituían la escolta de Don Jimeno, que milagrosamente se libraron de la crueldad de los bandidos, huyeron despavoridos por aquellos campos. El mismo Don Jimeno cayó herido de su caballo, exclamando con triste acento:

—Elvira, hija mia! qué será de tí, sola, desamparada en medio de estos hombres, abortos del infierno! oh! perdóname, porque yo solo soy el culpable!... sí, yo solo.... que te he traído, que te he espuesto á lo que ha sucedido y tú tanto temías!... pobre hija mia, perdóname; oh, mi hija, mi hija....

—Anciano, dijo Nuño Fajardo acercándose á Don Jimeno, tu hija estará bajo mi proteccion; nada temas, porque el que osa-se ofenderla, dejaria de existir en aquel mismo momento. Tranquilízate, Doña Elvira será respetada y acatada por mi gente. Te lo juro.

—Mónstruo, apártate, apártate de mi vista y no aumentes mi dolor con tus falsas y engañosas palabras! oh! si yo pudiera levantarme.... si yo pudiera manejar mi espada! oh! apártate, porque la rabia me ahoga!... huye, asesino, quítate de mi vista y no vengas á acelerar la muerte de un anciano, herido en lo que mas aprecia!... oh! márchate.... perdon, Elvira, hija mia; perdon.... yo muero, yo....

Y el infeliz Don Jimeno cayó sin conocimiento sobre sus mismas armas y sobre su mismo caballo, muerto en la refriega.

Nuño Fajardo, llamó entonces á un bandido y le dijo, mostrándole al padre de Elvira.

—Mira, Inigo, recoge á ese anciano y condúcelo á las ruinas: tal vez se salve, porque la herida no ofrece gran cuidado.

Después se dirigió con todos los bandidos á la litera de Doña

Elvira.

—Compañeros, exclamó, orden y que nadie falte en lo mas mínimo á esta desgraciada jóven. Nuestro capitán miraría con desagrado cualquier falta ó cualquier desacato. Esta jóven tiene que volver á las manos de su padre tan pura como ha salido de ellas. Nosotros no robamos ni queremos para nada el honor de una vírgen. Nuestro objeto es adquirir dinero porque estamos falto de él. Matamos cuando encontramos resistencia, pero no somos aficionados á la carnicería ni á la sangre. ¿No es cierto?

—Sí, sí, cierto; pero déjanos ver á nuestra prisionera.

—No puedo ni debo negarme á vuestra petición, compañeros; miradla, decid después con franqueza si habeis visto nunca hermosura mas singular y perfecta que la de Doña Elvira.

Los bandidos se acercaron todos á la litera.

—Engaño, engaño! exclamaron indignados.

—Engaño! qué decís, compañeros? repuso Nuño acercándose á la litera.

—Doña Elvira ha desaparecido: dijeron todos á la vez.

—Ha desaparecido!... pero cómo!...

—Sí, sí, dijeron los bandidos amotinándose.

—Compañeros, quién de vosotros se ha adelantado á sacarla de aquí para embromarnos después? Hablad, que aunque la chanza es algo pesada, no deja de tener mérito.

Y Nuño Fajardo se sonrió de coraje.

—Te juramos....

—Cuerno y sangre! ya comprendo lo que ha sido! exclamó el teniente dando fuertes patadas en el suelo. Por Baco y Santa Polonia, que no hay en el mundo un tunante mas grande que Mal-alma, compañeros! Sabeis lo que ha hecho? Pues bien, mientras nosotros peleábamos contra Don Jimeno y sus solda-

dos, él se vino á la litera y robó á Doña Elvira, para tener el derecho de propiedad sobre ella, segun las reglas de nuestra compañía; y la prueba está en esto solo.

Y mostró á sus compañeros los dos cadáveres que habia cerca de la litera.

—Compañeros, ya lo veis: ese villano Mal-alma no las ha jugado de puño. El solo tiene derecho y poder sobre Doña Elvira. Y aunque nos dé su familia todo el dinero que pidamos por su rescate, la mayor parte será para ese bribon que es el dueño absoluto de la chica. Nosotros no debimos abandonar ni un solo momento la litera. Pero ya no hay remedio. Marchemos hácia las ruinas y recojed antes lo que querais.

Los bandidos despojaron á los muertos de todo cuanto llevaban y se dirijieron después al Monasterio de San Benito de Palermo.



CAPITULO III.

En el que se vé la venta que se hizo con Doña Elvira., y otra porcion de sucesos á cual mas tristes.

HABIAN trascurrido mas de cuatro horas después de los sucesos que dejamos referidos, cuando los bandidos de la *formidable* se hallaban reunidos en uno de los subterráneos de las ruinas de San Benito. Los que no dormían tendidos en el suelo y sobre haces de paja, veían jugar con grande interés á cuatro bandidos, entre ellos Mal-alma, que sentados alrededor de una mesa de pino jugaban á los dados. Todos guardaban el mas profundo silencio. En la estancia no se oía mas ruido que los ronquidos de los que dormían y los votos y juramentos de los que jugaban.

Mal-alma llevaba el cubilete de los dados, y era el que mas ganaba. Su horrible cara, de color moreno, y de larga barba y negra, estaba radiante de alegría.

Aquel día habia sido en extremo afortunado. Porque no solo era afortunado en el juego, sino que era dueño libre absoluto de la mas singular belleza de Castilla. Doña Elvira de Luna y Osorio, pertenecia esclusivamente á Mal-alma porque este bandido la habia cogido, y en la *formidable* el que apresaba cualquier cosa era dueño de ella, si bien daba un tanto de su valor á la compañía en general, y otro á cada individuo en particular.

Mal-alma movió el cubilete dos ó tres veces y después vació los dados sobre la mesa.

—Dos!

—Cinco!

—Nueve!

Dijeron los que con él jugaban.

—Nueve! exclamó Mal-alma palideciendo: he perdido, voto á sanes! Y lo que mas siento es que me hayas ganado tú, desorejado, dijo al bandido que le habia tocado el número nueve.

—Pues qué, repuso este, querias siempre ganar, zorro? Oh! oh! te juro que no vuelves á llevarnos ni un cornado. Págame esta jugada y empiece ahora la broma.

—Toma tus nueve cornados y que empiece en hora buena. Crees tú que yo me asusto con tus bravatas? Por mi abuela y todas las brujas del infierno, que tú ó yó nos hemos de quedar esta noche sin una moneda tanto de plata como de cobre.

—Cien, bien, Mal-alma, así te quiero ver.

—Pero antes arreglemos....

—Convenidos. Yó pongo veinte cornados para el que saque el mayor número.

—Bien, y yo otros veinte, contestó Mal-alma.

—A la una....

—A las dos....

—A las tres.

Y los dados volvieron á desparramarse por la mesa.

—Ocho: dijo el bandido, llamado por mote el desorejado.

—Tres: contestó el dueño de Doña Elvira, haciendo rechinar los dientes.

—Tres! pues entonces he ganado! repuso el desorejado, recogiendo los cuarenta cornados.

—Ira de Dios, mi bolsa se vá quedando vacía, dijo Mal-alma, haciendo un esfuerzo por sonreírse.

—Y qué te importa eso? dijo uno de los bandidos: aquí tienes la mia, que aunque contiene poco, siempre te dará para un par de puestas como la que acabas de hacer.

—Se agradece, compañero; pero todavía puedo dejar al desorejado sin una blanca. Seguimos?

—Adelante.

—De cuánto esta vez?

—Doble, si quieres.

—Vaya doble.

Un armado se acercó con el mayor silencio al círculo formado por los curiosos.

Mal-alma desparramó otra vez los dados.

—Ocho! exclamó loco de alegría y echando manos al monton de monedas.

—Ocho.... le dijo su contrario con la mayor sangre fría: pues entonces he ganado yo.

—Tú!

—Sí, mira, el nueve gana al ocho: y le mostró el dado por la parte en que tenia nueve pintas negras.

—Cuerpo de Cristo, rayo y Celcebú, que ya esto es por de-

más! Has conseguido dejarme sin dinero, desorejado.

El armado encubierto se habia aproximado mas á la mesa.

—Con que si te encuentras arruinado no podrás continuar?

—Oh! y arto lo siento!... pero calla, una idea magnifica se me ha ocurrido. Sigo.... dame el cubilete que....

—¿Tienes dinero?

—No.

—Pues entonces....

—Pero tengo una cosa que vale tanto como se quiera pedir por ella.

—Y esa cosa....

—Es una muger.

El desconocido aplicó el oido.

—Una muger! Já, já, una muger.... y una muger vale acaso....

—Por Barrabás, que eres tan bruto como el mas bruto, desorejado. No vale nada una muger por quien la compañía esta noche ha corrido grandes peligros, y por quien ha muerto alguno de los soldados del generoso? No has caído que te he hablado de la presa?...

—De Doña Elvira? De esa jóven tan noble y pura que con su padre pasaron por aquí al anochecer, y que se dirijian al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos?

—Sí, eso es, de Doña Elvira de Luna y Osorio, te he hablado: repuso Mal-alma, contemplando á su compañero para ver si daba señales de que le agradaba su proposicion.

—Cielos! exclamó el desconocido, llevando la mano derecha á la empuñadura de su espada.

—Con que, contestas?

—Que acepto.

—Y en cuánto la pondremos?

—Oh! primero en cien cornados, y después...

—Vaya en los cien cornados: contestó el desorejado poniéndolos en medio de la mesa.

El armado apoyó la mano en esta.

Los jugadores cogieron los dados.

—Tres! dijo el desorejado mostrándolo.

—Uno y que el diablo te confunda. Rayo y sangre! pues si me ganas esta vez me quedo arruinado para toda mi vida, y sin muger que es lo que mas siento.

La mano que el desconocido apoyaba en la mesa, tembló de una manera convulsiva.

—Sigue el partido? preguntó el desorejado.

—Sigue.

—Y en cuánto pones esta vez á Doña Elvira?

—En nada; repuso el desconocido: esa jóven te la compro yo en cuanto oro quieras:

Mal-alma y todos sus compañeros miraron con asombro al encubierto.

—Sí, te la compro: volvió á decir el armado.

—Pero bien, y tú quién eres?

—Soy.... pero nada te importa el saberlo; cuánto quieres?

—Sobre los cien cornados que debo al desorejado, quiero cien monedas de oro.

—Tómalas.

Y el desconocido vació sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro y plata.

Todos los bandidos y el primero Mal-alma, estaban llenos de sorpresa.

—Ahora, condúceme al lugar donde la tienes.

—No tengo inconveniente: sígueme.

Mal-alma abandonó el asiento que ocupaba y echó á andar

seguido del encubierto.

Los dos atravesaron dos ó tres subterráneos enteramente desiertos y comenzaron á bajar una escalera de caracol, en extremo larga y estrecha, que terminaba en una doble puerta forrada de hierro.

El desconocido temblaba de piés á cabeza. Sus ojos brillaban eotraordinariamente al través de los alambres de la visera.

El bandido descorrió un enorme cerrojo y penetró en la estancia donde la desgraciada hija de Don Jimeno, ya vuelta de su desmayo, se paseaba, loca, frenética, tocando la piedra de las paredes y llamando á su padre á voz en grito. La infeliz se creyó al principio víctima de un sueño horroroso. Pero al contemplar aquellas paredes frias y desnudas, al ver aquel aposento sin muebles y alumbrado solo por una lámpara, cuya luz era triste y opaca en demasía, se convenció por su desgracia de que no era un sueño cuanto le pasaba. Sus megillas antes frescas y sonrosadas, se hallaban pálidas y surcadas por las lágrimas que de sus ojos azules y grandes se desprendian sin cesar.

Elvira era mas bien alta que baja: sus facciones de una perfeccion delicada se asemejaban á las de las mugeres de la antigua Grecia. Sus labios finísimos, de un vivo carmin y en extremo delgados, dejaban ver la mas blanca y encantadora dentadura. El precioso color de oro de sus cabellos, y sus ojos grandes, rasgados, azules y ribeteados de largas y rizadas pestañas, contrastaban maravillosamente con la blancura de su cutis de nácar y con el agradable sonrosado de sus megillas. El rostro de la hija de Don Jimeno, se parecia talmente á los de las imágenes que Rafeel de Urbino hizo después en su célebre y nunca bien ponderadas pinturas. Su cuerpo, bello y esbelto, tenia esa gentileza y naturalidad encantadora de las mugeres del antiguo testamento. Elvira tendria escasamente diez y siete años.

Mal-alma penetró en la estancia seguido del encubierto. Elvira estaba en aquel momento hincada de rodillas, implorando á Dios. Su postura era la mas patética é interesante.

—Elvira! exclamó el desconocido acercándose á la jóven: Elvira! perdon.... oh! perdon!

Mal-alma estaba cada vez mas sorprendido.

—Elvira mia! volvió á decir el encubierto.

—Ah! eres tú Felipe? Pues cómo has llegado hasta aquí? Cómo te encuentras en este calabozo? Sabes con quién estamos? Estás preso tambien como yo? Oh! nos reune el cielo, Felipe, nos reune el cielo para salvar á mi padre!... Qué habrá sido de él, Dios mio! Padre, padre.... yo quiero verte, yo quiero saber donde estás.... Oh! Felipe, librame de estos hombres; salva á mi padre.... no es cierto que has venido á salvarnos á todos?... Oh! si supieras qué hombres tan horribles hay en esta mansion.... mira, son los *formidables*.... Oh! qué horror! qué hombres tan malvados! no digas que eres caballero porque te asesinarían; no digas que me amas, porque.... uno de ellos ha tenido la audacia....

—Desgraciado el que se haya atrevido!... Oh! habla, habla, Elvira!

—Uno de ellos, Felipe, ha tenido la audacia, á pesar de mis lágrimas y de mi resistencia, oh! qué horror! de acercar sus labios á los míos!...

—Desgraciado el que haya sido! quién es? cómo se llama? lo conocerías si lo vieses, Elvira?

Mal-alma que habia conocido la voz del encubierto, dió un paso para huir. Elvira que hasta entonces no lo habia visto, exclamó acercándose al caballero toda trémula y asustada:

—Oh! ese es el hombre, Felipe, ese es.... librame de él, quítalo de mi vista, porque ese hombre me causa un horror tan

grande, es tan horrible, que...

Elvira no pudo concluir. Su amante descargó tan terrible golpe con la maza de hierro que llevaba, en la cabeza del infeliz Mal-alma, que este á su pesar rodó por el suelo, dando grandes y desaforados gritos.

Todos los bandidos de la *formidable*, y entre ellos Nuño Fajardo, acudieron al instante. El calabozo de Elvira fué inundado repentinamente por aquellos foragidos.

Mal-alma no cesaba de decir en voz baja y con acento desesperado.

—Venganza! oh! compañeros, matadlo..... matadlo! vengadme!.....

Los bandidos desenvainaron sus aceros, y veinte espadas se vieron vibrar sobre la cabeza del desconocido.

—Dios mio! Señor! socorrednos!..... exclamó la bella y jóven hija de D. Jimeno, cayendo desplomada sobre sus rodillas, y alzando al cielo las manos en señal de súplica.

—Cuerno y sangre! á él! dijo Nuño Fajardo animando á sus soldados, mientras que Mal-alma se revolvía en el suelo con las ánsias de la muerte.

—Al intruso! compañeros, al intruso! dijo el desorejado con voz de trueno.

Los bandidos se precipitaron como fieras sobre el armado. Pero este permaneció tranquilo. Una espada cayó con terrible furia sobre su casco. Entonces dijo esforzando la voz y dando un paso adelante:

—Atrás, voto á Sanes! atrás, canalla insolente, que os lo mando yo!

—Y quién eres tú, cuerno y sangre! repuso el teniente sin dejar su juramento favorito.

—Miserables!

—A él, compañeros, á él, sin compasion! volvió á decir Nuño Fajardo, terriblemente irritado.

Los *formidables* se precipitaron de nuevo sobre el desconocido. Su casco de acero y oro, cayó al suelo dividido en dos pedazos.

Nuño Fajardo y sus compañeros esclamaron llenos de asombro:

—El generoso!

—Nuestro capitán!

Dijeron todos asombrados y dando un paso atrás.

—Felipe! dijo tambien Nuño Fajardo alárgandole su diestra. Por Cristo, que si no te descubres lo hubieras pasado mal con tu tropa, que cada dia es mas valiente. Cuando has llegado?

El generoso no contestó. Contemplaba á Elvira que al escuchar era el capitán de los bandidos, esclamó asustada y llena de horror.

—Cielos! bandido!... jefe de esta turba horrible y cruel! Ah! señor, socorro! socorro!... de quién me fiaré? quien me amparará? Ah? bandido! asesino! oh! qué horror! y yo que le amaba!... á un bandido! á un asesino!... Ah! padre mio, ven, tu hija se halla sola y...

—Elvira! Elvira!...

—Oh! apártate, miserable! apártate, huye de mi vista; no te amo, no!... te odio, te aborrezco, mas bien...

—Elvira, escúchame, mira, soy inocente... esclamó el generoso estendiendo sus brazos hácia la jóven:—Oh! perdóname, soy inocente, sí, mis padres....

—Apártate, no te amo, te odio, te desprecio..... á pesar de que te amaba con tanto delirio! Oh! Dios mio, por qué he de ser tan desgraciada? acaso, porque amaba con toda la pureza y verdad de mi corazón, á ese hombre, á ese asesino?.... Ah, señor,

si es por eso, perdonadme porque ya no le amo, no debo amarle, al menos!...

—No debes amarme, al menos, no es verdad! oh! Elvira, tu lengua no puede decir lo que tu corazon no siente!... y eres tú la que me amaba con tanto delirio! y eres tú la que decia que nada ni nadie podria nunca hacer que dejaras de amarme? Elvira, no solo has olvidado tus juramentos, no solo has faltado á tus promesas, sino que en vez de compadecerte de mi desgracia, me desprecias, me insultas y me hieres el alma sin piedad y sin conmiseracion!

—Miserable! exclamó Elvira casi fuera de sí. Y quién sois vos para reconvenirme! no os conozco, no os amo, ya lo sabeis!... llevadme, si sois humano y teneis un resto de sentimiento, á donde se halla mi padre! oh! solo con él, seré feliz! Dios mio, yo muero! yo muero....

Y dió tan terrible golpe con su cuerpo sobre el pavimento que resonó en toda la estancia de una manera espantosa.

—Elvira! bien mio! Elvira! Ha muerto, Dios mio? Oh! malditos seais, imbéciles! Malditos seais cien veces, que por vosotros he perdido el amor mas puro y santo, y por vosotros tambien, la he perdido á ella! Elvira, Elvira, mira.... escúchame.... nada! todo en vano!

Los bandidos se agruparon en derredor de Doña Elvira y el generoso.

Este se incorporó al cabo y dijo á Nuño Fajardo con la mayor tranquilidad.

—Dónde está el padre de esta infeliz?

—En mi habitacion.

—Pues bien, inmediatamente manda conducir á esa jóven, donde se halla Don Jimeno.

—Hay un inconveniente, Felipe.

—Cuál es?

—Que su padre se haya herido y si la vé en ese estado...

—Esto mas! exclamó golpeando la tierra con su pié derecho. Oh! el demonio me persigue!

—Tus órdenes se cumplirán tan luego como vuelva de su desmayo Doña Elvira.

—Bien: y en el momento que los dos se hallen en disposicion de caminar, darles libertad, lo ois?

—Perfectamente.

—Vos solo me sereis el responsable, si no se cumple todo lo que he mandado.

—Descuida, que todo se hará al pié de la letra.

—Escucha, Nuño: si alguno osase ofender al padre ó á la hija, será castigado con la última pena!... y ahora, adios quedad, amigo mio...

—Te marchas!... nos abandonas, Felipe? dijo Nuño enternecido.

—Sí.

—Oh! no hagas tal, hijo mio, mira...


—No os canséis, porque todo es inútil.

—Pero pueden saber siquiera tus amigos donde te diriges?

—A los infiernos! contestó el jóven, saliendo de la estancia precipitadamente y llevándose su diestra á los ojos, para contener dos lágrimas, que á pesar de los esfuerzos que hizo para detenerlas, rodaron lentamente por sus megillas.

CAPITULO IV.

De cómo Nuño Fajardo cumplió al pié de la letra las instrucciones del generoso.

os días despues de lo ocurrido, se hallaba completamente restablecido el padre de Elvira. Los dos estaban juntos en la mejor estancia de las ruinas. Mientras que Don Jimeno daba largos paseos por la habitacion, su hija se entretenia, recostada en una enorme columna de piedra, en desojar un precioso ramo de lilas que Nuño Fajardo habia puesto en sus manos, tan luego como el dia asomó por el horizonte.

Una espantosa palidez cubria el rostro de la bella Elvira. Sus ojos desencajados y rodeados de un círculo azulado, vagaban

de una manera que no dejaba duda del estado en que se encontraba aquella infeliz é interesante jóven. Los padecimientos de Elvira, eran uno de esos padecimientos grandes, horribles, que jamás se curan y que lastiman, pero de una manera cruel, el corazon y el alma. La infeliz amaba con toda la ilusion y la pureza propias de un corazon de diez y siete años, á un jóven, bello en extremo, caballero y noble como el primero, á juzgar por sus distinguidos modales y por la riqueza de sus trajes. Este amante querido, era un bandido, era el gefe de la mas cruel y perversa compañía de bandoleros que existió en Castilla por la época de que hablamos, y este descubrimiento lo hizo de la manera y en la situacion que ya conoce el lector. Tamaño golpe era demasiado grande para su pobre corazon, que hasta entonces no habia conocido la desgracia, que hasta entonces no habia hecho mas que amar á Don Jimeno en sus años infantiles, y á su amante y á este despues. Elvira amaba á Felipe á pesar de lo ocurrido, porque el amor que le tenia no se estinguia tan fácilmente; pero el recuerdo de lo que habia pasado, la llenaba de indignación y de vergüenza. «¿Como amar á un bandido? se decia la infeliz en sus soliloquios: —¡Oh! imposible, imposible! es necesario ocultar este amor en lo mas recóndito del alma; es necesario apagar con el sufrimiento y la reflexion esta llama que arde en mi corazon, encendida é inflamada despues por un hombre indigno, un hombre á quien el mundo y el cielo rechaza! Y sin embargo, le amo, Dios mio, y no tan solo le amo sino que hasta le compadezco, porque tal vez circunstancias particulares... ¡Oh! un bandido nunca tiene disculpa!» Se decia despues como queriéndose reconvenir de haber aun á solas tratado de escusar al que su corazon amaba.

Elvira, como dijimos al principio de este capítulo, se entretenia, en medio de su distraccion, en deshojar el precioso ramo

de lilas que Nuño Fajardo le habia dado. Su padre, al notar lo, le dijo con tono cariñoso:

—Qué haces, hija mia? —¿Estás deshojando la flor que te ha regalado ese hombre, que para bandido es demasiado generoso?

—Generoso! generoso, padre mio! ¿qué habeis dicho? oh! si supiérais, si... pero teneis razon: —Vos me hablais de ese que llaman Nuño, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Oh! pues lo he hecho distraida! esta flor no tiene verdaderamente la culpa de nuestras desgracias...

—Tienes razon, hija mia; pero en medio de nuestras desgracias, como dices, hemos sido afortunados.

—Afortunados! oh! callad!...

—Escúchame, hija mia, y te convencerás de la verdad que acabo de decir: —Hemos sido cogidos por unos bandidos, es verdad; pero estos nos tratan, estoy por decir que con veneracion: á tí no solo te han respetado, sino que te han devuelto á tu padre para que los dos vivamos juntos el poco tiempo que estemos aquí. Y he dicho poco tiempo, porque segun me ha dado á entender el gefe de esa gente...

—El gefe! qué gefe, padre mio?

—Ese que viene aquí, el llamado Nuño.

—Ah! sí, teneis razon.

Dos golpes dados en la puerta de la estancia, interrumpieron la conversacion comenzada.

—Dais permiso? dijo una voz desde afuera.

—Adelante: contestó Don Jimeno.

Y Nuño Fajardo penetró á poco en la vivienda.

—Estais fuerte como para viajar, Don Jimeno? dijo Nuño.

—Cuerpo de Cristo, ya lo creo!

—Pues entonces estais libre, como igualmente vuestra hija.

—Libre! como... acaso... puedo seguir mi viaje? repuso el de Osorio lleno de estupor y sorpresa.

—Cuando querais.—Y para el efecto os entrego este salvo conducto. Solo una cosa os pido, en nombre de mis compañeros.

—Hablad.

—Que guardéis silencio acerca de nosotros y que no reveleis el parage donde estamos.

—Os lo prometo: contesto Don Jimeno, cogiendo al mismo tiempo el salvo-conducto que le presentaba el teniente de la *formidable*.

—En ese caso podeis marchar cuando gustéis. Vuestros caballos y la litera de Doña Elvira están dispuestos para la hora que mandeis.

—Y nada pedis á vuestros prisioneros?

—Nada.

—Y vuestros compañeros?

—Tampoco, señor; se les ha prohibido.

—Pues en ese caso tomad, señor capitán...

—No pico tan alto, señor: repuso Nuño interrumpiendo á Don Jimeno.

—Qué, no sois el capitán de la compañía?

—No lo soy.—Nuestro gefe es el que os dá la libertad.

—Y en donde está?

—Estaba con nosotros; pero hace dos ó tres dias que ha desaparecido y nada sabemos de él.

Elvira ahogó un suspiro, y volvió el rostro á otro lado para ocultar su conmocion.

—Pues bien, tanto para él como para vos, si algun dia necesitais mi proteccion, la obtendreis, con este anillo, que os en-

trego. Nada podré negar á quien me lo presente.

—Nuño Fajardo cogió el anillo y se lo guardó en parte segura.

Media hora despues, salian Don Jimeno y su hija de las ruinas de San Benito. Elvira ocupaba la litera y su padre cabalgaba á su lado, como antes de ser sorprendidos por los bandidos de la *formidable*. Dos de estos, de los que mas confianza inspiraban á Nuño Fajardo, acompañaban á los viajeros.

Estos no tardaron en llegar al lugar donde fueron asaltados. Elvira sacó la cabeza por una de las ventanas de la litera y dijo á su padre, lívida como un cadaver.

—Mirad, padre mio, esos cadáveres, pertenecen á nuestros soldados.

—Infelices!

Y el padre y la hija rezaron un *pater noster* con la mayor devocion.

Doña Elvira vió á poco una sombra por entre las retamas, y exclamó entonces casi imperceptiblemente:

—Felipe!... oh! conque vive! Gracias, Dios mio!



CAPITULO V.

En el que se vé que las visiones son de hueso y carne como las personas.

No muy lejos de las ruinas de San Benito de Palermo, y en un lugar en extremo sombrío y apartado del camino, se encontraba al pié de un elevadísimo monte desde cuya cima, cuajada de nieve, caian multitud de pequeños torrentes de agua pura y cristalina, se encontraba decimos, por los años de 1326 cercada de árboles y de robustas encinas, una pequeña choza cubierta de bálago y yedra. Una cruz de madera oscura, toscamente hecha, se veia campear en la parte superior de aquella ermita. Su puerta endeble y aun por algunos lados casi podrida, efecto de

la humedad y el tiempo, ese consumidor voraz de todo lo terrestre, se hallaba enteramente abierta y permitía ver la parte interior de aquel reducido recinto. Una mesa, rústicamente labrada, servía de altar á un enorme crucifijo de madera, alumbrado constantemente por una tea, y á una calavera, cuyo cráneo que talmente parecia de marfil, brillaba extraordinariamente, porque el sol que ya comenzaba á ocultarse la hería horizontalmente. Un lecho de yervas secas, un pequeño cántaro lleno de agua, y unas disciplinas de grueso cordel, completaban el adorno interior de la choza, é indicaban claramente que solo un monje ó un ermitaño, entregado constantemente á la oracion y á la penitencia, podían habitar aquellos lugares tan solitarios. Y con efecto la persona que moraba en aquel sitio sombrío y distante, hacia quince años que se hallaba entregada á la penitencia y á la oracion. Esta persona, era una mujer de unos cuarenta años, alta de cuerpo, en extremo delgada, de ojos negros y grandes y de color moreno. Su rostro estaba lleno de mansedumbre y dulzura, y en toda ella se veía una resignacion santa y evangélica. Sus ojos grandes y vivos de suyo, tenían la dulzura y laxitud propia de los ángeles y querubines, que pueblan las regiones celestes. Vestía un tosco sayal de lana pardusca, que permitía ver sus pies flacos y desnudos enteramente. Su hermoso pelo negro lo tenía recojido por detras con descuido, y cubierto con un manto de la misma clase y color que la túnica. Un rosario de gruesas cuentas, terminado en una cruz de nácar, colgaba de su cintura, la cual estaba ceñida por una cuerda de esparto.

La penitente, se hallaba arrodillada delante del crucifijo, y apoyaba sus manos en la calavera. El mayor silencio reinaba en su pequeña habitacion. En todo aquel sitio no se oía mas ruido que el que producian las aguas al despeñarse por las mon-

tañas, y el canto de algun que otro pájaro, que atravesaba precipitadamente el espacio para buscar su nido. El sol comenzaba á ocultarse, y el valle donde estaba la ermita de la penitente, se cubria de obscuridad á causa de las elevadísimas montañas que la circundaban. La penitente alzó la cabeza y contempló largo rato el sol, que ya apenas calentaba. Entonces lanzó un suspiro y dijo, dirigiendo sus hermosos ojos al crucifijo:

—Señor, ya pasó tambien este dia... y yo... vivo, y espero la muerte hace quince años! .. cuando me perdonareis, Dios mio? Cuando volaré á la mansión en que habitais? oh! nunca!... nunca... una pecadora como yo, no entra jamas en el reino de los cielos, en ese lugar divino y santo, ocupado solo por los ángeles y por el justo! —Señor, no he de obtener yo algun dia vuestro perdon?... Ah! concedédmelo, es toda mi esperanza, y lo espero porque sois grande generoso y liberal!... no es cierto señor que os apiadareis de mí, y que...

La penitente no pudo seguir. Grandes voces y ruido de caballos, llegó á su oido. Era la primera vez que en el espacio de quince años escuchaba otro ruido que el del viento y el de las aguas.

Las voces se oian cada vez mas inmediatas. Y entonces aquella infeliz mujer, que no se asustaba de vivir sola, abandonada, espuesta á los frios y huracanes dei invierno, cerró la puerta de la ermita y todo quedó en silencio.

Dos hombres, perfectamente armados, los dos caballeros sobre preciosos potros andaluces, se presentaron frente de la ermita. Uno de ellos dijo con tono desesperado:

—Por San Bruno, que esto pasa ya de castaño oscuro! pues no andamos todo el dia por estos sitios y no podemos encontrar...

—Calma, calma, seor capitan del rey, que la gente que bus-

camos no se halla tan facilmente. Capaces son de estarse cada uno escondido en el tronco de un árbol, aunque sean tres dias! Vaya, vaya; con que creiais que son los bandidos, de esa clase de gente que presentan batalla á campo raso? Oh, pues engañado vivis! —Apuesto un dedo, y aun mas si quereis, á que no dais con ellos en toda la vida, si toda la vida anduviérais buscándolos por estos andurriales.

—Pues no solo tenemos que buscarlos, sino vencerlos y derrotarlos para librar á estos paises de sus fechorias, y para arrancar de su poder á Don Jimeno de Luna y Osorio, que con su hija fueron cogidos por esos villanos y asesinos.

—Sabeis que debe ser apurada la situacion de Don Jimeno? al mas pintado le doy yo estar con unos bandidos como los de la *formidable*, teniendo consigo una hija tan bella como lo es la suya!

—Oh, y gracias que dos ó tres de sus soldados pudieron escaparse y venir á Burgos á dar parte de lo ocurrido.—Pero esto es capaz de desesperar á cualquiera!... donde hallaremos á esos malditos de hombres? si encontráramos por aquí á alguien.

—Diablo! quién iba á tener la estravagancia de vivir por estos sitios, señor capitan Mendoza?

—Un condenado, ó un arrepentido, señor mio... y sino mirad: no veis una ermita al pié de ese monte?

—Por Dios, que teneis razon! pero probablemente esa hermita estará desocupada.... tal vez haga cien años que murió el infeliz que la habitase

—Teneis razon; pero nada perdemos con dar un golpe, á ver si siquiera nos contesta el ánima de ese pobre.

—Es verdad, puesto que nada se pierde....

Y metiendo espuelas á los caballos se pusieron de un salto en la hermita de la penitente. El capitan Mendoza dió dos ó tres

golpes con el asta de su lanza, en la deteriorada puerta. Esta permaneció cerrada.

—Abrid, padre, abrid; que somos jentes de paz: dijo el capitán, creyendo oír la respiración de una persona asustada.

Todo siguió en el mismo silencio.

—Perded cuidado, señor hermitaño, que solo venimos á hacer una pregunta...

La puerta se abrió entonces y apareció en el umbral la penitente.

El capitán y su compañero dieron un paso atrás.

—Jesús mil veces! exclamaron á un tiempo.

—Qué quereis, señores? Decíais que solo una pregunta....

—Pero no pudiérais decirnos antes, si sois efectivamente una muger ó el alma.... ó la sombra.... ó el demonio en figura de muger para cargar con nuestras almas, después de haber tentado nuestras paciencias?...

Mendoza no pudo menos de sonreirse de la sandés de su compañero, y la penitente le contestó con la mayor dulzura.

—Muger, señor soldado, muger, y muger pecadora....

—Diablo! esas tenemos!... con que sois como yó, así.... de carne y hueso? Y decidme, cómo podeis pecar aquí?...

—Siempre pecamos, si nó de obra, de pensamiento; pero aquí soy la pecadora arrepentida; aquí no hago otra cosa que llorar y orar, señor soldado!

—En cuanto á lo de orar no haria yo mal anacoreta, porque soy un tanto aficionado al rezo, que me enseñó el difunto Abad de San Andrés; pero tocante á lágrimas, juro por mi vida y por la vuestra, si la teneis, señora, que en todo el curso de mis años no he podido derramar una; pero eso vá en....

—Quisiérais decirme cuál es el objeto de vuestra venida? volvió decir la penitente dirigiéndose á Mendoza é interrumpió

piendo á su compañero.

—Señora. contestó el capitan: nosotros estamos encargados por su alteza el rey de Castilla, de buscar por estos sitios unos bandidos pertenecientes á la más célebre compañía que ha existido....

—Y con qué objeto los buscais?

—Con el objeto de vencerlos y de extinguirlos.

—Y no sois mas que vosotros dos los que....

—Tate, tate, señora que se han quedado aquí detrás del monte cien magníficos caballos y otros tantos soldados de las mesnadas de su alteza. Pero nosotros quisiéramos saber donde se hallan esos bandidos, ó hácia qué lado cae la guarida que los alberga. No pudiérais decirnos algo?

—Ignoro absolutamente...

—Ah, no temais revelarnos cualquiera cosa que sepais, porque serán vencidos si los encontramos.—Estad en la inteligencia que no solo haceis un servicio al rey, sino hasta á la misma humanidad. La crueldad de esos hombres tiene llenos de temor á los habitantes de estos pueblos.

—Os digo con verdad, señor capitan ó gentil-home, que nada sé acerca de esos bandidos, porque jamás los he visto.—Solo sé que hay á poca distancia de este valle unas ruinas....

—Hácia que lado señora! porque tengo noticias de que las ruinas de un monasterio, sirven de guarida á esos foragidos.

—A la izquierda de este monte, y á la derecha del camino que parte para Burgos.

—Oh, gracias, señora; gracias, y que el cielo os conceda lo que mas apetezcais.

—El os haga feliz, caballero: contestó la penitente penetrando en su choza.

Los ginetes metieron espuelas á sus caballos y desaparecieron en un instante.

El compañero de Mendoza quedó intimamente convencido de que la penitente era de carne y hueso como él.



CAPITULO VI.

Un combate entre ruinas.

L capitán Mendoza y su tropa siguieron la dirección indicada por la penitente, y aunque les costó algún trabajo dar con las célebres ruinas del monasterio de San Benito, al cabo no fué en valde la caminata, pues en ellas encontraron las tropas del rey, lo que buscaban con tanto afán y deseo. Los bandidos de la *formidable* fueron sorprendidos en su nunca encontrada guarida. Siendo tal el asombro y la confusión que se apoderó de ellos en el momento de penetrar las tropas de Don Alonso, que la mayor parte se entregaron sin oponer la mas mínima resistencia.

Pero antes de referir estos sucesos, no será fuera de propósito que oiga el lector la arenga que el capitán Mendoza dirigió á sus soldados al descubrir las mutiladas torres del monasterio.

—«Soldados, amigos míos, les dijo con cariño: nuestra misión es sagrada, porque no solo cumplimos las órdenes y satisfacemos el deseo de nuestro rey y señor Don Alonso XI, que Dios guarde, sino que libramos á la sociedad y á vuestros hermanos, los que viven en este país, de la plaga mas horrible y cruel. Confío en vuestro acreditado valor, que esos enemigos del orden y de la humanidad, dejarán desde hoy de ser el terror de estas comarcas. No haya piedad para ellos, amigos míos, caigan sin compasión vuestras espadas sobre sus culpables cabezas, y reciban de una vez el castigo de sus maldades. En Burgos hemos de entrar mañana, saboreando el dulce placer de la victoria: no es eso, soldados?»

—Sí, sí, eso es: dijeron todos con entusiasmo.

—Bien, compañeros y amigos, bien, correspondeis á los deseos de su alteza y á los míos!

—Viva el rey! repuso la soldadesca desenvainando sus espadas.

—Viva, señores, viva cien años para nuestra felicidad, y su memoria eternamente; pero es preciso que haya cautela, y que todo se haga con el mayor sigilo, porque si se aperciben los bandidos de nuestra llegada, tal vez se nos escapen de las manos.

Los soldados guardaron silencio. Y á poco de esto penetraron en las ruinas en el momento en que los *formidables* se hallaban todos reunidos y descansando en la cueva, llamada el salón de las conferencias.

Nuño Fajardo les decia que Mal-alma habia sido castigado con la última pena por faltar al respeto al capitán de la compañía,

y que por orden de éste tambien habia sido puesto en libertad Don Jimeno de Luna y su bella hija.

Apenas Nuño acabara de hablar se apareció en la estancia un hombre que despues de sacar su espada, les dijo sin andarse con rodeos ni ambages.

—Daos todos á prision en nombre del rey.

—Quién es este miserable, compañeros? repuso Nuño Fajardo con desden.

—Soy... pero ya tendrás lugar de conocerme, asesino: y con un silvato que acereó á sus lábios, hizo que la cueva se llenara de tropa.

—A ellos! exclamó precipitándose sobre el primero.

—Cuérno y sangre, estamos perdidos! dijo Nuño defendiéndose como un leon.

Pero todo en vano. Las tropas del rey aprisionaron á una porcion de fogaridos, y solo un pequeño número entre ellos Nuño Fajardo, eran los que mas resistencia oponian.

—Animo, compañeros, ánimo y valor hasta el último momento... y si veis que esos miserables tienen la suerte de vencernos, porque son mayor en número, atravesarós antes el corazon con vuestros puñales, como lo hará vuestro gefe...

—Pues vivo te quiero, y vivo te cojeré para que su alteza y la gente toda se divierta en ver rodar por el polvo tu horrible cabeza: contestó el capitan Mendoza, sin dejar de ganar terreno.

Nuño Fajardo y los bandidos no apresados por Mendoza, que ascendian á más de treinta, se refugiaron en el hueco de una puerta, que nunca la vieron ellos abierta. Ya les faltaban las fuerzas y peleaban con sus contrarios sin obtener ventaja alguna. Los bandidos se vieron perdidos, y hubo un momento en que vacilaron; pero Nuño Fajardo les animó con estas palabras:

—«Valor, compañeros, valor hasta el último momento: no hay que desmayar... peleemos hasta que nos falten las fuerzas, y despues nos entregaremos... pero cuando ya seamos cadáveres... valor y mostrad hasta lo último que sois dignos soldados del generoso.

—Oh, sí, pero nos abandona en el momento que mas necesitamos de él: dijeron los *formidables*, con amargura.

—Vuestro gefe no os abandona en el peligro, compañeros: Dijo una voz asaz conocida de los bandidos, al mismo tiempo que se abrió la puerta que los resguardaba.

—Fuera, compañeros, fuera, dijo el generoso montando en un brioso alazan perfectamente vestido con todos los atavios de guerra.

Los bandidos se precipitaron en pos de él. Pero todo en vano porque las tropas del rey les seguian sin dejar de descargar grandes mandobles sobre las cabezas de los fugitivos. Estos pudieron llegar á la encrucijada, donde fué cogido Don Jimeno, y allí se agruparon en derredor de su gefe, formando un círculo impenetrable. El capitán Mendoza que no se habia olvidado de coger su caballo, y treinta mas de sus soldados, arremetieron con terrible furia al círculo formado por los *formidables*. Estos vacilaron un momento y despues volvieron á rehacerse.

—A ellos, otra vez! dijo Mendoza metiendo espuelas á su caballo.

—A ellos... constestaron los soldados entrando en el círculo y deshaciéndolo, sin que los bandidos tuvieran lugar para levantarse del suelo esta vez.

Entonces comenzó la mas horrible carnicería. Ni uno solo de aquellos infelices quedó con vida. Todo se habia concluido. La *formidable*, como habia dicho Mendoza, dejaria de existir en el mismo dia que él los encontrara.

Oni Yezans si alyano de esias iustic



Oh! Veamos si alguno de estos infelices respira

—Basta, compañeros, basta: dijo el capitán á sus soldados.

—No basta: contestó el generoso montando de un salto en su caballo, y arremetiendo á Mendoza con tanta furia que el capitán del rey se vió en extremo apurado.

Pero veinte mazas de hierro cayeron sobre el amante de Elvira, y éste y su caballo dieron consigo en tierra, el primero sin hablar una palabra, y el segundo dando fuertes y prolongados relinchos.

Media hora despues todo quedó en el mayor silencio. Las tropas del rey se dirigieron á Burgos, llevándose los prisioneros que habian hecho en las ruinas.

El campo donde habia tenido lugar la lucha, estaba sembrado de cadáveres, y la tierra teñida de sangre. Solo uno de aquellos infelices respiraba si bien con algun trabajo.

Cuando el dia comenzó á dejarse ver por el horizonte, una muger toda vestida de negro, con los piés descalzos, y el rostro lívido y cadavérico, se vió apartar con sus flacas manos las melezas que habia cerca del sitio donde yacian los bandidos de la *formidable*. Aquella muger los tocaba á todos y aun escuchaba con la mayor atencion si alguno de aquellos infelices respiraba. Pero de todos se habia apoderado el horroroso frio de la muerte. Entonces se acercó al amante de Doña Elvira de Luna y aplicó su oído á la visera del casco. La penitente creyó oír una respiracion casi apagada y penosa.

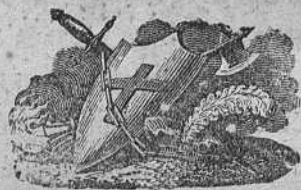
—Dios mio, exclamó alzando al cielo sus manos: se salvará este?

Y levantó la visera del casco, á fin de que el aire hiciera respirar al herido con mas libertad.

A los ojos de la penitente se presentó un hermoso rostro, de color blanco, de ojos azules y de precioso cabello rubio. El herido no representaba arriba de veinte años.

—Cielos! exclamó la penitente dando un paso atrás, sorprendida: estas facciones... este rostro todo... que semejanza tan notable!... pero oh! imposible, imposible! yo deliro... si, no me cabe duda de que es imposible... pero de todos modos socorrámosle...

Y la penitente se llevó con mil trabajos á su ermita al capitán de la *formidable*.





CAPÍTULO VII.

En el que se vé que la penitente es una antigua conocida de nuestros lectores.

TRANSCURRIDOS unos dias despues de los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, se hallaba bastante mejorado de sus heridas el capitan de la *formidable*, merced á los cuidados de la penitente y al esmero con que le habia tratado. Deseosa esta infeliz de hacer bien y de amparar á todo aquel que se hallase en peligro, salió de su pequeña habitacion, y se dirigió al sitio en que habia tenido lugar la batalla que dió fin con los bandidos de la compañía del generoso. Registró á todos, como la vimos mas arriba, para ver si alguno de aquellos infelices respiraba.

Pero estos, menos el gefe habian sido víctimas de la fiereza que desplegaron los soldados de Don Alonso. La penitente hubiera querido que todos respirasen para ampararlos; pero viendo que solo Felipe, era el único que daba señales de vida, lo condujo con mil trabajos y fatigas á su pequeña ermita. Una vez allí lo colocó cuidadosamente en el lecho de paja y heno que habia preparado para ella, aunque rara vez lo ocupaba. Despues frotó las heridas del paciente con bálsamos y yerbas que conocia como útiles á esta clase de males, y por la primera vez desde que se habia entregado á la penitencia, recorrió los pueblos inmediatos, con el objeto de hacerse con alimentos sanos y nutritivos para fortalecer á su enfermo. Este, que por espacio de tres dias estuvo sin dar señales de vida, comenzó al cabo á sentir el efecto saludable de las medicinas y alimentos que la penitente le administraba, no sin verter algunas lágrimas al contemplar el estado triste y doloroso á que lo habian reducido los soldados del rey.

Serian las cinco de la tarde del quinto dia en que se hallaba en la ermita el amante de Doña Elvira de Luna y Osorio. La primavera tenia ya andada la mitad de su carrera. Por consiguiente el campo estaba en todo el apogeo de su hermosura. El valle donde se hallaba situada la ermita de la penitente, presentaba un aspecto delicioso, magnífico. Todo allí era selvático y rústico; en todo se veia á la naturaleza, grave, imponente y hermosa á un tiempo. Los árboles estaban cuajados de hojas, las flores enbalsamaban el aire con el perfume que despedian, y el agua cristalina de los pequeños torrentes y derrumbaderos caia haciendo un agradable murmurio. Este cuadro encantador y divino se hallaba iluminado por los rayos del sol de Mayo, que aunque ya comenzaba á acercarse á su cuna, imprimia en todo este lugar, el sello de la mas encantadora poesia.

Mientras que el capitán de la *formidable* dormía con la mayor tranquilidad, sobre el miserable lecho de su bienhechora, esta dirigía sus preeces y oraciones al Altísimo, postrada delante del crucifijo que tenía en la ermita. Una palidez mortal cubría el rostro de aquella desgraciada: gruesas lágrimas se desprendían de sus bellos ojos, tristes y amortiguados. Sus manos se estendían de vez en cuando hasta los pies del Cristo, y después se las acercaba á sus labios, é imprimía en ellas multitud de ardientes besos.

La penitente volvió el rostro hácia donde estaba el jóven, y convencida que dormía profundamente, esclamó alzando los ojos y fijándolos en el hermoso é imponente semblante del crucifijo:

—Señor, ah, perdon otra vez!... perdon cien veces!... soy una miserable!... porque cuando mas necesitaba implorar vuestra misericordia divina, os he olvidado, os he abandonado!... Perdonadme, Dios mio, si por espacio de cinco dias no os he pedido la paz de mi alma y de mi conciencia!... perdonadme, si no me he acercado en tanto tiempo á este santuario una y mil veces regado con mis lágrimas, á bendecirte, á orar, á amarte señor, porque esta tu esclava te ama con delirio, porque eres justo y magnánimo; porque eres grande y poderoso... y porque eres por último el rey, el dueño absoluto de todo lo creado, del mar, del cielo y de la tierra!... Ah! señor, cuando me reiré yo cerca de vuestro trono, como se rie ahora toda la naturaleza, creada por tí... cuando... pero acaso necesito llorar otro poco de tiempo por haberos olvidado estos dias?... oh! por qué ha sido? sino por librar, por administrar en tu nombre á ese infeliz, todos los socorros que necesitaba, á ese infeliz, señor que al fin es vuestro hijo también!... oh! y qué recuerdos tan gratos y crueles á un tiempo ha despertado en mi alma!... se parece tanto aquel ser que vos en vuestros impenetrables ar-

canos me arrancásteis de mis brazos para que yo llorara noche y día, para que yo sufriera horribles dolores y espiara mis pasadas culpas... oh! miento, Dios mio, miento... perdonadme vuestra intencion fué quitármelo para que en vuestros brazos fuera menos desgraciado! no es eso? es cierto que no me equivoco?... y sin embargo ese jóven, se parece tanto... no solo á mi hijo sino al conde de...

Y la penitente sin concluir la frase, miró á todas partes como asustada. Sus ojos desencajados y llenos de lágrimas, se fijaron despues en el hermoso aunque descolorido rostro del jóven.

—Sí, se le parece! exclamó acercándose á él y cogiéndole una mano con cariño.—Se le parece... y tal vez sea mi hijo; tal vez sea mi querido Enrique!... oh! no hay duda, no hay duda... sino no me latiria con tanta precipitacion mi corazon, sino, no experimentaria la sensacion tan grata que experimento al contemplarlo, al cojer una de sus manos... oh! no me puedo engañar... mi corazon me lo dice... un instinto maravilloso me inclina hácia ese jóven que es indudablemente mi hijo, mi Enrique. Ah, si... Enrique, Enrique... dijo la penitente en medio de su loco arrebató.

El amante de Elvira abrió precipitadamente los ojos.

—Me llamábais señora? dijo mirando á la penitente lleno de estupor.

—Os llamis.... qué digo, te llamas Enrique?.....

—Oh! no, y hartó lo siento!—Deseariais que me llamara así?

La penitente soltó la mano del capitan, é inclinó la cabeza sobre el pecho. El golpe que habia recibido no podia ser mas terrible.

—Señora, señora, que teneis? oh, que teneis.... acaso.... os habeis puesto mala? hablad.... dijo el generoso incorporándose y cogiéndole una mano que llenó de besos.

La penitente levantó la cabeza, y despues de echar una mirada llena de amargura sobre el Cristo, contesto sentándose cerca del herido.

—Nada, no es nada... y vos como os sentis?

—Ah, señora! vos me ocultais vuestras penas.

—Mis penas, mis penas se acabaron desde que me entregué á Dios.

—Hay tanta amargura en vuestras palabras que...

—Amargura! exclamó la penitente, amargura! oh, no lo creais, y si no mirad como me sonrio.

Y aunque lo intentó, sus labios no pudieron desunirse.

—Ah, lo veis, lo veis! repuso Felipe con interés: lo veis como no podeis finjir lo que no siente vuestro corazon? Ah, señora, no me lo negueis... vos padeceis tambien como yo, y vos, como yo, tenéis el corazon herido! no es cierto...

—Cierto, sí, cierto... dijo la penitente inclinando de nuevo la cabeza sobre su pecho.

—Y temeis comunicármelas á mí, señora, que os amo! Ah! no seais tan cruel!

—Me amais!... y por qué? Qué os he hecho yo para obtener vuestro cariño?

—Una madre, señora, no hubiera hecho por su hijo lo que vos por mí!

—Una madre! una madre... Conocísteis á la vuestra?

—No, señora; no se siquiera quien fué.

—Cielos! vuestro nombre?...

—Felipe me han dicho siempre.

—Ah! si os llamarais Enrique!...

—Qué!...

—Tal vez pudiérais ser mi hijo: contesto la penitente casi maquinalmente.

—Vuestro hijo! y no os avergonzaríais de tener por hijo á un... yo mismo tiemblo al decirlo?...

—Quién sois? quién sois?

—Un bandido, señora! un hombre que ha autorizado el robo, el saqueo y el asesinato! Oh! pero bien sabe Dios, que era contra mis ideas, contra mis sentimientos y contra mis instintos!... pero mi padre, ó el que me recogió desde muy niño, era el capitán de la compañía que habreis oido nombrar con el título de la *formidable*, y por eso...

—Cielos! bandido! bandido... y sin embargo...

—Oh! tambien me despreciais! tambien como Elvira os asustais de mí? Ah, señora, no, no hagais tal... yo necesito una persona así, como vos, que me consuele... Ah! porque si supierais que llagado tengo mi corazon! si supierais cuanto he sufrido!

—Y qué edad teneis?

—Creo que no he cumplido los veinte años, señora.

—Justo cielo! y ya teneis llagado el corazon? Y ya habeis padecido?

—Sí, ya he padecido... pero he padecido de una manera horrible, cruel... ¿por qué no me dejásteis morir? Ah, algo mejor hubiera sido!...

—Tal vez, mañana encontrareis lo que hoy habeis perdido: repuso la penitente queriendo consolar precisamente con lo que ella esperaba todavía.

—Qué habeis dicho! creéis que Elvira me amará mañana, despues de saber que era un bandido, despues de haberme dicho que me odiaba y que me despreciaba? Ah, señora, profetizais tambien? quiera el cielo que se cumplan vuestros pronósticos!

—No, no, yo no profetizo... yo, soy una pobre pecadora que hace mas de quince años busco en vano un hijo querido así co

mo de vuestro edad, rubio como vos, y como vos bello y generoso! Ah, no sabeis cuanto he gozado al veros, porque... os creí mi hijo! si lo fuérais si os llámarais Enrique!... Ah, pero no, el cielo no me quiere conceder esta gracia, y sabeis por qué?... porque tal vez no haya espiado todavía mis muchas é infinitas maldades!

—Maldades vos! imposible!...

—Oh! si, maldades y maldades que todavía lloro!

—Ah! callad, imposible! vos, un ángel...

—Ángel! ángel habeis dicho?... pues el ángel, ha sido antes demonio!

—No os creo, permitidme que os lo diga.

—No me creis! es verdad, sois demasiado jóven para creer que en el corazon de una mujer se puede encerrar todo el engaño y la falsia que yo encerré en el mio! Si os dijera que aparentaba un amor que jamas sintió mi pecho... si os dijera... pero me callo porque el recuerdo, el recuerdo solo de mis primeros años, oh, me arranca el corazon, me hace perder la resignacion y el sufrimiento que he adquirido con el llanto y la penitencia! Si viérais que cosa tan buena es la oracion! si como yo tuviérais esperanza en Dios, de seguro, vuestros dolores y vuestras penas se calmarian... tened confianza en él y vereis como al cabo conseguis lo que mas apetezcáis: oh, no nos puede abandonar, es nuestro padre!...

—Ah, señora, cuán buena sois! qué pálabras tan dulces derramais sobre mi pobre corazon de veinte años ya herido, ya lastimado!

—Yo os quisiera proporcionar ahora mismo toda la dicha que deseais, porque os amo, os quiero... sí, mi hijo seria como vos, oh, y por eso solo... tendreis en mi siempre un guarda, una persona que velará constantemente por vuestra vida, y que os

dará toda la felicidad que pueda proporcionaros...

—Madre mia!...

—Oh! sí, repetid esas palabras! seré vuestra madre... os creo mi hijo, y tal vez... no recordais ningun pormenor de vuestra infancia? no conocísteis á nadie?...

—A nadie absolutamente: cuando tuve uso de razon me hallaba ya con Hugo de Troumblay; los bandidos me educaron y me enseñaron á odiar al género humano. El hombre que me habia prohibado tenia escelentes sentimientos, á pesar de su profesion; me amaba con delirio y algunas veces me llamaba su querido hijo: yo tambien le queria, porque jamás me quebrantó el mas minimo gusto. Cuando ya tenia yo diez y nueve años murió este infeliz, y su compañía me nombró en su lugar gefe de ellos, porque creian que con esto pagaban un tributo de cariño y agradecimiento al difunto Hugo. Yo no quise aceptar el cargo que me confiaban porque me repugnaba extraordinariamente semejante vida; sin embargo ellos se obstinaron y yo hu-
be de ceder. Pero en el poco tiempo que han estado á mi cargo esos hombres, no ha tenido lugar un asesinato, y yo he residido la mayor parte del tiempo en Valladolid, con el pretexto de estar á la mira de un asunto importantísimo. Allí fué donde conocí á la hija de Don Jimeno de Luna; allí fué donde ella escuchó mi amor y donde me dijo tambien que me amaba. Oh, ahora nada me resta! nada tengo, señora! Todo lo hé perdido, todo!... porque con el amor de Elvira he perdido mi dicha, mi felicidad, mis esperanzas!... Ah, si yo tuviera una posicion, si yo fuera conde, ó caballero, Elvira seria mia! pero nada, ahora me desprecia! sí, porque me ha visto entre bandidos, entre asesinos!... Oh, malditos sean cien veces, y malditos sean tambien os que me entregaron á ellos!

—El dolor os hace pronunciar palabras que no deben profe-

rir vuestros labios; ya os he dicho que tengais confianza en Dios; ya os dicho que si quereis conseguir lo que tanto deseais, en vez de mostraros desesperado y quejoso, sed por el contrario resignado y sufrido. Nuestro Dios, no quiere la soberbia, hijo mio... la soberbia fué causa de que arrojara del cielo y lanzara en las tinieblas, al ángel mas hermoso que tenia junto su trono.—Resignacion y esperanza, Felipe. Esperad, esperad, y.....

—Esperad! y hasta cuando? oh! señora, que triste es aguardar!

—Teneis razon, muy triste; pero el que espera con fé consigue al cabo lo que desea.

—Cuánto tiempo hace que esperais vos?

—Oh! quince años!...

—Ah, lo veis, lo veis? Y al fin qué habeis conseguido?

—Nada, es verdad! pero yo he tenido que espiar mis culpas! antes de llegar al cielo, necesito purificarme en el purgatorio! antes de hallar á mi hijo, necesito llorar su nacimiento y su existencia, si es que vive! Pero todavia no pierdo las esperanzas, porque estoy segura que ese Dios grande y misericordioso crucificado por sus mismos hijos; se apiadará de mí algun dia! Con que así valor, y tened confianza para lo venidero...

El amante de Elvira de Luna movió la cabeza con incredulidad.

—Sabeis vos, acaso, repuso la penitente, para qué os destina el cielo? Conoceis á vuestros padres?—No.—Y no podeis ser hijo de un caballero, así como de un plebeyo?—Ah, Felipe, sois injusto, porque todavia no sabeis ni lo que sereis, ni para qué os hallais en el mundo.—Os creeis infeliz porque vuestra amante os ha despreciado; y qué es el amor Felipe?... Una flor percedera y llena de espinas, cuyo olor es fragante y hermo-

so, y que sin embargo mata y aniquila.... Felipe, Felipe; si llegais á ser soldado, si llegais á entrar en batalla cerca de vuestro rey, ó de vuestro gefe; y os embriagais alguna vez con el triunfo de la victoria, vuestros amores serán olvidados, y el recuerdo de esa mujer irá desapareciendo poco á poco de vuestra mente.

—Oh, nunca; nunca.....

—Eso creéis? Está bien; pues en ese caso haceos digno de ella.

—Cómo: señora, hablad, indicadme un medio, y juro al cielo que Elvira no se avergonzará de tenerme por amante.

—Id á la guerra, pelead con valor, y despues que hayais adquirido gloria y provecho, despues que vuestro nombre sea conocido por toda Castilla como el de un héroe, presentaros á la hija de Don Jimeno, decidle que todo ha sido por ella, y entonces vereis en Elvira á la muger que deseais.

—Oh, gracias, señora, gracias!... cuanto os debo... mi salvacion física y moral, la curacion de mis heridas y la quietud de mi alma!... Con qué os pagaré tamaño bien?

Dos dias despues salia el hijo adoptivo de Hugo de Troumblay, de la ermita de la penitente, montado en un precioso caballo de guerra. La penitente lloraba enternecida al verlo partir, y cada vez se afirmaba mas en la idea de que bien podia ser su hijo el jóven capitán de la *formidable*. Este que tambien no pudo menos de enternecerse y de derramar algunas lágrimas al separarse de su bienhechora, tomó el camino que llegaba hasta Burgos, donde á la sazón se encontraba el rey de Castilla Don Alonso XI. Su intencion era presentarse al rey y pedirle una plaza de soldado ó de infanzón, en el ejército que con tanta prisa aprestaba para marchar contra los moros.

Antes de penetrar en la ciudad, y al pasar el jóven por el


real monasterio de las Huelgas, paró el caballo y se puso á contemplar las paredes y las torres del edificio que guardaba á la linda Elvira, su amor, su bello ideal. Lanzó un suspiro, que expresaba todo el sentimiento que tenia en abandonar aquel lugar y despues pasó la gótica puerta que servia de ingreso á la ciudad de Burgos.





CAPÍTULO VIII.

Entra el lector en relaciones con otros personajes que se dan á conocer en este capítulo.

ESPUES de reunir cortes en Valladolid el rey Don Alonso y de pedirles socorro y ayuda para la guerra que queria emprender contra los enemigos de la fé de Cristo, comenzó á recorrer sus reinos, no tan solo para ver en el estado en que se hallaban, sino con el objeto de castigar á los principales motores de las revueltas que hubo durante su minoridad. Don Juan el Tuerto y otros caballeros de tan elevada clase y prosapia, fueron víctimas de la venganza del rey. Recorrió en poco tiempo todas las Andalucías y las tierras que lindaban con las de los moros, y des-

pues se volvió á Castilla, donde al poco tiempo contrajo matrimonio con la infanta Doña María, hija del rey de Portugal.

La noble y antigua ciudad de Burgos, residencia tantos años de los reyes de Castilla y Leon, se vanagloriaba, en la época que recorremos, de tener dentro de sus muros al nieto de Doña María Alfonsa de Molina. Grandes festejos y funciones públicas hicieron los burgaleses para celebrar la entrada de Don Alfonso en la ciudad, pero en el momento que nuestros lectores vienen con nosotros á la pátria del Cid, todo estaba en el mayor silencio y en la mayor oscuridad.

La noche se hallaba en la mitad de su carrera. Los habitantes de Burgos, ricos y pobres, grandes y plebeyos, estaban entregados á ese letargo, pequeño remedo de la muerte, que todo el mundo llama sueño. Hasta en el mismo alcázar, donde moraba el rey, reinaba el mayor silencio, porque ni aun los centinelas de las almenas se atrevían á pasear por temor de hacer ruido con sus armaduras.

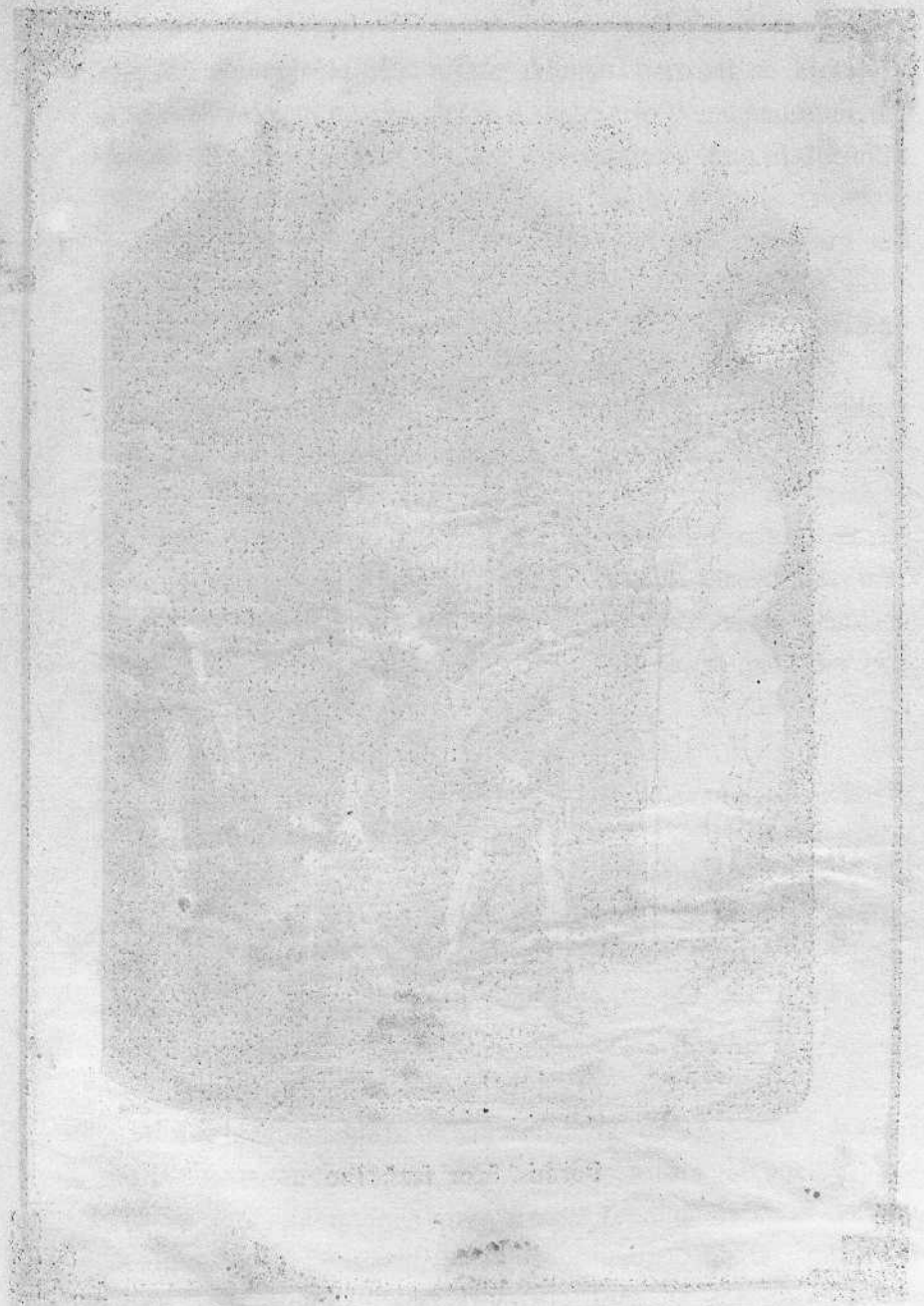
Solo en un pequeño salon, primorosamente adornado, y en cuyo frente ardía un hermoso hogar de marmol blanco, se veían luces, y á dos personas que cerca de la lumbre conferenciaban amigablemente. La que ocupaba el mejor sillón y el lugar preferente, era un jóven de diez y siete años, no cumplidos, de color moreno, de ojos negros y grandes, y de nariz un poco larga. Una gracia inimitable, se esparcía por todo el rostro del jóven cuando se sonreía. El hijo de Fernando IV, no era tan hermoso como este, pero su fisonomía además de reunir algunas facciones buenas, era de lo mas simpático y agradable. Sus manos perfectamente cuidadas y de una configuracion preciosa, se entretenían en desrizar los preciosos bucles negros que caían por los hombros de su negra y larga cabellera. El nieto de Doña María estaba tan distraido que no sentía que á veces tiraba de

un modo de su cabello, capaz de producir fuertes dolores.

Alonso XI estaba acompañado de otro jóven, pero de mas de veinte y cuatro años, cuidadosamente vestido y acicalado, de facciones agradables, y de mirada en extremo suspicaz y penetrante. Este jóven que se llamaba Don Alvaro Nuñez de Osorio, conde de Trastamara, era el amigo, el confidente y el todo del rey de Castilla. Alonso XI le amaba desde niño, y le amó mucho mas desde que le presentó en la capital de la Bética á la hermosura mas singular y notable que tuvo Castilla, por aquellos tiempos. La privanza de Don Alvaro Nuñez de Osorio, tenia escandalizada no solo á los grandes, sino hasta todos los reinos. El hijo del rey emplazado, prodigaba sin tino títulos, bienes y empleos, al mas querido y al mas desgraciado de los privados. Los grandes se llenaban de envidia, y se maravillaban asáz, de que Don Alonso XI, á pesar de su carácter libre y de su independencia en el obrar, se sujetase tanto al capricho y á la voluntad del primer conde de Trastamara. Este que era un tanto ambicioso y amigo de figurar á cualquier precio, amaba al rey con sinceridad, y aunque le faltó mas tarde, de una manera que Don Alonso sintió y no esperaba de su mejor y mas querido amigo, como le llamaba, no mereció ciertamente el castigo tan cruel que le impuso el hijo de Fernando IV. Pero de estos sucesos hablaremos, con la ayuda de Dios, en su tiempo y lugar oportuno.

Don Alonso seguía, en su distraccion, descomponiéndose los preciosos rizos en que terminaba su luenga guedeja. Sus megi-llas teñidas de un vivo carmin, y sus ojos llenos de laxitud, indicaban claramente que el rey se entregaba con gusto á la distraccion en que se hallaba sumerjido, distraccion que tal vez le representaba los mas gratos y magníficos recuerdos.

El conde no quitaba ojo del rey. Deseaba conocer las ideas





Dormis? Seor fanfarron.

que tan preocupado tenía á Don Alonso, pero ni se atrevia á preguntárselo, ni mucho menos á distraerlo de su pensamiento. Así es que se reclinó en el sitio y bien pronto vino el sueño á hacerle olvidar su curiosidad.

El rey levantó á poco sus ojos y los clavó en el rostro del conde de Trastamara.

—Dormis, seor fanfarron?... le dijo, tocándole al mismo tiempo para que despertara.

El conde dió un repullo y repuso como asustado:

—Qué, acaso... quien me llamaba? Ah, sois vos, señor...

—Bien, conde, bien, estais todo lo mas gracioso que puede estar una persona cuando se despierta tan sobresaltada como vos.—Y decias que no os dormiriais aunque pasáeis toda una noche en vela?... ya veis como todo eso no es mas que hablar, señor mio, hablar... y si yo ahora... pero no, os perdono por esta vez.

—Verdaderamente, dijo el conde pasándose una mano por los ojos, que es capricho pasar noche toledana sin necesidad!—A qué viene estarse aqui sin pegar los ojos, y...

—Oh, si tuviérais los pensamientos que yo, si...

—Hé ahí la razon porque yo me duermo y tu alteza no: vamos á ver, qué queriais que hiciera?

—Tienes razon.

—Y pudiérais decirme en que pensábais mientras yo...

—Acaba, acaba...

—Pues bien, mientras yo dormia?...

—Oh! esas tenemos? tambien curioso?... pero no importa.—Pensaba... en qué quereis que yo piense, conde de Trastamara?

—Ignoro...

—Sí, sí, siempre ignoras, lo que quieres oir por segunda o tercera vez; dijo el rey con tono bromista.

—Juro á tu alteza!... pero cáspita ya he adivinado en lo que pensais!...

—Veamos, veamos, repuso Alonso XI con alegría.

—Sin remedio! es esto, es esto, no me cabe la menor duda...

—Conde, conde...

—Ah, con que mientras yo dormia, porque tenia sueño... vos os entregábais en cuerpo y alma á la mas linda y...

—Sí, eso es, exclamó el rey dando palmadas de alegría. Sabéis, conde de Trastamara, que adivináis á las mil maravillas? Y ya que me habeis descubierto mi pensamiento os voy á hacer una confianza, que guardareis en lo mas recóndito de vuestro pecho. Entendeis?

—Señor, señor... esa advertencia me ofende y...

—Perdona, amigo mio, perdona; pero hoy no sé lo que me digo, porque cada vez que pienso que está aquí, tan cerca de mí, que la amo... sin ella seré desgraciado amigo mio, sí, seré desgraciado, porque la amo con delirio, porque mi corazon sensible y ardiente necesita esa muger para ser feliz...

—El diablo que os entienda, señor! repuso el Conde.—Pero no hablais de Doña María? de la infanta de Portugal que tal vez dentro de quince dias será reina de Castilla?

—Conde de Trastamara, os burlais de vuestro rey? dijo Don Alonso lleno de indignacion y cerrando los puños con rabia.

—Perdon, señor, perdon!... mi intencion...

—Oh! pues no sabéis, pecador de mí, que yo no puedo amar á otra persona que á la que vos me enseñásteis en Sevilla, amiga vuestra, y viuda de Don Juan de Velasco?

—Todavía esa maldita idea, señor? no os he dicho que Doña Leonor de Guzman amaba en extremo á su esposo, para que lo olvide tan pronto? No os he dicho que noche y dia lo llora sin cesar?

—No le hace, no le hace... yo la amo, oh! si supiérais cuanto fuego hay mi pecho! si os dijera que sin el amor de esa muger será vuestro rey, no sólo desgraciado sino hasta inútil... si os dijera... pero basta: voy ahora á manifestaros mi deseo: Doña Leonor está en Burgos...

—En Burgos! imposible, su pátria es Sevilla, y ella...

—Doña Leonor está en Burgos, os he dicho, conde: yo lo he visto hoy mismo, y cuidado que los ojos de un enamorado rara vez se suelen equivocar. Vos sois su amigo, y así como me llevásteis en Sevilla á su casa, quiero que me lleveis mañana. Decid, como allí, que soy un amigo vuestro, y un conde aragonés. Despues me dejareis solo con ella... y Doña Leonor será mia.

—Señor, tu alteza no vé que...

—Nada veo, nada absolutamente. La amo, es mi primer amor y necesito tanta felicidad como pueda ambicionar mi corazon de diez y siete años. Escuchadme....

—Permitidme antes, dijo el conde mirando á Don Alonso con la mayor atencion.

—Hablad.

—Conozco que tu alteza me dá una prueba de aprecio y cariño confiándome sus secretos y con darme el destino que acabas de confiarme, es decir, hacerme cómplice de esas intriguillas amorosas, que en un rey nunca están bien.....

—Ah! conque un rey no ha de tener corazon? Conque para un rey está vedado el amor, ese sentimiento grande y sublime, que hasta el mismo Dios ha santificado! Cuán cruel sois conmigo! otro amigo en vez de hacer lo que vos haceis me daría esperanza, y me hablaria constantemente de esa muger, objeto de mi amor.

—Ah, señor! y qué mal me comprendéis! si como yo estu-

viérais libre de esas ideas, libre de ese amor que á vuestra edad no pasa de ser un capricho, un antojo, viérais lo que yo veo.

—Y qué veis, señor predicador?

—Veo detrás de esa muger, el porvenir, D. Alonso!...

—Por Cristo, que estais filósofo! pero escuchadme. No os ha valido el que yo conociera á Doña Leonor, el título que llevais?

—Efectivamente, repuso el conde abriendo tanto ojo.

—Pues bien: si me llevais á su casa mañana os doy el condado de Sarria, y el señorío de Cabrera.....

—Señor....

—Y si Doña Leonor llega á amarme, si llega á ser mia, el condado de Lemos y las tierras y señoríos de Ribera, pasarán á aumentar vuestros bienes y vuestros títulos. Decidme ahora, qué os importa el porvenir después, siendo conde de Trastámara, de Sarria y de Lemos, y señor de Cabrera y de Rivera?

—Basta, señor, basta. Tu alteza me confunde, y....

—A qué hora me llevareis mañana á casa de vuestra amiga, señor conde Sarria?

—Sois mi rey y mi señor, y tengo que obedecer.... á la hora que tu alteza designe.

—Oh, magnífico, magnífico! sois todo un amigo, conde!

—Señor, cesa en tus alabanzas, porque ciertamente no las merezco.

—Y qué hora quereis que designe, Don Alvaro?

—Tu alteza como dueño puede señalar, seguro que á la hora que indique me tendrá á su disposicion.

—Pues bien, qué os parece después de entrada la noche?

—Me parece una hora muy oportuna, porque así no será conocido tu alteza.

—Conque segun eso, quedamos convenidos?

—Convenidos, señor.

—Oh! Don Alvaro, exclamó el jóven rey, lleno de alegría: Me dais la vida, la felicidad, porque yo, oh! tenedlo por seguro, seria desgraciado sin el amor de esa muger! Ahora, por el contrario, soy el hombre mas feliz..... sí, porque Doña Leonor me amará, no es cierto? me engañaré, amigo mio?

—Puedo asegurarte, señor, que á la viuda de Velasco no le desagrada mi amigo el conde de Candespina.

—Oh, felicidad! ese soy yo, verdad?

—Con efecto, el rey de Castilla es para Doña Leonor de Guzman, el conde de Candespina.


—Bien, Don Alvaro; sereis Conde de Lemos y señor de Rivera.

Y el rey despues de saludar á su favorito con la mayor afeccion y cariño, se echó en su lecho, donde tuvo los sueños mas gratos y deliciosos.



CAPITULOIX.

*De como el conde de Trastamara hizo con la mayor eficacia
el encargo del rey.*

L dia siguiente y sobre las diez de la mañana, se vió salir del alcázar real, al conde de Trastamara, envuelto en una larga capa de tela oscura. Poca gente habia por las calles, á pesar de hallarse el dia tan entrado, así es que Don Alvaro de Nuñez y Osorio, pudo llegar bien pronto á la puerta de una pequeña casa de aspecto medio gótico y medio árabe, que habia en una de las calles mas estrechas y malas de Burgos, pero no muy distante del alcazar que habitaba el rey. Las dos ó tres ventanas que tenia la fachada de aquella reducida, pero preciosa casa, se ha-

llaban cubiertas con celosias de madera pintada de verde, que impedian que los curiosos viesen lo que se hacia al través e ellas.

Don Alvaro de Nuñez sacó su diestra por el embozo de la capa, y dió con suavidad dos ó tres golpes en la puerta e entrada, golpes que fueron contestados de dentro con un «allá voy» dicho con no muy buena gana.

La puerta se abrió á poco y apareció en el umbral una vieja de traza bastante regular.

—Quién sois? dijo á Don Alvaro.

—No me conóceis ya, Munima?

—No os conozco en efecto, caballero; pero si me dijérais vuestro nombre, acaso, acaso...

—No tengo inconveniente siempre que me dejeis entrar á donde está vuestra ama...

—Por Dios, caballero, que si no delirais, os falta póco! de qué ama hablais? aquí no hay mas que yo... que soy la dueña absoluta de mi casa.—Vamos, caballero, de seguro estais equivocado...

—Oh, no, es tan cierto de que estoy hablando con el aya de la mas hermosa de las mugeres...

—Os digo, caballero, repuso la vieja disponiéndose á cerrar la puerta, que estais de seguro equivocado.

—Equivocado! no lo creais, Munima, y os voy á dar una prueba que os convencerá de ello.—En esta casa de la que os haceis dueña absoluta, vive Doña Leonor de Guzman, viuda de Don Juan Velasco.

—Imprudente, imprudente! exclamó la vieja con rabia.

—Ya veis si estoy equivocado.

—Bien, bien, quién sois y qué quereis?

—Ver á vuestra ama porque es preciso, indispensable que la

vea al instante.

—Pero si Doña Leonor no quiere recibir á nadie, si...

—Decidle que la quiere ver y hablar el conde de Trastamara y de Sarria.

—Loado sea Dios! y por qué no habeis dicho vuestro nombre al principio, señor? oh, perdonad si he... pero las órdenes que tengo de mi señora son tan estrechas, que no he podido pasar por otro punto.—Voy al momento á avisar de que estais aquí. Pero mientras tanto puede entrar vuestra grandeza y esperar en ese pórtico, hasta que Doña Leonor sepa estais en su humilde casa.

Don Alvaro no se hizo de rogar mucho. Penetró en el pórtico y esperó á que regresára Munima. Esta apareció á poco y le dijo indicándole una pequeña escalera, cuyos peldaños estaban cubiertos con magníficas alfombras:

—Por ahí, señor conde... Doña Leonor aguarda á vuestra grandeza.

El de Trastamara desapareció por la escalera.

Una mujer le aguardaba en el extremo de ella, y le condujo á un precioso y elegante salon, adornado sencillamente, pero con mucho gusto y primor. Esta mujer era Doña Leonor de Guzman; madre del rey Enrique II, llamado el de las mercedes.

Era imposible hallar una hermosura mas singular y perfecta que la de Doña Leonor. Su cutis de una blancura admirable, era finísimo y casi trasparente: sus ojos negros y grandes, estaban llenos de espresion, de vida, de amor: sus lábios delgados y de un precioso carmin, dejaban ver cuando se desunian dos hileras de perlas en extremo blancas y brillantes. Su nariz afilada, de configuracion griega, su cabello negro, abundante y lustroso, y su aire altivo y noble ó un tiempo, completaba el

verdadero tipo de la hermosa muger de la Georgia.

El retrato de Doña Leonor se puede hallar en el de la bella y gentil reina de Sabá, que por su singular belleza, cautivó al sábio rey Salomon. La viuda de Don Juan de Velasco, unia á su sin par hermosura, un alma ardiente y sensible, una imaginacion rica y fecunda, y un corazon afecto á todo lo bueno, puro y santo. Sus sentimientos eran los de un ángel.

Don Alvaro le dijo; despues de tomar asiento frente de ella:

—Y cómo en Burgos, señora? Cualquiera diria que me venis siguiendo...

Doña Leonor se sonrió al escuchar la chanzoneta del de Trastamara: Este continuó de esta manera.

—Cómo ha sido el abandonar vuestra hermosa pátria? Cómo habeis dejado aquel cielo puro y encantador por este triste y nebuloso?... Es necesario que confeseis conmigo que la muger es caprichosa en estremo... vamos, vamos, dejar vuestra bella Sevilla, por este pueblo tan frio y...

—Esa es la razon precisamente, conde. Mi salud se iba quebrantando notablemente con aquel clima ardiente, y los médicos y mi tío el de Guzman me han hecho salir de alli, casi á la fuerza.

—Qué, se encuentra aqui vuestro tío?

—Sí, con él he venido y con él permaneceré hasta que se marche.

—Pensais volveros otra vez á Sevilla?

—Sí, conde; alli está enterrado mi esposo, y alli lo he de estar yo tambien.

—Todavia esa maldita idea! cuándo dejareis de llorar, y.....

—Oh! nunca, conde de Trastamara, nunca!

—Pero bien, enhorabuena que lloreis un poco á vuestro marido, pero ya eso es demasiado... vos sois joven y notablen-

te hermosa, y debeis sacar partido de vuestra belleza, debeis de dejar libre el corazon para que se inflame con otro amor, tal vez mas verdadero que el primero.

—Mas verdadero que el que yo tenia á mi esposo?

—Mas, Doña Leonor.

—Qué, puede amar la persona dos veces de la misma manera?

—El corazon tambien puede engañar, señora: y no tiene nada de particular que en vuestro primer amor os haya sucedido eso.—Por qué no haceis la prueba?

—Oh! no callad, conde!...

—No teneis ningun recuerdo...

—Ninguno.

—Sin embargo, me confesásteis en Sevilla, que os agradaba mi amigo el conde de Candespina, porque tenia mucha semejanza con el difunto Velasco.

Doña Leonor miró llena de estupor al conde de Trastamara: Despues le dijo, poniéndose encarnada como un lirio.

—Ah, si, teneis razon...

—Y decidme; no os habeis acordado nunca desde entonces de ese vivo retrato de vuestro esposo?

—Nunca, bien lo sabe Dios! contestó Doña Leonor, mintiendo acaso por la vez primera.

—Nunca! oh, pues mi amigo piensa en vos tanto, señora, que ya casi delira, cuando se le os nombra.

La de Guzman se encogió de hombros. Don Alvaro que no perdía el menor movimiento de la jóven, repuso mostrando interés por su amigo.

—Y decidme, señora, no sentireis vos, que tan buena sois, siquiera un resto de piedad hácia el conde mi amigo, que tanto se parece á vuestro esposo, y que os ama con frenesi?

—No comprendo vuestras palabras, conde: qué quereis decirme con todo eso?

—Que el conde de Candespina está loco de amor por vos y que es necesario que vos le ameis.

—Conde de Trastamara!...

—Oh! no lo neguéis! os lo he conocido!... á qué negar una cosa tan natural como esa, señora? Acaso vuestro corazon de diez y ocho años no podia concebir otra pasion mucho mas grande, mas viva y mas ardiente que la que profesásteis á vuestro difunto esposo? Hablad, señora, hablad, y no temais ser franca canmigo. Temeis acaso, que yo cometa alguna imprudencia? Oh, desechad ese temor, que el conde de Trastamara sabrá guardar eternamente silencio sobre este particular.

—Delirais Don Alvaro? quién os ha dicho que yo amo á vuestro amigo el conde de Candespina?

—Nadie, señora, es verdad; pero como el amor y el dinero no pueden estar ocultos, yo os lo he conocido...

—Oh, pues engañado estais!...

—Engañado! me parece que no, Doña Leonor. Sin embargo, tal vez...

—Oh! sí, sí, no lo dudeis.

—De modo que no tiene ya mi amigo, jóven en estremo, rico y noble, ni la mas mínima esperanza? no es eso?

—Precisamente.

—Sois tan cruel como hermosa, señora!

—Cruel! cruel porque no amo á vuestro amigo? Ah! conde! sois tan exigente como los demás hombres! acaso el amor se tiene y se pierde cuando una quiere? Por qué he de haber olvidado á mi esposo? Por qué no le he de amar ya?...

—Bien, bien, señora... sois dueña absoluta de vuestro corazon y podeis disponer de él á vuestro antojo.—Pero permitid-

me os haga una pregunta.

—Hablad.

—Pensais vivir así siempre?

—Creo que sí.

—Y decidme, si por casualidad se enamora de vos algun grande de la córte y os pide vuestra mano...

—Si mi corazon no lo prefiere á los demas hombres permaneceré viuda.

—Y si el rey de Castilla se enamorase de vos, y os ofreciera su amor, y una posicion elevada, qué le contestaríais?

—Que amaba demasiado á mi esposo para infamarlo aun despues de muerto.

Don Alvaro se mordió los labios.

—Con que sois una belleza inespugnable?

—No, conde, no soy una belleza inconquistable; soy una muger que comprende su situacion y que no se entregaria á ningun hombre, ni por adquirirse una posicion, ni por deseos de figurar. Solo...

—Solo á qué os doblegareis?

—Al amor.

—Al amor! oh, quién será el afortunado que logre inspirároslo, señora?

—Nadie hasta ahora.

—Y el conde de Candespina, no ha tenido la suerte de encender siquiera un poco esa llama amorosa que yace apagada en vuestro pecho?

—No, Don Alvaro, no: qué quereis que os diga, repuso la de Guzman, poniéndose descolorida para mentir.

El conde lo advirtió, y le dijo al instante:

—Es esa la contestacion que debo dar á mi amigo, señora?

Doña Leonor vaciló en contestar.

—Con que le diré de vuestra parte, continuó el conde, que pierda toda esperanza?

—Toda... contestó la jóven con trabajo.

—Bien, bien, estais en vuestro derecho...

—Pero, por qué le llevais vos semejante recado? dijo Doña Leonor, como queriendo apurar al conde, para ver si este le decia algo mas de su amigo.

—No lo estrañeis, señora: la amistad tiene deberes sagrados que cumplir. Mi amigo, está loco de amor por vos; si lo viérais habíais de tener piedad de él: me pidió, me suplicó en medio de su frenesí que viniera á veros y que os dijera lo que padece por ser vos esquiva, y por estar preocupada con una idea fatal.....

—Una idea fatal, señor conde? dijo la de Guzman interrumpiendo al amigo de Alonso XI.

—Sí, porque no solo os obstináis en creer que amais á vuestro esposo aun después de muerto, sino que...

—Continuad, señor, continuad si os place.

—Obedezco, puesto que así lo quereis. Os decia que mi amigo el conde de Candespina me suplicó viniera á deciros su amor y me encargó tambien os pidiera una contestacion pronta, definitiva, que estad segura de ello, decidirá de su suerte. En mi deber está; cumpliendo con la verdad y con el cariño que le profeso, decirle cuanto vos me habeis dicho...

—Y por qué no mentís, señor conde? por qué no le decís lo contrario de lo que habeis oido de mis lábios?

—Callad, señora, callad! y sois vos la que tal cosa me aconsejais?... Conque quereis que dé esperanzas á mi amigo, para que después sea mucho mas amargo el desengaño? Oh, una gracia quisiera pedirós, señora; si me la concedeis, me librais de un paso que quisiera evitar á toda costa.

—Hablad.

—He pensado que seria mucho mejor que vos misma contes-
tárais al conde de Candespina. Yo le digo que nos habeis cita-
do para la noche de este dia, y con eso no solo le hago vivir
un poco más, sino que oye de vuestra misma boca, lo que yo
no quisiera decirle. Qué respondeis?

—Conde de Trastamara, está acaso escrito en mi rostro, lo
que desea mi corazon?

—No os comprendo, no os comprendo... contestó Don Alva-
ro sonriéndose de alegría.

—Ah, demasiado por mi desgracia, señor! contestó la jóven
sin poder ocultar su turbacion.

Uno de los tapices, se movió al decir Doña Leonor las ante-
riores palabras.

—Conque segun eso, repuso el de Trastamara con astucia,
me quereis prestar tan gran servicio, á mí, señora, que os he
dado hoy tan mal rato?

—Mal rato, habeis dicho! Ah, no lo creais!

—Sí lo creo, señora, sí: olvidais que os he hablado de otro
amor, cuando todavía quereis á vuestro esposo, y que segun
me habeis dicho, no es fácil haya otro amor que os haga olvi-
dar el del difunto Velasco?

—Ah, os gozais con vuestro triunfo! Ved ahí por qué temia
ser franca con vos!

—Oh, perdon, señora, perdon! repuso el conde con galante-
ría. Si hubiera sabido que mis palabras os ofendian mi lengua
hubiese enmudecido.

—Gracias, gracias; pero ya es tarde! Conoceis mi secreto, y
os quisiera preguntar...

—Sí, sí, hablad!

—Pues bien, lo que hareis con él.

—Oh, guardarlo en lo mas recóndito de mi pecho: es eso lo que quereis?

—Sí conde de Trastamara, eso quiero.

—Está bien, señora.—Ahora tened la bondad de decirme si os encargais vos de contestar al conde, ó...

—Después de anohecido os espero á vos, y á vuestro amigo tambien.

La cortina volvió á moverse y á poco se oyó ruido de pasos, que se alejaron bien pronto.

-- Adios, Doña Leonor; dijo Don Alvaro cogiendo de una silla su precioso birrete de terciopelo, y haciendo una elegante cortesía, á la futura favorita de Alonso XI de Castilla.

—Hasta la noche, conde de Trastamara.

—Y de Sarria, señora: contestó el conde volviéndose hácia Doña Leonor.

—Cómo es eso?

—Sí, su alteza el rey de Castilla me ha honrado con el título de conde de Sarria.

—Oh, pues recibid la enhorabuena de vuestra amiga.

Y el conde salió de la estancia de Doña Leonor, diciendo para sus adentros:

—Muéstrate amable esta noche con mi amigo el conde de Candespina... y mañana lo seré yo de Lemos...

Antes que Don Alvaro de Nuñez, salió de en casa de la de Guzman, un hombre de alta estatura y cubierto hasta los ojos con el embozo de un manto de una de las órdenes militares.

Munina le dijo con el mayor agrado al abrirle la puerta:

—De buen humor ó de malo?

—El demonio vá á cargar esta noche con el ánima del gran

maestre de...

—Jesus mil veces! exclamó la vieja, santiguándose.

A poco salió el favorito de Alonso XI y se dirigió al alcázar real.





CAPITULO X.

En el que se vé que Don Alvaro de Nuñez y Osorio hizo todo lo que pudo para ganar el condado de Lemos.

AN luego como llegó la noche se dirigió el rey, acompañado de su amigo el conde de Trastámara, á la casa de Doña Leonor de Guzman. El corazón de Alonso XI saltaba de alegría. El futuro conde de Lemos le habia dado tan buenas esperanzas, que el hijo de Fernando IV, estaba casi loco de contento, porque segun las palabras de su amigo, su amor vivo y ardiente, sería no solo atendido por Doña Leonor, sino hasta correspondido, porque en su pecho ardia otra llama igual á la que abrasaba al jóven que regia por entonces los destinos de Castilla. Así es que tan

luego como la noche comenzó á estenderse por el horizonte, el rey lleno de impaciencia y deseoso de apresurar el momento de ver á la mujer que con tanto delirio amaba, le dijo á su amigo levantándose del sillón donde le vimos por primera vez, y cogiendo una capa bastante larga y cumplida:

—Conde, conde, el día ha desaparecido! os parece ya hora?

—Señor, aguardemos un instante...

—Siempre aguardando!

—Es necesario, señor; os pueden conocer y...

—Y qué, acaso vamos á cometer un crimen?

—No, gran rey; pero si os ven y os conocen, si por casualidad nos siguiera cualquiera y nos vieran penetrar en la casa de Doña Leonor, mañana se hablaría en todo Burgos de tu alteza, de mí y de la de Guzman.

—Y qué me importa que hablen, conde?

—Es que antes de amante sois rey, señor.

—Siempre lo mismo! exclamó Alonso XI con amargura.

—Un rey debe evitar el ridículo, y debe evitar siempre también, que sus operaciones y los actos de su vida privada, sirvan de motivo para que hable la gente murmuradora y chismográfica.

—Ay del que se atreva, conde! repuso el rey, inmóvil por la cólera.

—Se atreverán á hablar, y tu alteza no podrá prohibirlo de ninguna manera. Solo un medio hay, para evitar que el vulgo se entere de tus amores.

—Y qué no se figurará mi pueblo, que su rey tiene un corazón hecho para el amor? Acaso, dejará de quererme por eso?

—No me comprendéis, señor!

—Oh, pues hablad claro.

—Y ella, Don Alonso, y ella?

—Esplicaos, esplicaos pronto, y no me tengais en esta ansiedad!

—Escuchadme: vos amais de todas veras á Doña Leonor.

—Necesito decíroslo conde? No sabeis que la amo con frenesí? No os he dicho mil veces, que sin el amor de esa mujer seria vuestro rey desgraciado? No sabeis que su negativa será mi muerte, y que su asentimiento será la salvacion de mi alma y de mi cuerpo? Ah, conde! y me preguntais si la amo de todas veras!

—Bien, señor, bien, eso mismo queria oir de tu boca, para decirte despues que no debes de ningun modo dar lugar á que el vulgo saque partido de tu amor, y del que ella te profesa. Si lo publicas, mañana esa mujer aunque sea pura é inocente, será llamada...

—Acabad, conde, acabad!

—Mañana, continuó éste, la llamarán tu favorita.

—Mi favorita! y pierde con eso? Su honor...

—Su honor se mancilla con solo esa palabra. Favorita y concubina...

—Un medio, conde; un medio para librar á ese ángel de la maledicencia publica.

—Un medio pides? Te lo daré muy en breve, siempre que tu alteza me dé palabra de cumplirlo.

—Os la doy.

—Pues bien, señor; prudencia y sigilo. Con esto solo...

—La tendré, conde, la tendré, os lo juro.

El de Trastamara se acercó á la ventana, y despues de mirar por ella un momento se volvió hácia donde estaba el rey, y le dijo:

—Señor, ya es hora: Doña Leonor nos aguarda.

Alonso XI se puso al instante de piés, y á poco salió con el

conde del alcázar real.

La noche era en extremo lóbrega. La mas completa oscuridad reinaba por todas partes. El rey y su amigo, embozados hasta los ojos, caminaban con precipitacion hácia la casa de Doña Leonor. Pero mientras llegan y dán con ella, si la oscuridad lo permite, referiremos al lector lo que dijo la de Guzman, así que se marchó el conde de Trastamara.

—Dios mio! exclamó cayendo desplomada sobre el sillón que habia ocupado durante la visita de Don Alvaro. —Todo lo he confesado ya! Oh, y yo que creia poder tener siempre oculto este amor, que desde el primer dia que se inflamó en mi pecho, conocí yo que era el verdadero, el que yo necesitaba, y el que necesita tambien mi corazón? El conde de Candespina me ama de la misma manera..... El conde de Candespina es libre como yo, y nadie, nadie absolutamente se opondrá á nuestra felicidad! Oh, dichoso dia!.... Cuando yo le ví por primera vez, cuando yo contemplé sus ojos negros y hermosos, cuando ví su aire y su porte, régio enteramente, mi corazón latió con tanta violencia, que casi queria saltárseme del pecho; mi cabeza se desvaneció por un momento y una embriaguéz dulce y grata en extremo, se apoderó de mi alma, que hasta entonces no habia conocido tan agradable impresion! Oh, era el amor que se introducía en mi corazón sin que yo tuviera fuerzas para rechazarlo; ah, y yo que creia era amor lo que profesaba á mi esposo! Oh, perdon, perdon..... pero ahora veo que no le amaba, porque no sentia por él lo que siento por el conde de Candespina..... Ah, perdon, lo puedo yo acaso remediar?.... Es culpa mia que el cielo haya consentido se encienda en mi pecho un amor mucho mas grande y mas verdadero? Ah, no, no la tengo!..... Dios lo ha dispuesto así, no hay duda..... y es preciso sujetarse á su santa voluntad..... Conde de Candespina, yo te adoro, sí, no temo de-

cirlo, porque mi amor es puro, como lo será el tuyo! no temo decirlo, porque como yo eres libre y nuestra felicidad será santificada por la iglesia! Oh, libres y amarse así, como nosotros nos amamos.

Doña Leonor calló porque Munima penetró en la estancia donde se hallaba.

—Señora, le dijo acercándose á la jóven; mientras estaba aquí el conde de Trastamara, llegó.....

—Quién, mi buena Munima?

—El hombre, querida señora, el hombre que ya conoceis.

—No te comprendo.

—A que con la alegría que teneis, no os acordais ahora.....

—Alegría, Munima! pues cómo conoces que estoy alegre?

—A ver! pues si teneis el rostro mas contento que unas Pascuas!

La de Guzman se sonrió, y dijo á su aya con cariño.

—Vamos, habla, qué hombre es ese?

—Aquel que os ha perseguido de muerte en Sevilla, y á quien vos siempre habeis despreciado..... El gran Maestre.....

—Basta, basta, Munima! repuso Doña Leonor pálida como un cadáver y apretando después los dientes, como si una contraccion nerviosa se apoderase de toda ella.—Y qué queria ese hombre? continuó clavando sus hermosos ojos negros en el rostro de la vieja.

—Quería veros, queria entrar para.....

—Infame! exclamó la de Guzman interrumpiendo á Munima.

—Y tú que le contestastes?

—Qué queriais que le contestara, señora? le dije que se marchara al instante, porque si no me pondria en medio de la calle á dar gritos como una loca, pidiendo socorro.

—Bien, Munima, bien; y se marchó?

—Se marchó; pero renegando como un condenado.

—Cómo habrá sabido ese hombre que estamos aquí? dijo Doña Leonor pensativa.—Y yo que me creía libre de él con venirme á esta tierra! oh, el diablo envia á ese hombre!

—Sí, teneis razon, el diablo solo lo puede enviar.—Lo que es amaros os ama con frenesí: si no fuera por lo que os hizo en Sevilla.....

—Callad, Munima; os tengo dicho que jamás me hableis de ese hombre! retiraos y si vuelve á tener la audacia de acercarse á la puerta de mi casa, me veré en la precision, hasta de dar una queja al rey.

Munima desapareció y la viuda de Velasco se asomó llena de impaciencia á la ventana, donde esperó á que llegase la noche.

Esta llegó en efecto y á medida que avanzaba, crecía la impaciencia y el deseo en Doña Leonor. Un alma no se veía por toda la calle, y de todas las ventanas que habia en ella, solo donde estaba esta asomada, aunque al través de las celosías, era la única que habia abierta. El corazon de la hermosa jóven estaba lleno de inquietud, y en su cabeza se cruzaban mil ideas á cual mas tristes y funestas.

—Cuánto tardan! exclamó al cabo sin poder contenerse:—y dirá que me ama! oh, si me amara como ha dicho el conde de Trastamara, hubiese venido mas pronto!..... pero nada, todo en el mayor silencio! y ya hace mucho mas de una hora que ha anochecido! oh, qué será esto Dios mio? si habrá sido una broma del conde..... si se habrá estado hoy divirtiendo con mi corazon y con mi amor, como si fuera un juguete?..... oh, eso seria horrible, cruel!.....

Y Doña Leonor volvió á mirar á un lado y otro de la calle para ver si descubria á alguien. Su corazon latió con mas fuerza, y dijo, casi fuera de sí:

—Ellos son!

Con efecto, dos sombras se dibujaron en la oscuridad.

—Munima, Munima..... dijo la de Guzman llamando á la anciana que la habia criado.

Esta apareció al instante.

—Qué me quereis, mi querida hija? dijo con tono zalamero.

—Encended esa lámpara, y después abrid la puerta de la calle á dos caballeros que se acercarán á ella.

—Hay mas?

—Nada mas, mi buena Munima.

La anciana obedeció á su jóven ama, y en un momento se halló el pequeño salon inundado de luz. Doña Leonor se recostó con negligencia en un sillón, preparando otros dos para las dos visitas que esperaba.

En la puerta de la calle, dieron un golpe, que resonó de una manera agradable en el corazon de la viuda de Velasco. Munima se apresuró á abrir.

—El conde de Trastamara? dijo asomando la cabeza.

—Y el de Candespina, contestó Don Alvaro desembozándose.

—Pasen vuestras grandezas; repuso la anciana abriendo la puerta de par en par.

El amigo de Don Alvaro de Nuñez y Osorio, penetró solo en la casa.

—Y vos, señor? dijo Munima al de Trastamara.

—Yo me marchó ahora, pero luego volveré.

Y esto diciendo, desapareció de la vista de Munima que cerró la puerta al instante.

D. Alvaro no se movió de la calle donde vivia la de Guzman.

Esta al oír ruido de pasos, se volvió hacia el conde creyéndole el de Trastamara, y le dijo con resentimiento:

—Cómo solo!

—Perdonad á mi amigo, señora; pero no ha podido dejar esta noche la compañía del rey.

—Qué, no sois el conde de Trastamara?

—No, señora; pero soy el de Candespina.

—Ah!

—No me conocéis ya Doña Leonor?

—Oh, si, os conozco, os conozco... pero cómo solo?

—Ya os he dicho la causa... os pesa, acaso, que venga sin el conde de Trastamara?

—Tomad asiento si gustais: repuso la de Guzman desentendiéndose de la pregunta del rey, y señalándole un sillón para que lo ocupara.

Alonso XI no se hizo de rogar. Se sentó frente de Doña Leonor y le dijo como cortado:

—Con que en Burgos, señora? habeis abandonado vuestro delicioso pais?... Ah, si viérais los recuerdos tan gratos que tengo yo de Sevilla! si supiérais lo que gocé cuando estuve allí, y lo que he gozado después con solo los recuerdos, señora! Ah! recuerdos divinos, encantadores; con ellos y con la esperanza he vivido hasta ahora.....

—Yo tambien tengo recuerdos de Sevilla, dijo Doña Leonor; pero son distintos de los vuestros: los míos en vez de ser divinos y encantadores, son por el contrario crueles y terribles: en vez de respirar encantos, respiran luto y lágrimas!....

—Tan desgraciada habeis sido en vuestra patria, señora?

—Sí, tan desgraciada! en ella he perdido á mis padres y.....

—Pérdida grande es en efecto..... y después?

—A mi esposo, señor conde; á mi esposo que me amaba.....

—Y vos á él?

—Tambien.

—Y todavía?.....

Doña Leonor miró al rey con sorpresa y le dijo casi titubeando:

—Todavía le lloro, señor!....

—Ah, pues yo creí, repuso Alonso XI con sentimiento, que ya os habíais curado de esos amores, porque otra.... Perdonadme, señora; no sé lo que me digo..... yo creí..... el conde de Trastamara me dijo.....

—Ni os comprendo, ni sé por qué os he de perdonar: contestó la jóven mirando con extrañeza al rey.

—Es cierto, dijo este completamente demudado, que me tenéis que contestar acerca..... acerca.....

—Acerca de qué, conde?

—Señora, oh, piedad, piedad!.... yo os amo, yo no puedo vivir sin vuestro amor, y eso queria saber de vuestra boca..... El conde de Trastamara me dijo que vos me citábais á esta hora, para darme una contestacion pronta y definitiva que decidirá de mi suerte..... yo os amo, señora; pero os amo con delirio, con frenesí..... os amo con toda la fuerza y la verdad del primer amor, porque sois hermosa, oh, mas hermosa que un ángel!.... Leonor, Leonor! me amais? oh, decid que sí, y vereis cuán felices seremos! Decid que sí, ídolo mio, y desde mañana, tendreis oro, riqueza y todo cuanto podais ambicionar..... decid que sí, y desde mañana sereis la primer dama de Castilla.... ni la reina misma..... oh, perdon, Leonor mia, yo deliro, sí..... vos no ambicionais ni lujo ni riquezas..... solo quereis un corazón sensible y ardiente como el vuestro que sepa comprenderos y que sepa amaros y apreciaros en lo mucho que valeis? no es eso, ángel hermoso? no es eso lo que ambicionais?

—Oh, sí, sí..... eso quiero, conde; eso apetezco: contestó la de Guzman enteramente embriagada con las palabras que le decia el enamorado rey.

—Eso quereis y eso apeteceis, Leonor hermosa? repuso el rey precipitándose en el suelo y cogiendo una de sus manos que ella no tuvo valor para retirar: oh, eso quereis? pues en mí, señora, que tanto os amo, encontrareis todo lo que deseais: oh, yo seré vuestro dueño y vuestro esclavo..... por mí tendreis tanta felicidad, como pueda desear vuestro apasionado corazon..... Ah, ya vereis, Leonor mia, como hasta los mas tiernos amantes ván á envidiar nuestra dicha..... sí, porque es tanto el amor que tengo encerrado en mi pecho para vos, que nuestra felicidad durará tanto como nuestros corazones!.... Leonor, Leonor..... me amais vos tambien? oh, hablad hablad pronto!.... nada temais; nadie se opondrá á nuestra felicidad porque yo soy bastante poderoso para castigar al que tenga la audacia..... oh, pero quién nos ha de separar á nosotros, unidos por el amor de nuestros corazones? Quién? hay acaso poder en la tierra para semejante atentado? Oh, hablad, decid que aceptais mi amor, y comience al instante nuestra dicha..... Leonor, amadme, mirad que sinó muero..... oh, yo no podria vivir sin vos!.... me amais? me amais? exclamó el rey casi frenético, y sin soltar la mano de la jóven.

—Oh, qué porvenir tan lisongero me presentais!.... contestó la de Guzman con dulzura. Y si luego recojemos espinas en vez de flores?

—Espinas en un amor como el mio! Ah, señora, repuso el rey con amargura y soltando la mano que tan fuertemente tenia asida; cómo se conoce que no me amais como yo á vos! cómo se conoce que no arde en vuestro pecho la misma clase de llama, viva y abrasadora, que en el mio! Sin embargo, en vuestro rostro se veia pintada hace poco otra cosa muy distinta.....Ahora mismo.....Leonor, me amais?

—Os amo, sí, os amo..... repuso la jóven dejando caer su

preciosa cabeza sobre el respaldo del sillón. Os amo también con toda la verdad del primer amor. Os amo con..... delirio, porque tenéis un corazón como el mío, que me comprenderá y que..... Conde, yo necesito amor para vivir; pero amor puro y santo, porque mi corazón, como todos los del Mediodía, es ideal y volcánico á un tiempo! Os amo, porque Dios lo quiere, y porque mi alma me lo dicta..... Oh, quiera el cielo que vos me améis siempre tanto como yo os amaré.....

—Oh, repite esas palabras, ángel divino; repítelas de nuevo; oiga yo de tus labios por segunda vez esas palabras tan dulces y encantadoras! repítelas, Leonor mía..... Oh, necesito estasiarme, necesito adormecerme para soñar después con nuestro amor y con la felicidad que nos aguarda!

—Si, te amo..... te amo..... contestó la bella andaluza dulcemente embriagada.

—Con que es cierto! Ah, bendita seas! bendita seas! exclamó el rey, estampando multitud de besos en la mano que tan fuertemente había cogido de nuevo.

Doña Leonor se incorporó de pronto y dijo á su amante con dulzura:

—A pesar que he encontrado en ti, amor mío, el hombre que deseaba mi corazón, temo, conde, temo, y no quisiera mañana...

—Continúa, Leonor, continúa y no me tengas en ansiedad! qué temes? habla, acaso...

—Eres tan joven, que tal vez mañana te olvides de la mujer que apesar de todo te amará de la misma manera.

—Me juras ese amor, siempre, siempre!

—Te lo juro!

—Oh, pues yo también te juro por la honra de mi padre, que te amaré constantemente, y que ni el menor disgusto vendrá á desfigurar tu rostro, tan hermoso y risueño como la primera albo-

rada de un día de primavera. Y ahora desecha todo temor, amor mio; desecha toda idea triste y amarga, y piensa en nuestro amor y en nuestra dicha!

—Ya pienso, ya... ó crees, acaso, que por mi mente no cruzan también ideas halagüeñas y enchidas de amor y felicidad! Te figuras que todo es en mí triste y lúgubre?

—Oh, no, imposible, amor mio! tú eres tan hermosa como poética; tu alma bella y ardiente como la de las mugeres de Oriente también siente y conoce la impresión dulce y grata que experimentamos nosotros los impresionables y de corazón volcánico, al contacto de una mano ó á la acción de una mirada honda y fascinadora. Leonor mía, tú eres la muger que yo necesitaba: hermosa y sensible, cándida y ardiente. Oh, el alma se me llena de placer al contemplarte y al considerar que eres mía, esclusivamente mía, no es cierto?

—Sí, sí, cierto...

—No sientes como yo, ese mismo placer espiritual cuando tengo tus manos entre las mías?

—También, también...

—Hay cosa más hermosa y encantadora que cuando dos almas como las nuestras, se juntan, se ven y se aman?

—Conde, conde... piedad, oh, piedad!..

—Qué, te fastidian mis palabras?

—Oh, no, amor mio... sino que tanta felicidad me hace padecer horriblemente... si vieras cómo me late el corazón! si pudieras conocer el estado de mi alma! Oh, no anticipemos la dicha, conde! dejemos correr el tiempo que él nos traerá el placer y el desengaño, tal vez juntos.

—Oh, calla, calla! Acaso seas tú la que dejes de amarme mañana!

—Cielos!

—Dime, y si yo te hubiese engañado?

—Lloraría mi desventura; pero sin dejar de amarte, aunque tal vez huyera para siempre de tu lado.

—Bendita seas! exclamó el rey estampando un nuevo beso en la mano de la jóven. Y si yo, continuó Alonso XI, no fuera quien soy?

—Poco me importa que seas el conde de Candespina, ú otro caballero cualquiera, con tal que seas soltero para que mañana pueda la iglesia santificar y bendecir nuestro amor, así como Dios lo ha bendecido ya desde el cielo.

—Desgraciada! exclamó el rey por lo bajo.

Y conociendo Don Alonso que era preciso decirle la verdad, repuso, sin dejar su ternura:

—Y si por casualidad fuera yo... oh, perdon, Leonor, perdon! Necesito que me perdones y que no dejes de amarme! oh te he engañado, te he engañado miserablemente.

—Habla, habla! repuso la de Guzmán, llena de sorpresa y toda demudada. Habla, qué ha sucedido!..

—Que no soy ni el conde de Candespina ni...

—Oh, pues quién eres, quién eres?

—Perdon! soy...

—Oh, acaba, porque padezco atrocemente!

—Pues bien; soy, el hijo de Fernando IV.

—El rey! el rey!..

—Sí, Leonor mía! El rey de Castilla es el que te ama con tanto ardor y cariño.

—Apartaos, apartaos! repuso Doña Leonor levantándose, llena de indignacion. Oh, me habeis engañado sin piedad!.. exclamó derramando copiosas y sentidas lágrimas. Habeis abusado de vuestro poder, para...

—Leonor, Leonor! dijo el rey cayendo á los piés de su aman-

te y queriéndole cojer la mano que tanto tiempo habia tenido entre las suyas.

—Apartaos, señor, apartaos, que la viuda de Velasco, no puede ser la querida del rey de Castilla!

—Ah, perdon!.. yo te amo... Leonor, Leonor mia!

—Basta, rey, basta ya! os he dicho que Leonor de Guzman no puede ser vuestra querida...

—Oh, y el amor que decias...

—Amor! el amor que os tenia ha desaparecido á la vista de vuestra infamia!

—Leonor!..

—Apartaos, rey de Castilla, apartaos porque ya no os amo!.. nó, no os amo!..

Y cayó sin sentido en la poltrona que habia ocupado.

—Leonor, amor mio! cielos!.. qué es esto? oh, escucha, mira, vuelve en tí; oh, yo la he matado!.. Leonor, Leonor, perdon! oh perdon!..

La de Guzman abrió de pronto los ojos.

—Ah, vuelves, vuelves para perdonarme? Leonor mia, perdon para el que hace un momento amabas tan de corazon...

—Perdon! Ah, si supiérais cómo habeis destrozado mi alma... si os dijera, señor, que ya no puedo hacer sino llorar toda mi vida...

—Llorar! tú llorar, existiendo el hombre que te ama? Qué dices, Leonor? Ah, dí que te equivocas, dí que solo...

—Callad, señor! ese hombre ha muerto para mí!

—Leonor, con que no me amas ya?

—Si fuérais el conde de Candespina, con el mayor delirio; pero siendo Alonso XI de Castilla, aunque os ame no debo, no puedo manifestároslo.

—Y tengo que perder toda esperanza?

—Toda absolutamente.

—Leonor!... mañana llorará Castilla la muerte de su rey! exclamó Alonso XI poniéndose de pies.

La de Guzman se inmutó hasta el extremo de ponerse tan descolorida como un cadáver.

—Os dije, señora, que de vuestra contestación pendia mi suerte venidera. Pues bien, me decis que no podeis ser mi amante? Pues la muerte pondrá fin mañana á esta vida, que sin vuestro amor me seria odiosa y pesada.

—Señor, ah, piedad, piedad...

—Amadme, celestial criatura, amadme!

—Señor, señor...

—Oh, creeis perder? creeis que el vulgo criticará vuestro amor? al contrario, señora, os disculpará, porque una pasion la disculpa hasta el mismo Dios! Y sobre todo ¿qué culpa teneis vos de que en vuestro pecho se haya encendido esa llama, llama que nadie, á no ser el dueño del Universo podrá apagar?

—En él confio, señor.

Munima se apareció en el salon en el momento de decir Doña Leonor las anteriores palabras.

—Señora... dijo como temiendo estorbar, el señor conde de Trastamara me manda avise á este caballero que le espera abajo.

—Llegó la hora, Doña Leonor. Me amais? dijo el rey así que se marchó Munima, y dando un paso para retirarse.

—Señor, señor... yo quisiera... pero...

—Ah, quisierais pero temeis, acaso?

—Sí, si... temo.

—A quién?

—Al mundo! y...

—Al mundo! y por qué temeis á ese mundo infame y engañador, que todo él no es mas que una farsa, sacrificais vuestro

amor? Ah, señora, no esperaba de vos semejantes palabras!... Me he engañado!... Yo creía que hacíais menos caso de ese mundo, á quien tanto temeis: yo habia creído hasta ahora que teníais en mucho mas al amor... yo habia creído hasta ahora que para vos el amor era mucho mas que el mundo, mas que todo lo criado, porque despues de tener todo lo mejor de la parte humana, es divino, como divino es el Dios que lo ha criado! yo creía... pero basta ya, señora. Dejo de importaros, porque conozco que serán inútiles mis ruegos: el amor que os tengo vivirá siempre en mi pecho y tal vez, tal vez sea causa de que yo deje de existir...

—Señor! callaos, callaos, si me amais.

—Bien, callaré, puesto que así lo quereis. Y ahora adios quedad, señora!... Adios quedad, y que el mundo os pague en lo sucesivo la consideracion y el respeto que le teneis...

—Ah, os gozais en hacerme daño! ya no puedo mas! esto es insufrible! y... rey de Castilla, venid... oh, venid y tened compasion de mí... escuchadme, yo... quisiera deciros... oh, perdon, Dios mio, perdon!

Y Doña Leonor cayó de nuevo sin conocimiento sobre la poltroha.

—Leonor, Leonor! exclamó el monarca corriendo hácia ella. Oh, perdóname tú á mí que yo he sido quien te ha ofendido! perdóname, ángel mio, y vive para amarme; ¿no es cierto que me amarás, y que despreciarás á ese mundo ingrato, que no comprende lo que es un amor tan verdadero como el nuestro? Ah, Leonor... mira, vuelve en tí... escúchame, ten compasion de mí que tambien padezco atrocmente! oh, sí, de una manera cruel porque creo que voy á perderte, á tí, amor mio, á tí, la mas hermosa de todas las mugeres! á tí, mi amor, mi delicia... Leonor, Leonor! Ah, vuelves? bendito seais, señor, bendito seais

una y mil veces!

—Alonso, Alonso... dijo la de Guzman incorporándose y pasándose una mano por su bello rostro notablemente alterado por el padecimiento moral: no te vayas, no te vayas... porque me consuelan tanto tus palabras... Oh, si vieras como se mitigan los dolores que sufro, con solo oírtel!...

—Leonor, ángel mio, repite esas palabras!... Oh, con que es cierto que me amas?... y dime, por qué padeces?

—Ah, si, si, padezco porque lucha en mi interior el amor que el rey de Castilla encendió en mi pecho, cuando era conde de Candespina, y el deber, el temor de que mi honor... Señor, no puedo mas; Ah, amadme, amadme, ahora necesito amor, mucho amor...

—Leonor, con que es cierto? Con que te puedo ya llamar mia?

—Sí, lo soy, señor, lo soy... os amo y todo lo arrostro! Mi corazón solo quiere buscar el vuestro, mi alma no puede vivir sin la del rey. Solo un favor quiero de vos ahora.

—Habla, habla, ídolo mio! habrá algo que te niegue tu esclavo?

—Señor, quiero estar sola un instante... soy de vos lo que el mundo quiera llamarme mañana; pero ahora necesito la soledad, necesito... llorar, porque hay ciertas culpas que comienzan á espiarse mucho antes de que se cometan, y la mia es una de esas! Perdonadme, señor, amor mio; perdonadme; pero la soledad y el reposo es lo que necesita ahora mi alma.

—Oh, Leonor, que cruel eres!

—Cruel por hoy, rey de Castilla; pero mañana... soy vuestra amante... mañana, soy la muger que os ha dicho claramente: «os amo, *haced de mí lo que querais.*»

—Bien, siempre haré lo que deseéis, mi bella señora: contestó Alonso XI, besando con entusiasmo una mano de su amante

y dirigiéndose despues al caracol, desapareció por él, en tanto que la viuda de Velasco se deshacia en lágrimas y comenzaba á espiar, como habia dicho, la culpa que aun no habia cometido.

El rey llegó al momento al pequeño recibimiento donde se hallaba haciendo calceta, inmediata á un viejo reverbero, la caduca aya de Doña Leonor.

—Es por aquí la salida, mi buena señora? le dijo el rey, viendo que la vieja no daba señales de haberle sentido bajar la escalera.

—Jesus! y qué susto tan grande me habeis hecho pasar, señor caballero! contestó Munima temblando como una azogada, y haciendo la señal de la cruz con los dedos índice y pulgar de su diestra.

—Susto! y por qué?

—A ver! pues si estaba muy entretenida contando los puntos que se me habian soltado de la media, cuando oigo vuestra voz que aunque sois jóven no deja de ser varonil. Estoy segura que al mas valiente le sucede lo que á mí...

—En efecto, es para asustar á cualquiera... la salida, señora Munima?

—Ah, sí, teneis razon; se me habia olvidado con el susto! pero por aquí, noble caballero, por aquí: repuso la anciana abriendo la puerta.

—Dios os guarde: dijo el rey, ya en la calle y embozándose hasta los ojos.

—Vaya! exclamó Munima, cerrando la puerta con rabia: pues ninguno de esos mozalvetes que tanto vienen aquí me han dado todavia ni una blanca! Vamos, ya veo que no hay ninguno tan generoso como el gran maestre, y eso que el pobrecillo ha salido siempre de esta casa con el rabo entre piernas, como se dice generalmente. Oh, pero yo he de poder poco, ó... pero nos

callaremos y veremos la manera de ganarnos un cornado, sin trabajar mucho puesto que mi edad no me lo permite.

Y la anciana y ambiciosa aya de la de Guzman, se sentó otra vez cerca de la luz, donde se puso con la mayor parsimonia á recoger los puntos que se le habian soltado.

En tanto se llegó el rey á un bulto que habia parado cerca de la casa de su amante, y le dijo á media voz:

—Don Alvaro, Don Alvaro?...

—Aquí estoy, señor, contestó el de Trastamara, acercándose al rey. Y por cierto, continuó, que si tardais un momento mas, no me hubiera encontrado tu alteza.

—Por qué, conde? dijo el rey con sacarroneria.

—Alabo tu pregunta, señor! Con que me dices por qué lo hubiera hecho?

—Sí, eso os he preguntado...

—Pues por la sencilla razon, de que un planton de toda la noche, y al sereno, no lo sufre ningun ser viviente. Por Cristo, que en mi vida he visto cita mas larga! Y qué, qué habeis hecho señor?

Alonso XI bacilaba al responder. Su amigo y confidente lo notó, y repuso al instante, dándose por resentido.

—Me parece, señor, que tiene algun derecho á preguntar y á saber, el hombre que como yo os la ha presentado ya casi conquistada, y el hombre que se ha estado toda una noche mirando al celeste y pasando frio é incomodidades? Ah, señor, señor! y como se conoce sois feliz!

—Por qué me decís eso?

—Porque no hay cosa como la felicidad para hacer egoistas á las personas.

—Mirad, conde, que os deslizais un poquito, y temo que ademas del mal rato que habeis llevado con aguardarme, deis aho-

ra una caída.

—Nada temais, señor. Pero estoy condenado á no saber lo que ha resultado, lo que ha salido de tan larga entrevista? me parece, señor, que me quejo con alguna razon.

—Sí, conde, sí, teneis razon: todo lo sabreis ahora mismo... pero que os diré?... por donde empezaré?... Ah, sí, solo os puedo decir que mañana mismo, sereis conde de Lemos.

—Conde de Lemos! pues esto quiere decir que habeis triunfado no es eso? Esto dá á entender que Doña Leonor...

—Me ama: no me preguntais eso?

—Si, si, eso os iba á preguntar.

—Pues ya lo sabeis, me ama, es mia... y consecuente á lo que os ofrecí, el condado de Lemos pasa á vuestra casa. Estais contento?

—Contentísimo, señor; pero es necesario que en celebridad de tan fausto acontecimiento se sirva tu alteza...

Don Alvaro cayó porque un resto de cortedad y pudor le impidió continuar.

—De qué me hé de servir yo, señor descontentadizo?

—Nada pido; solo quiero que tu alteza haga memoria de cierta promesa hecha al mismo tiempo que cuando me dijisteis seria conde de Lemos.

—Ah, ya caigo, señor ambicioso..... quereis tambien las rentas del señorío de Rivera?

—Si tu alteza quiere dárme las no le vendrán mal al condado con que acabas de honrarme.

—Y estais ahora contento de mí?

—Nunca he tenido la menor queja.—Pero decidme, señor; porque hace rato tengo una duda, duda que quisiera aclarar, si en ello no tiene inconveniente tu alteza.

—Hablad, que estoy pronto á contestaros todo cuanto me

pregunteis: qué quereis saber?

—Deseo saber si á quien ama Doña Leonor de Guzman es 'al Conde de Candespina, ó al rey de Castilla y Leon.

—Al principio amó al conde de Candespina; pero como este y Alonso XI, eran una misma persona, amó despues al rey de Castilla, actual, ó lo que es lo mismo al hijo de Fernando IV.

—Oh, portento! y cómo, cómo se hizo semejante milagro?

—Descubriéndome á ella, despues de arrancarle que me amaba.

—De modo que estareis contento?

—Conde, en el mundo no hay hombre más feliz que yo.

—No dirás dos veces esas palabras: contestó una voz desconocida.

Y cuatro hombres, los cuatro armados y cubiertos, se precipitaron con terrible furia sobre el rey y su amigo.

—A ellos lá ellos! dijo el que parecia gefe de los asesinos.

Don Alonso y el conde desenvainaron sus espadas y se pusieron á la defensiva, porque los enemigos eran dobles en número.

—Atras, canalla, exclamó el rey colérico y descargando un terrible golpe sobre su contrario, que era un hombre en estremo alto y delgado.

—Señor, somos perdidos, si dais un paso para atacar: dijo Don Alvaro observando que el rey para castigar á su enemigo se habia separado un poco de la pared.

El combate fué en estremo reñido; pero la victoria no se decidia por ningunó.

—Es necesario concluir: dijo el rey haciendo un esfuerzo por deshacerse de su contrario.

—Sí, sí, ya concluirás le dijo este apurándolo cada vez mas: ya concluirás, pero será de vivir.

—O no, contestó otra voz tambien desconocida.

Y un hombre, tambien armado y encubierto, desenvainó su espada, y arremetió á los enemigos del rey, con tanta furia, que perdieron en un momento la ventaja que tenian sobre sus contrarios.

—Cuerno y sangre! exclamó uno de los asesinos: se conoce que el amigo que ha llegado tiene un brazo algo hecho á manejar la espada.

—Esa voz! dijo el intruso, buscando al que habia hechado el juramento; pero con el pretesto de ir hacia él.

—Qué, vienes á buscarme? oh, me alegro, porque aunque estoy aquí bregando con este, que creo es conde de... de los infiernos, que me importa; me gusta dar con un enemigo que maneja tambien el cuchillo de matar moros.

—Nuño!... dijo el intruso á media voz.

—Cuerno y sangre! repuso este, tambien con el mismo tono: esta voz la conozco yo! Rayo y Belcebú, ya se á quien pertenece.

—Pues silencio! silencio! y espérame en cualquier parte enseguida que se concluya esto.

—Bien, bien! oh, cuántas ganas tenia de verte, hijo mio!

—Y yo á tí; pero ten paciencia: despues hablaremos largamente.

El combate terminó al cabo en favor del rey y del conde, gracias al armado que se habia metido allí sin que nadie le llamara, y sin saber nadie tampoco por donde se habia aparecido. Uno de los asesinos murió á manos del de Trastamara, y los otros tres huyeron despavoridos y llenos de temor, porque la gente comenzó á alborotarse, y á asomarse á las ventanas dando terribles gritos.

El rey dijo al jóven que con tanto desinterés y valor le habia

librado de una muerte cierta:

—Cómo os llamis, caballero?

—Señor, no lo soy.

—Sin embargo gastais armadura.

—Porque soy soldado.

—Vuestro nombre?

—Felipe.

—De qué?...!

—No lo sé señor; no he conocido á mis padres.

—Y por qué nos habeis defendido y librado de esos asesinos?

—Pasaba por aquí en el momento que érais acometido, y como ví que vuestros enemigos eran cuatro y vuesas mercedes dos, me fuí á la parte mas débil y apurada.

—Me conoceis, acaso?

—Es la primera vez que tengo el honor de veros.

—Pues bien, tomad esta sortija, no como recompensa del servicio que me habeis hecho, sino como un obsequio que os hago. Con ella ireis al alcázar real, el dia que querais, y una vez allí preguntareis por el conde de Trastamara, y este os presentará al de Candespina, que tiene mucho valimiento con el rey, y segun tengo entendido, á Alonso XI le gusta premiar el mérito y el valor.

—Gracias, señor, gracias; contestó el jóven sorprendido con lo que le pasaba.

—Faltareis?

—No faltaré, señor; os doy mi palabra.

—Está bien.

Y despues de una leve inclinacion de eabeza, desaparecieron los dos amigos.

Felipe al verse solo, dijo guardándose la sortija en parte segura.

—Qué será esto? Si haré suerte con esta escaramuza? Oh, Dios lo haga! porque Elvira me amará despues.

Y el jóven echó á andar, presa de mil ideas á cual mas gratas y halagueñas.

—Felipe... dijo la voz de Nuño.

—Ah! estábais ahí?

—Yo nunca faltó á las citas que se me dán.

—Bien, amigo mio, bien; pero donde vamos á hablar?

—A mi casa que no está lejos de aquí.

—Vamos á vuestra casa: contestó Felipe dejándose conducir por el ex-teniente de la *formidable*.

Y despues de pasar la calle donde habia tenido lugar el combate, y de llegar y llamar en una casa de feo y pobre aspecto, se encontraron en una pequeña habitacion, enteramente desmantelada, si bien tenia algunas armas y arreos de caballos.

—Abrazame ahora, Felipe: dijo Nuño loco de alegría y hechando sobre los hombros del jóven sus descomunales brazos: abrazame, volvió á decir, y no eches en olvido que te amo como si fueras mi hijo!

—Lo sé, Nuño, lo sé; y por eso yo os quiero tambien. A pesar...

—Habla, cáspita, habla!

—A pesar de que vuestro encuentro ha despertado en mi alma recuerdos que jamás se borrarán!

—Felipe, hijo mio!... Por Dios, que si te empeñas me vas á hacer llorar como si fuera una mujer ó un chico.

—Pero decidme, dijo de pronto el jóven mudando de conversacion y pasándose su diestra por la frente como queriendo ahuyentar de su imaginacion las ideas tristes que comenzaban á bullirle: decidme, como estábais con esos asesinos, qué queriais? Qué os habian hecho para que les acometiérais cuatro no

siendo ellos mas que dos?

—Oh, me buscaba la vida, la subsistencia Felipe: y si no qué querias que hiciera? desde que fué derrotada nuestra valiente y hermosa compañía, estoy á todo lo que sale, hijo mio, á todo absolutamente, porque para vivir en ciudad, es necesario un dinero que yo no tengo.

—Pero bien...

—Oh, voy!... que ya sé no te he contestado á lo que me preguntabas, yo estaba en este cuarto, muy quieto, sentado sobre la silla de mi honrado Almanzor, caballo que todos los días lloro, é inventando la manera de ganarme una blanca, cuando veo entrar por ahí un hombre alto y delgado, como la lanza de Mal-alma.—«Me han dicho que sois un valiente, amigo mio» me dijo de buenas á primera, pero sin descubrirse, y sin querer tomar mi asiento, que mas de una vez se lo ofrecí. Yo le contesté aquello que me pareció mejor, y despues me hizo proposiciones lo mas ventajosas y magnificas para un hombre, que como yo se encontraba sin dinero y sin vino.

—Y esas proposiciones...

—Oh, las proposiciones!... me das tu palabra de no revelarlas nunca?...

—Te la doy, acaba ahora pronto.

—Pues señor, me dijo que él era un caballero muy principal, y que tenia ciertos resentimientos con dos condes de la corte de Alonso XI; resentimientos que queria vengar á toda costa.

—Os acordais de los nombres de esos condes?

—Diablo!... algo dificil será... pero uno de ellos es el conde de Trasta...

—De Trastamara?

—Oh, si, si, eso es; cáspita, eso es!

—Y el otro es acaso, el de Candespina?

—Por Baco, que así se llamaba el otro!

—Oh, bien; y luego qué te dijo tu desconocido?

—Primero me dió un gran bolso lleno de dinero, y despues me dijo que me esperaba con dos mas que yo buscase; pero de toda mi confianza, en el sitio donde nos has visto esta noche.

—Y cual era vuestra intencion?

—Por Santiago, que me gusta tu pregunta! Cual querias que fuese, vamos á ver?... sino la de matar á los dos jóvenes que tú has librado por nuestra desgracia?

—Por vuestra desgracia, Nuño?

—Cuerno y sangre, ya lo creo! No ves, pecador de mí, que si mueren esos mozalvetes á nuestras manos, hubiera sido rico para toda mi vida, segun lo que me dijo el caballero?

—Ah, te ofreció...

—Todo el oro que quisiera: Cáspita! haber perdido tan bonita ocasion! Pero anda con Dios, tú lo has hecho, bien hecho está.

—Sabes el nombre de ese caballero?

—No.

—Y sabes, infeliz de tí, quién es el conde de Candespina.

—Tampoco.

—Pues es el amigo, el confidente, el ministro de Alonso XI de Castilla.

—Buen cuidado se me da á mi: así hubiera sido el mismo rey en persona, y... pero si me dá mas dinero que el desconocido, me voy con el conde y mato en aquel mismo instante al larguirucho... al de las proposiciones.

—Nuño! Nuño!...

—Un soldado de la *formidable* debe tener corazón para eso y mucho mas.

—Oh, calla, calla, no me la nombres!... y no oiga yo de tu

boca semejantes palabras!

—Pardiez, estas palabras las dice cualquier hombre que tenga corazon.

—Oh, no, Nuño; el hombre que diga esas palabras se iguala á la fiera mas terrible y feroz!

—Por Baco y todos sus partidarios, que estoy por darte la razon.

—Y si no, dime, Nuño: no te horrorizas al pensar lo que éramos en esa *formidable*, que tanto echas de menos?

—Éramos unos valientes.

—No: éramos unos asesinos y unos ladrones! oh, piensa, piénsalo bien y verás como tengo razon! Éramos unos foragidos crueles, que solo dejábamos en pos nuestro, el luto y el llanto! Éramos unos hombres viles, sin corazon, sin sentimientos, fieras sedientas de sangre y deseosas siempre de dañar y morder á nuestros mismos hermanos, á los hijos de nuestra misma patria! Nuño, Nuño! No te alegras de verte libre de aquellos hombres, que me hicieron para siempre desgraciado y que sembraron en mi pobre pecho el dolor mas amargo y mas intenso? oh, maldícelos, como yo... reniega de ellos y abergüénzate como yo me avergüenzo, hasta de haber tolerado aquel foco de infamia y de maldad!

—Oh, tienes razon! tienes razon! cuerno y sangre! exclamó Nuño enteramente conmovido y procurando ocultar dos lágrimas que en vano podia contener.

—Ah, no creas; yo hubiera sido como vosotros, porque Hugo, y aun tu mismo, á pesar de tus buenos sentimientos, me educásteis para el crimen: y aunque mi corazon se negaba á todo lo malo y cruel, hubiérase empedernido como el de todos, y yo hubiera llegado á ser tan criminal como el primer bandido, á no ser por una virgen, hermosa y cándida, que me

ha transformado, que ha sabido estraer de mi corazon toda la parte mala que vosotros habiaís inoculado en mis primeros años!

—Y ese ángel?

—Ese ángel, es la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio.

—Y te ama?

—Me desprecia.

—Voto á sanes! á tí?

—A mí, Nuño. Elvira tiene razon para despreciarme.

—Razon! razon, Felipe!

—Sí, porque yo la he engañado, y porque Elvira no podia amar á un bandido... me desprecia, porque debia de hacerlo así en el momento que averiguase lo que yo era.

—Y qué harás ahora?

—Hacerme digno de ella.

—Pero como?


—Una santa me dió este consejo, y estoy tan seguro de su éxito, que casi, casi lo doy por hecho.

Pero dejemos conferenciar á los dos amigos; dejemos á Felipe hablar de sus amores, y á Nuño contarle la manera de salvar el pellejo cuando la derrota, que sobre poco mas ó menos fué fingirse el muerto, y venga el lector con nosotros á escuchar otra escena, precisa é indispensable para que esta mal pergeñada historia pueda seguir su curso.



CAPITULO XI.

De como viene el lector con nosotros al antiguo alcázar de los condes de Haro.

 FUERZA es, queridísimo lector, que dejemos á Felipe y á su amigo Nuño Fajardo, para ver y conocer un nuevo protagonista de nuestra historia. Y decimos nuevo porque ha variado tanto en físico, en carácter y en instinto el personage, que es preciso conozcas, que casi le podemos llamar otro sin temor de equivocarnos.

El antiguo alcázar de los condes de Haro permanecía en el mismo estado y cerca del de los reyes de Castilla. Sus preciosos torreones, rematados en delgadas agujas, los muchos y variados escudos de armas y las ojivas con cristales de mil colo-

res, no habian perdido su bello y elegante carácter, si bien parecia la mansion de seres inanimados. Con efecto el mayor silencio, ó mejor dicho el silencio de los sepulcros reinaba en aquel edificio, en otro tiempo vivo y lleno de animacion, en otro tiempo lleno de gente de guerra, alegre y bulliciosa; en otro tiempo, por último, sirviendo de foco á mil conspiraciones é intrigas, donde mas de cuatro veces se vió amenazada la corona que Fernando IV heredara de su padre.

Todo habia desaparecido enteramente. Ni un soldado se veia por sus patios y cuarteles; ni el relincho de un solo caballo se oia por sus muchas y espaciosas cuadras. Al canto de los soldados que en otro tiempo lo guarnecia, habia sustituido el silencio mas profundo y la inanimacion mas completa. Sus puertas constantemente cerradas, impedían que los curiosos pudiesen ver lo que pasaba en el interior de aquel palacio tan grave como sombrío: mil opiniones y dichos circulaban entre la gente que vivia cerca del alcázar mencionado. Unos decian que el último conde de Haro despues de una vida en extremo mala y llena de crímenes, se habia retirado á su palacio, donde vivia sino entregado á la penitencia, á la desesperacion y á los remordimientos: otros que solo habitaba en aquel inmenso edificio el ánima de Don Lope Lopez Diaz de Haro y que vagaba por todo él metiendo un ruido atroz y aterrador, como condenado que estaba. Pero lo cierto es, amados lectores, que en quince años no se vió alma viviente por ningun lado del palacio, y que su puerta principal no respondió nunca á los infinitos golpes que desde fuera les daba la gente curiosa y amiga de novedades. Todo indicaba que, ó nadie lo habitaba, ó si era lo contrario que la persona ó personas que en él moraban se habian propuesto vivir tan aisladas como monjes ó ermitaños.

En una de las tardes del mes de mayo, y en la hora en que

el sol comienza á inclinarse hácia el ocaso, se veia caminar hácia la casa de los antiguos señores de Vizcaya, un hombre de regular estatura, con el cabello blanco enteramente aunque se conocia no era por la edad, y de porte noble y distinguido. Llevaba con gracia y soltura un magnífico trage de terciopelo bordado de plata, y un capotillo oscuro pero de rica y fina tela. Su semblante era en extremo simpático y agradable, como lo puede ser el de la persona que además de reunir unas facciones agradables tiene pintado en su rostro la dulzura y la amabilidad.

El caballero se detuvo en una pequeña puerta forrada de hierro perteneciente al misterioso alcázar, y despues de dar tres golpes con suavidad, y uno con todas sus fuerzas, se puso á pasear, sin duda para entretener el tiempo, hasta que le abriesen. La puerta permaneció cerrada, y ni el mas mínimo ruido indicaba que vinieran á abrirla. Entonces se acercó á ella y volvió á llamar de la misma manera que antes.

Esta vez fué oido, porque la maciza puerta comenzó á rechinar sobre sus goznes.

—Quién sois? dijo una voz temblona de dentro.

—Ya lo sabeis, Mendoza; el...

—Sí, sí, ya os conozco repuso la voz.

Y la puerta se abrió lo bastante para que pudiera pasar el caballero.

Un hombre de mas de cincuenta años con el pelo tambien blanco, de abultados y colorados mofletes, y de crecido abdomen, se vió por detrás de la puerta.

—Vuestro amo?... dijo el caballero con amable sonrisa.

—Pase, pase vuestra grandeza, que en un momento os voy á conducir á su presencia.

El caballero obedeció, y los dos desconocidos echaron á an-

dar por las inmensas é interminables galerías del alcázar.

—Sabeis, dijo el caballero, que me da tristeza ver esto?

—Oh! lo creo, señor! vos que como yo habeis conocido esta casa hecha un verdadero palacio regio! Qué quereis, todo está abandonado enteramente, porque el señor conde lo quiere así! Las paredes destilan agua, el suelo de la planta baja como veis, todo está lleno de yerbajos... oh, qué lástima de alcázar! No creais que el señor conde se enfada cuando vé esto: nada de eso; al contrario, cuando viene por aquí dice que se recrea y esclama con acento amargo: *Oh, el tiempo! este es el tiempo!*

—Y cómo sigue el conde?

—Ah, señor, malo, muy malo: yo creo... siempre hablando solo, siempre viendo fantasmas y siempre acobardado como un niño: si lo dejo solo un momento me llama en seguida, y cuando vengo me lo encuentro demudado y como si hubiese luchado con alguien.

—Pobre conde! pobre conde!

—Pues no es eso lo mas particular, sino que ahora ha dado en la maldita idea de decir que si se casara tal vez viviera con mas tranquilidad... que os parece?

—Y no se sabe á qué atribuirse esa variacion en su carácter, y la vida que lleva desde que murió el padre de nuestro actual rey?

—Nada se sabè, señor, nada absolutamente porque él tiene buen cuidado de no hablar mas que medias palabras cuando está preocupado con alguna idea. Solo puedo deciros que cuando jóven fué muy ambicioso, y que tal vez cometiera algun crimen... pero esto no es mas que una suposicion...

—Comprendo, comprendo...

Y los dos interlocutores llegaron sin notarlo á un salón bastante grande, todo desnudo y desmantelado.

—Cáspita! dijo el llamado Mendoza, que casi estamos ya cerca del señor conde, y con la conversacion...

—Cerca del conde! pues dónde está, Mendoza?

—Abrid esa puerta, y os encontrareis de manos á boca con él.

El caballero así lo hizo. Y con efecto, un hombre de elevada estatura, huesoso, descolorido, con el cabello casi blanco, los ojos mustios y los labios cárdenos, fué el hombre que se le presentó á la vista. Ocupaba, cerca de una mesa, llena de mil objetos, un sillón de cómodo respaldo y de magníficos brazos de madera tallada. Su trage era en extremo sencillo, si bien, estaba puesto con cierta elegancia natural, que el hombre escualido queria perder á toda costa.

Al ver al caballero se puso de pies y estendiendo hácia él los brazos, exclamó con la mayor alegría:

—Don Jimeno!

—Sí, amigo mio, yo soy.

—Ah, cuánto placer experimento al estrecharos entre mis brazos! porque si viérais qué vida paso! si supiérais lo que padezco hacé quince años!

—Oh, y todo por qué, conde, por qué? si vos no os hubiérais enterrado en vida... si en vez de encerraros en esta clausura hubiérais buscado una mujer que os hubiese hecho feliz y que os hubiera hecho olvidar esos escrúpulos de vuestra conciencia!

—Una mujer! y escrúpulos de mi conciencia! Ah, Don Jimeno, si os dijera... si os abriera mi pecho... veríais como una mujer, que siempre me odió á pesar del amor que yo la tenia, ha sido la causa de... pero me callo; porque padezco atrocemente al recuerdo de esa vida primera.

—Oh, pues haceis mal, conde de Haro, yo soy un antiguo amigo de vuestro padre, os quiero, y á nadie mas que á mí debiérais de abrir las puertas de vuestra alma. Además que cuan-

do una persona se llega á poner en el estado que os habeis puesto, solo contando sus cuitas tienen algun consuelo. No sabeis que hay cierta clase de padecimientos que solo se curan aplicando medicinas en un todo iguales al mal que se padece?

—Dispensadme, amigo mio, dispensadme, pero...

—Bien, bien; haced lo que gustéis; pero permitidme una pregunta: Qué haceis aquí encerrado sin ver á nadie y huyendo de ese mundo, para vos en otro tiempo tan encantador?

—Que qué hago? llorar, Don Jimeno, llorar mis culpas pasadas!

—Y para llorar desaciertos propios de la juventud, se aísla uno de ese modo, y hace la vida monástica que vos haceis? Por Dios, conde; y qué culpa tienen vuestros amigos para que les priveis así de vuestra presencia?

—Os diré, amigo mio: yo conozco que mi corazón no es tan virtuoso como para vivir en el mundo y no embriagarse con su pompa. Tal vez hubiera sucedido que mis pasiones y mis defectos hubiesen tomado incremento y el arrepentimiento de mis culpas hubiera llegado cuando Dios cansado de mi vida, no me tendiera la mano benéfica que estoy seguro me ha tendido al ver mi dolor y mi sacrificio.

—Hola! luego entonces no debeis estar muy satisfecho de vuestro arrepentimiento.

—Por qué?

—Porque no es verdadero, conde; porque vos lo habeis adquirido en la soledad, y no habeis luchado...

—Con quién, Don Jimeno?

—Con el mundo.

—Ah, me incitais á hacer una prueba!...

—Nada de eso, amigo mio. Si os he contradicho en algo ha sido por veros animado un momento; pero no, Don Lope, vivid

como gustéis, que de todas maneras tendreis en mí siempre un verdadero amigo que os compadece, porque sois desgraciado.

—Oh, gracias, gracias, señor!

—Solo un favor quisiera pedirlos.

—Hablad.

—El objeto de esta venida, además del deseo que tenia de veros, es el de despedirme de vos.

—Os marchais?

—Sí, amigo mio.

—Muy lejos? por mucho tiempo?

—Me veo precisado á partir para Alemania y creeré que sea por un buen puñado de dias.

—El favor...

—Mi hija queda aquí. El real monasterio de las Huelgas es ya su residencia y lo será hasta que yo vuelva; pero quisiera...

—Vuestra hija queda á mi cargo; un segundo padre tendrá en mí, y aunque hace quince años que no veo la calle, á pesar que he jurado no volverla á ver, este edificio se prolongará hasta el monasterio donde está Elvira.

—Ah, conde, gracias, gracias; no sabeis el beneficio que haceis á un padre, que se marchaba con la desazon de dejar á su hija sola, porque si bien está en una santa casa donde nada debo temer, sin embargo, no tenia á nadie á quien volver los ojos si se viera en algun peligro. Gracias, Don Lope. Oh, y cuánto bien me haceis!

—Amigo mio, es mi deber: y á pesar de que habia jurado no salir de esta mansion, donde tantas lágrimas he derramado, donde ha encanecido mi pelo, y donde he visto á mis víctimas. Oh, no me equivoco... donde continuamente veo mil fantasmas aterradoras que sin duda mi enfermo cerebro me representa á cada instante para atormentarme; á pesar que aquí queria mo-

rir, lejos de ese mundo en que yo he disfrutado y padecido tanto, á pesar de todo iré con frecuencia al Monasterio de las Huelgas, para ver á vuestra hija y para consolarla cuando lllore vuestra ausencia. En mí, Don Jimeno, tendrá Elvira un padre cuidadoso y solícito.

—Con qué os pagaré tamaño favor? Ah, mi reconocimiento es tan grande que solo os lo puedo probar con estas lágrimas que habeis hecho asomar á mis ojos.

—Ahora bien, amigo mio, cuando me presentareis á vuestra hija?

—Quereis venir conmigo? En este momento voy á verla, y con eso os presentaré á ella, como su tutor, su segundo padre, durante mi ausencia.

—Ahora, tan de dia!...

—Nada temais; la puerta por donde yo he entrado da á una calle en extremo apartada y solitaria: persona alguna transita por ella, y bien cubierto con vuestra capa nadie os conocerá... Qué decis? os determinais?

—Don Jimeno, llevadme á donde se os antoje.

—Bien, conde, bien; sois todo un héroe: cuando gustéis podremos echar á andar. Estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Marchemos, Don Jimeno, marchemos.

Y despues de llamar á Mendoza y de cubrirse perfectamente con un manto de finísimo bellorí, salió Don Lope de su alcázar despues de quince años de reclusion voluntaria, donde mas de cuatro veces lloró las muertes de Fernando IV y de los hermanos Carvajales.

—Por donde, Don Jimeno? dijo al de Luna cuando se vió en el patio del alcázar.

—Por aquí, amigo mio, por aquí: contestó el padre de Elvira, abriendo la pequeña puerta por donde habia entrado.

—Bien, ya estoy en la calle. El mundo me recibe otra vez en su seno; quiera el cielo no nos arrepintamos los dos: yo por lanzarme á él por segunda vez, y él por recibirme.

—Dejaos de esas imaginaciones, Don Lope.

—Ay, amigo mio! si viérais el temor que se ha apoderado de mí, al pisar el umbral de esa puerta!

—Temor, y por qué? Acaso, os vais á lanzar al mundo? No, Don Lope, habeis salido únicamente para cumplir con los deberes de la amistad. Es lanzarse al mundo visitar un monasterio donde no se oye mas que el ruido del viento y los salmos de las religiosas?

—Ah, es verdad, es verdad! contestó el conde, convencido con las razones que le habia dado Don Jimeno de Luna y Osorio.

Mendoza cerró la puerta, y el conde y Don Jimeno se dirigieron al real monasterio de las Huelgas, donde vivia la infeliz Elvira, entregada á las ideas mas amargas y terribles.



CAPITULO XII.

De como el conde de Haro volvió á su palacio, y lo que dijo cuando se halló en él.

EL real monasterio de las Huelgas de Burgos, distante todo lo mas de la ciudad un cuarto de legua escaso, era el sitio á donde se dirigieron Don Jimeno de Luna y su amigo el conde de Haro. Los dos caminaban con paso mesurado y aunque la distancia que mediaba desde el alcázar hasta el Monasterio, no era mucha, tardaron mas de lo regular en llegar á él. El conde de Haro apenas podia andar, y eso era la causa de todo.

—Sabeis, conde, que á este paso no llegaremos al Monasterio en todo lo que queda de dia? dijo Don Jimeno con aire bromista.

—Lo creo, amigo mio; pero ya veis no puedo dar un paso... como hace quince años no salgo de mi encierro.

—Oh, es verdad... pero si pudiérais hacer un esfuerzo... mirad el Monasterio ya casi aquí mismo, se toca con la mano.

—Desde que salimos de la ciudad parece talmente que se coje con la mano el edificio, y sin embargo, yo he perdido las fuerzas, y el Monasterio no llega ó mejor dicho nosotros parece no llegamos nunca á él.

—Tomad mi brazo y vereis como al momento estaremos; si llegamos despues de las oraciones no podremos penetrar.

—Pues bien, marchemos, marchemos.

A poco de esto se encontraron en las puertas del convento. Don Jimeno llamó y dijo á la monja que se hallaba en el torno:

—Decidme, madre, no pudiera yo ver á la ilustrisima Abadesa?

—Oh, oh, muy difieil lo veo... la señora á esta... pero quien sois? como os llamais?

—Decidle, si gustais, que está aquí Don Jimeno de Luna y Osorio, padre de la jóven que...

—Basta, basta, caballero, que azas conocido sois en toda Castilla, y demasiado principal para que la señora no os haga entrar al momento en su locutorio. Tened la bondad de esperar; mientras yo le aviso estais aquí.

—Bien, bien, madre; pero decidle tambien que me haga el obsequio de llevar consigo á mi querida hija.

—Perded cuidado, señor, que todo lo haré á medida de vuestro deseo: y al mismo tiempo se oian las pisadas de la monja que iba precipitadamente á ver á la Abadesa.

—Conoceis á la superioria del Monasterio. Don Lope?

—No, y ya sabeis la causa.

—Ah, teneis razon, me olvidaba de vuestro cautiverio.

—Hace mucho que es la gefe de estas santas mujeres?

—Cuatro años escasos.

—Y quién és?

—Es descendiente de la casa de Pimentel, y parienta de la reina Doña María Alfonsa de Molina.

—Ah, sí, la madre de Fernando IV... repuso Don Lope, palideciendo.

—Efectivamente; pues como su parienta, como la mujer que todavía lloramos los que la conocimos, es magnánima, de excelentes sentimientos y de un talento poco comun: su lenguaje es dulce, sus ademanes nobles y de su alma sublime y caritativa, se desprenden los sentimientos mas bellos, puros y santos.

—Deseo conocerla, Don Jimeno.

—Oh, pues no tardareis en satisfacer vuestro deseo... oigo pasos y tal vez sea la madre tornera..

Don Jimeno no pudo concluir, una voz de mujer un tanto cascada, le interrumpió con estas palabras:

—Caballero, su ilustrísima tendrá el honor de recibiros en su locutorio: tomad la llave y abrid la primera puerta que encontréis, pasando el patio de la portería.

El torno giró con la mayor rapidez, hasta que Don Jimeno cogió la llave.

—Gracias, señora, gracias por vuestra eficacia.

—No he hecho mas que cumplir con mi deber, caballero.

—Las últimas palabras de la monja casi fueron oidas por los caballeros, porque al momento de recibir la llave se dirigieron al locutorio á que correspondia.

A poco de penetrar en él, se presentó la superiora del Monasterio, seguida de la jóven y encantadora Elvira.

—Padre mio! exclamó la amante de Felipe, arrojándose en los brazos de Don Jimeno, y llenándolo de besos y caricias.

Elvira, hija mia! dijo tambien el anciano correspondiendo con a mayor ternura á las demostraciones de alegría y cariño que le daba la jóven.

La abadesa y el conde de Haro permanecieron silenciosos y contemplaron la primera enternecida al ver aquellas muestras de cariño tan puras y verdaderas; y el segundo sin quitar ojo de la encantadora Elvira, y no sabiendo qué admirar mas en ella, si su hermoso rostro, si su bello y esbelto cuerpo, de académicas formas, ó si la elegancia y naturalidad de sus ademanes. El conde de Haro estaba aturdido, y en medio de su sorpresa no pudo menos de decir con voz casi imperceptible, pero trémula y balbuciente:

—Oh, Elvira... solo una mujer ha habido que se parezca á tí! Sin embargo, Beatriz... oh, los recuerdos, los recuerdos siempre, Dios mio! Huid, huid, dejadme en paz un momento... si quiera mientras contemplo á este ángel!

El padre y la hija se separaron, y entonces Don Jimeno se volvió á la priora y le dijo con la mayor cortesía, besándole al mismo tiempo con respeto una de sus manos:

—Perdonadme, señora: el placer de ver y estrechar á mi hija entre mis brazos...

—Oh, lo estais, Don Jimeno, lo estais por mi parte: es tan natural lo que ha pasado!

—Y cómo estais, señora?

—Perfectísimamente, y con la satisfaccion de que no hay ninguna novedad en la actualidad en esta santa casa. Dios ha escuchado mis súplicas, y la paz y la salud mas completa hace dias es con nosotras.

—Mas vale así, señora: pero antes que se me olvide, tengo el gusto de presentar á vuestra reverencia á mi amigo el conde de Haro, nombrado por mí, durante mi ausencia, tutor de mi que-

rida hija.

—Oh, bien, me alegro de conocer á tan principal y noble caballero: contestó la madre haciendo una pequeña reverencia y examinando con detencion el rostro de Don Lope.

Elvira lo miró tambien, y despues dirigió la vista á su padre como queriendo interrogarle. Este se apresuró á decirle:

—Y á tí, hija mia, tambien te lo presento; el conde será para ti un amigo, un segundo padre; y quiero que desde ahora lo estimes y que desde ahora lo mires como la persona mas allegada que tienes despues de tu padre. En él tendrás, como ya te he dicho, un amigo, un confidente; un padre que nada te negará, que será amable y solícito contigo, y que te hará olvidar en algun tanto mi necesaria y precisa ausencia.

—Necesaria, padre mio? dijo la jóven con sentimiento.

—Sí, hija mia, necesaria, ya lo sabes, y es preciso conformarse porque redundá en beneficio tuyo: ya te he dicho que una pingüe fortuna será el resultado de mi viaje, y que todo pasará á aumentar tu dote.

—Ah, señor, yo renuncio á todo con tal de que no os marcheis...

—A qué viene afligirse? No estás en esta santa casa, que el mismo rey de Castilla ampara y protege? No te dejen en mi lugar al conde de Haro, á quien amarás á la segunda vez que lo veas, porque su carácter dulce y complaciente, le hace digno del mayor aprecio?

—Por Dios, Don Jimeno... dijo el conde con modestia.

—Oh, no, es la verdad, amigo mio; y sobre todo, continuó el de Luna, no estas al cuidado de esta noble y respetable señora que estoy seguro será para tí una madre?

—Oh; si, si, cierto; es para mí una madre, y la amo como si realmente lo fuera.

—No haces mas que corresponderme, hija mia querida: contestó la Priora estampando un beso con el mayor cariño, en la frente de Elvira.

—Pues entonces á que son esos temores?

—Padre mio, yo no temo nada, porque no hay fundamento para ello, es cierto; pero por eso no he de sentir vuestra marcha y no he de desear que no la hagais? Ah, señor, vos, solo, y anciano emprender un camino tan largo; esponerse...

—A nada absolutamente, Elvira: conque así es preciso que te tranquilices, teniendo á tan buenos padres como la señora abadesa y el conde de Haro... Además que tendrás ya en el convento alguna amiga... me engaño, señora?

—No, no os habeis engañado, Don Jimeno: repuso la superiora mirando á Elvira: Verdad, hija mia, que vuestro padre no se ha engañado?

—Verdad, señora: contestó la jóven sonriéndose.

—Ah, me alegro, me alegro porque con eso te será mucho mas grata la estancia en el convento. Y quién es la amiga que ha elegido, señora? Acaso una educanda de su edad?

—Oh, nada de eso; la amiga de vuestra hija es una madre que lleva mas de quince años de hábito; pero como Elvira rubia y de ojos azules, como Elvira de hermoso rostro y de bella alma; cuando entró en el convento para profesar, á pesar de que venia enferma y padecida en estremo, no podia darse hermosura mas perfecta. Hace mas de quince años que está aquí, su vida se la pasa llorando y haciendo continua penitencia; pero aunque vive sola, aislada enteramente, en los grandes apuros, en las enfermedades, y en todo sitio donde hay que prestar auxilios se la vé á ella llena de mansedumbre, y se oye su voz angelical, que solo derrama consuelo y uncion.

—Y esa es la amiga de mi hija?

—Esa, Don Jimeno, esa santa es la que Elvira ha elegido para pasear por el jardín, y para estar con ella siempre.

—Bien, hija mía, bien: Y decidme, señora, se sabe á qué familia pertenece?

—A una familia distinguida; pero se quedó muy jóven huérfana y mi ilustre parienta Doña María Alfonsa de Molina, la prohijó y la amó siempre como si fuera su hija verdaderamente.

—Tal vez á la muerte de tan gran reina, tomára el velo al verse sin el apoyo...

—No lo creais; mucho sintió la muerte de Doña María, y tanto lo que la lloró que aun en el dia vá á su sepulcro todas las mañanas antes que haya gente en la iglesia, y lo riega mas de cuatro veces con sus lágrimas. Ocho años antes que muriera la madre de Fernando IV, ya habia tomado el velo en este Monasterio. Dícese, aunque ella á nadie ha contado sus dolores y cuitas, que fué en extremo desgraciada en unos amores que la reina su madre adoptiva protegió con decidido empeño.

—Su nombre, señora, su nombre! exclamó el conde casi fuera de sí, y apartando la vista de Elvira, que hasta entonces no se vió libre de las miradas de Don Lope.

—Se llama Beatriz, caballero.

—Beatriz! Beatriz! dijo el conde por lo bajo, y volvió á guardar silencio.

—La conoceis acaso?

—No, señora, creí... Beatriz! No, no la conozco, os digo la verdad.

La abadesa y Elvira miraron á Don Lope llenas de estupor.

Media hora despues salian del Monasterio el padre y el tutor de Elvira. El primero enjugándose las lágrimas que la despedida de su hija habia hecho asomar á sus ojos, y el segundo preocupado con mil ideas y recuerdos los mas gratos y halagüeños

unos terribles y desgarradores otros. Don Jimeno acompañó al conde hasta su mismo alcázar.

—Ya conoceis á vuestra hija, conde: me puedo marchar tranquilo y seguro?

—Si, Don Jimeno.

—Adios, amigo mio: en el cielo recibireis el premio de vuestra bondad.

Y despues de estrechar con efusion la mano de Don Lope, se separó de él, para emprender al instante su viaje.

El conde cerró la puerta y subió precipitadamente la ancha escalera, que daba á la habitacion que ocupaba.

Mendoza le salió al encuentro, y le dijo con el mayor respeto:

—Quereis algo, señor?


—Nada, nada absolutamente... dejadme solo, repuso hechándose sobre su sillón de brazos, donde á poco dijo, alzando las manos al cielo:

—Señor, señor, he salido al mundo despues de quince años que he huido de él... el recuerdo grato y encantador de la hija de Don Jimeno, puede en mí ya mas que el de mis crímenes y maldades! Dios mio, que es esto?... Ah, misericordia, misericordia!



CAPITULO XIII.

En el que se vé que á la hija de Don Jimeno no le gustó mucho el tutor que le destinaba su padre.

L día siguiente de haberse marchado para Alemania Don Jimeno de Luna y Osorio, y cuando apenas hacia un cuarto de hora que el sol se dejara ver por el horizonte, esparciendo sus ardientes rayos por la tierra, cuando la interesante hija de D. Jimeno, saltó del lecho precipitadamente y se vistió tambien todo lo mas pronto posible. Elvira no habia pegado los ojos enteramente en toda la noche, su cabeza se perdia en mil conjeturas, y no podia averiguar como su padre era amigo del Conde de Haro que aunque ella no le conocia, pero el rostro de Don Lope era poco

simpático para que pudiera formar Elvira un concepto favorable del de Haro, ella tan pura é inocente, que odiaba todo lo feo y que juzgaba á las personas segun su semblante. La pobre niña estaba llena de temor, y sin poderlo remediar auguraba mal del hombre que en toda la visita quitó ojo de ella y que se puso lívido, cadavérico talmente, cuando la superiora nombró á Beatriz.

—Qué tendrá que ver con ella ese hombre? se decia la jóven cada vez mas confusa: La conocerá? oh, no hay duda!... pero cómo, cuándo? será algun enemigo de ella? es preciso averiguar todo esto y avisarle lo que ocurre... y lo que hizo el conde cuando nuestra madre superiora la nombró!... Qué hombre Dios mio, qué mirada! oh, me tenia aterrada y aun todavia lo estoy. Ah, señor, qué desgraciada soy! sola, sin mi padre, sin.. Oh, siempre lo mismo, la memoria de Felipe, de ese hombre indigno de mi amor... y sin embargo soy dichosa cuando pienso en él. Qué diferencia del conde... Felipe hermoso, galante y de mirada apasionada, oh, y el amigo de mi padre, escuálido, con los ojos desencajados y mirada de fiera... la presencia de ese hombre me causa un daño atroz, indecible!

Y esto diciendo, salió de su habitacion, y despues de atravesar una larga galería, se acercó á una pequeña puerta herméticamente cerrada, donde dió con suavidad un golpe, golpe que fué acompañado con estas palabras:

—Abrid, madre santa Beatriz: abrid, que soy yo. Elvira...

La puerta se mantuvo cerrada, y entonces la jóven pasó la misma galería de antes, bajó una ancha escalera de piedra, y al atravesar un enorme patio lleno de flores, oyó una voz que le decia con la mayor dulzura:

—Elvira, hija mia...

— Ah, señora, os andaba buscando: repuso la jóven corrien-

do hacia la religiosa.

—No corrais, hija mia, aguardadme ahí... oh, qué agitacion es esa?... cómo os habeis levantado tan temprano?... estais pálida, trémula, qué teneis, Elvira, qué teneis?

—Nada, señora, nada absolutamente: deseaba veros, tengo muchas cosas que contaros, y como no he podido dormir en toda la noche, así que vino el dia me he ido á vuestra habitacion la que he encontrado cerrada... ¿donde habeis estado, madre mia?

—Ya lo sabeis, Elvira...

—Ah, no puedo adivinar...

—Pues bien, vengo de cumplir un deber sagrado... La reina Doña María, mi madre, mi protectora, se halla enterrada en este Monasterio, y vengo de...

—Ah, lo sé, lo sé; pero no creí que fuérais tan temprano.

—Si, hija mia, la visita á los sepuleros se debe de hacer por la noche ó al amanecer. Pero qué me queriais Elvira?

—Oh, tengo mucho que contaros, si quisiérais venir al jardin.....

—Al instante, hija mia, llevadme á donde querais.

La religiosa y Elvira se dirigieron al jardin, que como ya habia entrado el estío, presentaba el aspecto mas risueño y magnífico.

Las dos amigas se sentaron en un banco de priedra, rodeado de frondosos arboles, de altas y añosas parras y de juguetona yedra, que se enroscaba por los pilares y maderos que sostenian las parras. Ni un rayo de sol penetraba en el sitio que eligió la monja y su amiga. Un aire grato y embalsamado por las muchas y variadas flores que habia, silvaba suavemente por entre el ramage de los árboles y de las plantas. Las megillas de la hija de Don Jimeno, se tiñeron de un sonrosado, que hacia





Es muy importante lo que tengo que decirles, y...

resaltar mucho mas la blancura de su cútis y el carmín de sus lábios. Elvira tendió la vista en derredor suyo y exclamó, sentándose en el toseo banco de piedra:

—Ah, qué cansada estoy! he corrido tanto en vuestra busca!.....

—Mal hecho, hija mia; porque á qué viene ese precipitacion?

—Es muy importante lo que tengo que deciros, y queria que lo supiérais cuanto antes.

—En ese caso, dad comienzo.

—Nos oiran aqui?

—Nada temais.

—Pues bien: ayer estuvo mi padre á despedirse para Alemania, y vino acompañado del que ha nombrado por mi tutor. Este hombre es alto de cuerpo, en extremo delgado, y aunque tiene hermosos ojos negros, su mirada es atroz, aterradora. Mi tutor tendrá unos cuarenta años, y es...

—Acabad, hija mia; deseo saber como se llama: es...

—El conde de Haro.

—Cielos! el conde de Haro! Ah, qué necia soy!... Acaso su descendiente; porque, cómo es posible que viva semejante mónstruo? Cómo habia Dios de consentir que ese hombre infame... Sabeis su nombre?

—Sí, lo sé, madre mia, lo se por mi desgracia!

—Y cómo se llama?

—Don Lope.

La religiosa palideció de una manera que Elvira creyó iba á perder el conocimiento.

—Madre mia! señora... Ah, perdon, socorro!

—Callad, hija mia, callad, esto no es nada, solo... pero acabad; y ese hombre qué dijo? Me busca acaso?

—No; solo fué que nuestra reverenda superiora os nombró,

ó mejor dicho habló á mi padre de vos, y del cariño que me profesais. Entonces el conde palideció y preguntó á la abadesa si os llamábais Beatriz.

—Y la superiora...

—La superiora contestó afirmativamente, y el conde de Haro á lo que yo entiendo, le sucedió lo mismo que á vos cuando habeis oido las anteriores palabras. Quién es ese hombre, señora? puedo temer algo de él?... Oh, hablad, hablad, porque en toda la noche he podido dormir, al acordarme de él y de las miradas que me dirigia...

—Ese hombre, hija mia, que tanto horror os ha inspirado, y que con razon podeis temer, es un infame, Elvira, es un hombre que debia de subir á un cadalso, para espiar los crímenes que ha cometido!

—Cielos! y mi padre que es su amigo y me lo ha presentado para que yo le ame como á un pariente..... Ah, señora, cómo habrá sido eso? cómo mi padre... ha, yo me vuelvo loca...

—Tal vez, ignore que en su juventud, fué el asesino de...

—De quién?

—De Fernando IV y de dos jóvenes, que uno de ellos era mi esposo.

—Divino cielo? y ese hombre no ha recibido su merecido! Por qué no se le ha castigado?

—Porque era muy poderoso, y porque todo lo hizo clandestinamente. Os voy á contar una historia terrible, historia que tal vez habeis oido en vuestra niñez... Habeis oido hablar por ventura, de los desgraciados é inocentes hermanos Carbajales?

—Ah, sí, mi padre cuando niña me contó esa historia y mas de cuatro veces se humedecieron mis ojos al escucharlo: alguno de esos jóvenes...

—Sí, hija mia, el menor de ellos fué el esposo que me desti-

nó el cielo y mi madre adoptiva, y el que mi corazon elijió. Escuchad ahora la historia, y vereis lo que ha sido ese hombre, el conde de Haro.

Y aquí Beatriz contó, sin omitir nada, todo lo que hemos referido en la primera parte.

—Cielos! Ah, y habeis podido sufrir tanto, señora! exclamó la bella Elvira, enjugándose las lágrimas que Beatriz habia hecho asomar á sus ojos, cuando le contaba la historia de sus desgracias.

—Sí, hija mia; todo lo he sufrido, cuando debí morir veinte veces: pero el cielo no me quiso conceder esta gracia, sin duda porque es mi destino vivir y llorar siempre. Constantemente le pedia á Dios que me diese una pronta muerte para librarme de tantos males.... pero el cielo sordo á mis ruegos y yo.... padeciendo horriblemente! El único período que he tenido en mi vida, tranquilo al menos si no feliz, ha sido este que he vivido en el convento, llorando la muerte de mi madre adoptiva y de mi esposo, y rogando á Dios sin cesar por sus almas! Oh, hija mia, sí, era dichosa, si en la desgracia puede haber dicha!... aquí me he pasado mi juventud; aquí he dejado de ser perseguida, y aquí pensé morir, lejos de ese mundo infame y engañador, cuando ese hombre, el asesino del esposo á quien mi corazon amaba, el matador del hijo de mi madre adoptiva... no viniera á profundizar las llagas, que su crueldad abrió para siempre en mi corazon!

—Oh, eso es horrible! exclamó la hija de Don Jimeno, toda trémula y llena de indignacion.

—Teneis razon, Elvira, es horrible é increíble á un tiempo que una muger como yo, pueda padecer tanto!

—Pero y á ese hombre por qué no se le castigó? No hay justicia en la tierra que castigue tanta maldad?

—No, no la hay, hija mia, para cierta clase de la sociedad: ese hombre fué culpable, es verdad, fué asesino y era digno de morir en un cadalso, pero al mismo tiempo era noble y poderoso... al mismo tiempo, se podria acarrear el rey, con la muerte del conde, un enemigo formidable en todos los caballeros de esa casa, y ahí teneis los motivos de quedar impune los crímenes de ese monstruo!

—Ah, señora, yo no puedo concebir...

—Pues sí, Elvira; la justicia de los hombres es muy distinta á la de Dios! El conde no ha sido castigado en este mundo; pero en el otro recibirá su merecido: la mano de Dios caerá sin piedad sobre su culpable cabeza... y quién sabe si en el dia no será devorado por los remordimientos? La conciencia es un juez que no perdona; que mata y aniquila sin dar un momento de tregua... Tal vez ahora mismo, luche con mil espectros y fantasmas que la imaginacion suele presentar á esas personas tan criminales como Don Lope.

—Es verdad, madre mia: los remordimientos es el peor castigo que Dios puede dar al culpable... yo creo que el conde sufre ese castigo; porque su rostro está flaco y terriblemente pálido; sus ojos desencajados, y su cabello blanco: todo en él indica ese estado cruel y fatigoso que los remordimientos pone á la persona que como el conde es su vida un tejido de maldades.

—Infeliz! exclamó la monja; para qué mas castigo ni mas espiacion que ese estado! Oh, yo debo de alegrarme, yo..... pero no, le perdono y aun rogaré á Dios que le dé paz y tranquilidad, y que ilumine su alma con la clara luz del arrepentimiento! le perdono todo el mal que me habia hecho... Es mi deber; la venganza solo está permitida á las almas como la suya.

—Cuán buena sois, señora!

—No, hija mia, no es bondad, es deber, obligacion..... Dios lo ha mandado y es preciso obedecerle. Al enemigo se le debe compadecer y perdonar, porque con esto caerá de su error.

—Y vos le perdonais despues de haberos hecho desgraciada?

—Sí, Elvira, le perdono; tambien vos cuando recibais daño de alguno...

—Oh, nunca, nunca!

—Perdonad, hija mia; pero debeis de hacerlo así.

—Debo de hacerlo! Y si mi corazon se resiste?

—No se resistirá: vuestro corazon no podrá nunca oponerse á cualquier sentimiento bueno.

—Sin embargo... hay cierta clase de daños que jamás se olvidan y que jamás se deben perdonar. Yo, aunque soy tan jóven, he sido herida cruelmente, y cada dia me encuentro mas indignada, y menos dispuesta á disculpar al hombre...

Ah! vos herida! tan jóven, tan bella!... Y en dónde hija mia?

—En donde vos, señora; en el corazon! mi herida es moral, como las vuestras, á pesar de ser por otro estilo, es incurable, y jamas se cicatrizará!

—Pobre hija mia, conque ya sois desgraciada cuando apenas habeis nacido! Señor, esto es horrible!...

—Sí, desgraciada! escuchadme y vereis como tengo motivos para serlo.

—Hablad, hija mia, hablad sin temor cuanto querais: abridme sin recelo alguno vuestro tierno corazon, que ya sabeis os amo.

—Gracias, madre mia, gracias.

Y despues de besarse con cariño una y otra, y de enlazar sus manos amistosamente, comenzó á hablar de esta suerte la encantadora hija del de Luna:

—Yo he sido educada en las Huelgas de Valladolid, de donde salí á los catorce años. Mi madre murió á consecuencia de mi nacimiento, y mi anciano padre, que me ama con extraordinario delirio, me daba todos los gustos y toda la libertad que una jóven recatada y bien nacida debe tener. Aprovechándome de esta condescendencia de mi padre, estaba la mayor parte del tiempo asomada á una de las ventanas de nuestra casa, ya con las celosias corridas ó levantadas. Una de estas veces acertó á pasar por allí, un jóven en extremo hermoso y apuesto: su bella y encantadora figura, y sus ademanes asaz distinguidos, me cautivaron de un modo, que por la primera vez de mi vida, sentí un bienestar delicioso con solo contemplarlo. El tambien me miró de cierto modo, que indicaba habia sido herido por la misma clase de dardo que yo. Desde entonces le amé, y os diré para abreviar que volvió una y otra vez, y que al cabo, no pudiendo resistir al amor que ardía en mi pecho le contesté que tambien le amaba, á las muchas y repetidas veces que el me lo dijo. Nuestro amor era puro, ideal, como lo puede ser el primero y como se aman dos jóvenes de mi edad y la suya. Su nombre era Felipe, y cuando yo le preguntaba por sus padres, y cual era su ocupacion, me contestaba que pertenecía á una familia ilustre, pero que cuando niño los habia perdido, y que tenia innumerables rentas al cuidado de tutores y parientes. Yo todo me lo creia y seguia amándole con toda la verdad é idealismo del primer amor, correspondiéndome él de la misma manera. En este estado vivimos un poco de tiempo, hasta que mi padre dispuso emprender el viaje de que os he hablado, y mientras tanto encerrarme en este monasterio, seguro por todos conceptos. Salimos de Valladolid cuando ya estaba todo preparado, y cuando nos acercábamos al convento, fuimos sorprendidos por una terrible compañía de bandidos, que por esta tier-

ra habia entonces...

—Por los *formidables* hija mia?

—Sí, señora.

—Oh, qué horror! Esos hombres eran el espanto y el terror de toda esta comarca.

—Pues esos hombres nos cogieron despues de un reñido combate entre nuestros soldados y ellos, y en seguida nos llevaron á mi padre herido y á mí desmayada, á unas ruinas de un convento, donde se albergaban. Figuraos lo que padeceria cuando volví en mí y me encontré separada de mi padre, y sola en un horroroso calabozo, donde reinaba el silencio y el frio de los sepulcros. No sé el tiempo que permaneci encerrada; solo me acuerdo que la puerta se abrió y que penetraron en la estancia dos hombres, el uno feo y horrible como un condenado, y el otro armado de pies á cabeza, y cubierto el rostro con la visera de su magnífico y reluciente casco. En el primero ví al bandido que me poseia, porque sin duda se anticipó á los demás en apoderarse de mí: y en el segundo reconocí, al ver su postura y donaire, al objeto de mi corazon, á Felipe, al hombre que no habia olvidado un momento y que no podia olvidar. Al verlo lancé un grito de amor y alegría, y me puse bajo su proteccion. A poco fueron viniendo todos los bandidos que constituian la compañía, porque Felipe castigó al bandido que le acompañaba, al saber habia yo sido maltratada por él, y á sus voces y gritos acudieron todos para socorrerle. Cuando vieron los *formidables* al encubierto se precipitaron sobre él, y á fuerza de golpes saltó su casco hecho mil pedazos. Felipe era el armado, pero sabeis lo que hicieron los bandidos? Oh, cada vez que pienso en esto creo que voy á perder el juicio! En vez de seguir golpeándole para matarle, le rindieron sus espadas y se descubrieron con el mayor respeto. Mi amante... cielos! oh,

Dios mio, por qué he de ser tan desgraciada? madre mia... mi amante, Felipe, el jóven, bello y encantador, objeto de mi amor y de mis puras y plácidas ilusiones, era... me avergüenzo de tal modo que apenas puedo hablar...

—Seguid, hija mia, seguid: quién era vuestro amante?

—El gefe principal de aquella horda de asesinos y ladrones!

—Virgen santísima! y vos que hicisteis, Elvira?

—Oh! me separé de él al instante, llenándole de improperios y no queriendo escuchar las disculpas, que daba para haerme creer era inocente. Conque ya veis si soy tan desgraciada! ya veis como un desengaño horrible, ha destrozado mi corazon para siempre.

—Pobre niña, pobre niña, exclamó la religiosa llenándole el rostro de besos.

—Ah, señora; si viérais cuanto he llorado y padecido? si supiérais los tormentos que sufro cuando recuerdo que el hombre á quien tanto he amado... oh, esto es horrible, cruel!... y luego aunque yo no queria escucharlo, oí que sus padres lo habian abandonado cuando niño, y que uno de aquellos bandidos le recogieron; que era inocente, y que los maldecia una y otra vez! Sin embargo... yo seguia huyendo de él y llamando como una loca á mi padre hasta que caí desmayada, porque era imposible que despues de lo que habia pasado no sucediera así.

—Y cómo salisteis del poder de los facinerosos?

—Por orden suya, y por orden suya tambien nos acompañaron hasta aquí, para que no tuviésemos otro encuentro.

—Qué se hizo de vuestro amante?

—Huyó para siempre del lado de aquellos hombres.

—Y le amais aun, Elvira?

La jóven miró sorprendida á Beatriz y repuso, como vacilando:

—Imposible... ya veis... yo no debo amarle!

—Pero sin embargo....

—Ah, señora, por qué me haceis semejante pregunta?

—Porque leo en vuestro semblante...

—Ah, perdon, perdon, Dios mio... yo quisiera olvidarlo; pero.... su memoria no se aparta ni un momento de mi imaginacion.

—Con que segun eso le amais todavia?

—Sí, le amo, le amo, y no debo... le amo, y huiré siempre de él!

Un hombre se presentó al tiempo de decir Elvira las anteriores palabras.

—De modo, dijo la religiosa, que sereis desgraciada toda vuestra vida; porque jamás amareis á otro...

—Oh, jamás, jamás! solo á él le amaré toda mi vida, aunque se lo ocultaré siempre.

—Y si vuestro padre os destinara un esposo?

—Preferiria mejor, llegado ese caso, tomar el velo de religiosa. Ya os lo he dicho, señora, que mi corazon no amará á otro hombre que á ese que me ha hecho desgraciada.

—Elvira, Elvira!... dijo un hombre presentándose á la jóven con el rostro lívido y desencajado.

—Dios mio! socorro, socorro!... esclamaron á un tiempo Beatriz y Elvira, dando grandes y formidables gritos.

—Callad, oh, perdon Beatriz... yo necesito vuestro perdon y el amor de Elvira...

—Mi amor! nunca, mónstruo, nunca!

—Elvira, Elvira... repuso el conde de Haro, tendiendo los brazos hácia la jóven.

—Oh, apartaos, apartaos! exclamó Elvira huyendo despavorida por el jardin mientras que la religiosa caia desmayada en

el banco de piedra.

—Beatriz! Beatriz!... exclamó Don Lope: maldicion! todos se vuelven contra mí! Ah los infiernos no dejan de perseguirme aun.

Y despues de rociar el rostro de la religiosa con el agua de las fuentes, la colocó cuidadosamente, y se alejó de allí, en busca de la hija de Don Jimeno.

Esta mientras tanto llegó con la misma precipitacion con que se habia alejado del conde, á una ancha y magnífica escalera de piedra preciosamente trabajada, que conducía al Monasterio. Elvira se hallaba en una situacion que apenas podia continuar su precipitada carrera. La infeliz tuvo que sentarse al pie de la escalera y junto á una cruz de piedra toscamente labrada, que habia allí inmediata. La hija de Don Jimeno alzó la vista y vió á su amante cerca de ella.

—Elvira! amor mio! exclamó este echándose á sus pies.

—Ah, perdon! mira... ya puedo ser digna de tu amor... ya... Oh, escúchame, yo te amo, me es imposible vivir sin tí... Ah, perdóname, no es cierto que me amas?...

La jóven se puso de pies, y dijo al mismo tiempo que subia los anchos peldaños de la grada:

—Dejadme, caballero, dejadme, ó me veré en la precision de pedir socorro.

—Cielos! con que no hay esperanza para este infeliz? Conque tengo que renunciar... Oh, cruel, cruel una y mil veces! Y yo que creí me amaria cuando supieras mi inocencia, y la ocupacion honorífica y honrosa que el mismo rey de Castilla...

—El rey! vos! un bandido!...

—Ay por Dios, no me despedaces el alma con tan crueles palabras! Elvira, si me amas, si tu amor es una verdad no despiertes en mi alma recuerdos tan atroces como esos! Oh, he sido bandido contra mi deseo, y porque circunstancias indepen-

dientes de mi voluntad me obligaron á ello! Yo les he maldecido, yo he renegado de ellos porque así tenia que suceder y porque yo así lo queria. En el dia no existe ninguno de aquellos miserables; en el dia no soy yo un bandido, sino un pobre huérfano abandonado, bajo la proteccion y el amparo del Rey de Castilla; en el dia solo aspiro á hacerme digno de tí, y á que puedas llevar mi nombre con orgullo tal vez muy pronto! Mientras he vivido sin esperanza de poder recobrar tu amor, amor que es mi vida y mi ambicion toda, te he dejado en paz, no he querido importunarte porque conozco la delicadeza de tu carácter, para que hubieses dado oidos á mis palabras; pero en el dia, que un rey magnánimo y generoso me dá su apoyo y proteccion, cuando puedo presentarme á tí sin que te avergüences y cuando tengo un porvenir brillante, me he apresurado á buscarte y recordarte tus palabras y juramentos...

—Infeliz! y no sabes que los que penetran en un convento de de la manera que tú lo has hecho, cometen una falta en extremo grave, y que su castigo es atroz, cruel!

—Nada temas; he saltado por una de las tapias que circuyen este jardin; un amigo de toda mi confianza me espera en la parte opuesta, con dos magníficos caballos, y si hubiera algun peligro sabríamos con la huida librarnos de él. Lo que yo deseo saber es si me amas, si puedo llamarte mia algun dia, y si en tí vuelvo á encontrar la muger cándida y tierna que me amaba en Valladolid. Ah, Elvira, y qué tiempos tan deliciosos aquellos, te acuerdas?

—Sí, sí, me acuerdo! contestó la jóven con placer y amargura á un tiempo.

—Ah, los recuerdas como yo, con alegría? bendita seas, amor mio, bendita seas! esas solas palabras me hacen el hombre mas feliz y afortunado de la tierra. Elvira, es verdad que

me amas y que me perdonas?

—Sí, sí, te amo... y no debía: contestó con sentimiento.

—No debías! porqué, si exijo al mismo tiempo que tu amor el perdon de mis culpas involuntarias?

—Sin embargo, la herida que abristes en mi corazon...

—Oh, calla, calla! esos sucesos se deben olvidar para siempre! A qué despertar ahora en nuestra mente ideas tristes y terribles? A qué acibarar con esos fatales recuerdos el placer y la dicha que sienten en este mismo momento nuestros corazones, llenos de amor y felicidad? Ah, no, desechemos esas imaginaciones tan lúgubres, ahora que no hay ningun impedimento para que nuestro amor viva y crezca sin temor ni recelo alguno; ahora que un porvenir risueño y placentero, nos espera, y ahora que todo nos sonrie. Elvira, amor mio, alégrate como yo de nuestra dicha, y comienza á ser feliz como yo lo soy.

—Ah, tú lo eres, porque ignoras...

—Vacilas, qué ocurre, habla, habla pronto!

—Tú ignoras que hay un obstáculo para que yo pueda ser feliz enteramente.

—Un obstáculo! Te juro, por Cristo, que pronto desaparecerá como esté al alcance de mi brazo! Acaba, Elvira mia, ese obstáculo.....

—Es el tutor que mi padre ha nombrado para mí, durante su ausencia.

—Y bien, qué cuidado te puede inspirar ese hombre?

—Oh, muchísimo, Felipe! ese hombre es poderosísimo, pertenece á la clase mas elevada, y encierra en su pecho los instintos mas terribles y crueles: á pesar de ser ya de alguna edad, me ha declarado su amor pero de una manera espantosa; y en ese hombre por último, veo yo, con este instinto maravilloso que tenemos las mujeres, al genio del mal, á un aborto

del infierno lanzado para nuestra desgracia!

—Me dá compasion oírte, pobre niña!

—Oh, Felipe; no son estos presentimientos que el miedo me sugiere, no; si como yo supieras pormenores horribles!...

—Pero cómo se llama ese hombre?

—Se llama Don Lope Diaz, conde de Haro.

—El conde de Haro! oh, pues desecha todo temor ángel mio, porque el conde es hombre como los demás y no podrá escaparse de una buena estocada, el dia que haga cualquier cosa que te disguste.

—Oh, si supieras de los medios que se vale ese hombre cuando quiere vengarse, no proferirias semejantes palabras.

—Desecha todo temor, Elvira, que nada sucederá: pero lo que á mí me llena de estrañeza, es cómo tu padre ha dejado en su lugar á un hombre tan infame y malvado, segun dices.

—Mi padre debe ignorar todas esas circunstancias, cuando lo ha hecho. Porque todo esto lo he sabido despues aquí, por boca de una monja, en extremo santa, víctima de la maldad del conde.

—Pero tú debes quejarte á la superiora, y negarte á verle siempre que venga al Monasterio.

—Pensaba hacer eso mismo que dices; pero hoy mismo, no hace un momentó, y aquí en el jardin, mientras conferenciábamos acerca de él la monja de que te he hablado y yo, se nos apareció á lo mejor. Figúrate lo que pasaríamos al verlo; yo hui despavorida y al llegar á esta escalera caí sin fuerzas al pié de la cruz donde me encontraste y donde nos hallamos.

—Y por qué se encontraba en el jardin?

—Lo ignoro, aunque tal vez haya conseguido licencia de la Abadesa, para poder penetrar en el Monasterio á toda hora.

Al acabar Elvira, se vió atravesar al conde por entre un cua-

dro de flores y boj.

—Huye, Felipe, huye! exclamó separándose del jóven toda trémula y balbuciente.

—Por qué, Elvira?

—Oh, el hombre... el conde viene ahí! huye, huye por Dios!

—Nunca!

—Felipe... por nuestro amor: si te encuentra, si te vé... oh, no quiero pensarlo! huye, que no te conozca nunca! repuso la jóven subiendo de nuevo la escalera.

—Y tú... cómo te abandono yo, amor mio!

—Nada temas; porque en este momento voy en busca de la superiora para referirle cuanto ha pasado. Adios Felipe, adios...

—Hasta cuando, Elvira?...

—Hasta... yo te avisaré, adios.

—Adios, ángel del alma: contestó el jóven, dirigiendo á su amante una tierna y espresiva mirada, sin dejar de besar con el mayor entusiasmo una de las manos de Elvira, que esta no se cuidó de retirar.

—Así que Felipe vió desaparecer á la hija de Don Jimeno, tan luego como la dejó en puerto seguro, se dirigió sin detenerse al lugar por donde habia penetrado en el jardín. Pero en el momento de poner los pies en la escala de cuerda que pendia del muro, se presentó el conde Haro, y le dijo con mal talante y peor modo:

—Caballero, qué haceis?

—Por Cristo, señor conde, que me gusta la pregunta: no lo veis?

—Y no sabeis que el que escala un convento...

—Y vos, por donde lo habeis escalado?

—Caballero, yo puedo estar aquí, porque tengo derecho para ello.



Huye, Felipe, huye!



—Y yo lo estoy y me marchó ahora, porque se me antoja.

—Estais aquí sin poder estar, pues sois un salteador; salteador y ladrón....

—Caballero!...

—Quién sois y qué haceis aquí os pregunto, porque tengo derecho para ello.

—Permitidme, señor conde, repuso el jóven con socarronería: pero no puedo, ó mejor dicho, no estoy en el parecer de contestaros, valiéndome del derecho que tengo, y que vos me concedereis.

—Sois un bellaco, jóven... contestó el conde, montando en cólera, y echando mano al pomo de su espada.

—Y vos, dijo Felipe bajándose de la escala y haciendo la misma demostracion; y vos, conde de Haro, un infame y un mal caballero...

—Villano, os atreveis?...

—Vive Cristo, que no habeis de repetir esás palabras: repuso Felipe desenvainando su espada y cayendo sobre su contrario con terrible furia.

El conde sacó también la suya, y esperó el golpe que le asesó su enemigo.

—Duro teneis el brazo, jóven... por Santiago que sois el mejor espadachin que he conocido! Es acaso esa vuestra profesion?

—Sí, en eso me ocupo, y os voy á dar una prueba que os convencerá mas de ello. Tened la bondad de ir á recoger vuestra espada... mirad, mirad como va por el aire hecha mil pedazos.

—Miserable!...

—Ahora si quisiera os podia matar, y legalmente señor conde; pero no lo hago porque soy todo un caballero. Sin embargo os prevengo una cosa, que quiero no olvideis. Si os encuen-

tro otra vez en mi camino... así como ahora, en vez de hacer saltar vuestra espada, os clavaré la mia en el pecho...

Y al mismo tiempo subió con tanta rapidez por la escala, que cuando quiso acodar D. Lope ya se hallaba en la parte opuesta.

—Nuño, dijo Felipe llamando con el mayor sigilo al ex-teniente de la *formidable*.

—Aquí estoy: contestó el intrépido Nuño, saliendo de entre unas ramas.

—Y los caballos?

—Aquí están.

—Pues marchemos inmediatamente: si nos detenemos un solo momento, somos perdidos sin remedio. Con que á caballo, buen Nuño, á caballo sin detencion.

—A caballo, cuerno y sangre, á caballo y que venga gente despues.

Los dos amigos se montaron de un salto, sobre dos soberbios caballos de pura raza árabe.

—Y dime, Felipe, qué tal mi consejo?

—Magnífico! todo me sale á pedir de boca.

—Bravo, bravo! conque la chica...

—Me ama tanto como yo á ella: en el mundo no hay un hombre mas feliz que yo...

—Mil rayos caigan sobre mi, pues no estoy llorando como un chiquillo, solamente con verte alegre!

—Gracias, Nuño, amigo mio!

—Qué gracias, ni qué rayo!... pero dime, cuándo me refieres lo que te ha pasado con ese conde de Candespina que se te ha presentado convertido nada menos que en rey de Castilla?

—No me he olvidado de la promesa que te hice; pero como tengo que referírsela tambien á otra persona, la oireis los dos á un tiempo.

—Luego, entonces, á donde nos dirigimos?

—A la ermita de la penitente que hay cerca de las ruinas de San Benito.

—A las ruinas!

—No, á la ermita.

—Marchemos á ella.

—Marchemos: contestó Felipe metiendo espuelas á su caballo, y arrancando con su compañero por el camino real, como si fueran saetas.



CAPITULO XIV.

En el que se vé que la penitente tuvo un gran placer en ver por segunda vez al capitan de la formidable.



Los ginetes llegaron en un *decir Jesus* al valle donde se hallaba situada la ermita de la penitente. El mayor silencio reinaba como siempre en todo aquel paraje. La puerta de la pequeña choza se encontraba cerrada, porque al oír Piedad las pisadas de los caballos, se apresuró á cerrarla, sin duda para no ser sorprendida.

Nuño Fajardo, que en todo el viaje había desplegado los labios, se atrevió á decir así que llegaron á la choza:

—Aquí no hay ermita ni cosa que lo valga.....

—No, pues qué es eso que tienes á la vista?

—Eso qué se yó..... pero, vírgen del Romeral, cómo vive ahí persona alguna?

—Es que la que habita esa mansion no se ha venido aquí para tener comodidades.

—Lo creo; pero si es tan pequeño.....

—Sin embargo, todavía hemos de caber los dos.

—Dificil lo veo.

—Dificil!

—Sí, porque no tendremos por donde entrar. La puerta se halla cerrada y.....

—Oh, por poco os apurais: no encontrais ningun remedio?

—No, á fé.

—Pues se llama y vereis como contestan.

—No me parece mal medio.

—Pues á ello; pero antes apeémonos de los caballos.

Y así que se vieron en tierra y que dieron suelta á los animales, para que paciesen con toda libertad, se dirigieron á la ermita, en cuya puerta dieron dos ó tres golpes no muy fuertes.

La penitente no respondió.

—Abrid, señora, abrid; que soy yo, Felipe... vuestro hijo...

La carcomida puerta se abrió de pronto y apareció en el dintel Piedad.

—Señora..... madre mia! exclamó el amante de Elvira, cogiendo con cariño una de las manos de su protectora.

—Felipe! vos por aquí! Ah, bendita sea la hora en que has llegado! si viérais cuanto gozo experimento cuando os tengo entre mis brazos..... porque qué inconveniente hay para que no podais ser mi hijo? Oh, sí, sí, lo sois, y aunque no lo fuérais, se parece tanto á vos!... Hijo mio, hijo mio, cuándo te veré, cuándo oiré tu voz!..... pero me olvidaba..... yo estoy loca, ya lo

veis, siempre pensando en lo mismo!—Venís de Burgos? Qué ha sido de vos desde que nos separamos? Contádmelo todo, todo..... nada omitais.

—Ah, señora, vos sois mi ángel tutelar, mi Dios, despues del que existe en el cielo! por seguir vuestros consejos soy feliz y afortunado como lo puede ser el primer hombre que haya dichoso. Ah, bendita seais! sino es por vos hubiera perecido, porque mi situación era horrible, cruel, cuánto tengo que agradeceros, madre mia! Oh, permitidme os llame así!

—Sí, hijo mio, si, y ojalá fuera verdad algun dia! Dadme ese nombre siempre, siempre; no sabeis el bien que me haceis y la dicha tan grande é inefable que experimento. Ahora contadme todo lo que os ha sucedido... y decidme si aquella jóven....

—Nada temais, hablad claro que este amigo es de toda mi confianza, y puede oirlo todo, porque de todo está enterado: repuso Felipe al ver que Piedad vacilaba.

—Bien, me alegro saberlo: contestó la penitente echando una mirada penetrante y escudriñadora sobre el pobre hidalgo aragonés.—Os preguntaba, si os ama ya la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio.

—Sí, me ama como antes, y en eso consiste la mayor parte de mi felicidad.—Prestadme una poca de atencion y os referiré todo lo que me ha sucedido desde que salí de aquí.

—Hablad, hijo mio, hablad.

Despues de colocarse los tres, lo mejor que pudieron en el miserable lecho de ojas secas y ramas, que esparcidas sobre un mal tablado, servía de cama á Piedad, comenzó á hablar Felipe de esta suerte, no sin dirigir antes una mirada de cariño á su protectora, á la mujer que con su cuidado y esmero le habia librado de una muerte cierta, y que con sus acertados consejos y evangélico lenguaje, le habia curado de los males morales

que le aquejaron á un mismo tiempo:

—De aquí me diriji á Burgos, como sabeis. Una vez allí, procuré ver mas de una vez al rey, con intencion de pedirle colocacion en el primer ejército que aprestára para ir contra los moros. Todas mis tentativas fueron vanas porque Alonso XI, como jóven, se cuida mas de sus asuntos particulares, que de los negocios del reino. Yo estaba desesperado y habia perdido toda esperanza, cuando una noche que vagaba por las calles, á hora bastante avanzada, pensando en mi situacion y en mi mala estrella, tropiezo con cinco ó seis hombres que se asestaban sendos mandobles. Me paré un momento, y ví que eran cuatro contra dos, y llevado de un buen deseo me puse a favor de la parte mas débil y comprometida. Mi buena suerte quiso que ahuyentásemos é nuestros enemigos, y al verse libres mis compañeros, me dieron las mas espresivas gracias, y el que parecia tener mas superioridad, me hizo unos cuantas preguntas, y me dió una sortija para que con ella me presentára en palacio al conde de Trastamara, que este se encargaria de llevarme al conde de Candespina, noble que segun me dijeron goza de gran valia con el rey, exigiéndome además palabra de que no faltase. Figuraos si faltaria, señora, cuando mi mayor deseo era ver al rey por algún medio! A los dos dias, por no parecer importuno, me dirigí al alcázar real con mi sortija, y pregunté por el conde de Trastamara. Despues de un buen rato de espera, apareció el conde, elegantemente vestido, y me dijo con la mayor cortesía:

—Qué quereis, amiguito?

—Sois el conde de Trastamara?

—Sí, y de Sarria y Lemos para lo que gusteis mandar.

—Hace dos noches fueron asaltados en una de las calles de esta ciudad, dos caballeros...

—Basta, basta..... sois, acaso, el libertador de aquellos jóvenes?

—Tuve la honra de ayudarles en la derrota que sufrieron los asesinos.

—Y buscáis al conde de Candespina?

—Cabalmente.

—Tendreis en vuestro poder cierta sortija...

—Vedla aquí, señor.

—Oh, oh, perfectamente: pues tened la bondad de esperar un momento que voy á cumplir lo que se os prometió.—Recordais?

—Sí, que vuestra grandeza me habia de presentar al conde de Candespina.

—Justamente.

El conde desapareció, llevándose la sortija que era de un valor incalculable, y á poco se presentó donde yo estaba y me dijo con la mayor amabilidad:

—Hacedme el obsequio de seguirme, jóven.

—Yo lo hice sin titubear, y á poco me hallé en un magnífico salón, lujosamente adornado, y lleno de mil caballeros y altos personajes de la corte de nuestro actual rey. Todos se reunian en pequeños círculos y conferenciaban unos con cautela y otros dando fuertes gritos y estrepitosas carcajadas.

—Esperad aquí, con estos señores, que no tardará en salir: me dijo el de Trastamara.

—Quién! repuse yo confuso y sin poder creer que un conde tuviese en el mismo alcázar del rey tantos cortesanos y adula-dores.

—Quién ha de ser! El conde de Candespina: me contestó D. Alvaro, alejándose de mí con orgullo por en medio de aquellos señores, que le saludaron con cariño y amabilidad.

—Mi impaciencia é inquietud llegaron á su colmo porque estuve esperando una porcion de tiempo y ni parecia el tan decantado conde de Candespina, ni mucho menos su amigo. Cansado de esperar y temiendo que todo fuese una burla, me decidí á marcharme, cuando en el momento de hacerlo sin decir á nadie oste ni moste, veo que se abre una puerta y que se aparece en el salon el mismo jóven á quien yo salvé de los asesinos. Su figura era en extremo simpática, y aunque demasiado jóven, se veia en él un aire y porte casi régio. Todos los caballeros que allí estaban se inclinaron con el mayor respeto al verlo salir y se apresuraron en rodear al jóven, que yo hasta entonces ignoraba quien era.

—Decidme conde, le oí decir, diriéndose al de Trastamara: donde está ese jóven? No lo veo entre esta gente.

—Pues no le teneis muy lejos, contestó el conde señalándome con la mano.

—Hola! hola, amiguito, vos por aqui? me dijo con aire bromista.

—Señor, le contesté: mi buena suerte me ha traído á este lugar, habitado por el conde de Candespina, que hasta ahora no he tenido el gusto de ver.

—Valgame Dios! y si en vez del conde de Candespina se os presentára el rey de Castilla, qué le diriais?

—Señor...

—No, no, contestadme; qué le diriais?

—Que no buscaba á su alteza, sino.....

—Al conde, no es eso?

—Precisamente.

—Pues bien, y si se os convirtiera el amigo del conde de Trastamara en Alonso XI?

—Ah, señor; hablo por ventura con el gran rey que el cielo

se ha dignado darnos? Hablo con el ilustre hijo de Don Fernando IV?

—Sí, jóven, sí; soy á un mismo tiempo el rey y el conde de Candespina.

—El rey! dijeron á un tiempo Piedad y Nuño Fajardo llenos de sorpresa.

—Sí, el rey; pero vereis cuanta generosidad se encierra en su pecho.

—Seguid, seguid: repuso la penitente.

—Yo en seguida, continuó Felipe, hiqué una rodilla en tierra, y le dije sin poder ocultar la turbacion que se habia apoderado de mí:

—Señor, yo..... venia en busca del conde de Candespina, porque deseo á toda costa servir á tu alteza, y por su mediacion puesto que aquella noche me la ofreció, queria.....

—Alzad, jóven, me dijo, tendiéndome al mismo tiempo su diestra; alzad, que Alonso XI, no olvida nunca lo que ofrece.

—Me digísteis que erais de origen desconocido?

—Sí señor; tengo esa desgracia!

—Lástima es! pero sin embargo: teneis aficion á la carrera de las armas?

—Señor, desde niño manejé mi espada, aun mal, y siempre he anhelado que sea en servicio de mi rey y de mi patria.

—Cáspita! no diré yo que la manejaís mal, porque aquella noche, sino es por vos!..... Pero en fin, puesto que teneis tanta aficion á la carrera noble y honrosa á que me glorio pertenecer puesto que sois un jóven desgraciado y valiente, y que habeis conseguido agradarme, os tomo bajo mi proteccion y creo que no estareis mal, creo que os alegrareis mas de haber dado mejor con el rey que con el conde de Candespina.

—Ah, señor, cuánta bondad! exclamé precipitándome á sus

piés y regándoselos con mis lágrimas.

—No jóven, no es bondad, es agradecimiento: vos me librásteis de una muerte cierta, y justo es que os ampare y favorezca. Por el pronto perteneceis á mi casa, con destino á la guardia que me rodea siempre, y que siempre me sigue á todas partes: mis fieles y leales ballesteros serán mandados desde mañana por vos.....

—Capitan de los ballesteros del rey..... Qué os parece señora penitente, ha hecho fortuna el niño? dijo Nuño á Piedad, mirando á su amigo con cariño.

—Sí, sí, ya lo veo: contestó esta con alegría.

—No paró en esto, continuó Felipe, sino que á continuacion me dijo tendria una magnífica asignacion por desempeñar el destino que me confiaba, y que me hiciera acreedor para calzar algun dia la espuela de caballero.

—Gran rey, gran rey! esclamó Nuño dando palmadas de alegría.

—Oh, y tan grande! contestó el amante de Elvira: si siguiendo tan generoso y magnánimo como hasta ahora, Alonso XI dará dias de gloria á su pátria.

—Y despues? preguntó la penitente con avidez.

—Despues me despidió con la mayor amabilidad, devolviéndome al mismo tiempo la magnífica sortija con que yo me presenté al conde de Trastamara.

—Dé modo que ya teneis una posicion?

—Ya, madre mia, gracias á vuestros consejos.

—Y Elvira os ama tambien?

—Oh, locamente! pero tengo un rival.....

—Un rival! Qué decís? esclamó Piedad lívida de sorpresa.

—Sí, un rival, y rival terrible, á lo que me dijo mi bella Elvira.

—Cuerno y sangre, repuso Nuño atusándose su largo y cerdoso bigote; hay mas que meterle en el pecho una cuarta de espada, ya sea tuya o mia? Vá, vá, en buenas tonterías te paras!

—Os lo referiré todo como ha pasado, madre mia: dijo Felipe, sin hacer caso del consejo de su amigo, consejo que de buena gana pondria por obra. — Inmediatamente que salí del alcázar real, despues de haber pasado lo que os he referido, me dirigí á casa de este amigo, á quien conté cuanto me habia sucedido, sin ocultarle el deseo que tenia de ver á Elvira, no tan solo para pedirle perdon y para decirle que ya podia ser digno de ella, sino porque no podia vivir sin verla tanto tiempo. Nuño, que tiene á veces ideas endiabladas, me sugirió la de marchar al Monasterio, y escalar uno de los muros del jardin, donde la casualidad haria que Elvira bajase para aspirar el ambiente de las flores y la suave brisa que sopla en las mañanas del estío. Yo me dejé guiar por él, y á la media hora tocábamos las tapias del magnífico jardin de las Huelgas. Todo salió como deseaba. Salté el muro con la destreza que pude y despues de atravesar dos ó tres calles de árboles, ví á Elvira que corria por él con la mayor precipitacion. A poco la ví sentarse en el pedestal de una cruz que allí habia, y entonces fué cuando me presenté á ella. Elvira quiso huir, pero yo la contuve y al fin escuchó cuanto le dije. Un momento despues me confesó que no me habia olvidado y que me amaba, pero que nuestra dicha no seria completa, porque el tutor que su padre le habia destinado se habia enamorado de ella.

—Yo aborrezco á ese hombre, me dijo asustada, y mi corazon me anuncia males sin cuento.—Huye, huye, dijo á poco; el conde viene y si te vé somos perdidos.

Hice lo que me mandó mi amante y así que la ví penetrar en el Monasterio, y en el momento de trepar por la escala, para

salvar el muro, se me presentó el conde de Haro.

—Jesus mil veces! exclamó Piedad, pálida como un cadáver.

—Cielo santo! El conde Haro! Huid! huid, hijo mio, huid de ese hombre..... si es el conde de Haro que..... tantas lágrimas me ha hecho derramar!

—Vos habeis llorado por causa de ese hombre, madre mia! oh, otro motivo mas para que le odie y para que lo persiga de muerte!

—Ah, Felipe, sino hubiera sido mas que lágrimas!..... pero qué nécios somos! hablamos del conde de Haro, y tal vez esté ya aquel infeliz pagando en la otra vida, los muchos crímenes y maldades que cometió en esta. Qué edad tendrá ese de que hablais?

—Cuarenta años, todo lo mas, aunque su cabello se halla blanco enteramente.

—Cuarenta años! oh, esa edad tendria, Dios mio!.... pero no puede ser, imposible..... sabeis su nombre?.....

—Don Lope creo qua se llama.

—Es el mismo, señor! oh, y vive ese hombre!..... el conde de Haro..... cuántas recuerdos, cuántas lágrimas y sinsabores me recuerda ese hombre!..... Ah, hijo mio, ese hombre fatal se ha interpuesto en tu camino, no lo mates, evita verlo; pero huye de él siempre, Felipe, siempre, porque donde pone el pié el conde, hay sangre, y sangre que queda impune!

—Pero, madre mia, quién es ese hombre?

—Ese hombre es un malvado, ese hombre es un asesino y...

—Pues bien, hay mas que hacerle pagar de una vez todas sus maldades? Mi amigo Nuño tiene unos puños magníficos para encargarse de esa comision! es cierto?

—Oh, oh, y tan cierto! puedo probártelo el dia que quieras quitar de enmedio á ese bribon.—Cáspita, si yo lo llego á ver

en el jardín!.....

—Oh, no, hijo mio! guárdate bien de poner tus manos sobre ese hombre! Huye de él, Felipe, huye de él y no lo toques nunca, porque el conde.....

—Seguid; seguid, señora! El conde.....

—Oh, no, nada... no sé lo que me digo, no es nada!

—Ah, madre mia, me engañais! en vuestro semblante conozco que me ocultais algo! hablad, nada temais, de mi pecho no saldrá jamás lo que me digais..... Nuño me ama, porque casi me ha visto nacer. —Hablad.

—Vos! exclamó la penitente dirigiéndose al ex-teniente.

—Si yo; porque aunque no lo he visto nacer precisamente, lo conozco desde que tenia cuatro años.....

—Oh, esa edad tendria mi Enrique cuando desapareció de mi lado! Y decidme, no sabeis alguna circunstancia..... donde le visteis á esa edad? con quién estaba?

—Con el capitan Hugo.

—Y á ese capitan quién le entregó el niño?

—Una mujer fea y endemoniada se lo vendió por muy poco dinero.

—Cielos! su nombre! su nombre, por Dios.....

—No lo supe nunca.

—Ah, maldicion!

Y Piedad inclinó la cabeza sobre su pecho.

—Madre mia, señora.....

La penitente levantó la cabeza y miró con ternura al jóven.

—Qué me quereis? le dijo despues de pasar un corto rato.

—Ah, decidme por qué he de huir del conde de Haro?

—Porque es un infame, hijo mio.

—No basta.

—Porque es un asesino y dejareis de existir si así le acomodo-

da algun dia.

—Tampoco.

—Tampoco, Felipe!

—Tampoco, porque yo sabré ahogar á esa serpiente antes que haga daño.

—Oh, no, alejad de vos semejante idea! seria cruel y....

—Acabad, madre mia, mirad que me estais haciendo un daño atroz.

—Yo!

—Ah, perdonad! pero desco saber.....

—Pues bien, huid de ese hombre siempre, y si alguna vez se os interpone, si alguna vez os provoca á un duelo, romped primero la espada antes que sacarla contra el conde, porque Don Lope.....

—Madre mia!

—Don Lope..... puede ser vuestro padre!

—Mi padre! exclamó el jóven cubriendose el rostro con ambas manos.

—Sí, vuestro padre; pero de esto silencio eterno, Felipe!

—Lo guardaré, madre mia; pero ¿y si ese hombre me busca?

—Huid de él.

—Y si en venganza de no encontrarme hace desgraciados los dias del sér á quién tanto adoro?

—Perded cuidado: os he dicho que os amo porque mi hijo seria como vos; un oculto instinto me inclina hácia vos, me llamais vuestra madre y una madre debe sacrificarse por su hijo..... Pensé morir en este desierto y que solo fuesen testigos de mi vida estas colinas y esos árboles; pero ya que soy vuestra madre, necesito socorridos..... mañana entraré por primera vez despues de quince años, en la ciudad que fué testigo de mis desgracias: Burgos me recibirá mañana en su seno.—Vivid

tranquilo, hijo mio; sed feliz y amad á Elvira sin cuidado, que en mí tendreis un guarda fiel y siempre vigilante.

—Ah, madre mia, cuánta bondad! yo estoy aturdido con tantos beneficios como de vos recibo..... Quién sois, señora, quién sois? Por qué tantos favores?

—Porque podeis ser mi hijo y.....

—Quiéralo el cielo!

—Y aunque no lo fuérais, deber mio es librar á todo aquel que como vos, se hallase amenazado por el conde de Haro:— Oh, si supiérais cuánta maldad encierra en su pecho!

—Y decidme, madre mia, sería capaz el conde de cometer un asesinato?

—Si sería capaz, decid? escuchadme..... El conde cuenta entre sus víctimas á Fernando IV de Castilla!

—Oh, y ese hombre puede ser mi padre, cielo santo! exclamó Felipe horrorizado.....

Media hora despues salian los dos amigos de la ermita de la penitente.

Piedad, fiel á su promesa, entró en Burgos al día siguiente de hacerlo Felipe y Nuño.

CAPITULO XV.

De como Doña Leonor de Guzman, llenó de improperios á un alto personage, que no era el rey.



Los amores de Alonso XI, seguian en aumento. Su amante la bella y encantadora Leonor, se habia entregado completamente al hijo de Fernando IV. Este que era en extremo constante en sus ideas y pasiones y que era además agradecido á los favores y sacrificios que por él se hacian, amaba desde entonces con mas delirio á la graciosa andaluza, no tan solo porque su cariño era real y verdadero, sino porque habia apreciado en todo su valor las pruebas de cariño que Leonor le habia dado. El contento de Don Alonso habia llegado á su colmo, y aunque no pensó en

casarse con la mujer que su corazón eligiera, porque se oponia á ello las leyes de la etiqueta y del reino, se propuso serle fiel y constante siempre. Propósito en verdad difícil de ejecutar, y que sin embargo cumplió el rey al pié de la letra, porque el amor de Don Alonso era un amor grande y verdadero para que desapareciera tan fácilmente como esos amores pasajeros, que solo atacan la cabeza, dejando libre al corazón. Alonso XI amó á su amante siempre de la misma manera, no bastando á que se disminuyera, ni los años, ni los muchos y frecuentes disgustos que semejantes amores le ocasionaron. Doña Leonor de Guzman ha sido sin disputa la favorita mas amada y obsequiada de cuantas se han conocido. Su sin par hermosura, su génio amable y en extremo complaciente y la bondad de su corazón, fueron causa de que toda la nobleza y aun el pueblo le tuvieran un cariño que al rey le llenaba de contento. Sin embargo, grandes sinsabores y lágrimas le costó el amor de Don Alonso, porque á pesar de ser querida por las razones espuestas anteriormente, no dejaba de tener enemigos, y enemigos poderosos, que envidiosos de su favor, deseaban apartarla de la estimacion del rey. Pero una de las personas que mas le odiaba, si bien con justo motivo, y que trabajó mas por su ruina, fué la reina Doña Maria, esposa de Alonso XI, que en union de su canciller Don Fernando Rodríguez de Balboa, prior de San Juan, y del gran maestre de la órden de Alcántara, enemigos mortales de la amante del rey fueron los que mas contribuyeron por todos los medios imaginables, á que Don Alonso la abandonase, y en hacer pública su deshonor, deshonor disculpada por todos porque provenia de una grande é irresistible passion, y no por los deseos ambiciosos y menguados que á otras favoritas les ha inducido á dar al traste con su recato y honestidad. Pero no anticipemos los sucesos, y contentémonos por

ahora en ir desarrollando todos estos hechos, y poniendo en conocimiento de los lectores los motivos que tenia mas principalmente el gran maestre para aborrecer de muerte como aborrecia á la viuda de Velasco.

Habia trascurrido mas de un mes, desde que quisieron asesinar al rey y á su amigo el conde de Trastamara, la noche que el primero asistió á la cita conseguida por Don Alvaro, cita que le valió por entonces el condado de Sarria y Lemos, y multitud de señoríos y lugares. D. Alonso despues de concluir los asuntos del reino y de saludar á sus cortesanos, porque estos iban todos los dias á mendigar una sonrisa del monarca, se dirigió disfrazado á casa del objeto de su amor, de la mujer que le tenia encantado.

Munima era la encargada de introducir en la habitacion de su ama, al jóven rey, pero ignorando completamente que ceñia sus sienes nada menos que la corona de Castilla.

Mas de una hora hacia que Don Alonso se hallaba en casa de Leonor, cuando dieron con suavidad en la puerta de la calle, puerta guardada por la ambiciosa é infiel Munima, dos ó tres golpes.

—Quién llama? dijo esta descorriendo el cerrojo al mismo tiempo.

—Yo..... el.....

—Basta, basta, señor, que no soy tan torpe para no conoceros, cuando tan presente os tengo.....

—Ah, Munima..... repuso el caballero penetrando al punto en la casa: si esas palabras las dijera.....

—Válgame Dios y qué desdichado sois, señor caballero!

—Qué, se niega aun!....

—Se niega aun y se negará siempre á quereros, porque el jovenzuelo que sabeis no le dá lugar ni tiempo para pensar, no

digo yo en cuitas de otros, pero ni aun en las suyas propias.—
Figuraos..... qué diablo, me he propuesto contároslo todo y lo voy á hacer: Figuraos, como os iba diciendo, que no la deja ni á sol ni á sombra, ni de día ni de noche, y siempre, siempre aqui metido, sin cuidarse de la vecindad, ni de lo que la gente pueda pensar y decir de tantas visitas hechas por una misma persona. Ahora mismo.....

—Oh, el cielo me lo pone delante! exclamó el caballero subiendo precipitadamente la escalera, y dejando á Munima con la palabra en la boca, y asaz mohina de verse así desairada.

El caballero penetró en el escondite, donde le hemos visto otra vez, en el momento que proferia Doña Leonor las siguientes palabras:

—Ah, señor, sí, os amo, os he dado pruebas, y aun ahora mismo..... poro cada vez que os sacrifico mi honor, cada vez que... Ah, señor, señor, cuantas lágrimas he derramado y cuántos dolores sufro... pero os amo, os amo con delirio, y en medio de esos dolores, en medio de mi desgracia, encuentro una dicha, un placer inefable que me hace feliz por un momento...

—Por un momento! luego pasado este, sentis amarme?

—No, no, señor, no me comprendéis! yo... os amo y por eso os he dicho: «rey de Castilla, vuestra soy» pero por eso no he de sentir, no he de llorar el infortunio que acompaña este amor? Ay! infortunio, si, porque ya veis... y si no decidme: ¿se verá algún día santificado por Dios y los hombres? Ah, nunca! nunca! sois rey y yo... yo puedo ser vuestra querida pero no vuestra esposa!

Y la bella Doña Leonor derramó multitud de sentidas lágrimas.

—Leonor! amor mio! oh, por piedad... tus palabras me hacen

sentir horriblemente... oh, yo quisiera no ser rey para poder agradarte mas! yo quisiera sacrificarte mi corona para hacerte feliz.

—No, no señor, no quiero tanto, solo quisiera.... oh, perdonadme, perdonadme, no he sido franca con vos, y sufro... porque.....

—Acaba, Leonor, acaba y no me martirices, porque yo tambien sufro con verte padecer así! Ah, cuándo será el dia que no te vea llorar! cuándo me recibirás risueña y placentera, sin acordarte de esas ideas...

—Perdonadme, si me amais, perdonadme, porque es tan natural mi sentimiento! si os abriera mi pecho, si os dijera mis temores, os burlárais de mi, señor?

—Yo de tí, Leonor? ah, me ofendes, amor mio!... habla, qué nuevo pesar te aqueja?

—Señor, cuándo llegará vuestra esposa?

—Ah, pobre niña y es ese tu temor?

—La amareis mas... Y yo seré...

—Nunca! pero á qué viene afligirse? No sabes que la muger que las circunstancias y la política me han dado, es demasiado altanera y necia, para que yo la ame! para que la prefiera á tí, ángel divino, que todo eres amor, belleza y bondad? Ah, pierde cuidado, desecha todo el temor que el cariño que me profesas te pueda inspirar; y ten entendido que si yo me caso con la hija del rey de Portugal, es tan solo con el objeto de dar un heredero á la corona de Castilla. Pero tú sola, mi querida Leonor, reinarás en mi corazon, tú sola serás la estrella de mi vida y la luz de mi entendimiento... Cuando gane victorias tú serás la primera que lo sabrás para que tu corazon comience á saborearse con el triunfo, antes que nadie... Cuando me retire rendido del campo de batalla, tus brazos serán los primeros que

me reciban... Tú sola eres y serás mi vida; á ti sola amaré siempre, y pido á Dios que si tal no hiciera...

—Oh, basta, basta... os creo, ya no me queda duda de vuestro cariño, y soy dichosa... no habrá muger en la tierra que sea tan feliz como yo! Ah, señor, todo os lo he sacrificado; honor, vida, quietud, todo cuanto hay mas apreciable!... pero si quereis una nueva prueba de cariño decídmelo, todo lo arrosstraré por vos... por vos que os amo, pero de una manera que raya en delirio!... De aquí en adelante no me oireis llorar como hasta ahora; de aquí en adelante bendeciré sin cesar el momento en que os conoci, la hora en que... Ah, perdon, Dios mio, perdon! exclamó alzando al cielo sus grandes ojos negros y sus preciosas manos.

—Leonor! Leonor! con que estás satisfecha de mí? no dudas ya de mi amor?

—No, rey de Castilla, no dudo.

—Eso deseo, amor mio.

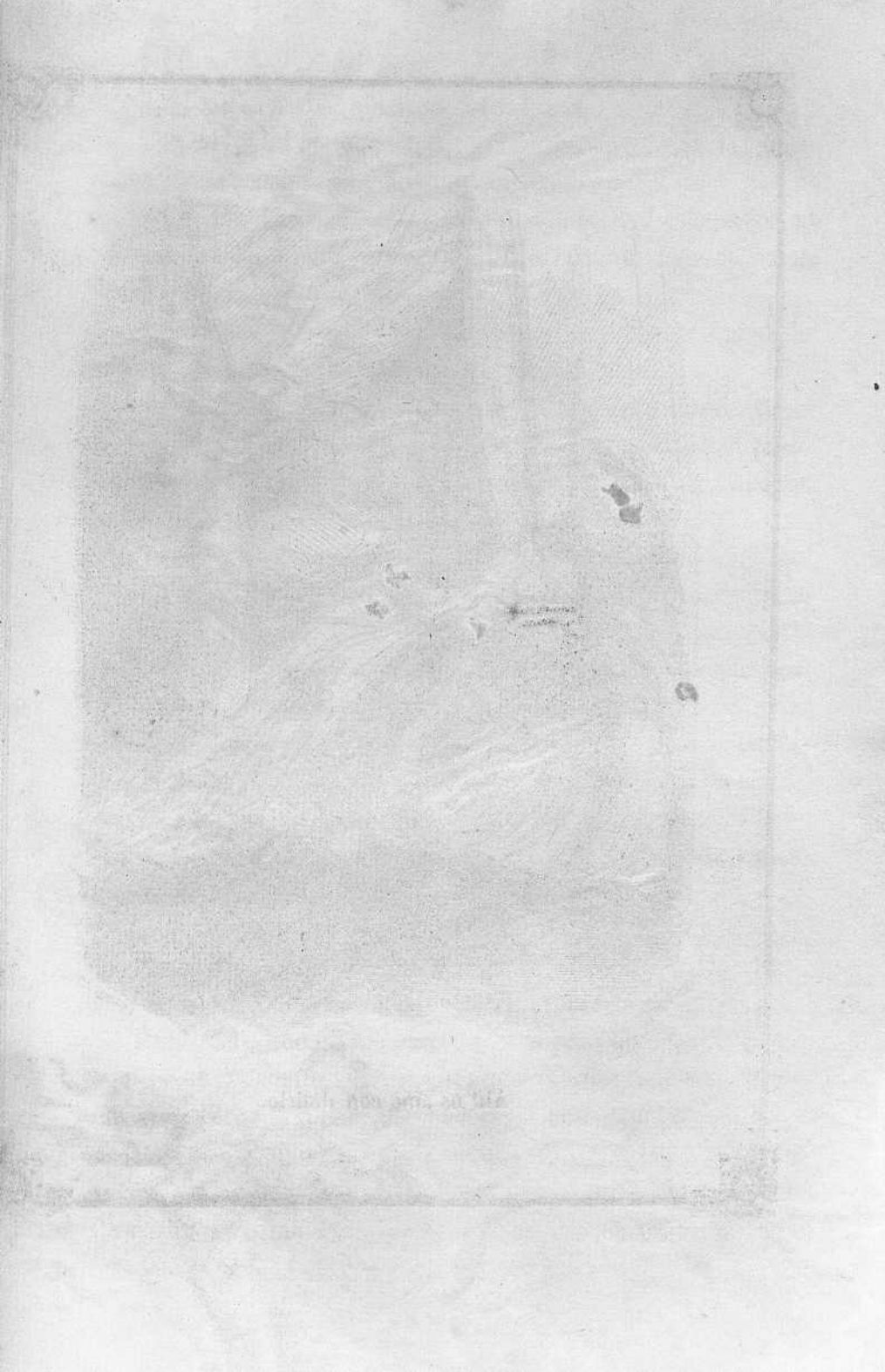
A poco salió el rey, envuelto en su disfraz, y se dirigió al alcázar real.

Leonor se habia quedado muellemente reclinada en un magnifico sillón de tamaño colosal, entregada á las imaginaciones mas dulces y encantadoras. De pronto se movió uno de los tapices y Doña Leonor creyó percibir ruido de pasos.

—Munima! exclamó llena de temor.

Nadie contestó; pero en el momento en que ella se levantó para informarse de lo que era, se le presentó un hombre de alta estatura, y cubierto por un magnifico manto de seda blanca, en cuyo costado derecho campeaba la verde cruz de los caballeros de Alcántara.

—Caballero! dijo la de Guzman trémula de rabia y palideciendo de temor á un tiempo. Qué haceis aquí, qué buscáis?





Ah! os amo con delirio.

—Os busco á vos, quiero vuestro amor!

—Salid, salid inmediatamente, ó pediré auxilios á la vecindad! No sabeis que os odio de muerte?

—Leonor, Leonor... misericordia, compasion! esta pasion me mata, no puedo mas; ah, tened piedad de mí... yo os amaré tanto como os ama...

—Salid, sois un infame, y me causais un horror indecible! Salid, ó publico á voz en grito vuestra villanía...

—Ah, perdon otra vez! yo os amo, si supiérais cuanto sufro: si tuviérais como yo una llama terrible que me abrasa el pecho y que nada basta á apagar! tened compasion de mí, Leonor, sed una vez siquiera piadosa, y hacedme feliz!

—A vos, monstruo! marchaos, os he dicho!

—Nunca! yo quiero vuestro amor, yo quiero acerear mis labios á los vuestros, y...

—Sois un villano y al hombre como vos se le desprecia! contestó Doña Leonor, disponiéndose á marchar.

—Aquí, señora, aquí exclamó el gran maestre cogiéndola fuertemente por un brazo y obligándola á permanecer en el mismo sitio.

—Sabeis lo que haceis, miserable! no sabeis que esta violencia os puede costar la vida?

—A mí! equivocada estais!

—Sí, á vos! soltadme, ó mañana mismo...

—Soltaros! estais en vuestro juicio, señora, ó me creéis tonto? Por Cristo, que no me parece mal el plan que he combinado aquí en un momento... La noche, que afortunadamente llega, me ayudará en lo que pienso hacer con vos... Oh, si es hermosa la luz, no sé que diga de la oscuridad... Por última vez, me amais? Consentis en que yo os ame, pero con premio de vuestra parte?

—Infame!

—Contestad, señora, contestad pronto, porque para mí el tiempo es en extremo hermoso. Qué me contestais?

—Que sois un monstruo abominable, y que siempre os odiaré de la misma manera aunque me vea próxima á morir!

—Está bien, señora; tendré el gusto de tener en uno de mis castillos, en calidad de prisionera, por supuesto, á la querida de Alonso XI de Castilla... Oh, vereis, vereis qué bien hemos de estar, y cuidado con intentar escaparse, porque.... pero estas son palabras para despues, para allí...

—Creeis triunfar! qué necio sois!... Munima, Munima!

La vieja no contestó.

—Ah, todos me abandonan! exclamó Doña Leonor por lo bajo.

—Menos yo, mi querida señora; porque es tanto lo que os amo que jamás me separaré de vuestro lado. Cuando gustéis podemos emprender el camino. Abajo nos esperan magníficos caballos, conque podremos hacer nuestro viaje con toda comodidad. He tenido hasta la galantería de prepararos una litera...

—Necio!

—Vamos, vamos, señora, que se va haciendo tarde y es preciso andar mucho esta noche.

—Por última vez, caballero, me soltais?

—Já, já... soltaros, soltaros cuando tanto trabajo me ha costado el apresaros? Delirais, Doña Leonor?

—Sois un infame, á quien me veré en la precision de daros el castigo que mereceis... Me soltais Don Gonzalo?

—No señora, ya os lo he dicho.

—Venganza, venganza! exclamó la jóven arrebatándole del cinto una daga que llevaba y levantándola con ademan de herirle.

Don Gonzalo dió un paso atrás y soltó el brazo que tan

fuertemente tenia asido.

—Ah, triunfé, triunfé! dijo la de Guzman con alegría.

—Antes morir que tal suceda! repuso el Maestre acercándose á la amante del rey, con intencion de apoderarse de ella á viva fuerza.

—Atrás, villano, mal caballero, atrás! exclamó Doña Leonor defendiéndose con el puñal y haciendo terribles esfuerzos por ganar una de las ventanas.

—Atrás! cuán engañada estais! me marcharé sí, pero será con vos, que sereis mia á toda costa!

Pero la amante de Alonso XI, abrió una de las ventanas y se puso á dar formidales gritos pidiendo socorro.

—Miserable, qué haceis! exclamó Don Gonzalo pálido de rabia y temor.

—Ah, temblais, monstruo! cuanto me alegro!.... ya veis lo que son las circunstancias... hace un momento me aterrábais con vuestras infernales palabras, y ahora sois vos el que temblais! ah, teneis razon, porque voy á publicar vuestra infamia, sino salis inmediatamente de aquí.

—Sí, saldré, señora, porque el infierno así lo quiere! pero tened entendido que no os gozareis mucho tiempo con vuestro triunfo!

—Lo veremos, Don Gonzalo... solo una cosa os prevengo para que obreis con mas cuidado: El día que yo quiera, Maestre de Alcántara, se verá vuestra vida tan comprometida como la de un malhechor que se halle en poder de la justicia.... Sin embargo, os perdono, porque odio la venganza. Salid.

Don Gonzalo se sonrió desdeñosamente, y bajó precipitadamente la escalera, no sin lanzar antes una terrible mirada á la asustada Leonor.

—Gracias á Dios! dijo esta echándose sobre un sillón. Ah, ese

hombre va á ser mi sombra y el demonio que me persiga.... y sin embargo puedo deshacerme de él ahora mismo! Pero no, le perdono y le perdonaré hasta tres veces... pero si insiste en perseguirme, si salgo con vida de todas sus tentativas de venganza, entonces, habrá que pedir á Alonso XI, la cabeza de ese hombre indómito y contumáz! Ah, no, nunca... yo, oh qué horror! repuso tapándose el rostro con ambas manos.

La vecindad acudió á los gritos de Doña Leonor, pero se retiró á poco tranquila con las palabras que la amante del rey les dijo, siendo estas que solo un vano temor la habia inducido á pedir socorro.

Munima fingió perfectamente un desmayo para que su amo no dudase de su mentida fidelidad.





CAPITULO XVI.

*En el que se trata de un torneo y de otra porcion de cosas á
cual mas entretenidas.*



ANTES de hablar de los sucesos que siguen á los referidos anteriormente, antes de continuar el verdadero y seguido hilo de nuestra historia, preciso se hace que sepa el lector por que se hallaba el conde de Haro en el jardin de las Huelgas, y lo que hizo así que se marchó Felipe.

La noche que siguió al dia en que Don Jimeno de Luna y Osorio presentó por primera vez su hija al conde, fué terrible para este. La bella imágen de la encantadora Elvira, quedó esculpida con caracteres de fuego en el corazon de Don Lope.

Así es que el recuerdo de sus culpas pasadas, no vino aquella noche á preocupar su imaginacion entretenida con ideas halagüeñas y mundanas. Don Lope dejó de ser desde aquel mismo dia el pecador arrepentido; en vez de pensar, como hacia quince años, en la salvacion de su alma, corrompida y cruel, solo veia y pensaba en la muger que habia visto en el locutorio de las Huelgas. El dia llegó despues de mil luchas y pensamiento; y con el dia se decidió el conde á tomar un partido.

—Una llama que me abrasa el pecho siento desde que conozco á la hija de Don Jimeno. Esta es una pasion que ignoro si será inspirada por el cielo ó el infierno. Si es lo primero, me salvo! entonces no me cabe duda de que Dios me la ha hecho concebir para que sea feliz, siendo esto el premio de mi clausura y de la penitencia que he observado tantos años; si lo segundo, ah! entonces es porque está escrito que yo he de ser... me horrorizo en pensarlo solamente. Nada, marchemos al Monasterio, dijo despues de reflexionar un momento; si Elvira consiente en ser mi esposa, si me ama, Dios me ha inspirado esta pasion; si por el contrario se opone y me odia, porque otros amores le importen mas, el infierno quiere tenerme por su agente todavia!... Ah, probemos! es preciso! mi suerte se decide hoy!

Y se dirigió al convento, donde se informó por la tornera que Elvira se hallaba en el jardin. Don Lope penetró en él de la misma manera que Felipe, y llegó al emparrado donde estaban las dos amigas en el momento precisamente en que Beatriz contaba á la amante de Felipe lo que era el conde de Haro.

Lo demás que sucedió hasta que el conde fué desafiado por el capitan de la *formidable*, ha tenido lugar el lector de verlo anteriormente.

Don Lope salió á poco del Monasterio maldiciendo una y mil

veces su suerte. Ya tenia que perder toda esperanza. Elvira lo aborrecia de muerte, no solo porque tenia un amante, á quien idolatraba, sino porque sabia y conocia por Beatriz la historia de sus crímenes.

—Maldicion! exclamó mesándose los cabellos con furia. El demonio me ha inspirado este amor y como cosa suya tiene que haber sangre, tiene que concluir como el de Beatriz! oh, bien... venganza, venganza y odio eterno á ese rival que ha tenido la audacia de insultarme! Fuera arrepentimiento y todo sentimiento bueno; yo quiero vengarme y poseer á Elvira, aunque el demonio cargue con mi alma!

Y despues de lanzar una furiosa mirada sobre el convento en el que la hija de Don Jimeno contaba sus cuitas á la Abadesa, se retiró á su casa donde encargó á su escudero tuviese listas sus envejecidas y olvidadas armas. Desde entonces solo pensó Don Lope en satisfacer sus deseos y en castigar al audaz jóven que le habia llamado villano. Pero de estos sucesos hablaremos en su tiempo y lugar oportuno.

A los pocos dias de conocer el rey Alonso XI á Doña Leonor de Guzman, se vió en la necesidad de contraer matrimonio con la infanta Doña María, hija del rey de Portugal. Y decimos que se vió en la necesidad de hacerlo, porque un rey es el primero que sucumbe á la circunstancias políticas. La situacion de Castilla por entonces era en extremo crítica, si bien el hijo de Fernando IV consiguió con la firmeza de su carácter, y aun algunas veces faltando á la fé de caballero, defectos que solo su poca edad puede disculpar, consiguió, decimos, que no llegara al estado que los grandes y los revoltosos querian llevarla. Alonso XI tuvo que ceder, como dijimos mas arriba, y aceptar la mano de la portuguesa, porque con esta alianza ganaba la estimacion y ayuda del rey de la antigua Lusitania.

El matrimonio se celebró con mucha ostentacion y aparato, y despues de la coronacion, que se efectuó en Burgos con un lujo y esplendidez hasta entonces no visto, dispuso el rey que en la misma ciudad tuviese lugar un torneo, donde los caballeros mas principales de la corte, se disputaron con el valor de su brazo, los premios destinados para los vencedores, premios que la augusta desposada colocaba sobre el pecho de los caballeros que saliesen victoriosos.

Todo estaba ya dispuesto. Un magnífico palenque, con palcos y asientos forrados de paño grana, se preparó para las personas que por su condicion pudiesen asistir á la fiesta.

Era una hermosa tarde de Otoño. El circo donde iba á tener lugar el combate, se hallaba cuajado de gente. Multitud de señoras ricamente engalanadas lucian sus gracias y riquezas en los palcos preparados de antemano. Un soberbio dosel de seda carmesí recamado de oro y plata se veía sobresalir en el testero principal del palenque, custodiado por dos apuestos soldados armados de pies á cabeza.

Dos sillones de madera tallada terminados con las armas de Castilla y Leon, veíanse colocados debajo del dosel.

La concurrencia habia pasado del deseo á la impaciencia. Los reyes se tardaban demasiado, y á pesar de que los atambores y chirimias procuraban distraer con su estridente sonido á la multitud, aburrida de esperar, esta no dejaba de demostrar su impaciencia con voces y silbidos.

Esplicaremos la tardanza de los reyes.

Alonso XI antes de reunirse á su esposa para ir al palenque, se dirigió á casa de su amante, para rogarle por la última vez no dejase de asistir al torneo.

—No os canséis, señor... ya os he dicho que no puedo ir á esa funcion.

—Pero por qué? dijo el rey con impaciencia.

—Porque no gozo en esos espectáculos públicos.

—Ah, sois egoísta... conque porque no os divierten me privais de vuestra presencia?... ya lo veis; sois egoísta é ingrata.

—Nada de eso, señor, si no voy...

—Acaba, acaba!

—Qué falta os hago, Don Alonso? dijo la jóven dando otro giro á la conversacion.

—Ah, y me lo preguntas. No sabes ángel mio, que sin tí no puedo ser feliz?

—Es que allí no podreis estar conmigo...

—Es verdad; pero te veré y con esto solo estoy contento.

—Ved ahí precisamente lo que yo quiero evitar, señor.

—No te comprendo...

—Decidme, vá con su alteza la reina?

—Sí.

—Pues bien, si voy os distraeré y esta tarde os debeis dedicar enteramente á vuestra esposa.

—Siempre lo mismo!... Y no eres tú primero que ella?

—No, nunca! es vuestra esposa, es la reina de Castilla!

—Leonor, asistirás?

—Perdonadme; pero quiero evitar á toda costa que la reina se entere de nuestros criminales amores, quiero que no me conozca y que ignore siempre...

—Disculpa es esa que no me satisface, Leonor.

—Señor, si voy al palenque, como deseais, me espongo á ser vista por Doña María, y es fácil que averigüe la verdad de lo que pasa.

—Deliras! cómo quieres?

—Oh, muy fácilmente; el público puede pronunciar vuestro nombre y el mio á un mismo tiempo. Estas solas palabras bas-

tan para que la reina vea en mí una rival.

—Qué necia eres!

—Confesad la verdad que os acabo de indicar.

—No, no, en tu negativa veo un capricho.

—Un capricho!

—Sí: por última vez, Leonor, vienes?

—Señor, haceos cargo y...

—Vienes?

—No, rey de Castilla... perdonadme...

Don Alonso salió sin decir una palabra y se dirigió al alcázar real, donde le aguardaba su esposa y toda la grandeza, dirigiéndose á poco al palenque. La presencia de los reyes, produjo en el auditorio un gozo y alegría indecible. Los vitores y aclamaciones ahogaba el ruido de los clarines y cornetas que anunciaron la llegada al circo de los regios esposos.

Alonso XI saludó á todos cortesmente y despues se sentó con magestad en el rico sillón que le habian preparado. Su esposa hizo lo mismo.

Era la reina Doña María, una mujer de veinte años todo lo mas, alta de cuerpo, de color moreno y de ojos grandes y vivos. Una nariz larga y un tanto inclinada hácia la punta, coronaba la mas preciosa boca que se ha visto en mujer. El talle de la portuguesa era en extremo gracioso y esbelto, y su bello, aunque no simpático rostro, se veia adornado por un cabello negro y lustroso como el azabache.

Como habia dicho el rey á su amante, la muger que se habia visto obligado á aceptar, era de un genio altanero y en extremo orgulloso. Los amores de su esposo con la bella Leonor, la llenaron de indignacion y se propuso ser enemiga de Don Alonso antes de darle su mano.

Dos hombres, los dos envidiosos y vengativos, fueron los

que mas contribuyeron á acrecentar el ódio de la reina hácia su esposo, ódio que unos celos mentidos servian de pretexto. Doña María jamás amó al rey y aunque no faltó á sus deberes, no por otra causa, sino porque era demasiado orgullosa para descender del papel de reina, al de amante apasionada, no dejaba de tener su camarilla y validos, con cuya corte se adquirió una fama no muy honrosa, sin cometer ninguna vez la falta de que se le acusaba.

Los dos hombres mas íntimos de la reina, eran su canciller Don Fernando Rodriguez de Balboa y el gran maestre de la órden de Alcántara, Don Gonzalo Martinez. Estos malos caballeros, enemigos mortales del rey y de su amante, fueron los que mas persiguieron á la desgraciada Leonor, cuyo delito consistia en amar mucho y no tener suficiente valor para no entregarse al hombre que habia encendido en su pecho la llama ardiente y amorosa que la arrastró al rey de Castilla.

Pocos momentos antes de marchar Doña María al torneo, y cuando impaciente esperaba á su esposo, le dijo Don Gonzalo á presencia de su cómplice el canciller:

—Señora, os veo triste y casi estoy por adivinar la causa.

—Vos? veamos, Don Gonzalo, veamos, tal vez adivineis..... pero se me antoja de que no.

—Señora, lo sentiría; pero á qué temeis encontraros en el torneo con la mujer que el rey...

—De qué muger hablais? repuso Doña María aparentando ignorancia, porque creia que padecia su amor propio con solo hablar de lo que demasiadamente sabia.

—Hablo á tu alteza de la amante del rey.

—Perdonad, maestre de Alcántara; pero dudo de vuestra palabras acerca de esto, y de las del prior de San Juan

—Dudais, señora, de la verdad?

—Por Dios, Don Gonzalo! cuando me dareis pruebas, hechos y no palabras?

—Esta tarde.

—Bien, pero como conoceré yo?...

—Me dá tu alteza palabra de hacer todo lo que le diga?

—Os la doy.

—Pues bien, observad á vuestro esposo, mirad donde él mire, y juro á Dios que llegareis á ver una mujer en extremo hermosa, blanca, de ojos negros, y...

—Y esa mujer quien es? dijo la reina con indiferencia, aunque demasiado pálida, para que no se conociera el interés que para ella tenia semejante conversacion.

—Doña Leonor de Guzman... la única mujer á quien ama el rey de Castilla y Leon... repuso el maestre midiendo las palabras y observando al mismo tiempo el efecto que producian.

—La única! exclamó Doña María deshaciendo entre sus dedos un magnífico ramo de flores.

—Sí, la única...

—Os engañais, Don Gonzalo... pero sabeis, dijo mudando de conversacion, qué no ha dejado de gustarme vuestro consejo? Es chistoso! mirar donde mire el rey!... y con esto conoceré á esa bella jóven, que mi augusto esposo obsequia?

—Ciertamente.

—Maestre de Alcántara, no encontrais otro medio... asi, mejor... que dé mejores resultados? porque os aseguro que este...

—Bien, señora, lo haré y quedareis satisfecha.

—Pero cómo hareis para que yo comprenda...

—Estaré con ella durante la liza y esto solo os basta...

—Sí, sí, teneis razon! exclamó Doña María sin poder ocultar su gozo.

El rey se presentó á poco, y al instante de llegar los régios

esposos al palenque, dió principio el combate.

Los maestros del campo dividieron el circo, y las cornetas, á una seña del rey, tocaron para que los combatientes se presentasen en la liza.

Un murmullo de alegría fué la contestacion que dió la multitud á los roncós sonidos de los clarines.

Dos caballeros montados en soberbios caballos árabes y cubiertos de pies á cabeza con sendas armaduras de acero, primorosamente trabajadas, se presentaron en la palestra. Los dos llevaban en el brazo izquierdo dos magníficos escudos, con letreros y alegorias. El primero, cuyo casco terminaba en una horrorosa serpiente de tres cabezas, llevaba pintado en su escudo el mismo monstruo que le servia de cimera, si bien aquí se veía vencido y derrotado. Alrededor se leía el siguiente letrero: *«Vencida por mí.»*

—El segundo, mozo al parecer, y de apuesto talante, llevaba pintado dos combatientes en el acto de embestirse, y con estas palabras por debajo: *«Todo por ella.»*

La aparicion de los dos caballeros fué aplaudida estrepitosamente por el público. El mismo rey en estremo aficionado á estas fiestas, mostró su alegría con un prolongado palmoteo.

Los clarines dieron la seña, y entonces aquellas dos máquinas de hierro se arremetieron con tanta furia y denuedo, que los dos dieron consigo en tierra al momento.

En los rostros de los circunstantes se vió pintado el descontento.

—Otros! otros! exclamaron dando formidables gritos.

El rey accedió, y á poco aparecieron en la palestra otros dos armados, en cuyos pechos se veía una banda roja de rica tela de seda.

La seña se dió de nuevo y los combatientes se encontraron

uno en frente del otro, con sus lanzas partidas.

—Viva, viva! exclamaron los circunstantes llenos de alegría.

Los dos caballeros de la banda metieron espuelas á sus caballos y comenzó otra vez el combate.

Pero dejemos á los campeones disputarse la victoria y observemos á la reina, que llena de impaciencia, buscaba por todas partes al Maestre de Alcántara. Doña María recorrió por última vez con la vista todo el circo. Sus ojos de pronto brillaron de alegría, y una sonrisa maligna contrajo por un momento sus delgados y preciosos lábios, de un subido carmin. Cuando ya habia perdido toda esperanza, cuando desesperada iba á dejar la investigacion que practicaba con ojos ávidos, vió lo que deseaba, lo que necesitaba para odiar á su esposo y para tener un derecho de ser su mas mortal é irreconciliable enemiga.

Don Gonzalo Martinez, maestre de los caballeros de Alcántara, se veia en uno de los palcos ó tiendas, de pies y detras de una jóven en extremo hermosa y ricamente vestida, que no quitaba ojo del sitio ocupado por los reyes. Doña María tuvo lugar de examinar perfectamente á su rival, porque el lugar donde esta se hallaba no estaba muy distante del dosel que cobijaba á los reyes de Castilla. Don Gonzalo hizo una seña á la reina, y se retiró sin ser visto ni notado por Doña Leonor.

Mientras que Doña María se entregaba á sus pensamientos de venganza, y mientras que el Maestre iba á alcanzar el premio de su servicio, que consistia en una sonrisa mas llena de indignacion que de afecto, el conde de Trastamara se acercó á Alonso XI, y le dijo, sin que la reina lo notara:

—Señor, veo á tu alteza muy entretenido en ver á los combatientes y no te quisiera distraer...

—Ah, sí, estoy admirado del valor que tiene ese jóven: mirad, mirad como vence á su contrario... lástima que un caba-

llero de la banda se deje así vencer!

—Señor, alguno de los dos tiene por precision que ser vencido: y puesto que ambos pertenecen á la banda, á esa órden honorífica y honrosa que tu alteza ha creado, para inaugurar tu reinado, te debe ser indiferente sea uno ú otro el vencido ó el vencedor.

—Teneis razon; pero qué me quereis?

—Nada, en verdad, porque ya habrás visto...

—No os comprendo, conde: dijo Don Alonso moviendo la cabeza en señal de impaciencia.

—Habeis recorrido el circo con la vista?

—No: como no espero á nadie...

—Sin embargo, alzad la vista y fijadla en un balcon colgado de seda azul, que hay á nuestra derecha.

Alonso XI hizo maquinalmente cuanto le dijo su favorito.

—Qué veis?

—Nada absolutamente: contestó el rey con indiferencia.

—Señor:.. es cierto lo que decís?

—Cierto, cierto, Don Alvaro; nada veo de particular.

—En ese caso seguid con la vista la indicacion de mi dedo. No veis en aquel palco con pabellones azules á...

—Leonor! exclamó el rey sin poder ocultar su alegria.

Doña María oyó la exclamacion lanzada por el rey, y una palidez mortal cubrió su rostro por largo tiempo.

Don Alonso clavó su vista en la de Guzman, como para manifestarle su agradecimiento.

Doña Leonor creyó hasta entonces que su amante rehusaba mirarla; pero cuando observó que el rey pronunció su nombre con alegria, cuando le vió sin quitar ojo de donde se hallaba viendo el torneo, á que habia asistido por no disgustarle, entonces ahogó un suspiro de placer, y de sus manos se cayó un

precioso ramo de naranjo, que continuamente acrecaba á su perfecta nariz.

El ramo de azahar cayó. Don Alonso se puso de pies con intencion de ir á cogerlo, sin cuidarse que estaba á presencia de un público, y olvidándose completamente de su dignidad. Doña María que furiosamente irritada desde que Don Alonso nombrara á su amante, no habia dejado de observarle, le dijo tirándole de la ropilla:

—Qué haceis, rey de Castilla?

Mientras esto pasaba entre los regios esposos, el conde de Trastamara, que veía en aquel ramillete, no su muerte, sino otro condado y otros señoríos, se apresuró á cogerlo y á presentárselo al rey.

—Oh, gracias, conde, gracias! dijo tomando el ramo, sin hacer caso de las palabras de la hija del rey de Portugal.

Doña Leonor no cabia en sí de contenta, mientras que la orgullosa y vengativa Doña María, decia á su esposo, así que este se hubo sentado, y retorciéndose las manos con rabia:

—Observad, rey de Castilla, que ultrajais á vuestra esposa en público.

—Oh, mirad, mirad, es de ella... de ella! dijo el rey presentándole el ramo, y casi fuera de sí.

Lanzó la reina una terrible mirada al conde de Trastamara, y dijo por lo bajo con terrible acento:

—Venganza! es necesario que desaparezca para siempre ese insolente favorito, y esa muger odiosa!

Como habia dicho el rey el combate se decidió al cabo por uno de los caballeros, quedando el vencedor en la palestra orgulloso y triunfante, y esperando á otro combatiente para medir con él sus armas y la fuerza de su brazo.

Los clarines tocaren para ver si alguien se presentaba pero

el llamamiento de los trompeteros fué desairado.

El caballero vencedor que no era otro que el capitán Mendoza, aquel que derrotó á los *formidables*, no cabía en sí de contento, porque veíase próximo á alcanzar el premio destinado al vencedor; premio que consistía en una banda azul y blanca, que Doña María como reina del torneo ceñía al vencedor, al mismo tiempo que su esposo le concedía la gracia que pedía.

Los clarines tocaron de nuevo al ver que se impacientaba la multitud. Nadie apareció, y entonces un faraute invitó á Mendoza para que fuera á recibir el premio de manos de su alteza.

El jóven caballero, se apeó de su magnífico caballo, contestando á los infinitos saludos y aplausos que de todos lados le dan. Pero en el momento en que subía las gradas del trono, cuando ya la reina tenía preparada la banda de fina gasa, para echársela por los hombros, se descorre de pronto uno de los tapices que cubrían las tiendas de campaña, preparadas de antemano para que de ellas saliesen los combatientes, y se presentó en la escena un armado en cuyo escudo se veía pintada una hermosa paloma blanca, en actitud de volar, y llevando en el pico una cinta con la siguiente inscripcion: «*Lleva mi pensamiento.*»

La aparicion de este desconocido arrancó vivos aplausos de la multitud.

—Viva! viva! decían unos acompañando á las palabras fuertes palmadas.

—Fuera! que diga su nombre! decían otros dando terribles gritos á fin de ser oídos, y para que se hiciese lo que ellos decían.

El desconocido seguía avanzando, montado en un precioso caballo tan blanco como la paloma que llevaba en el escudo.

—Que diga su nombre! volvieron á decir los mas escanda-

losos.

—Sí, sí, eso es... eso es...

El rey accedió, y un maestro del campo, oyó dos palabras que el desconocido le dijo al oído, porque se negó completamente á decirlo derecho.

Entonces el infeliz Mendoza bajó las gradas del trono y montó á caballo, maldiciendo en sus adentros al temerario que le disputaba un premio, que á su entender tenia que ser suyo.

—Creeis triunfar? dijo Mendoza al desconocido.

—Tal propósito tengo.

—Pues engañado estais.

—Juro á Dios, que no direis eso mismo dentro de muy poco tiempo.

—Lo veremos.

—Lo vereis, contestó el armado de la paloma poniéndose en situacion de arremeter así que sonase el clarin.

Este se oyó á poco, y los dos caballeros partieron á un tiempo.

Mendoza resistió aunque con trabajo el embite de su contrario y este no se movió de la silla.

—Duro teneis el brazo! dijo Mendoza con rabia reconcentrada.

—Y vos firmeza en el estribo; pero os aseguro que á la tercera vez habreis perdido ya semejante habilidad.

—Dificil lo veo, caballero.

—Acabemos, capitán Mendoza, acabemos, porque la tarde se concluye: dijo el desconocido poniéndose en guarda.

—Acabemos: contestó el capitán haciendo la misma operacion que su contrario.

Antes que se diese la señal, partieron los corceles con tanta furia que parecia mentira pudiesen correr de tal manera.

La lanza del desconocido pegó con tanta fuerza en la coraza de Mendoza, que su caballo dió un paso atrás, y él perdió el estribo, soltó la brida, y cayó por la trasera del caballo murmurando entre dientes con amargo acento:

—«Oh, vencido! vencido despues de haber sido vencedor!»

—Os convenceis ahora, señor incrédulo? le dijo el armado despues de haberse apeado de su caballo y cuando se dirigió á él para completar la fórmula del combate.

—Oh, sí, me declaro vencido; pero matadme, clavadme vuestra espada, porque semejante derrota es mi deshonor! ah, hacdme este favor!

—No, nunca! y no me hubiera presentado en el campo, sino tuviera necesidad de una ocasion como esta para alcanzar del rey cierta gracia que necesito.

El desconocido fué aplaudido con entusiasmo por todos y declarado digno de obtener el premio destinado al vencedor. Así es que subió al trono y despues de inear una rodilla en tierra, recibió de manos de la misma reina, la banda azul y blanca.

—Y ahora teneis alguna gracia que pedirme? dijo Alonso XI.

—Sí, magnánimo señor, tengo que pedir os una gracia, y creo...

—Hablad, hablad...

—Señor, amo con delirio á una jóven, siendo correspondido por ella, y quisiera que tu alteza...

—Gracia es esa que tal vez no dependa de mi voluntad. Tiene padres esa jóven?

—Padre únicamente, pero este se halla muy distante de estos reinos.

—Su nombre?

—Don Jimeno de Luna y Osorio, gentil-hombre de tu corte.

—Con efecto, tengo algun derecho para disponer de la mano

de esa jóven, y mucho mas estando su padre ausente como lo está en efecto. Pero mi consentimiento no es el de su padre; el mio se pide por mera fórmula despues que los padres son gustosos en la eleccion que hayan hecho para sus hijos. Además para anticiparme yo á dar un consentimiento, que no sé si aprobará Don Jimeno, necesito saber con quien...

—Nada mas justo: contestó el armado alzándose la visera al mismo tiempo.

—Felipe! exclamó el rey admirado.

—El mismo, señor.

—Ah, ya decia yo que era imposible hubiese otro tan valiente como vos: he debido conoceros cuande derribásteis á la segunda enbestida á mi pobre caballero de la banda.

—He disgustado á tu alteza?

—Nada de eso, y en prueba de ello os concedo la mano de la hija de Don Jimeno.

—Oh, gracias, señor, gracias!

—Aunque teneis mi consentimiento, y tendreis tambien el del padre de vuestra amante porque yo le diré que tengo elegido esposo para su hija, aguardad á que venga el de Luna de Alemania.

Felipe se separó del rey con el corazon henchido de alegría y placer. Elvira seria suya, porque cómo iba á desairar Don Jimeno al rey no admitiendo para su hija el esposo que este habia tenido la atencion y el cuidado de elegir durante su larga ausencia? Así es que el jóven no cabia en sí de contento y esperaba con ánsia el momento que lo habia de unir para siempre á su bella y querida Elvira. De repente se cubrió su rostro de una palidez espantosa: un recuerdo fatal habia cruzado por su mente precisamente en el mismo instante en que mas dichoso era. El recuerdo del conde de Haro vino á distraerlo; entonces

sintió un frío terrible por todo su cuerpo y el corazón comenzó á latir con extraordinaria violencia. Qué es esto, Dios mío? exclamó asustado.

Pero la idea de su propia felicidad vino á apoderarse de su imaginación nuevamente y todo desapareció.

La fiesta terminó en seguida, y toda la gente se puso en movimiento. Los reyes salieron del circo acompañados por multitud de caballeros y altos personajes.

—Conde, dijo el rey al de Trastámara con el mayor sigilo: ¿quereis acompañar á Doña Lonor?

—Sí, señor.

—Y decidle de mi parte que la prueba de cariño que me ha dado con venir al torneo, no será olvidada por su amante.

El conde se separó de la comitiva y se fué en busca de la de Guzmán, á quien refirió las palabras del rey.

Mientras tanto, Doña María decía á su confidente, queriendo ocultar, aunque no pudo conseguirlo, la rabia que la consumía:

—Os habeis divertido mucho, maestro de Alcántara?

—Mucho, señora, y tu alteza?

—Oh, yo he pasado un rato delicioso... esta clase de fiestas me hacen gozar extraordinariamente...

—Magnífico ramo de azahar lleva su alteza! dijo el Maestro con intención.

La reina palideció, y repuso sin poderse contener:

—Qué haríais vos si siendo muger y reina os viéreis ultrajada como yo me he visto esta tarde por ese ramo de naranjo?

—Por ese ramo!

—Sí, una mujer que asaz bien conoceis lo arrojó á los pies del rey, y un hombre adulator é infame se apresuró á cogerlo para entregárselo á mi esposo, quien se cuidó muy poco del público para ultrajarme como lo hizo!

- Señora, es posible?...
- Sí, Don Gonzalo, esto ha pasado y yo necesito vengarme.
- Nada mas justo.
- Sois mi amigo?
- Hasta la muerte.
- Amáis á la querida de mi esposo?
- No, la aborrezco de muerte.
- Luego entonces sereis su enemigo como yo?
- Siempre.
- Y al conde de Trastamara?
- Despues de Doña Leonor es á la persona que mas odio.
- Me algro... Y al rey?
- Señora...
- Nada temais.
- Pues bien, entre vos y Don Alouso... vos sois mi reina.
- Nos vengaremos de los tres, Don Gonzalo?
- Contad conmigo.
- Oh, bien, bien, venganza! venganza! exclamó la reina lanzando á su esposo una feroz mirada.



CAPITULO XVII.

En el que se vé que Doña María comenzó á poner por obra su proyecto de venganza.

No bien hubo el dia asomado por el horizonte, no bien la aurora hubo corrido con su carro de luz todo el espacio, y no bien los habitantes de Burgos comenzaban á vagar por las calles, cuando la reina Doña María, saltó del lecho y mandó á sus doncellas la adornasen con todo lo mejor y mas rico que hubiese. Con efecto, sus deseos fueron cumplidos. Un magnífico traje de rica tela de Persia, y una dalmática de terciopelo azul con adorno de pieles ceñía el elegante y esbelto cuerpo de la portuguesa. Ricas tocas de finísima holanda y preciosos adornos de diamante y per-

las de Oriente, adornaban su bella cabeza, cuyo pelo caía en partes iguales por la cara y se recogía por detras todo reunido.

Doña María quería estar hermosa aquel día y por eso había sido hecho su tocado con tanto esmero y cuidado. Terminado este dijo á una de sus damas:

—El rey?

—Ha salido, señora.

—Tan pronto! sabéis con quién?

—Con el conde de Trastamara.

—Se sabe á donde se han dirigido?

—Al campo, señora; su alteza tenía preparada para hoy una gran cacería.

Los ojos de la estrangera brillaron de satisfaccion y contento. Había concebido una idea y quería ponerla al instante por obra. El rey, único inconveniente que podría haber, se había marchado al campo. La ocasion no podía ser mejor. Así es que repuso sin poder contener su alegría:

—Se halla ahí fuera el gran maestre de los caballeros de Alcántara?

—Hace rato desea ver á tu alteza: contestó una de las jóvenes.

—Hacedle entrar, y dejadme sola.

Obedecieron las jóvenes, y Don Gonzalo penetró á poco en la morada real. El maestre manifestó su sorpresa, santiguándose por dos veces.

—Qué os estraña, Don Gonzalo?

—Ver á tu alteza tan engalanada y elegante: es hoy acaso día de corte?

—No por cierto... este es el traje de una reina.

—Perdonad, pero como os veo al mismo tiempo tan alegre y.....

—Acabad.

—Y hermosa; más hermosa que nunca.

La reina soltó una descomunal carcajada y dijo en medio de su hilaridad.

—No me satisface esa galantería... pero no sabéis que voy á visitar á la segunda reina de Castilla?

—No sabia que habia en Lastilla dos reinas.

—Vos me lo dijísteis ayer, Don Gonzalo.

—Yo! perdonad, señora; pero no me acuerdo...

—Ayer tardé en el torneo me noticiásteis que Doña Leonor...

—Ah, sí, sí, comprendo perfectamente; y como Doña Leonor reina sola y exclusivamente en el corazon de su alteza, por eso la llamis la segunda reina de Castilla... comprendo y no me parece mala la idea.

—Fues bien, voy á ir, si vos me acompañais, á casa de la muger que reina en el corazon de Alonso XI.

—Señora, semejante paso!..

—Teneis medio, maestre Alcántara?

—Miedo no, pero sí prudencia.

—Me acompañareis?

—A donde gusteis, verdadera reina de Castilla.

—Teneis razon..... pero decidme, ¿cuándo desaparecerá e conde?

—Tiempo, señora, tiempo para todo.

—Sabéis á la casa de la amante de mi marido?

—Sí.

—Tomad mi brazo y conducidme á ella.

—Observad que si el rey sabe...

—Nada temais, su alteza está hoy de campo.

—Pues marchemos.

La reina se cubrió con un largo manto de tela oscura, y agar-

rada del brazo del Maestre, saliendo por una escalera secreta pasó en un instante el corto trecho que mediaba desde el alcázar á la morada de la sevillana.

—Puedo saber vuestra intencion, señora? dijo Don Gonzalo momentos antes de llegar á casa de la de Guzman.

—No tengo inconveniente: deseo vivamente conocer á la muger que el rey prefiere á la suya propia, y deseo conocerla, porque si es menos hermosa de lo que dicen, Alonso XI se cansará de ella muy pronto: quiero conocerla porque ayer apenas la vi; quiero verla y decirle la gran distancia que hay de ella á mí, de una hija de cien reyes y reinas, á una muger prostituta y.....

—Esta es la casa, señora, repuso el Maestre interrumpiendo á la reina.

—Llamad; y despues esperadme aquí á que yo salga.

—Cumpliré tus órdenes fielmente: contestó Don Gonzalo acercándose á la puerta y llamando con suavidad.

La horrible Munima apareció despues que la macisa puerta giró sobre sus goznes.

—Pasad, señora: dijo el Maestre á la reina.

—Y vos?

—Yo, voy á obedeceros.

—Ah, es verdad: repuso la reina acordándose de que le habia dicho que le esperase en la calle.

Doña María subió con paso lento la escalera que conducia á la habitacion de la favorita del rey.

Esta se hallaba sola y recostada en un sillón, entregada á mil ideas ya tristes, ya placenteras. Leonor pensaba en el amor que la tenia el rey, en la falta que habia cometido con quererle, en lo dichosa que era con este amor y en los disgustos que el Maestre de Alcántara podia hacerle sufrir. Cuando mas entre-

gada y sumergida se hallaba en estos pensamientos, sintió ruido de pasos por la escalera y fijó la vista en esta, hasta que vió una mujer envuelta en un manto oscuro, que se quedó parada en la entrada.

—Pasad, señora; dijo la de Guzman saliendo al encuentro de la desconocida.

—Sois vos Doña Leonor de Guzman? repuso la reina con voz balbuciente y temblorosa.

—Yo soy.

—Oh, qué hermosa es! exclamó la extranjería á media voz.

—A quién tengo el honor de hablar, señora?

—Me conocéis? dijo la reina arrojando con fuerza el manto y descubriendo su bello y rico trage y su indignado rostro.

—No tengo la honra... repuso la de Guzman palideciendo de temor, al ver el aire altanero y un tanto atrevido de la muger que se le presentaba.

—Debiérais conocerme, señora....

—Ya os he dicho que ignoro absolutamente con quien estoy hablando.

—Es extraño, porque vuestra alma culpable os debiera haber dicho que hablais con la reina de Castilla.

—La reina!... Cielos! y qué busca la reina en mi humilde y pobre morada? exclamó la amante de Alonso XI balbuceando y poniéndose pálida como un cadáver.

—Os busco para que me deis estrecha cuenta de vuestra conducta! La reina de Castilla se halla ofendida por vos, que sois una miserable y viene á reconveniros; viene á deciros que vuestro castigo se acerca, porque si el rey se niega á concedérmelo, no se negará el pueblo entero, ni los ejércitos de mi padre el rey de Portugal.

—Ah, señora, perdon, perdon! exclamó la dama del rey ca-

yendo á los piés de Doña María.

—Perdon! nunca, miserable, nunca!

—Ah!..

—¿Creíais que podíais ofender impunemente á la reina de Castilla? oh! os engañais! desde mañana os abandonará vuestro amante, porque las circunstancias le obligarán á ello... desde mañana recibireis el castigo á que os habeis hecho acreedora por vuestra audacia y vuestro crimen.

—Crímen!.. crimen!.. repuso la de Guzman asustada.

—Sí, crimen, y crimen atróz: os parece poca culpa ser la que rida del rey de Castilla, con el descaro, con el cinismo con que vos lo sois y lo publicais, sin tener en cuenta que ultrajais á la esposa de vuestro amante, á la reina vuestra señora, y á la muger que tiene derecho y poder para haceros morir en un cadalso si se le antoja?

—Ah! en un cadalso... y por qué, señora?

—Porque me habeis ultrajado y el que ultraja á un rey...

—Perdon, reina de Castilla; yo no os he ultrajado... yo amé al rey porque señora, no se puede remediar, me entregué á él porque le amo con delirio!... tengo acaso la culpa de que Dios ó el infierno me haya hecho concebir esta pasion?.....

—Miserable!

—Perdon! perdon!... volvió á decir Doña Leonor alzando las manos en ademan de súplica.

—Oh, no, nunca, ya os lo he dicho! he padecido demasiado para perdonaros, mi orgullo de reina y de esposa se halle asáz ofendido para perdonar á la muger causa de todo. Un encierro perpétuo será el castigo que os imponga, castigo que el rey no podrá menos de sancionar.?

—Un encierro! nunca!... vos no teneis derecho...

—Infeliz! sabeis con quien estais hablando? no sabeis desgra-

ciada, que Doña María de Portugal, tiene bastante poder, sin necesidad de su esposo, no digo para sepultaros en un encierro perpétuo, sino hasta si quisiera para cortaros la eabeza á vos Doña Leonor de Guzman, la mujer mas hermosa de Castilla, la favorita de Alonso XI.

—Y seriais capaz de hacerlo, sólo por el delito de amar á un hombre que conquistó mi corazon, no como rey de Castilla, sino como un particular? Y creéis que quedaria impune vuestra arbitrariedad, señora?

—Qué decís, desgraciada! sí, quedaré impune y siendo reina de Castilla! Conque preparaos, señora; preparaos á abandonar el mundo donde tan feliz y afortunada habeis sido, si puede haber felicidad en la deshonra...

—Señora, vuestras palabras me hieren el corazon de una manera cruel! exclamó la amante de Alonso XI, con humildad y amargura.

—Os hieren mis palabras, y no os hiere lo que el público dice escandalizado de vuestra conducta? repuso Doña María con sarcasmo.

—Señora, y qué culpa tengo yo que el vulgo no comprenda toda la abnegacion que hay en mi amor... vos misma si sabeis lo que es una pasion, si alguna vez habeis sentido en vuestro pecho esa llama ardiente y devoradora que nos abraza el corazon y que nos ciega completamente; vos misma, decia, disculpais mi falta...

—Yo! delirais! jamás... no sabeis que soy demasiado orgullosa para no hacer mas que aquello que no me rebaje? una pasion me haria descender de mi clase y la reina Doña María, nunca dejará de ser reina.

Doña Leonor miró con asombro á la esposa de su amante.

—Qué, os causan estrañeza mis palabras?

—Sí, reina de Castilla!..... yo creia que el corazon de una reina.....

—Callad, ya os he dicho que nunca descenderé ni un ápice.....

—Y si amais á vuestro esposo que es igual á vos, entonces no os rebajareis... repuso la de Guzman, con el deseo de saber si la reina queria á Don Alonso.

—A mi esposo! si Alonso XI, hubiera dado á su esposa el lugar que le pertenece, si no me hubiese ultrajado en el torneo ayer tarde, tal vez... le amaria!

—El rey os ultrajó, señora! exclamó Doña Leonor aparentando sorpresa y sintiendo en su interior cierto gozo.

—Sí, me ultrajó porque en público dió pruebas que preferia á otra.—Y sabeis qué hizo la reina entonces? dijo Doña María en extremo furiosa.

—Ignoro, ignoro...

—Pues juró vengarse de su esposo, y de la...

—Señora! repuso la viuda de Velasco con altivez.

—Os atreveis, miserable! os atreveréis á levantar el grito á vuestra reina? repuso la estrangera locamente irritada y en ademán de castigar á la jóven.

—Socorro! socorro! gritó esta huyendo despavorida.

—Nécia! crees acaso, que está ahí tu amante para defenderte?

—Sí, desgraciada! aquí estoy, contestó la voz del rey, al mismo tiempo que se presentó este en la estancia.

—Ah, gracias, gracias! dijo Doña Leonor cayendo á los piés del rey y ocultándose el rostro con ambas manos.

—Leonor, amor mio; repuso el monarca, casi fuera de sí: dime, qué queria hacerte esa mujer?

—Nada, nada, señor... su alteza...

—Habla, nada temas!

—Perdon! yo acusar á vuestra esposa... oh! nunca!...

Doña María casi no oía lo que pasaba, porque la rabia la ahogaba enteramente.

—Leonora, habla, te lo pido por nuestro amor! insistió Don Alonso con impaciencia.

—Ah, no puedo... pero la reina queria casti...

—Acaba!

—Ya lo he dicho! perdon, no puedo mas!

—Ah, comprendo, comprendo; está celosa y...

—Yo celosa! dijo al cabo Doña María: celosa de esa mujer! cuán engañado estais rey de Castilla!

—Miserable! exclamó Alonso XI, cogiéndola con fuerza por un brazo, al mismo tiempo que tendia otra mano á su dama en señal de proteccion.

—Soltadme, soltadme, rey de Castilla... esta es una violencia que os puede costar... la corona que llevais!

—Necia! repuso el monarca con sonrisa sarcástica.

—Soltadme os digo... Oh, soltadme que me haceis daño!

—Señor, señor.... piedad, piedad para ella! exclamó la de Guzman tendiendo sus ebúrneos brazos hácia el rey.

El pecho de Doña María rugió de rabia, y despues de lanzar sobre su rival tan buena y generosa, no una mirada de gracia, sino una mirada feroz y henchida de venganza, dijo á su esposo mas irritada que nunca:

—Me soltais?

—Sí, y no creais que es por vos: sino porque este ángel de bondad y dulzura me lo ha suplicado. Aprended á ser generoso, señora; ved á esta jóven, y avergonzaos de ser tan infame!

—Rey de Castilla... repuso Doña María toda trémula y balbuciente: observad que ultrajais á vuestra esposa..... y que lo

haceis á presencia de esa muger que...

—Basta ya, señora; basta de insultos y salid inmediatamente de aquí.

—Sí, saldré; pero juro á Dios, que me vengaré horriblemente

—Salid.

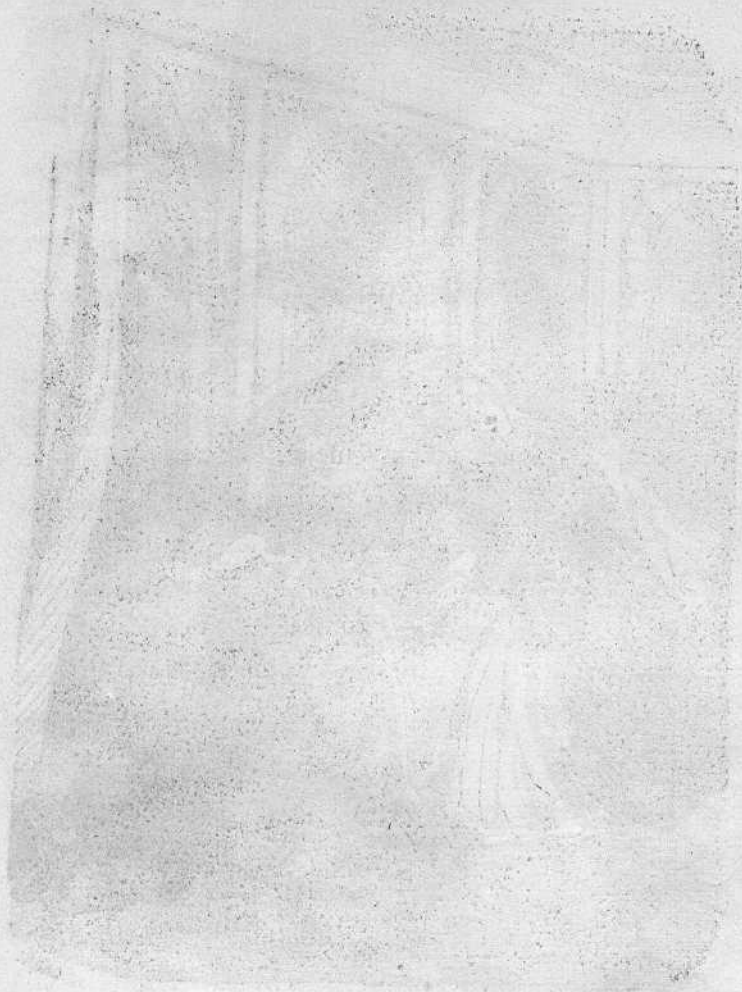
—Atended antes, Don Alonso: habeis ultrajado á vuestra esposa, á una señora, á la hija de un rey, aliado vuestro... Pues bien, temed las quejas de la primera, el resentimiento de la segunda y la venganza de ese rey grande y poderoso, ofendido en la persona de su hija.

Alonso XI se sonrió con desden y repuso sin dejar su tono irónico.

—Vais á hacer una revolucion, señora! Por Dios, dejaos de eso, porque no teneis cabeza para semejante cosa.

—Lo veremos! sois demasiado jóven para saber de lo que es capaz una muger, qué digo! una reina que como yo se vé ofendida y ultrajada, siendo la causa...

—No sigais, señora, que os quiero decir dos palabras acerca... de esta mujer como habeis dicho. Atended y os suplico por vuestro bien que no desperdiciéis ninguno de los avisos que os voy á dar. Me he casado con vos, no porque os amase, sino porque para dar un heredero á las coronas de Castilla y Leon, necesitaba una muger que como yo fuese hija de reyes... y como vos reuníais todas las condiciones necesarias y precisas, os elegi como podia haber elegido otra cualquiera. Tal vez os hubiera querido, no digo amado porque ya conocia á la muger que es mi dicho, mi felicidad; si Doña María de Portugal no fuera orgullosa y altanera en demasía; si fuérais, señora, sensible, y si hubiérais comprendido por último, que no érais mi amante sino la reina, la mujer de un monarca que se habia casado por que así lo exigen las leyes de sucesion. Pero habeis creído que



[Faint, illegible text or signature]



Miserable! exclamó Alonso XI.

con ser yo vuestro esposo iba á ser vuestro esclavo, y, vive Cristo, señora, que ya estareis desengañada! Quejaos enhorabuena, si yo no os diera el decoro y el lugar que os corresponde; quejaos á quien queráis y cuanto se os antoje, si hubiera sido con vos un marido exigente y tirano ó un rey déspota. Con que esto supuesto, no teneis derecho á quejaros. Ahora escuchad la segunda parte: Yo amo á esta bella y virtuosa jóven...

—Virtuosa!..... exclamó la reina interrumpiendo á su esposo y pronunciando esta palabra con cruel ironía.

—Sí, virtuosa y pura, como lo puede ser un ángel! repuso el rey, echando sobre su amante que yacia abatida y triste, una mirada llena de amor y delirio.

—Rey de Castilla, dijo Doña Maria, riendo como una loca: vuestras palabras me hacen reir cual nunca lo he hecho.... Já, já, já, virtuosa, pura!.....

—Sois demasiado vulgar en ideas y pensamientos para comprender ciertas pasiones y ciertos sacrificios, que solo hacen las personas que saben lo que es amor y las necesidades que esta pasión tiene! Continúo. Os decía que amaba á esta jóven, porque yó necesito amar para vivir, porque sin ser amado, sin tener un corazón que me comprenda, y una muger que me haga feliz, vuestro esposo no será nada nunca. Leonor es la muger que el cielo me ha destinado. La amo, señora, la amo locamente, porque es hermosa, porque es buena y porque he visto en ella la muger que yó necesitaba. La he jurado amor y constancia, porque es la única recompensa que tiene de sus sacrificios. El que la ofenda me ofende á mí; el que la odie, odia al rey de Castilla, señora! y figuraos lo que gana la persona que la aborrezca. Ay, del que la toque! Ay, del que intente siquiera ofender á la muger á quien ama Alonso XI! Conque ya lo sabeis,

señora: Leonor es mi amante, mi vida; vos sois la reina: ella es la dueña de mi corazón, porque ha sabido conquistarlo antes y mejor que tu alteza, y vos dividireis conmigo vuestro régio lecho, porque si nó dejaríais de ser reina! Si intentais vengaros de esta muger que nada os ha hecho y que es inocente, renunciad á semejante desatino porque os acordareis de vuestro esposo, Doña María! Si por no comprometeros vos, seducís á algun caballero de mi córte para que cometa el crimen que vos hayais meditado, ó ponga por obra la venganza que creais suficiente, tendreis á vuestro cargo la muerte de ese hombre, porque vuestro marido le quitará la vida en cuanto lo sepa, y se verá tambien en la necesidad de repudiar á la muger que asesina de semejante manera! Ya sabeis mi determinacion, señora, determinacion irrevocable y que he tenido la franqueza de revelaros para que mañana no echeis una disculpa, que os aseguro no admitiré. Adios, señora..... no voy con vos porque habeis venido acompañada por una de vuestras damas.

La reina recogió su manto y bajó la escalera tan aturdida, que no sabia á qué atribuirlo, si á temor, á rabia ó á corage.

Así que se marchó Doña María, dijo Alonso XI, postrándose á los piés de su amante:

—Me amas, Leonor?

—Oh, sí!.. pero ved... ya empiezo á espiar mi falta!

—Desecha toda idea triste, amor mio!

—Oh, imposible!.. aunque esté segura de vuestro amor, aunque nada tengo que temer ya, solo el recuerdo de que vuestra esposa sufre y padece, me llena el alma de tristeza y de remordimientos la mente!

—Ah, no tengas remordimientos, nó! Doña María padece porque es orgullosa, porque la devora la envidia; mas nó por-

que me ame! Una muger tan egoista, solo siente por ella misma!

—Sin embargo, yó he sido la causa de que tu alteza le hablase ahora mismo con palabras tan duras como impropias en tí! Oh, yó temblaba porque nunca os he visto hablar asi. Una cosa quisiera deciros, señor: perdonadme; pero la voz de Dios ha resonado en mi corazon como la voz de la verdad en la tumba!..

—Qué palabras, justo cielo! Leonor, qué dices!..

—Ah, señor! huid, huid de mí y con eso dejareis de ser odiado por vuestra esposa; y yó dejaré de ser culpable. Vos remediareis vuestra falta y os granjearéis el aprecio de Castilla y de la reina, y yó me retiraré á un monasterio donde lloraré mis culpas y la pérdida de un amor... que era toda mi ambicion y mi gloria!

—Leonor, y serias capaz de dejarme? ¿serias bastante cruel para... Oh, nó, no lo puedo creer en tí! Dí que es un juego, que todo era por asustarme; porque si yó supiera que piensas cumplir ese horrible pensamiento que solo el diablo te puede haber sugerido para hacernos padecer cuando tan felices éramos, oh, entonces aquí mismo me mataba! ¡Vivir sin tí! ah, eso seria espantoso, cruel! Dí que no lo has pensado siquiera... me abandonarias, Leonor? dijo el monarca por último con voz ténue y suplicante. ¿Tendrias valor para abandonarme así de ese modo? Habla, habla: oiga yó de tu boca mi sentencia ó mi esperanza! Responde, me dejarias?

—Nó, nunca, me faltarian las fuerzas!

—Bendita seas! exclamó Don Alonso besando con ardor una mano de la jóven, mano que habia cojido lleno de alegria.

—Quisiera, señor, debia de hacerlo; pero no puedo, me faltan las fuerzas y pierdo la resolucion. No creais; ya lo he in-

tentado más de cuatro veces y no he podido verificarlo... vuestro recuerdo ha venido en seguida á destruir tales ideas... Perdon, Dios mio, perdon, pero le amo tanto!...

—Y yó á tí, Leonor, amor mio; y yó á tí tambien!

Los dos amantes guardaron silencio largo rato. Leonor sacó de él un remordimiento más y el rey una nueva prueba de cariño por parte de la muger á quien tanto idolatraba, y por quien daría su corona y cien vidas que tuviera.

Mientras tanto la reina llegó á la calle y se reunió con su confidente y amigo el maestre de Alcántara. Este repuso aparentando sorpresa é interés, así que vió á Doña Maria tan pálida y demudada:

—Qué teneis, señora?

—Nada, nada absolutamente, Don Gonzalo! Llevadme al alcázar si gustais.

—Con mil amores; pero decidme cómo salís de esa casa, vencida ó triunfante?

—Venganza! exclamó la reina sin contestar á su confidente.

—Por esas palabras, repuso este, veo que no lo habeis pasado muy bien, y que habeis sido vencida por...

—Por el rey, Don Gonzalo, por el mismo rey que se apareció allí como por encanto, cuando tenía á mi rival humillada y suplicante pidiéndome perdon sin cesar!

—Calla! cómo era el rey un embozado á quien yó ví entrar poco antes de que vos saliéseis?

—Sí, maestre de Alcántara, era el rey!

—Y Don Alonso.....

—No solo me ha ultrajado y ofendido con mil palabras feas é insolentes, sino que á no ser por su querida, me hubiera visto castigada por mano del mismo rey. Alonso XI me agarró con fuerza un brazo y... Oh, qué horror! no quiero pensar si-

quiera en semejante escena! Solo deseo vengarme, Don Gonzalo; pero como es imposible que asestemos nuestros tiros al rey, nos vengaremos en las dos únicas personas á quien quiere y estima; la primera contra la voluntad de su pueblo que cada dia está más escandalizado al ver tanta privanza, y la segunda contra las leyes de la moralidad!

—Y esas dos personas, quiénes son, señora? dijo el Maestre aparentando ignorancia.

—Ya lo sabeis, Doña Leonor de Guzman y el conde de Trastamara.

—Oh, magnífico, á las dos las odio de la misma manera.

—Escuchadme, Don Gonzalo, si me vengais de esas dos personas tan odiosas, contad con mi...

—Nada quiero ni nada pido, señora.

—Ya lo sé... pues bien, por eso os iba á decir que contáseis siempre con mi amistad y un eterno agradecimiento.

—Eso es precisamente lo único que he ambicionado, señora!

—Conque me vengareis?

—Completamente.

—Cuándo?.. cómo...

—Mañana tal vez os dé noticia de la desaparicion de la querida de vuestro esposo.

—Mañana! oh, os daría mi vida si tal sucediera!

—No lo dudeis, señora: tengo un plan combinado hace tiempo, y la ocasion es magnífica para verificarlo. Esta noche perderéis vos para siempre á vuestra rival, y Alonso XI á la muger por quien está loco de amor.

—Maestre de Alcántara, cuánto tengo que agradeceros!.... oh, vengarme del rey y de esa muger... era toda mi ambicion, todo mi deseo! Sin embargo..... yo..... no os quiero engañar, puesto que sois conmigo tan amable y condescendiente.

—Señora; repuso el Maestre interrumpiendo á la reina, creed que mi mayor y más constante afan, es agradar á tu alteza.

—Sí, lo sé; y por lo mismo voy á referiros lo que Alonso me dijo: «Si algun caballero de mi corte toma á su cargo vuestra venganza, sea quien fuere, dejará de existir en cuanto yo lo sepa.»

—Eso os dijo! exclamó Don Gonzalo, palideciendo de temor.

—Sí, y por eso quiero que dejeis ese plan... dejadlo todo!... he nacido desgraciada, y lloraré mi infortunio... No quiero que mis lágrimas tengan que derramarse mañana por la muerte de un amigo!...

—Cesad, señora, nada temo... y el rey, creedlo, no se atrevería á cometer semejante atentado en la persona del gran maestre de Alcántara. Insisto, señora... y os juro que quedareis vengada.


La reina, ofuscada por la alegría, entregó su diestra al Maestre, y consintió que este la apretara entre las suyas con un afecto estremado.

Este fué el primer y único favor adúltero que concedió la reina Doña María de Castilla.



CAPITULO XVIII.

En que se vé que el Maestre de Alcántara puso por obra su diabólico y horrible proyecto.

ON Gonzalo dejó á la reina en el alcázar, y mientras que llegaba la noche, pasó el dia en buscar á las mismas personas que llevaba cuando quiso asesinar al rey, sin saber que el amante de Doña Leonor, era de tan alto linaje y prosapia.

El maestre de Alcántara se dirigió á la casa de Nuño Fajardo á quien encontró solo, y apurando una enorme basija de vino tinto. Don Gonzalo tenia entera confianza en el exterior de los formidables. El cómplice de Doña María, púsose el trage de guerra, y calóse la visera á fin de no ser conocido por el amigo de Felipe.

Al verlo entrar Nuño Fajardo le saludó con la mayor cortesía, y le dijo con aire franco y natural:

—Quién sois?

—Por Dios, amigo, que habeis debido conocerme, porque no es esta la primera vez que vengo á vuestra casa con este traje y en esta disposicion. No recordais...

—Basta, basta, señor, caballero, infanzon, ó lo que seais! Os recuerdo perfectamente y me alegro veros otra vez. Se ofrece dar alguna paliza por ahí?

—No precisamente paliza, aunque tal vez haya necesidad de repartir mandobles. Pero se trata de robar á una jóven que será conducida á un castillo no muy distante de Burgos. Yo deseo llevar buena gente capitaneada por vos, porque pudiera suceder que topásemos con algunos soldados que nos quisieran robar la presa que yó lleve, y...

—Pues, caballero, siento decir á vuestra grandeza que yo me he dejado ya de esos tratos y comercio, porque tengo un chico que me quiere como á un padre, y este me mantiene para que yo deje la vida de los lances y compromisos.

—Voto al diablo! conque no puedo contar con vos esta noche?

—Ya lo veis: cómo falto yo al juramento que he dado?... pero qué diantre! por una vez no me comprometo: repuso Nuño reflexionando un momento, y figurándose que tal vez sacase Felipe algo en limpio de todo aquello.

—Conque cuento con vos?

—Sí, señor.

—Llevareis gente de fiar y esforzada por si hay que hacer tiso de las armas?

—Cuanto gustéis.

—Perfectamente. Esta noche despues de oraciones en la plaza mayor.

—Y la paga?
 —Tomad: repuso el maestro con desden y arrojando sobre la mesa una bolsa llena de dinero.

—Está bien. Y decidme, caballero, es tambien todo esto misterioso como la vez pasada?

—Oh, y aun mas si quiere.

—Luego entonces no habrá mas que oír, ver y callar: no es eso?

—Justamente.

—Don Gonzalo se despidió de Nuño y en seguida se fué á casa de doña Leonor de Guzman.

Munina le abrió la puerta como siempre y le dijo al mismo tiempo:

—Desgraciado sois, señor maestro!

—Por qué, Munima?

—Porque mi ama no está en casa.

—Pero cómo, ha salido fuera de Burgos?

—No señor, ha salido... francamente, no lo sé.

—Oh, pues bien, Munima. Tenia que hablarte y es mejor que estemos solos. Antes de nada, toma ese dinero. Todo es tuyo, te lo regalo.

—Conversacion que empieza con tan buenos auspicios tiene que ser por fuerza en extremo interesante. Dad principio, señor caballero; y antes de nada que el cielo os dé tanta ventura como yo para mí deseo.

Y despues de sentarse la hipócrita vieja cerca de Don Gonzalo y de apoyar su horrible y asquerosa cara en las palmas de las manos, dijo con la mayor hipocresía.

—¿Me vais á hablar de mi querida señora?

—Sí y nó: escucha...

—Con cien oídos, noble caballero; empezad si os place.

—Eso deseo hace una hora! dijo Don Gonzalo con mal humor. Es el caso que un personaje de los más importantes de Castilla, y no se trata de mí, Munima, porque yo ya me voy dejando de eso: es el caso, te decia, que un caballero muy principal está enamorado de Doña Leonor, pero de una manera que raya en delirio. Este caballero, que para acabar de una vez, es el jóven rey de Castilla...

—Jesus mil veces! esclamó la vieja santiguándose. El rey! bien decia mi abuela, que el mejor patrimonio es ser hermosa... y aquí donde me veis he tenido yo unos quince...

—Atended que el tiempo urge: repuso Don Gonzalo cortando la palabra á la vieja.

—Seguid.

—Como os iba diciendo, el rey de Castilla ama con delirio á vuestra ama y quiere á toda costa... me comprendéis?

—Oh, oh, perfectamente! cosas naturales de jóvenes!

—Pues bien, como Doña Leonor está tan encaprichada con ese jóven, á quien no conocemos, se trata...

D. Gonzalo calló por un momento. Se le habia olvidado deslumbrar á la vieja, y tenia que hacerlo si queria llegar hasta el fin.

—Tengo que advertiros, mi buena Munima, que todas las personas que anden en el ajo este quedarán ricas para toda su vida.

—Preciso; como que anda en ello nada menos que la persona del rey!

—Justamente. Pues señor, esto es hecho; no es verdad?

—Sí, sí, indudablemente.

—Hoy le echas en la comida estos polvos blancos á tu ama: aquí no hay mal, Munima; tú ya me conoces y...

—Basta, señor.

—Pues bien, le echas estos polvos y á las ocho ó diez horas le dará un sueño que no podrá resistir y se quedará dormida lo

mismo que un tronco. Entonces llego yo, todo esto de noche, la cojo con cuidado y se la entrego á su alteza que me estará esperando en la calle con magnificos caballos para llevarla á un castillo de la corona, donde ella será la señora. Y despues que ya se arregle con el rey, que al cabo sucederá porque una corona deslumbra mucho, figúrate lo que serás tú y...

—Y qué más! seguid, seguid, que todo eso me parece magnífico!

—Nada, y despues tú serás una de las mugeres más ricas de Castilla, porque en sabiendo su alteza que tú eres la que mas ha contribuido á su felicidad, te colmará de oro y bendiciones.

—Más quiero lo primero que lo segundo.

—Conque aceptas? aquí no hay cuidado, Munima, ya te lo he dicho.

—Eso quiero, señor Maestre, porque amo tanto á mi ama que si tuviera una desgracia me moriria de pena.

—Pues descuida: conque...

—Acepto, sí; pero es con esa condicion?

—Hipócrita! murmuró el maestre por lo bajo. Ya te he dicho que no hay nada que temer.

—Bien, bien, y á qué hora vendreis con su alteza...

—Vendremos despues que la noche esté bien entrada á fin de que no se entere la vecindad.—Hasta luego, Munima.

—Vaya con Dios el caballero mas apuesto y dadivoso de Castilla.

El Maestre se sonrió como para dar gracias á la vieja y despues dijo á media voz:

—Esta mujer tiene que desaparecer del todo esta noche.

El maestre de Alcántara salió de casa de la de Guzman, y se dirigió al alcázar real, para decir á la mujer de Alonso XI lo que tendremos lugar de oír.



un castillo de la corona, donde ella será la señora. Y despues que ya se arrojó con el rey, que al cabo sacarehí porque una corona de alhambra mucho, figúrate lo que será tu y... —Y qué más! según, según, que todo eso me parece muy... —Y después tú seas una de las mujeres más ricas de

CAPÍTULO XIX.

Castilla, porque en esta ciudad de Madrid, en la casa de los... —Más quiero lo primero que lo segundo... —Como aceptas aquí no hay de dudar, Minerva, ya te lo he

Sigue el mismo plan.

—Eso quiere, señor, porque yo quiero... —Pues desahogada: conde... —Acepto, sí; pero es con esa condición... —Hipótesis: cuando el maestro por lo bajo. Ya te he dicho que no hay nada que temer.



Doña María estaba sentada en su habitación, cuando le anunciaron á Don Gonzalo. Su espíritu orgulloso y altanero habia sufrido un golpe mortal pocos momentos antes. El rey la habia ultrajado sin piedad delante de su querida y semejante hecho era suficiente, no digo, para que Doña María padeciese terriblemente, sino para que le sucediera lo mismo á otra persona de carácter menos altanero y orgulloso. Así es que cuando la reina, despues de un buen rato de reflexionar sobre lo que le habia sucedido, comprendió el papel ridículo y despreciable que habia hecho, dió rienda suelta á su dolor, exclamando con rabia:

—Venganza! venganza ó dejo de existir!

Doña Maria estaba en extremo descolorida, sus ojos vagaban como los de un demente, y una fiebre espantosa se habia apoderado de ella.

Don Gonzalo penetró en la estancia con humildad. y dijo despues de inclinarse respetuosamente ante la reina:

—Qué teneis, señora?

—Yo! nada, maestro de Alcántara....

—Creo encontraros pálida y.... padeceis?

—No, nada absolutamente, ya os lo he dicho: repuso Doña Maria haciendo un esfuerzo por sonseirse.

—Creí que la escena de esta mañana, os hubiero afectado....

—Callad por Dios, Don Gonzalo, y no me hagais tan susceptible... Os parece suficiente motivo ese para que yo la reina de Castilla, no digo me afecte, sino hasta cuidarme de él siquiera?

—Con efecto, tu alteza debe despreciar y...

—Y vengarme á un tiempo, no es eso?

—Precisamente.

—Pues bien, y qué tenemos? porque creo no habreis olvidado que vos sois el encargado de.....

—Comprendo, señora, y os diré que desde que nos separamos he practicado multitud de diligencias todas encaminadas á librar... qué digo á libraros, á vengaros de vuestra rival.

Los ojos de la extranjera brillaron como los de un basilisco.

—Sí, señora, hoy habeis sido ofendida y ultrajada, hoy mismo perderá para siempre vuestro esposo á la muger...

—No la nombreis, Don Gonzalo! oh, si pudiera yo verla morir!.....

—No: permitidme os diga que eso seria una locura. Pero estad tranquila, reina y señora mia, estad tranquila, que mañana euando dejeis el lecho, la primera noticia que llegará á vuestros

oidos será la desaparición de la querida de Alonso XI.

—Oh, sí, sí, y entonces verá el rey lo que puede una mujer que como yo ha sido hasta amenazada!

—Oh, eso es horrible! exclamó el Maestre aparentando indignacion.

—Horrible, sí, teneis razon!

—Y el rey no ha venido á veros despues?

—No; y segun me han dicho marcha muy pronto á Valladolid, donde se reunen las cortes generales antes de ocho dias.

—Magnífico! ya veis, hasta la menor circunstancia política nos favorece.

—Pero os habeis olvidado de una cosa y de una palabra!....

—Yo!

—Sí, el conde Trastamara!....

—Cierto, cierto, señora: ocupado en este otro asunto mas grave me habia olvidado de ese pobre mequetrefe.

—Sin embargo, ese mequetrefe como habeis dicho, me ha ofendido tambien, sobre todo nos puede hacer mucho daño. Además, el pueblo y la nobleza se escandaliza mas al ver la privanza que goza con el rey. Alonso XI, no hace caso de los consejos de sus ministros, y ese miserable es el dueño absoluto de todo el reino. Contais en Valladolid con parciales? dijo la reina despues de reflexionar un momento.

—Medio Valladolid se dejaria matar por el maestre de Alcántara: contestó Don Gonzalo, no sin admirarse de la pregunta que le habia hecho la reina.

—Oh, magnífico, magnífico! repuso esta dando palmadas de alegría.

—Juro á tu alteza, que no comprendo una palabra!....

—Lo creo, Don Gonzalo... es una idea soberbia que se me ha ocurrido.

—Veámosla.

—El rey marcha á Valladolid y le acompaña como siempre su privado; y puesto que contais allí con partidarios, haced que estos se nieguen á recibir á su alteza en la ciudad, á menos que no se separe para siempre de su favorito. No lo dudeis, Don Alonso accederá á las exigencias justas de todo un pueblo, y entonces el conde de Trastamara, que de suyo es ingrato y vengativo, se entregará á nosotros.

—Señora, semejante idea...

—Semejante idea es magnífica; casi estoy por asegurar que es una inspiracion. Con que, qué decís?

—Digo que haré cuanto querais, señora; contestó el maestre con galanteria.

—Sois en extremo condescendiente, Don Gonzalo.

Este se inclinó respetuosamente, diciendo por lo bajo despues de despedirse de la reina y al mismo tiempo que salia:

—Necia! cree que lo hago por ella! y sirviéndola me sirvo yo á mí mismo.

La hora de la cita con el ex-teniente de la *formidable*, se acercaba por momentos. La noche habia estendido completamente su tenebroso velo. La mas sompleta oscuridad reinaba en las calles de Burgos, por donde no transitaba ni un alma, desde que diera la oracion. Solo en la plaza mayor véase á una persona embozada hasta los ojos, recostada en un pilar de piedra. La impaciencia debia ser con ella, porque ora se paseaba con paso precipitado, ora pisoteaba con su pié derecho el pavimento, pronunciando al mismo tiempo ciertos votos y juramentos, en verdad no muy á propósitos para que se estampen aquí.

La impaciencia cesó al cabo, porque vió el desconocido un bulto que se dirigia hácia él.

—Quién vive? gritó el embozado llevando su diestra á la

empuñadura de la espada.

—Gente de paz, señor caballero: contestó la aguardentosa voz de Nuño Fajardo.

—Gracias á Dios! repuso el maestre de Alcántara.

—Qué, os he hecho esperar mucho?

—Mas de dos horas sinó mienten las estrellas. Pero y la demás gente?

—Toda está ahí cerca esperándonos.

—Vienen armados?

—Cáspita! Mejor que vos y yo.

—Y traen caballos?

—Magníficos.

—Ea, pues marchemos.

—Andando.

—Escuchad antes: vos con vuestra gente os quedareis un poco distante de la casa donde yo penetre: si hay novedad, tocaré un pito y enseguida acudiréis á socorrerme: pero si me veis salir, montar á caballo y en seguida salir á escape con direccion á una de las puertas de la ciudad, entonces me seguiréis tambien, pero á cierta distancia, á fin de que me guardéis la retaguardia. Comprendéis?

—Perfectamente.

—Esto supuesto, marchemos.

El Maestre echó á andar seguido de Nuño Fajardo y de dos ó tres hombres de dudosas cataduras que este habia traído consigo, montados en caballos fuertes y á propósito para fatigas, aunque no de muy buenas figuras.

Don Gonzalo y su escolta llegaron en un momento á la calle donde vivia la dama de Alonso XI.

—Esa es la casa: dijo el Maestre á Nuño, señalándola. Os quedareis aquí con vuestra gente y cumplireis exactamente

cuanto os he dicho.

—Perded cuidado.

Mientras tanto dad á esa valiente tropa estas monedas para que se entretengan en ver si son de plata ó de oro, dijo Don Gonzalo dando á Nuño un puñado de monedas de oro, que á pesar de la oscuridad brillaron extraordinariamente, y apeándose de su caballo, penetró en la casa de Doña Leonor.

Munima salió á abrirle con el mayor silencio.

—Habeis...

—Chito: mi ama duerme y si meteis ruido...

—Le diste de los polvos que te entregué esta mañana?

—Todos cuantos me entregásteis.

—Ah, pues entonces no temas que despierte.

—Sabeis, señor Maestre, que he tenido ciertos remordimientos al echar los polvos en la comida?

Don Gonzalo frunció las cejas y murmuró en voz baja:

—Esta bruja me vá á vender! Remordimientos, Munima: dijo alzando la voz, y por qué?

—No lo sé: pero no solo he tenido remordimientos, sino que hasta he sentido ser traidora á mi querida y buena señorita. Casi estoy...

—Acaba! repuso Don Gonzalo, sacando con el mayor cuidado una daga del cinto.

—Estoy por devolveros vuestro dinero y...

—Toma, miserable, toma, y paga de una vez tu traicion! exclamó el maestre sepultando su daga en el pecho de la vieja, que aparentaba escrúpulos para ver si Don Gonzalo le daba más dinero.

—Ah! socorro! socorro!.... perdon, Doña Leonor, perdon!....

Y mientras que la hipócrita y embustera Munima regaba el pavimento con la sangre que le salia por la herida y se revol-

caba por este con angustiosas y terribles ansias, el indigno maestro de los caballeros de Alcántara subió precipitadamente la escalera que conducía á la morada de la bella Doña Leonor.

Esta se hallaba profundamente dormida. Su preciosa cabeza se recostaba en el respaldo del magnífico y cómodo sillón que ocupaba. El rostro de la andaluza estaba en aquel momento divino, encantador. Sus largas y rizadas pestañas negras caían sobre el sonrosado de sus mejillas: su nariz se dilataba de vez en cuando para poder respirar con mas libertad, y sus delgados labios de color de carmin, dejaban ver dos hileras de dientes de pulido marfil.

El Maestro se puso delante de ella, y exclamó contemplándola.

—Oh! cada día mas hermosa!... Leonor, Leonor, ya eres mia! Ahora mismo si quisiera... pero no, aguardemos, aguardemos; porque el tiempo urge.

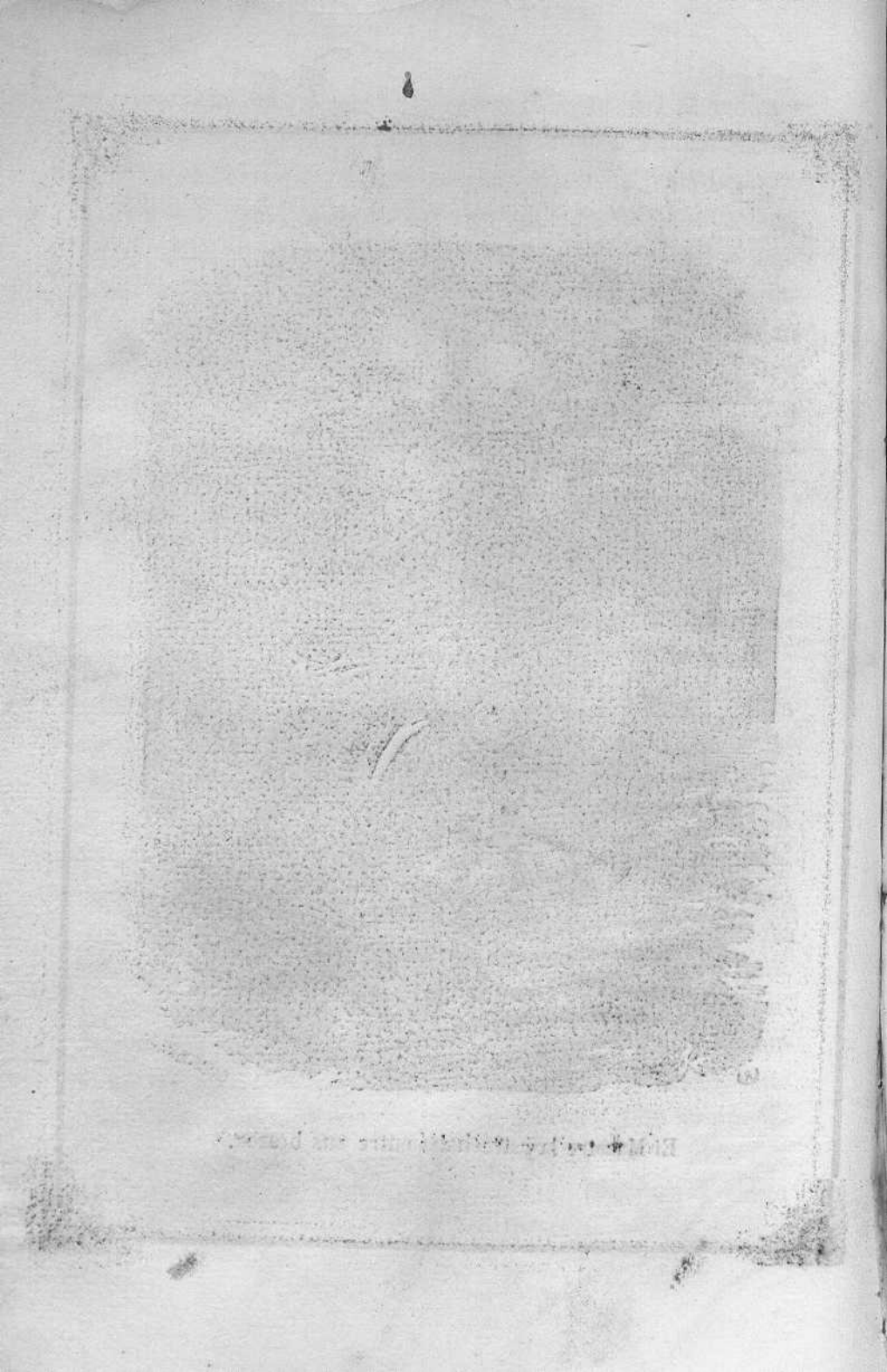
Y despues de estampar en sus lábios un beso ardiente, abrasador, un beso fiel intérprete de la pasión que lo devoraba, la cogió cuidadosamente y bajó la escalera loco de contento. Munima ya había espirado; pero con las ansias de la muerte había llegado hasta el pié de la escalera, donde se había atravesado. Diríase que la arrepentida vieja impedía el paso á Don Gonzalo. Pero este, que era demasiado cruel é infame para hacer caso de esos avisos que la fatalidad suele dar, saltó por encima del cadáver de Munima y se halló en un instante en la calle.

Ayudado por Nuño montó en su caballo, que piafaba de impaciencia, y despues de colocar lo mejor que pudo en la delantera á la jóven y de estrecharla con sus brazos de hierro, salió á escape de la ciudad con dirección á un castillo de su propiedad, no muy distante de Burgos.

Nuño Fajardo, acompañado de su gente, le seguía á cierta distancia, segun lo dispuesto por Don Gonzalo.



El Maestre la estrechaba entre sus brazos.





CAPITULO XX.

*En el que se vé y se prueba, aunque es muy sabido, que
cuando hay una desgracia, no viene sola.*

PARTIÓ Alonso XI de Castilla con direccion á Valladolid, donde se hallaban reunidas las córtes del reino, esperándole para tratar sobre la campaña que se preparaba, contra la morisma de Granada. El corazon de Don Alonso iba herido de muerte y su cabeza se perdía en mil conjeturas, que le llenaban mucho mas de inquietud. Doña Leonor habia desaparecido pero ignoraba cómo.

El conde de Trastamara que le acompañaba, le dijo, con objeto de tranquilizarle:

—Señor, Doña Leonor no ha desaparecido por su gusto.

—Ah, conde! quiera el cielo sean ciertas vuestras palabras!...

pero qué sé yo..... esa idea fatal la tenia ya hacia tiempo, y con lo que sucedió con la reina! Por otra parte me juró... oh, esto es para volverse loco!

—Hay una prueba bien clara y convincente para creer ha sido sacada á la fuerza de su casa.

—Cuál?

—Encontrar muerta y anegada en sangre á su aya, precisamente al pié de la escalera.

—Ah! teneis razon!... Pues bien, lleguemos pronto á Valladolid, para despachar al momento y volvernós á Burgos á averiguar lo que haya. Y si me ha sido arrebatada de órden de la reina, juro á Dios que he de hacer un ejemplar!

El rey llegó á Valladolid, pero en el momento de anunciar los atambores y clarines su entrada, la ciudad le cerró sus puertas.

—Qué es esto! exclamó el rey furioso.

Una diputacion compuesta de las principales personas de la ciudad se le presentó en nombre de esta.

—Qué habeis hecho, miserables! dijo Don Alonso lleno de indignacion cuando se le presentó la comision ¿sabeis lo que habeis hecho?

—Perdon, señor! pero el feo no ha sido dirigido á tu alteza, sino al privado que...

—Miserables! traidores!

—Escuchad, rey de Castilla, la noble ciudad de Valladolid no te es traidora! Valladolid te ama y te amaria mucho mas si alejaras de tu lado al conde de Trastamara, á ese orgulloso privado que desprecia al pueblo y que se come las contribuciones y rentas que este te dá ganándolas con el sudor de su frente, para que atiendas á tus necesidades y á las del Estado. Por último, nosotros venimos aquí para decirte de parte de nuestros

conciudadanos, que Valladolid tendrá cerradas sus puertas mientras no despidas á Don Alvaro de Nuñez y Osorio.

El rey reflexionó un momento y dijo despues á la comision:

—Pensaré lo que he de contestar á vuestros conciudadanos.

Los diputados se retiraron al instante y las puertas de la ciudad se volvieron á cerrar.

Don Alonso comprendió su verdadera situacion. Pensar en atacar á la plaza seria una temeridad porque ni llevaba tropas, ni era cosa de un dia, ni habia motivos, porque Valladolid se quejaba con justicia y pedia la separacion del hombre que todo lo malgastaba y destruia. Mucho queria Alonso XI á su favorito; pero conoció que sus pueblos se quejaban con razon, y dijo para sí: «Entre mi pueblo y un amigo que abusa de mi confianza, elijo al primero.»

Acto continuo fué el rey á ver al conde de Trastamara.

—Conde, le dijo, ya habreis oido lo que quieren los habitantes de Valladolid; las córtes se hallan ahí, yo sabeis tambien la necesidad que tengo de volver al instante á Burgos, y si me opongo á los deseos de un pueblo, tal vez cuando regrese haya dejado de existir la mujer á quien amo. He pensado que lo mejor y mas acertado para no exasperar los ánimos y para salir cuanto antes de esta situacion...

Alonso XI calló al notar la palidez que en un momento cubrió el rostro de su privado.

—Qué habeis pensado? dijo este al cabo con harto trabajo y mordiéndose los lábios de rabia.

—He pensado sacrificaros por unos dias: desterraros, á fin de salir de este estado y despues...

—Rey de Castilla, qué decís?

—Ya lo habeis oido, mi pueblo pide que os aleje de mí: ahora yo no os lo mando como rey, sino os lo pido como amigo.

—Y no sabéis, señor, que semejante paso te acreditaría de débil y...

—Al contrario, conde; con semejante paso me granjeo el aprecio de todos mis reinos.

—Bien, rey de Castilla; dijo Don Alvaro sin poder ocultar la rabia que se había apoderado de él; yo estoy pronto á obedecerte; pero que tema tu pueblo las consecuencias... Don Juan Manuel y los condes de Lara pretenden hacer tiempo mi alianza, juro á Dios que ha de querer mejor el pueblo sea tu favorito que no tú...

—Me amenazais! exclamó el rey, indignado.

—No, á tí no te amenazo; pero sí á tu pueblo.

—Infeliz! Dios te libre de semejantes ideas... salid inmediatamente, conde de Trastamara, salid.... y marchaos á donde se encuentran esos malvados y revoltosos caballeros: os doy permiso para que os vayais á Portugal, si allí se hallan; sed como ellos apóstata hasta que llegue el día en que yo me cansé de sufrir tantos abusos y amañes! Id y decidles que ya se acabó aquel tiempo en que cada grande era un pequeño rey..... decidle que ya Alonso XI, no es el rey niño y frágil que ellos y vos habeis conocido, y que el día que me cansé pagarán de una vez sus delitos.

—Señor, no esperaba de tu alteza una ingratitud...

—Conde de Trastamara: no vengais con hipocresías porque habeis dicho lo bastante para saber yo que de aquí en adelante tendré en vos un enemigo. Sois egoísta y vengativo y semejantes cualidades no pueden dar un buen resultado.

—Rey de Castilla!

—Me amenazais, miserable! Ah, cuánto me alegro de que me haya sucedido esto porque así he tenido lugar de conocer! Salid...

—Me echais?

—Sí; antes os pedia como á amigo que os separáseis de mí, por unos dias, ahora os lo mando; porque ya habeis entregado la carta, y Alonso XI no puede ser amigo de un hombre que en vez de haberse él ofrecido á separarse, porque las circunstancias lo requieren asi, le amenaza con una venganza ruin é inno- ble. Y si me habeis prestado algunos servicios bien recompensados están. Ahora que ya no sois mi amigo, ahora que he abierto los ojos, conozco que habeis abusado de mi confianza y que os he colmado de títulos y bienes que ciertamente no merecis.

—Rey de Castilla, tus palabras son altamente ofensivas, y un rey no tiene derecho á insultar á un caballero!

—Os perdono, porque habeis sido mi amigo; sino hoy, aquí mismo, pagariais vuestros abusos y tiranía.

—Tiranía!

—Sí, el pueblo os odia, porque lo tiranizábais.

—Falso!

—Vive Cristo, que estais audaz en demasia! Falso decís!

—Sí.

—Pues entonces á qué viene ese odio que os tiene toda Castilla?

—No lo sé.

—Habeis oido lo que dijo el gefe que mandaba la comision que Valladolid acaba de enviarme?

—Sí, lo he oido.

—Qué contestais á los cargos que os hicieron?

Don Alvaro guardó silencio.

—Ah, lo veis! Bien, vuestro silencio os hace reo: pero os perdono porque quiero ser generoso con vos hasta lo último. Hemos concluido, conde de Trastámara; Portugal ó Aragon

será desde hoy vuestra residencia.... seguireis disfrutando de los títulos y bienes que os he dado, pero el día que falteis á vuestro rey, todo pasará á la corona de Castilla. Y si en venganza seguis siendo contumaz y rebelde, todo el rigor de la ley y de la justicia caerá sobre vos. Esta es mi determinacion.

—Bien, rey de Castilla: voy á obedecerte: pero júrote por lo mas sagrado, que me echarás de menos alguna vez.

—Nunca.

—Acordaos, señor, que Doña Leonor ha desaparecido!

—Y qué me quereis decir con eso?

—Nada, que es fácil que conmigo la encontráseis y solo...

—Luego sabeis donde está?

—Tal vez...

—Oh, pues habla!

—Nunca.

—Miserable!

—Señor, es mi única venganza.

—Bien, guardad silencio; poco me importa! Alonso XI sabrá encontrar á su amante.

—Lo dudo...

—Y sinó la encuentra acudirá á vos.

—Yo ignoro donde se haya: repuso el conde con intencion.

—Ya es tarde..... el hacha del verdugo os arrancará lo que yo no puedo ahora.

El conde palideció hasta el extremo de parecer un cadáver.

No os asusteis, conde de Trastamara: dijo el rey con sarcasmo: todo es en el caso de que no la encontrase.

Don Alvaro se inclinó respetuosamente, y dijo al monarca:

—Rey de Castilla, sed feliz.

El conde emprendió su marcha hácia el reino de Aragon, y Alonso XI penetró en Valladolid, donde fué recibido con la ma-

yor alegría, y donde recibió las mayores pruebas de cariño y respeto. Después de reunir las cortes y de tratar en ellas los asuntos para que fueron convocadas, se volvió el rey á Burgos donde le esperaba la vida ó la muerte, porque Don Alonso habia formado su plan. Si no encontraba á su amante, después de practicar cuantas diligencias fuesen posibles, repudiaria á su esposa, cuando esta tuviese el fruto que ya encerraba en sus entrañas y abdicando la corona en su hijo, se retiraria á un monasterio donde lloraria constantemente la pérdida de su querida é inolvidable Leonor.

Hacia dos dias que Don Alonso se hallaba en Burgos. Su corazón estaba lleno de tristeza y su alma no podia devorar la pena que sobre ella cesaba. El rey no habia podido hallar á su amante. Tenia que renunciar á ella para siempre.

—Para siempre! decia respondiendo á su pensamiento, para siempre! oh, qué horror!

Don Alonso se encontraba solo en su habitacion, sentado en una poltrona, y con el rostro oculto entre sus manos. De repente se levantó y dando paseos por la estancia dijo con acento amargo:

—Solo! solo enteramente y hace tres dias tenia una amante á quien idolatraba, un amigo á quien creia fiel, y una esposa que no aborrecia como ahora! Todo se ha concluido... todo absolutamente!.... Ah, si yo tuviera una persona de quien fiarme. si yo hubiese repartido entre muchos los favores que solo he dado al conde de Trastamara, tal vez alguno me hubiera sido fiel! Sin embargo... hay un jóven... que, me podré fiar de él?.. veremos, hagamos una tentativa. Tiene traza de ser franco y honrado y tal vez encuentre en él lo que no he hallado en los cortesanos que me rodean.

—Diego... dijo el rey alzando la voz.

Un hombre anciano se presentó en la estancia. Era este hombre uno de los ayos de Don Alonso.

—Qué manda tu alteza? dijo inclinándose.

—Está ahí el capitán de la guardia?

—Felipe de...

—El mismo.

—Hace un rato espera las órdenes de tu alteza.

—Que pase.

El anciano desapareció, y á poco penetró el amante de Elvira. Felipe hizo al rey una profunda reverencia y se mantuvo en el dintel.

—Adelante, Felipe, adelante: dijo el rey con agrado; tenia ganas de veros.

—Señor, tanto favor!..

—Decidme, jóven, puedo contar con vos?

—Siempre, señor!

—¿Puedo confiaros un secreto importantísimo?

—Hacedlo, si os place, en la inteligencia que morirá en mi pecho.

—Si quereis hacer fortuna... si quereis que vuestro rey os estime, sed siempre prudente, Felipe.

—Señor, mis hechos serán la mejor contestacion que puedo dar á tu alteza.

—Bien, jóven, así encontrara en vos lo que necesito!

—¿Y puedo saber lo que desea ó necesita el rey?

—Un amigo, Felipe, un amigo, franco, sincero, leal...

—El conde de Trastamara...

—Nó, el conde era mi amigo mientras sacaba partido de mi amistad; pero en el momento en que la fortuna le fué adversa, mostró su carácter egoísta y ambicioso. En el día me encuentro solo, sin tener una persona amiga á quien volver los ojos. La

misma reina... pero esto lo sabreis mas adelante. Ahora solo os diré que soy muy desgraciado!

— Vos señor ! un rey tan grandé y poderoso ! Ah, hasta los reyes sufren!

— Los reyes son los mas desgraciados de todas las criaturas; yo mismo me cambiaba ahora con vos.

— Ah, no, no apetezcai mi dicha!

— Sois tambien desgraciado?

— Lo he sido muchísimo hasta que tu alteza me tendió una mano benéfica y generosa, que me sacó de la oscuridad y de la miseria.... pero vuestra bondad solo ha conseguido aliviar en algun tanto....

— Como! pues no amais y sois corespondido por la bella hija de mi gentil hombre el de Luna?

— Oh, si, cierto, pero mi mayor pesar consiste en que no conozco á mis padres, en que soy bastardo y en que tal vez estos no sean bastante nobles como para que yo pueda calzar mañana la espuela de caballero... y si lo deseo es únicamente por Elvira!

— Escuchadme; os voy á dar un encargo, una comision difícil, que si salis de ella como espero y deseo, sereis caballero, sereis noble, porque el rey de Castilla os hará.

— Ah, hablad, señor, hablad!— Mi brazo, mi vida, es de tu alteza.... Decidme qué he de hacer para complaceros..... Hablad, que juro á Dios, habeis de quedar satisfecho de mi.

— Pues bien, Doña Leonor de Guzman ha sido arrebatada de su casa, de su mismo lecho. Cuantas diligencias he practicado han sido inútiles, el menor indicio he podido averiguar. Si Leonor vuelve al seno de su familia y de su amante, que la llora sin cesar, sereis feliz para toda vuestra vida. El rey se honrará con vuestra amistad.

—Y decidme, señor, no conoce tu alteza algun enemigo de Doña Leonor, ó no tiene algun antecedente por el cual se venga en conocimiento de quien sea el autor de ese rapto?

—No, nada... solo la reina, que tal vez celosa...

—La reina!.... no, una muger no es capaz de semejante atentado! repuso Felipe juzgando á la muger por su amante.

—Ah, os engañais! una muger como la reina Doña Maria es capaz de todo.

—Y no podriais saber algo por la reina? tu alteza podia son-sacarle...

Alonso XI se sonrió y repuso:

—La reina no ama á su esposo ni este á Doña Maria.

—Luego entonces....

—Ya os he dicho que nada he podido averiguar en las infinitas diligencias que he practicado.

Felipe se quedó pensativo un momento; el rey contemplaba y advirtió que de pronto brillaron sus ojos de alegría, y que su ancha y hermosa frente se desarrugó.

—Que es eso? Sabeis ya algo?

—Señor, una idea magnifica se me ha ocurrido.

—Decídmela!

—Doña Leonor creo que perecerá muy pronto: ahora no sé si viva ó muerta.

—Parecerá! como!....

—Os acordais de la noche en que fué tu alteza acometido?

—Me acuerdo; pero no sé á qué viene esa pregunta.

—Vereis.... á qué atribuis aquella aventura?

—A la causalidad.

—No creéis que sea meditado aquel golpe?

—No.

—Pues señor, yo deduzco de todo esto que tu alteza tiene

un enemigo que ama á Doña Leonor.

—Imposible! la de Guzman me hubiera dicho....

—Rey de Castilla, comprendo lo que hay en todo esto. Ahora mismo voy á averiguar la verdad.

Y Felipe salió precipitadamente de la estancia.

Todavía se oían los pasos del capitán de la formidable, cuando se abrió una pequeña puerta que habia detrás del sillón que ocupaba el monarca, y pasó por ella la reina Doña Maria. El rostro de la portuguesa seguía pálido, pero sus ojos brillaban de alegría.

Don Alonso no oyó ni vió á la reina; pero esta hizo crugir la seda de su traje verde, y el monarca volvió la cabeza.

—Señora.... dijo el hijo de Fernando IV, como cortado, y poniéndose de piés al mismo tiempo.

—Sentaos, rey de Castilla: repuso la extranjera con desden.

—No puedo permitir.....

—Sentaos, señor; porque yo voy á hacer lo mismo, si tu alteza me permite...

—Pues en ese caso ocupad mi asiento, que siempre será mas cómodo: contestó Alonso XI dejando su poltrona á la reina.

—Sois en extremo amable: dijo esta con sonrisa forzada, tomando posesion del sillón que el rey le ofrecia.

Los dos esposos guardaron silencio, despues de colocarse uno enfrente de otro. La reina se hallaba en extremo turbada y no sabia por donde empezar. Don Alonso se habia propuesto no preguntarle nada, aunque sabia positivamente venia con intencion de hablarle.

El silencio fué interrumpido al cabo por Doña Maria, que dijo á su esposo con el mayor trabajo:

—Habeis descansado, señor?

—Sí, he tenido ya suficiente tiempo: contestó el monarca con

indiferencia.

—Sabreis que mi embarazo se confirma, segun la opinion de vuestros médicos.

—Me alegro, señora; ese era mi mayor deseo.

La reina se mordió los labios, porque creyó que su esposo manifestaria mas alegría. Despues de un momento de silencio dijo con intencion.

—He sabido con el mayor disgusto, que Valladolid os cerró sus puertas con el pretesto....

—Mi noble y leal ciudad de Valladolid estuvo en su derecho: contesto el rey sin inmutarse.

—En su derecho! qué decis?

—Si, señora, en su derecho, y por lo mismo accedí á lo que pedia.

—Cosa estraña! cerraros sus puertas sino despedíais á vuestro amigo el conde de Trastamara....

—Y como el conde quiere la paz de Castilla, y aprecia tanto á su rey, se ofreció de buen grado á hacer lo que Valladolid queria.

—Me engañais, señor... el conde de Trastamara ha sido despedido por vos.... y la prueba está que en venganza se ha unido á Don Juan Manuel. Siento que no seais franco con vuestra esposa, porque sabríais....

—Todo lo sé: repuso el rey con enfado.

—Os aseguro que no.

—Pues bien; si el conde ha sido despedido por mí, porque el conde de Trastamara es un ingrato.... diré más, es un mal caballero. El conde faltó y ha sido castigado con un destierro; si es amigo de Don Juan Manuel perderá sus bienes y títulos, y si persiste, la vida, señora.

Los ojos de Doña Maria brillaron de contento.

—La vida, decid! pues casi estoy por aseguraros que ahora mismo intenta sobornar en union de Lara y Don Juan Manuel algunos pueblos de Castilla y pronunciarse contra vos.

—Bien, señora, gracias por vuestro aviso.... averiguaré lo que haya de cierto, y si es verdad, haré lo que le dije á él mismo.

—Dudais! dijo la reina pálida de rabia.

—Dios me libre, Señora! pero para imponer cierta clase de castigos por delitos graves é imperdonables, es necesario mucha madurez é informarse perfectamente del hecho. Tu alteza llevada de la mejor buena fé me ha dicho lo que sabia; pero francamente, es necesario que se confirme vuestra noticia.

—Sí, teneis razon; pero ved lo que es el mundo, hacé cuatro dias érais feliz, porque teniais un amigo, que creiais leal y sincero, y porque una mujer...

—Basta señora! me habia propuesto no tocar ese punto, nó por consideracion á vos, sino al estado en que os hallais; pero puesto que habeis cometido la imprudencia de hablar de una cuestion en la que no saldreis muy bien librada, os pregunto qué habeis hecho de Doña Leonor de Guzman....

—Yo! Jesus, nada!..... contestó la reina aparentando sorpresa.

—Qué habeis hecho de Doña Leonor, señora? volvió á decir el rey acercándose á su esposa con paso mesurado y vacilante.

—Nada, nada absolutamente! dijo llena de temor.

—Oh, mentís, miserable! vos la habeis robado, tal vez asesinado, porque sois tan cruel é infame como todo eso! Ah, pero temblad, señora, temblad, porque así como habeis sido tan cruel con esa pobre jóven con el pretexto de unos celos mentidos, yo que no finjo que la amo con delirio haré cualquiera cosa por

vengarla!

—Celos mentidos! luego creéis....

—Creo que sois una infame y que sois incapaz de amar! Reina de Castilla, os aborrezco, os odio de muerte, porque sois egoísta, porque sois necia y porque sois hasta cruel! sí, en vuestro pecho germinan los sentimientos é instintos mas feroces. Yo quiero á Leonor, dádmela ó juro á Dios!...

—Vuestra amante os engañaba, rey de Castilla: os era infiel y en verdad que hacia bien.

—Mentis, infeliz, mentis!

—Vuestra amante ha huido...

—No sigais, no sigais... mañana mismo se verificará vuestro divorcio, y en seguida...

—Oh, es todo cuanto deseo! Tiene mi padre un reino que me recibirá contento y....

—Os engañais.... despues os sepultaré para siempre en un monasterio!

—Vos! y cómo? con qué derecho?

—Lo tengo, señora! sois adúltera....

La reina palideció de una manera espantosa; dejó caer los brazos con laxitud, y de sus ojos se desprendió una lágrima, sola, única, que al pasar por su rostro dejó una huella de fuego. Doña María exclamó con acento amargo:

—Adúltera! adúltera... no, nunca!

—Si, señora, sé perfectamente la intimidad que tenéis con vuestro cómplice el maestre de Alcántara,

—Oh, no, con el Maestre!.... nunca! Doña Maria de Portugal jamás será adúltera!

—Luego entonces qué es de vos el maestre de Alcántara?

—Nada... un caballero de vuestra corte que viéndome sola, desgraciada y ofendida por vos, me acompaña y me consuela...

o no me es lícito tener amigos?

—Bien, señora, si el maestro de Alcantara ha puesto sus manos sobre Doña Leonor para servirlos... os juro que morirá en un coldalso! y vos ya lo sabeis; en un monasterio será vuestro castigo. Creéis que se juega con Alonso XI de Castilla! Y si llego á averiguar que el maestro de Alcantara ha tenido que ver algo con la desaparicion de Doña Leonor, pondré por obra lo que os he dicho.

—Escuchadme, rey de Castilla, dijo Doña Maria; debí quejarme á mi padre de los insultos que sin reparo ni miramientos me digísteis delante de vuestra querida; mi orgullo de muger y de reyna fué ultrajado sin piedad.... Yo, la ofendida y despreciada tenia derecho para vengarme de vos y de vuestra amante: no lo he hecho, porque aunque me habeis prodigado ahora los epitetos de infame y cruel, tengo buenos sentimientos y no puedo hacer daño á nadie....

Alonso XI se sonrió con desden.

Doña Maria continuó mintiendo con la mayor tranquilidad. Pero aunque procuraba dar á su fisonomía un caracter de verdad, el rey comprendió que mentia con el mayor descaro.

—Continuad, señora; vuestras palabras me entretienen en estremo. Deciais?...

—Decia que no me he vengado de vuestra querida, aunque tenia derecho y motivos para ello, y que soy inocente de la culpa que me achacais.

—Inocente! quiero creerlo señora.... Pero me direis con quién se ha marchado Doña Leonor, puesto que tan enterada estais?

—De buen grado os diré que vuestro amigo el conde de Trastamara, mientras que vos le colmábais de riquezas y honores, pretendia en secreto los amores de Doña Leonor de Guzman, y que vuestra amante no era indiferente á los obsequios

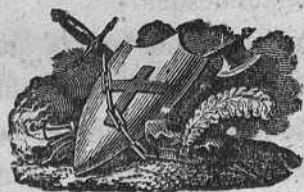
del conde.

—Inventais á las mil maravillas, señora. Y es con el conde con quien se ha marchado?

—Con el conde.

—Gracias por el aviso... repuso el rey con tono incrédulo.

—Doña María se mordió los labios y se retiró á poco, convencida de que su esposo no habia creído la historia que ella inventara.



CAPÍTULO XX.

De como el amante de Elvira supo más de lo que esperaba.

EN el momento de separarse Felipe del rey, se dirigió á casa de su amigo Nuño Fajardo, única persona que podia sacarle del apuro en que se hallaba. Porque aunque estaba convencido que la escena que á él le valió la posicion que disfrutaba, tenia mucha conexion con el rapto de Doña Leonor, pero sin embargo necesitaba saber pormenores y estos pormenores tal vez se los diria Nuño Fajardo, como cómplice del misterioso caballero.

Felipe llegó á casa del hidalgo aragonés, en el momento en que este contaba con extraordinario placer una infinidad de monedas de plata y oro, que habia desparramadas sobre la mesa. Nuño se apresuró á cubrir con sus anchas manos los monto-

nes de monedas porque Felipe se presentó de improviso y no tuvo lugar de esconderlas en sitio donde no la viese el capitán del rey.

El amante de Elvira se llegó á su amigo y le dijo, tocándole en el hombro con cariño:

—Que ocultas ahí?...

—Nada.... son.... francamente, unas monedas de cobre que me entretenia en contar por ditraerme....

—Cobre muy dorado es, á juzgar por ese filo que distingó debajo de tu diestra. Y son muchas?

—Mirádas, qué diablo! contestó el exteniente quitando las manos.

—Oro? exclamó Felipe en extremo admirado.

—Oh, si; y oro del mas superior.

—Cáspita! y de donde lo has sacado?

—Oh, es un secreto...

—Os habeis lanzado otra vez á la vida bagamunda y aventurera? Habeis olvidado la palabra que me disteis?

—No; jamás lo hubiera hecho aunque me valiera tanto dinero como hay en la España.

—Pues entonces....

—Oh, es aventura magnífica, de esas que se aparecen como por encanto; aventura que seguí inspirado porque he creído que sacarias algo de ella....

—Habla! repuso Felipe con el mayor interés.

—Si, hablaré, pero antes necesito que me disculpes; ó mejor dicho que me perdones, porque en parte he faltano al juramento que te hice.

—Te juro por todos los diablos del infierno que no puedo entender una palabra de cuanto me dices.

Nuño Fajardo movió la cabeza en señal de impaciencia; y

apoyando el codo derecho sobre la mesa, dijo á Felipe:

— No te ofrecí yo, hace poco cediendo á tus reflexiones y consejos no volver más á la vida en que te criastes.

—Si, es verdad; contestó el amante de Elvira con amargura, porque las palabras de Nuño le hicieron recordar su terrible infancia.

—Bien; y no te ofrecí tambien que si volvía el caballero armado y encubierto que tu vencistes, no volveria á aceptar sus proposiciones, porque todas irian encaminadas á cometer escenas no muy leales y nobles, como tu disjistes?

—Tambien es verdad.... pero acaso?...

—Escucha: no hace todavia muchos dias que hallándome aquí, sentado de esta misma manera y apurando un magnifico jarro de vino de Toro, para matar el aburrimiento que tenia, se apareció aquí el mismo caballero alto, delgado y armado de piés á cabeza.

—El mismo!

—Sí, el mismo.... y despues de darme una abultada bolsa bien repleta de dinero, y de hacerme más cortesias que un embajador, me dijo con la mayor cautela: Puedo contar con vos esta noche, amigo?

—Sí; le contesté, despues de hacerme rogar un poco y con el deseo de que tú sacáras algún partido de todo cuanto pasase.

—Y fuiste?...

—Fuí.

—Qué pasó?

—Nada entre dos platos, porque despues de mil prevenciones de armas, hombres y caballos, todo se redujo á acompañar al misterioso personaje á la misma calle donde fuimos vencidos por el rey y por tí: y despues siguiéndole con la mayor velocidad, á pasar la noche en un castillo de su propiedad, donde nos

obsequiaron como á príncipes.

—Pero bien; á qué fué ese hombre á la calle donde...

—Al llegar á ella, se apeó de su soberbio caballo negro, y penetró en la casa de donde salió el rey y su amigo el conde de Trastamara, esa misma noche.

—Cielos!

—Qué te sucede?

—Sigue, sigue....

—Al poco tiempo salió con un bulto blanco en brazos, y despues que se acercó á nosotros para montar á caballo viera que una muger desmayada....

—Basta, basta, Nuño, amigo mio.... Ah, bendita sea la hora que tuviste la idea de aceptar las proposiciones que el desconocido te hizo y de seguirle para espiar lo que hacia.

—Yo dije para mi; repuso Nuño de pronto, interrumpiendo á su amigo: yo dije, Felipe está en la corte, conoce los amaños é intrigas de los grandes, y tal vez esto le valga....

—La mano de Elvira y la espuela de caballero! exclamó el jóven arrojándose en los brazos de Nuño y abrazándole con efusion.

—Cáspita?.... pero dime, es cierto todo eso?

—Cierto, sí, ciertísimo.... El mismo rey...

—Oh, cuéntamelo todo!

—La muger que tu desconocido se llevaba, aprovechándose sin duda del desmayo que tenia, era Doña Leonor de Guzman.

—La amante del rey!

—Sí; y Don Alonso que la ama con delirio, frenéticamente, se halla inconsolable con la ausencia de su amada y sin poder averiguar quien sea el raptor. En medio de su afliccion me ha llamado á mí y me ha ofrecido su amistad, su eterna proteccion y cuanto ambicione y desee si le vuelvo á Doña Leonor, ó lo

que es lo mismo, si hago volver á su corazon la alegría y el contento. Yo amo al rey como á un hermano, á un padre, porque ha sido para mí sin conocerme todo eso, y es necesario que Doña Leonor torne á su lado. Nuño, me acompañarás?

—Cuerno y sangre! á los infiernos te sigo yo!

—Sabrás al castillo donde ha sido llevada Doña Leonor?

—Aunque sea á tientas.

—Magnífico; esta noche dormiremos en él.

—Eso no, porque todo se echaria á perder. Allí estará mi desconocido y si me vé...

—Tienes razon. Pues bien, todo se arreglará... lo que sí te puedo asegurar es que yo dormiré en el castillo y cerca de esa persona misteriosa y desconocida, que ataca al rey en una calle de su corte, y que le roba despues su querida.

—A qué hora te espero?

—Despues de anohecido. Y á lo que entiendo la noche nos vá á favorecer porque el cielo está muy encapotado y raro será que no haya tempestad. Adios, amigo mio, que voy á noticiar al rey tan fausta noticia y á proveerme de todo lo necesario.

—Hasta la noche: contestó el valiente Nuño alargando con afecto su diestra á Felipe.

El antiguo capitan de la *formidable* salió de la pobre morada de Nuño, y llegó á palacio á poco de salir la reina de la estancia de Don Alonso.

Este se quedó en extremo pensativo despues de marcharse su esposa. El rey fluctuaba entre creer las palabras que le habia dicho Doña María á cerca de la infidelidad de su amante y entre el mucho amor que á esta tenia. Sin embargo, la duda llegó á apoderarse de él, y exclamó completamente demudado:

—Me habrá engañado esa muger? serán ciertas las palabras de la reina?... Oh, entonces era digna del mayor castigo! y se-

mejante engaño me volvería loco!... pero no, imposible; Leonor era demasiado buena, Leonor me amaba... y tal vez algun enemigo oculto, envidioso de nuestra felicidad, ha separado á dos corazones tan estrechamente unidos! oh, si yo llego á conocerlo... si Felipe me trajera hoy, mañana algun dia, razon y noticia de quien sea el autor de semejante atentado, entonces habrá cesado mi angustia, mi dolor y...

El monarca no pudo concluir. La puerta que se comunicaba con las habitaciones donde se hallaba la servidumbre, se movió suavemente.

— Adelante: dijo el rey alzando su sonora voz.

Felipe se presentó en la estancia con rostro risueño y placentero.

— Sois vos!... exclamó Alonso XI, casi fuera de sí.

— Sí, gran rey, soy yo acompañado de magnificas noticias.

— Ah! hablad, hablad!... sois mi libertador!...

— Señor, se ha averiguado ya el paradero de Doña Leonor de Guzman.

— Justo cieló!... y qué vais á hacer?

— Arrancadla de donde se halla esta misma noche.

— Ah, os juro... pero decidme, como lo hareis? en donde se halla?

— Todo eso lo dejaremos para despues... Yo me encargo de daros detalles y pormenores; ahora lo que importa es traerla á Burgos, y para el efecto necesito que me deis lo que os pida.

— Oh, si, todo, todo, pedidlo: hasta mi vida os doy si la queis!

— Para arrebatar á Doña Leonor del poder de su opresor!...

— Opresor! luego es hombre? exclamó el rey interrumpiendo al jóven.

— Hombre, y rico; á lo que entiendo.

—Su nombre!...

—Lo ignoro en este momento, pero mañana lo sabrá tu alteza.

—Bien; seguid, amigo mio.

—Necesito, como os decia, en primer lugar poderes amplos y omnimodos para herir y matar, si llega el caso, á las personas que se opongan á mi deseo, que en aquel momento será el de tu alteza, aunque estas pertenezcan á la clase mas encumbrada.

—Lo teneis.

—Necesito tambien que tu alteza me envíe en calidad de embajador á cualquier parte, á fin de pedir hospitalidad en todos los castillos y fortalezas, y que esta no me sea negada.

—Ireis de embajador, valiente jóven.

Y Alonso XI reflexionó un momento. Despues dijo, aunque algo turbado:

—Vais á Aragon á llevar al conde de Trastamara su sentencia de muerte.

—El conde de Trastamara...

—Es un infame! dijo el rey apretando los puños, y refiriendo á su nuevo favorito cuanto le habia sucedido con Don Alvaro. Ahora bien, continuó: no os parece que debo castigar con la última pena á ese rebelde, que habiendo recibido, aun despues de su falta, favores inmensos de mi parte, se reúne con los revoltosos y malos caballeros que se han declarado enemigos míos, tan solo porque no soy débil, porque no satisfago sus exigentes caprichos, y porque castigo con todo el rigor de la ley á los que se separan en lo mas mínimo de su deber! El conde de Trastamara ha sido perdonado dos veces; pero acaba de decirme el gran justicia de Castilla, que ha penetrado en un pueblo de mis reinos á la cabeza de unos pobres miserables, gritando muera

Alonso XI... El delito de lesa magestad es imperdonable. Y con eso verán mis pueblos que soy justiciero y no vengativo como han dado en llamarme los revoltosos y perturbadores del orden. Vos sereis el portador de la sentencia y se la entregareis al justicia donde resida Don Alvaro, para que haga cuanto en ella se ordene. Quereis más?

—Nada más, señor, sino permiso para retirarme á acabar de arreglar mis preparativos.

—Lo teneis, Felipe, y quiera el cielo que salgais bien de vuestra empresa! contestó el rey alargándole su diestra y apretándola con cariño.

—Dios guarde á tu alteza..... dijo el jóven, besando con respeto la mano que el monarca tenia entre las suyas.

—Sed venturoso!... pero escuchad; antes de marcharos venid á recoger los documentos de que os he hablado.

Con efecto, antes de marchar Felipe al castillo del maestre de Alcántara, recibió de manos del mismo rey la sentencia de muerte para el favorito que él habia sustituido.

Alonso XI era inexorable en sus determinaciones y sentencias, cuando estaba convencido de que obraba con arreglo á la razon y la justicia.

Don Alvaro de Nuñez Osorio, que efectivamente se habia buscado, por su inconstancia y maldad, el fin desastroso y trágico que tuvo, fué exonerado de sus títulos y riquezas, que volvieron á la corona real, y despues muerto á mazadas por cuatro de sus mejores amigos de destierro, que se habian vendido al rey de Castilla.

Doña Maria respiró con mas libertad cuando se vió libre y vengada del hombre que la ultrajó en el torneo, con solo coger el ramo de naranjo y entregárselo al rey. Este exclamó con sen-

timiento cuando supo la muerte de su primer favorito, del compañero de su niñez:

—El se lo ha querido! Séale la tierra ligera! y con su diestra detuvo una lágrima que se desprendió de sus ojos.





CAPÍTULO XXII.

De cómo Felipe penetró en el castillo del Maestre, y de lo que hizo cuando se halló en él.

El hijo adoptivo de Hugo de Troumblay salió de Burgos antes de oraciones, y acompañado de Nuño Fajardo que le demostró el camino que habian de seguir y de cuatro valientes soldados de la compañía que mandaba. Felipe caminaba con el mayor silencio, porque iba revolviendo en su mente mil ideas y pensamientos todos encaminados á sacar á Doña Leonor del castillo, pero á sacarla engañando á todos; y aunque su imaginacion viva y fecunda le sugería multitud de planes diferentes, todos se estrellaban con que él no conocia el castillo, no conocia á su dueño, ni sabia si le dejaria pasar la noche, á pesar de ser un envia-

do del rey. Sin embargo de todo esto Felipe habia dado su palabra á Don Alonso y le habia ofrecido llevarle á la de Guzman; su compromiso era tan grande, que de no hacer todo lo ofrecido, perderia con Alonso XI lo que habia ganado en un momento. El honor del amante de Elvira se hallaba interesado en esta cuestion y aunque tan poderoso estímulo bastaba por sí solo para hacer las mayores proezas con el objeto de un buen éxito, Felipe llevaba otro si se quiere mas interesante y de más consideracion para él, cuál era la recompensa de semejante servicio, recompensa que si la aceptaba, y era el principal móvil de lo que iba á hacer, solo era por su amante, á quien cada dia queria con mas ardor, por la cándida é interesante Elvira, la señora de sus pensamientos, y por consiguiente á la que se le ofrecería todo. Tal idea solo llenaba de esperanza á Felipe y metiendo espuelas á su caballo, decia para sus adentros:—Sí, triunfaré.

Nuño Fajardo caminaba á su lado, y conociendo que su amigo iria pensando en la manera de penetrar en el castillo sin despertar sospechas, no desplegó ni una sola vez sus lábios, á fin de no distraerlo, si bien se le pasaban magnificas ganas de entablar con él cualquiera conversacion.

Nuestros viajeros se hallaban todo lo más media legua distante de Burgos. La noche se habia encajado sin ser vista ni sentida, y con la noche comenzó á rugir en el ocaso la tempestad que en todo el dia se habia preparado. El aire silbaba de una manera espantosa, haciendo mover las plantas y árboles del camino, con peligro de ser arrancadas de raiz. La luna alumbraba aun, pero en torno suyo y formando un pequeño círculo, se veian multitud de nubes casi negras y amenazadoras, prontas á oscurecerla completamente. De vez en cuando, y seguido de los relámpagos que por un instante todo lo inundaban

de viva luz, se oían terribles y espantosos truenos que hacían temblar al firmamento. Nada más imponente que una tempestad de noche y en medio del campo. Sin embargo la cabalgata encargada de restituir al rey de Castilla su querida, caminaba impávida, sin hacer alto en el asombroso fenómeno que se obraba en la naturaleza, y sin comprender que sobre ellos llenos de acero y hierro como iban, podían descargar las nubes toda la electricidad de que se hallaban henchidas. De repente cesó el aire, ese terrible elemento, desencadenado un instante para anunciar la tempestad: el relámpago era menos vivo, y el trueno dejó en parte su rugido feroz y sordo á un tiempo. Pero en cambio una lluvia compacta y fuerte, cayó sobre nuestros viajeros. Los caballos se detenían de vez en cuando, pero las espuelas de los ginetes que se clavaban con fuerza en los hijares de estos, les hacían caminar con paso algo más que ligero. Felipe no había hecho caso de la tempestad, ni mucho menos del agua que á torrentes caía sobre él. Su imaginación seguía ocupándose en mil ideas, todas encaminadas á lo que sabemos. Nuño Fajardo que en nada pensaba, porque no tenía, ni aunque tuviese lo haría, y que sentía caer el agua é introducirse por entre las junturas de su estropeada y vieja armadura, no dejaba de echar votos y ternos espantosos que el eco repetía y que se perdían en el espacio.

—Cuerno y sangre! A que me vá á derretir todavía el agua! Por San Bruno que noche como esta...

Felipe volvió la cabeza y le dijo con tono risueño:

—Qué te pasa?

—Rayo y Belcebú, alabo tu pregunta! Pues no vés pecador de mí, que voy hecho una sopa? No me puedo mover del agua que llevo encima!

—En el castillo de nuestro desconocido te enjugarás com-

pletamente.

—Sí, con el rocío de la mañana.

—Qué! crees que no dormiremos en el castillo esta noche y tú cerca de un buen fuego que te devolverá el calor que el agua te arrebató?

—Dormir en el castillo! aunque vinieran con nosotros todos los ejércitos del rey de Castilla no tomaríamos la fortaleza del hombre alto y delgado. Castillos y fortalezas he visto yo en mi país y en otras muchas partes que son el asombro de cuantos los han visto; pero puedo asegurarte que ninguno es tan magnífico como el del desconocido.

—Asegúrote, Nuño, que esta noche hemos de dormir en esa fortaleza, á pesar de ser inespugnable.

—Mucho lo dudo!

—Lo verás.

Pero dejemos á los viajeros, y hablemos algo de Doña Leonor de Guzman, y de lo que habia sucedido en el castillo del gran maestro de Alcántara, del hombre que habia jurado poseerla cediendo á los impulsos de su pasión grande y brutal.

Don Gonzalo llegó á su castillo sin contratiempo alguno, y en seguida se dirigió con su interesante carga á una preciosa y elegante habitacion preparada de antemano, donde la dejó en un magnífico lecho, colgado de lindas y ligeras cortinas de fina tela blanca. Doña Leonor pasó la noche perfectamente, y sumergida en un sueño profundo y tranquilo. Pero cuando llegó el día y al despertarse se encontró en otra habitacion en todo muy distinta á la suya, comprendió que algo le habia sucedido durante su sueño tan largo y obstinado. La de Guzman recorrió la habitacion con paso trémulo, y despues de examinarlo y tocarlo todo, como dudando de lo que veia, se acercó á una de las ventanas para saber en qué sitio estaba. La amante del rey

abrió los pintados vidrios, y vió una enorme reja gruesa y unida como la de las prisiones.

Doña Leonor lanzó un grito que no tuvo eco y cayó casi sin fuerzas en una poltrona que habia cerca de ella. La infeliz habia comprendido su situacion.

—Presas! sí, porque esto es una prision! exclamó con dolorido acento y vertiendo multitud de lágrimas. Pero cómo, Dios mio, si yo estaba en mi casa hace un momento!... Ah, esto es obra de la reina... No, es obra del cielo tal vez, porque yo era culpable y la falta tiene expiacion! Perdon, perdon, Dios mio! Ah, condenada á vivir aquí sin ver á nadie, sin ver á... no, no lo debo de nombrar... porque quizá el rey habrá autorizado semejante atentado, semejante violencia!... Si yo llego á salir de aquí, desgraciado el que se haya atrevido!..... pero qué digo, infeliz de mí! qué he de hacer yo, cuando por solo el delito de amar mucho se me encierra y...

La de Guzman calló, porque una puerta cuidadosamente cerrada y en la que ella no habia reparado, se movió aunque imperceptiblemente.

—Cielos! dijo acercándose á ella: Ah, si pudiera abrirla!.....

Pero la puerta cedió al impulso de otra puerta mas vigorosa que desde fuera la empujaba. En la estancia se presentó á poco un hombre de aspecto amenazador.

—Monstruo! exclamó la amante del rey, huyendo despavorida y refugiándose en el hueco de una ventana. Ah, sois vos! debí presumírmelo, porque solo un malvado como vos seria capaz de cometer tal villanía. Huid de aquí; no os acerqueis á mí!... Ah, retiraos, retiraos, yo lo quiero, os lo mando!...

Don Gonzalo se sonrió con desden, y dijo acercándose á la jóven:

—Aquí no mandais, señora: solo el maestro de Alcántara..

—Infame!

—Solo el maestre de Alcántara es el dueño de esta fortaleza y de la dama del rey de Castilla... Sois mía, Doña Leonor, mía enteramente! y aquí sereis lo que yo quiera, ó mi esclava, ó la reina hasta de mi corazón!.. Os habeis convencido ya de lo que puedo, señora? Pues bien, os he traído en mi caballo toda una noche; os he tenido en mis brazos desmayada... y no os he tocado: no he satisfecho el deseo, causa de mis males, porque no me creeríais despues... Yo os amo... necesito vuestras caricias y las obtendré á toda costa!.. La venganza de los ultrages y desprecios que de vos he recibido, se reduce á poseeros y que mañana no podais negarlo, porque vuestras megillas se teñirán de un carmin subido en extremo que confirmarán mis palabras! ¿Comprendeis ahora por qué os he respetado cuando no podíais hacer resistencia?

Doña Leonor no profirió ni una queja: inclinó su preciosa cabeza sobre su pecho palpitante y agitado, y comenzó á llorar sentido y copiosísimamente.

El Maestre la contempló un momento: de repente depuso la ferocidad que se veia pintada en sus facciones, y cayó á sus piés diciéndola con acento humilde:

—Perdon, perdon, Leonor! Ah, enjuga esas lágrimas divinas!... yo te amo, en mi pecho arde de una manera espantosa la terrible llama que tú hermosura encendió en él!.. Perdóname, conozco que soy un infame, pero si vieras de cuánto es capáz el hombre que como yo ama y se vé despreciado... el hombre que como yo se veia condenado á una eterna desesperacion... el hombre que como yo padecia terribles angustias y al mismo tiempo veia á un rival que porque ciñe sus sienes una corona.....

Doña Leonor miró al Maestre con desden.

—Ah, esa mirada... cuando yo espero... tu amor... cuando...

—Nunca! exclamó la jóven de pronto y alzando con orgullo su cabeza.

—Infeliz!

—Nunca! ya lo sabeis! matadme!.. haced lo que querais; pero en el momento que os acerqueis á mí, os arrancaré el corazón con mis uñas!

El Maestro se levantó y dijo sin inmutarse siquiera:

—Bien está, señora; os dejo ahora; pero volveré... y sereis mia! Aquí nadie oirá vuestros gritos; nadie se cuidará de vos.

Y Don Gonzalo salió de la estancia cerrando la puerta tras sí y dejando á Leonor sumerjida en el mayor conflicto.

Antes que llegara Felipe y su comitiva al castillo del gran maestre de Alcántara, veáise en un salon inmenso adornado sencillamente y mal alumbrado por una lámpara pendiente del techo, cuya luz vacilaba á impulso de una ráfaga de aire que penetraba por una ventana á medio cerrar, veáise, dijimos, sentado en un sillón de baqueta de España, más cómodo que elegante, y cerca de una mesa tallada, á un hombre alto, delgado y de rostro pálido, sumerjido, al parecer, en hondas meditaciones. Un rayo de luz de la lámpara, que caía perpendicularmente sobre su rostro, alumbraba de una manera siniestra su ancha y pálida frente.

Este hombre era el maestre de Alcántara, que maldecía en silencio su destino y la pasión que le arrastraba á cometer culpas que tarde ó temprano tendría que espíar; pero no era esto lo que más importaba al amigo de la reina Doña María. D. Gonzalo no habia podido conseguir nada de la muger á quien amaba, y esto era lo que le tenia pensativo y cabizbajo. La pasión que ardía en su pecho, pasión espantosa, feróz casi, no habia disminuido en nada con los desprecios é insultos que la prisio-

nera le decia, sin reparar en su situacion y en que seria al cabo poseida por su opresor. Don Gonzalo pensaba en lograr sus intentos á la fuerza, ya que no habia podido conseguir nada presentándose apasionado, suplicante, altanero: ora como amante humilde, ora como dueño cruel é inexorable.

Lanzó un suspiro de su pecho que más bien parecía el rujido de una fiera, y dijo pasándose una mano por la frente bañada de sudor: «esa muger tiene que ser mia».

Don Gonzalo tenia puesto su traje de guerra, porque pensaba aquella misma noche salir para Burgos á decir á la reina que su rival estaba en lugar donde no seria hallada por nadie. Y al mismo tiempo, averiguar si se decia algo acerca de su persona tantos dias ausente de la corte.

—Ruy Pero... dijo dando al mismo tiempo un golpe en la mesa.

El llamado, que era un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura, de color moreno y de ojos pequeños y vivos, y escudero mayor de Don Gonzalo, se presentó en el salon y se inclinó respetuosamente.

—Llueve? preguntó el Maestre con tono duro.

—Oh, y mucho! el cielo se derrite esta noche.

El Maestre hizo un movimiento de disgusto.

—En seguida que cese la lluvia, partimos para Burgos, sea la hora que quiera, porque mañana hemos de estar aquí otra vez antes que salga el sol. Que todo esté dispuesto para salir al instante.

—Todo lo estará: contestó el escudero volviendo á inclinarse y echando á andar.

—Escuchad.

Rui Pero se volvió con prontitud.

—Están todos alerta?

—Todos.

—Se vé algo por los alrededores del castillo?

—Nada absolutamente.

—Podremos marcharnos descuidados?

—Segurísimo, señor: la guarnición que hay en el castillo es mejor que la compañía que sirve al rey.

—Bien; ya lo sabeis, vos solo sois el responsable.

—Responsabilidad que me hace dormir á pierna suelta, porque si todos los diablos.....

—Basta: antes de partir he de visitar todos los puntos.

—Tu grandeza se convencerá.

—Dejadme solo.

El escudero se marchó y Don Gonzalo volvió á sumerjirse en sus pensamientos.

La lluvia, como habia dicho Rui Pero, en vez de disminuirse se aumentaba cada vez más. Don Gonzalo, desesperado de aguardar tantó, se levantó, y abriendo más la ventana que solamente estaba entornada, se asomó para convencerse de la verdad. Una lluvia caía produciendo un ruido espantoso.

—Maldición! este es el diluvio universal! exclamó dando en el suelo una patada.

No bien hubo acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando oyó estrepitosos golpes en la puerta principal del castillo.

Descolorido estaba ya el rostro de Don Gonzalo; pero la palidez del miedo vino á aumentar la que habian producido los insomnios y vigiliás.

Cogió su tizona que yacia desenvainada sobre la mesa, y cuando se disponia á salir, entró Rui Pero con paso mesurado.

—Qué ruido es ese? dijo el Maestre sin poder ocultar su temor.

—Ruido! no comprendo...

—Yo he oído grandes golpes en la puerta del castillo.

—Con efecto, acaban de llamar ahora mismo.

—Quién?

—Unos viajeros.

Don Gonzalo respiró con más libertad, y dijo á su escudero despues de tomar asiento en el ancho y cómodo sillón que ocupaba antes:

—Unos viajeros? y qué quieren?

—Piden hospitalidad en atencion á ser la noche tan cruda.

—Y son muchos?

—Cinco ó seis...

—Decidles que no está el dueño del castillo y que vos no podéis recibir á nadie.

—Señor, advierto á vuestra grandeza que es un caballero acompañado de su servidumbre, y seria poco cortés negarle la entrada; además que pueden entrar en sospecha...

—Teneis razon, que pasen: al caballero conducidle aquí; á los criados regalarlos bien y observad sus menores movimientos... á pesar que, qué podemos temer de seis hombres!...

—Nada, aunque estos se convirtieran aquí dentro en ciento.

—Con semejante número ya estaria yo con más cuidado.

—Yo no.

—Pensad que está lloviendo á mares y que no les será muy grato á los viajeros recibir más agua de la que traen encima.

Rui Pero salió de la estancia gozoso de que tuviera su amo compañía, porque de ese modo no emprenderia la marcha que tenia proyectada.

La macisa y colosal puerta del castillo giró sobre sus goznes y penetraron en el patio cinco hombres armados y chorreando agua por todas partes.

—Mala noche es esta para caminar, señor caballero... dijo Rui Pero acercándose al jefe de la tropa, que se apresuró á apearse de su caballo.

—Mala, y tan mala como es; pero merced al dueño ó alcaide de esta fortaleza podremos secarnos el agua que se nos ha medido hasta en los huesos. Pero, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—El honor es para mí, señor gentil-hombre, que un escudero...

—Ah, sois...

—Escudero de un caballero de los más principales de Castilla, para lo que gustéis mandar; pero no os apureis que aquí tendreis personas nobles con quien pasar la noche, mientras que vuestro escudero si lo traeis...

—Y cómo si lo traigo: con el buen Nuño vais á pasar un rato divertidísimo, porque bebe sin tino y canta como un enamorado.

Rui Pero se sonrió de alegría: deseaba encontrar una persona aficionada como él al vino, y no dudaba que en el escudero del desconocido, á juzgar por las palabras del caballero, encontraría un digno competidor.

—Nuño, dijo Felipe llamando al ex-teniente y presentándolo al escudero de Don Gonzalo con estas palabras: aquí teneis á la flor y nata de los escuderos, y digo flor y nata porque es valiente, chistoso y... os lo diré sin que lo oiga, repuso Felipe acercando su boca al oido de Rui Pero, y un tanto hablador.

—Precisamente tiene mis mismas eualidades: contestó Rui Pero lleno de alegría y saludando cortésmente á su nuevo compañero.

—Pues, señor, ahora que os dejo perfectamente instalado con mi buen Nuño, justo será que me conduzeais á parage don-

de haya lumbre y gente si puede ser.

—Pésia mi alma! exclamo Rui Pero con sentimiento.

—Qué os sucede? dijo Felipe aparentando interés.

—Que con la conversacion me he olvidado que os estaba esperando mi amo el maestre de Alcántara, y ahora...

—Calla! conque estoy en el castillo de Don Gonzalo Martinez? dijo el amante de Elvira con indecible gozo.

—Sí, caballero, en él estais; y ahora su grandeza...

—Perded cuidado que nada os dirá. Yo os disculparé lo mejor que pueda... Id, vos, delante, puesto que sois de casa y sabréis el camino.

El escudero echó á andar y Felipe dijo á Nuño al paso y con el mayor disimulo:

—Ese hombre es un imbécil: emborráchalo y sonsácale despues todo lo que puedas: estamos en el castillo del maestre de Alcántara, que es un solemne pícaro; mucho ojo y que nuestra gente esté dispuesta al menor aviso.

Felipe siguió á Rui Pero, el que habiendo llegado á la habitacion donde se hallaba Don Gonzalo, dijo á este dejando penetrar al amante de Elvira:

—Señor Maestre, aquí está el caballero...

Don Gonzalo se puso de piés y saludó al jóven con cortesía.

Felipe hizo lo mismo aunque añadió las siguientes palabras:

—¿Tengo el honor de hablar con el maestre de Alcántara?

—El honor es para mí, que recibo en éste castillo á.....

—Al capitan de la guardia del rey y su representante extraordinario en este momento.

—Don Gonzalo palideció de una manera visible, y dijo medio tartamudeando:

—Y sois embajador cerca de mi persona?

—No, señor Maestre, voy al reino de Aragon, para que el

conde de Trastamara pague de una vez sus insolencias y faltas.

—Cómo! Don Alvaro de Nuñez y Osorio...

—Está sentenciado á muerte porque es un traidor; y como su alteza se propone castigar á todos aquellos que falten en lo más mínimo á su deber.....

—Oh, Alonso XI es un gran rey! repuso el Maestre disimulando. Pero distraido con vuestras palabras me he olvidado ofreceros asiento... tomadlo, señor capitán, en tanto que se os prepara una habitacion digna del enviado del rey de Castilla.

—Os suplico que no os molesteis porque pienso continuar mi marcha esta misma noche, ó á mas tardar mañana al amanecer. Mi marcha urge en extremo, y si no hubiera sido porque la lluvia tanto nos molestaba no nos hubiéramos detenido en vuestro hospitalario castillo; pero puedo aseguraros que en parte me alegro de este pequeño incidente que me proporciona el alto honor de conocer al muy noble y poderoso maestre de Alcántara.

Don Gonzalo se sonrió y repuso inclinándose cortésmente:

—Sois en extremo galante! pero lo que siento es no poder hacer grata vuestra permanencia en el castillo, verdadera fortaleza de estos tiempos. Este edificio es triste de suyo. Lo que encontrareis en él serán magníficos foros y cuantas cosas sean necesarias á una fortaleza como esta.

—Oh, yo soy en extremo aficionado á todo eso... Pero lo que á mí más me llena de estrañeza es veros, á vos, gran Maestre de una de las órdenes militares, caballero de los más principales de la corte, vivid en este sitio, apartado de ella y haciendo una vida monástica, porque á juzgar por lo que veo....

—Y no os engañais: repuso Don Gonzalo mirando con determinimiento al jóven. Yo soy poco aficionado á la córte, y por eso me vereis la mayor parte del tiempo viviendo en estos parages

solitarios, porque la soledad me gusta sobremanera. Además, no creais que todo es virtud, aquí tengo una guarnicion numerosísima, que me entretengo en enseñar bien el arte de la guerra, para cuando tengamos que salir todos á la campaña que su alteza prepara contra los enemigos de Cristo, campaña que en mi concepto difiere demasiado.

—Y vivís enteramente solo? dijo Felipe con intencion de apurar al Maestro y ver si un gesto ó cualquier movimiento, le aclaraba algo de cuanto deseaba saber. No teneis una hermana ó una amante....

—Nadie absolutamente, contestó el maestro sospechando de de las preguntas que su huésped le hacia.

Pero dejemos á Don Gonzalo y á Felipe hablando de cosas indiferentes, y oigamos la conversacion que los dos escuderos tenian mientras tanto.

Rui Pero llamó á Nuño despues de presentar al capitán del rey á su amo, y le dijo con cautela para que los pages y soldados no se enterasen:

—Teneis deseo de probar un buen vino tinto de la bodega del maestro de Alcántara, mi amo y señor?

—Y cómo si tengo: sacadme un tonel entero y vereis si dejo una gota.

—Bravo, sois de los míos! pues seguidme á mi habitacion, que mientras nuestros amos hablan de las cuestiones que se agitan hoy en la corte, nosotros hablaremos de nuestros lances escuderiles. Aceptais?

—Acepto, amigo, acepto con con mil amores.

Y los dos se dirigieron á una pequeña habitacion no muy grande, donde despues de cerrar la puerta, para no ser oidos ni sorprendidos se sentaron uno enfrente de otro, habiendo por medio una mesa con dos grandes basijas de barro, que un pre-

ñado jarro blanco llenaba de vino tinto añejo.

Nuño Fajardo se propuso sonsacar á su compañero todo cuanto supiese. Pero para el efecto tenia que emborracharlo como le habia dicho Felipe, y solo lo conseguiria estimulando á beber con su ejemplo al pobre Rui Pero. El ex-teniente de la *formidable* cojió una de la basijas y la apuró de un solo trago, diciendo al mismo tiempo no sin hacer antes un gesto de agrado:

—Ese vino me parece magnífico.

—Y tan magnífico: como que es del que bebe el gran Maestro; pero, cáspita! sabeis que á ese paso pronto dais fin de ese gran jarro que hay ahí lleno?

Nuño se sonrió y repuso con intencion:

—Procurad vos que no me lo beba todo.

—Y cómo os prohibo que no bebais? eso seria poneros tasa y precisamente se hallan las bóvedas del castillo repletas de toneles.

—Mi intencion era deciros que bebiéreis al mismo tiempo que yo lo haga.

—Eso sí, voto á chápiro: no quiero que me ganeis ni en un sorbo siquiera. Cuánto habeis bebido?

—Vedlo: solo ese pequeño cacharro para probarlo.

Rui Pero apuró el suyo tambien de un solo trago.

—Bien, magnífico! repuso Nuño sonriéndose de alegría.

—Si os place hablaremos de cualquier cosa.

—De lo que gustéis.

—Sois casado?

—Antes me hubiera hecho moro! Y vos? respondió Nuño apurando de nuevo su basija.

—Yo! antes me ahorco! mejor quiero bregar con mi amo el maestro de Alcántara, y eso que tiene un génio de los demonios, que no con una muger.

—Decís bien: pero que, vuestro señor es....

—Una fiera, aquí para entre nosotros.

—Diferencia vá del mio, que casi es una malva! pero decidme: y qué hace aquí ausente de la corte?

Rui Pero estiró las piernas, se atusó el bigote, y despues de apurar su vasija dijo con importancia y bajando la voz:

—Es un misterio!

—Ola! esa tenemos! tal vez algunos amores.

Rui Pero no contestó; pero una sonrisa de inteligencia bastó para dar á conocer á Nuño que no se engañaba.

—Oh, me lo habia figurado; dijo este volviendo á acercar la basija á sus lábios; pero no bebeis?

—Sí, sí; hasta que no pueda más, contestó Rui Pero completamente beodo.

—Amigo, sois tan incansable en beber como vuestro amo en perseguir á...

—Acabad...

—Lo haré si me dais palabra de contarme despues la verdad.

—Siempre que me la deis á mí de guardar el secreto... porque estas son cosas que comprometen... dijo el escudero de Don Gonzalo, apurando por cuarta vez el cacharro.

—Por Burgos corre la noticia de que el maestre de Alcántara estaba locamente enamorado de Doña Leonor de Guzman, dama del rey de Castilla, y que no pudiendo conseguir nada de ella, la habia robado y conducido, unos dicen que á este castillo y otros que á Sevilla.

Rui Pero soltó una descomunada carcajada, y dijo señalando á un manojo de llaves que habia colgado de la pared.

—Una de esas llaves os podria contestar si hablara.

—Ola! conque haceis el servicio de cancerbero?

—El Maestre tiene mucha confianza en mí... tanta, que soy

el que le acompaño cuando vá á visitar sus presos. Esta misma noche hay que hacerlo, segun me dijo mi señor antes que llegarais al castillo... Pero no apuramos este jarro?

—Sí, bebed como yo: dijo Nuño vaciando en su estómago todo el vino que quedaba.

—Diablo! me habeis dejado sin vino y tendré que ir por él. Sois un cubo sin fondo, amigo!

Nuño Fajardo se sonrió casi forzosamente y miró á su compañero con lástima.

—Está muy distante de nosotros la bodega? preguntó el exteniente con interés.

—No, en un momento subo este jaro lleno. Esperadme aquí.

—Sí, os espero: contestó Nuño echando una mirada significativa al manajo de llaves.

Rui Pero se levantó con mil trabajos de su asiento, y cogiendo el jarro salió de la estancia dando mas trapiés y tropezones que sorbos de vino habia tomado.

Nuño Fajardo se levantó en seguida, y despues de apoderarse del manajo de llaves, que cada una tenia una tarjeta de pergamino, en la que estaba escrito la puerta á que pertenecia, y de dar un solo á la luz, salió en pos del escudero de Don Gonzalo, pero con paso á fin de no ser oido por este.

Rui Pero llegó á la bodega, y penetró en ella con el mismo trabajo con que habia salido de su habitacion. Entonces Nuño Fajardo cerró la puerta, y mientras que el pobre escudero, borracho como una uva, buscaba en vano la salida del subterráneo él se dirigió con la misma cautela al salon donde estaban el Maestre y Felipe.

Este último se hallaba violento porque la noche avanzaba por momentos, y nada habia podido descubrir. Felipe tuvo intenciones de ahogar al Maestre y de arrostrarlo todo, pero le contuvo

la idea que con semejante disparate solo conseguiria poner en alarma á todo el castillo y que fueran conocidas sus intenciones. Así es que convencido de estas razones trató de reprimirse, y esperó á que Nuño hiciera algo. No bien cruzó este pensamiento por su mente cuando vió la canosa cabeza del ex-teniente asomarse por entre las dos hojas de la puerta. Felipe se hallaba en frente de esta, y Don Gonzalo volviendo la espalda. De modo que sin ser advertido el teniente por Don Gonzalo, le hizo ver á su amigo por señas que el escudero estaba encerrado y borracho, y que tenia en su poder todas las llaves del castillo. Felipe no pudo reprimir un movimiento de alegría, que afortunadamente no vió el Maestro. Nuño preguntó por señas á Felipe si entraba á ahogar á Don Gonzalo.

—Sí: contestó Felipe poniéndose de piés y precipitándose sobre el cómplice de Doña Maria.

Este no tuvo lugar de dar un grito siquiera. Nuño Fajardo se puso de un salto á su lado y echándole mano al pescuezo, dijo apretando al mismo tiempo con todas sus fuerzas:

—Qué hacemos con este bribon, Felipe? Le ahogo?

—No, el verdugó se encargará de ello. Lo que hay que hacer para que no dé voces y nos comprometa, es teparle la boca y amarrarlo fuertemente á una de esas columnas. Despues cerramos la puerta y...

—Bravo! la idea es magnífica!... repuso Nuño poniéndola por obra, ayudado del jóven capitan del rey!

—Y ahora? dijo el ex-teniente recogiendo su manajo de llaves.

—Ahora busquemos por todo el castillo á Doña Leonor. Nuestra gente estará lista y en un momento nos plantaremos en Burgos. Alonso XI volverá á ver á su amante.

Don Gonzalo rugió como una fiera al oír las palabras anteriores. Sus ojos despedían fuego, y en su rostro todo se veía pin-

tada la rabia mas espantosa.

Felipe salió de la estancia seguido de Nuño, y tan luego como cerró la puerta de la habitacion donde quedaba preso y maniatado el Maestre, comenzó á probar todas las llaves en cuantas puertas se encontraba al paso.

Felipe y Nuño Fajardo emplearon un buen rato en abrir y cerrar puertas y en recorrer los mismos puntos mas de veinte veces, porque despues de pasar por salones desmantelados enteramente y por largos y estrechos pasillos venian á parar al mismo sitio de donde salieron.

—Por San Bruno, que esto se vá haciendo pesado! exclamó el amante de Elvira con desesperacion. El dia nos va á sorprender en estos sitios, y entonces todo se ha perdido!

El ex-teniente de la *formidable* miró en derredor suyo, y fijó su atencion en una pequeña puerta que habia cubierta con un tapiz raído y descolorido.

—Abramos esta otra puerta raquítica y medio carcomida: dijo Nuño dirijiéndose á ella.

—Es inútil; esa puerta parece de una covacha.

—Abramos.

Felipe lo hizo más por complacer á Nuño que por tener esperanza de hallar otra salida.

Un largo y ancho pasillo en forma de bóveda, fué lo que se presentó á la vista de los libertadores de Doña Leonor.

—Qué te dije yo? repuso Nuño dando palmadas de alegría. Lleguemos al fin de esa galeria, y veremos lo que hay despues.

Los dos amigos se inclinaron al pasar por la puerta, hasta el extremo de enconvarse todo.

—Cáspita! exclamó Felipe; semejante puerta no es muy cómoda de pasar.

—Alto, Felipe; repuso Nuño volviéndose de pronto.

—Qué ocurre!

—Esta galería termina en una plataforma llena de centinelas.

—Pues entonces está por aquí Doña Leonor.

—Sí; pero cómo pasamos?

—Matando á los soldados...

—Semejante disparate nos perdería sin remedio, porque alguno se escaparía y avisaría á toda la gente del castillo!... además que dos contra ciento!....

—Tienes razon! pero qué haremos?...

—Bravo? una magnífica idea se me ha ocurrido en este instante: el imbécil escudero del Maestre, que yace borracho y aun durmiendo en la bodega, me dijo que su amo iba á partir esta misma noche para Burgos, y que antes de verificarlo pensaba visitar todos los puestos y recorrer el castillo para ver si hay toda la vijilancia que cree necesitar. La noche está bien oscura, los soldados no nos han de conocer porque vamos armados y armados irían Don Gonzalo y su escudero. Tú eres en este momento el Maestre de Alcántara y yo el borracho de Rui Pero.

Felipe se sonrió de alegría y dijo á su amigo tendiéndole al mismo tiempo su diestra con entusiasmo:

—Eres un gran hombre, Nuño! Semejante idea te acredita de gran talento. El Maestre de Alcántara está ya dispuesto á comenzar la revista de sus soldados.

—Escucha antes: repuso Nuño Fajardo, deteniéndole.

—Otra idea?

—Sí, pero asombrosa.

—Veámosla.

—Al llegar á la plataforma, dirigirás á los soldados palabras duras porque Don Gonzalo trata á todo el mundo y á estos pobres villanos mucho más, como si fueran perros. Despues ordenarás que uno de ellos se encargue de las llaves y nos conduz-

ca al mismo lugar donde se halle la de Guzmán. Comprendes?

—Perfectamente. Mi escudero quedará contento de su amo...

El supuesto Maestre y el finjido escudero llegaron á la plata-forma al instante.

—Quién vive! dijo uno de los centinelas preparando su ballesta.

—Por Santa Polonia!... no conoces á tu señor el gran maestre de Alcántara? dijo Nuño imitando en cuanto pudo la voz de Rui Pero.

El soldado no contestó, pero dió un golpe en el suelo con el arma, en señal de respeto.

La voz de que el Maestre iba visitando los puestos solo con su escudero y á oscuras, corrió por entre los soldados como una chispa eléctrica.

La incómoda y comprometida pregunta de «*quién vive*» no volvió á oirse.

Los dos amigos llegaron á un lugar donde todo estaba lleno de centinelas. Dos filas de soldados se estendian á uno y otro lado.

Felipe y Nuño pasaron por medio de ellos.

—Rui Pero, dijo el supuesto Maestre á Nuño: entregad las llaves á uno de esos villanos y que vaya abriendo todas las puertas hasta llegar á los encierros.

—A cual se dirige tu grandeza? se atrevió á decir un soldado arrimando su ballesta al muro y cogiendo el manojó de llaves que le entregó Nuño Fajardo.

Felipe vaciló en responder porque la pregunta del balletero le llenó de duda. Luègo habia varias prisiones. El mejor medio de componerlo fué decir como que no habia oido las palabras del soldado.

—Qué dice ese villano?

—Decia, repuso el balletero casi temblando de miedo, que á cuál de las dos prisiones se dirigia tu grandeza; si á las del torreón ó...

—Y quién os ha dicho, señor canalla, que el maestre de Alcántara tiene prisiones? dijo Felipe montando en cólera.

—Perdon! yo...

—Habla, habla, porque si nó haré con tu lengua un picadillo para mis lebreles.

—Señor... casualmente lo he sabido...

—Pero cómo, quiero saber, voto á Sanes!

—Un dia que yo estaba de centinela en el torreón, me dijo una señora que hay allí encerrada...

—Basta, canalla, basta; abrid todas las puertas hasta llegar al torreón, y despues preparaos á recibir cien palos por haber oido lo que no debíais.

El soldado echó á andar sin decir una palabra, aunque para sus adentros iba maldiciendo hasta la madre que habia parido á tan solemne bribon como lo era el Maestre de Alcántara.

—Que me sigan cuatro soldados: dijo Felipe haciéndole seña á Nuño de que era otra idea tan magnífica como la suya.

—Cuerpo de Cristo! exclamó Nuño en voz baja: sabes que si concluimos tan bien como hemos empezado, estamos en Burgos mañana al amanecer?

—Silencio! pueden entrar en sospecha al vernos hablar con tanta intimidad! Al llegar á la prision de Doña Leonor, tú te quedarás fuera con los soldados. La de Guzman saldrá toda cubierta: yo la instruiré para que parezca un reo que vá á ser ejecutado.

Felipe calló, porque el soldado encargado de abrir las puertas se detuvo en la última.

—Vengan esas llaves, dijo con aire altanero:—Rui Pero, es-

peradme aquí con esa gente.

Y despues de abrir las dos únicas puertas que le separaba de la amante del rey, y de cerrarlas tras sí, penetró en una pequeña habitacion lindamente adornada. Doña Leonor lloraba amargamente, pero al ver entrar á Felipe, que creia el Maestre, se enjugó las lágrimas, le lanzó una mirada despreciativa, y dijo, poniéndose de pié y en actitud de defensa:

—Venís otra vez á mortificarme, mónstruo abominable? Ah, dejadme, dejadme en paz... dejadme morir con tranquilidad! merezca yo de vos esta gracia!...

—Señora, es posible que esteis tan demudada? repuso Felipe asombrado.

—Cielos! esa voz no es la de Don Gonzalo!... quién sois? quién sois?

—Silencio! os pueden oír y todo se ha perdido entonces! soy un amigo vuestro.... un fiel servidor de su alteza el rey...

—Y á qué venís? dijo Doña Leonor concibiendo una esperanza que se realizó á poco.

—Vengo á salvaros, á libertaros de vuestro tiránico opresor.

—Justo cielo! Ah, gracias, Dios mio, gracias!.... Pero decidme quien sois y de parte de quien venís?

—Soy capitán de la guardia del rey; vengo de parte este á salvaros, á devolveros la libertad.

—Ah, para llegar hasta aquí, habreis matado al Maestre y...

—Nada de eso, señora: he llegado milagrosamente, y de la misma manera tendremos que salir.

—Luego entonces vive Don Gonzalo?

—Sí, vive, pero nada temais! Yo he llegado al castillo con un amigo que ha pasado por mi escudero, y cuatro hombres de escolta, como viajeros que cansados y llenos de agua pedíamos hospitalidad por esta noche.

—Lado sea Dios! y el Maestre...

—Don Gonzalo se halla amarrado y encerrado.

—Y decidme, el rey sabe quien es mi perseguidor?

—Todo lo ignora su alteza.

—Luego...

—Todo os lo contaré, señora; pero será en sitio donde este-
mos seguros. Ahora hay que procurar en salvarnos; prestadme
una poca de atencion, pues necesito daros instrucciones para
salir de aquí. Los soldados y centinelas me tienen por el maes-
tre de Alcántara que acompañado por mi escudero voy esta no-
che visitando todas las prisiones. Este embuste hay que soste-
nerlo hasta el fin, porque si no dejaríamos de existir todos si
llegan á saber qué...

—Oh, qué horror!

—Perded cuidado, que Dios querrá no llegue ese caso. Es
preciso que vos salgais toda cubierta con un manto negro, con
la cabeza inclinada sobre el pecho, y en fin, como iriais si salié-
seis de una prision para ser ejecutada.

Doña Leonor miró sorprendida á Felipe.

—Nada temais señora! Todo esto no es mas que para seguir
la mentira que hemos forjado, y para que los soldados no du-
den...

—Bien, basta: dijo Doña Leonor echándose un manto negro
que la cubrió de piés á cabeza, y saliendo de la estancia en la
actitud que Felipe le habia dicho.

—Rui Pero, acercaos: dijo Felipe con tono imperativo.

Obedeció el escudero, mientras la tropa examinaba con dete-
nimiento al preso.

—Encargaos de ese pobre: dijo el Maestre á su escudero. Y
vosotros, acompañadnos hasta la salida de la plataforma. En
marcha!

La comitiva comenzó á andar, y Doña Leonor iba suspirando por todo el camino.

—Alto! dijo Felipe al llegar al término de la plataforma. Retiraos á vuestros puestos; y vos Rui Pero, conducid al subterráneo á esa mujer: el verdugo le arrancará el secreto que nadie ha podido sacarle.

Doña Leonor lanzó un nuevo suspiro, pero mas lastimero, mas doloroso que los demás.

Nuño Fajardo no pudo contener la risa.

—Prudencia! exclamó Felipe por lo bajo.

Los tres pasaron con felicidad la raquílica puerta que daba entrada á la galería.

—Estamos ya libres? dijo Doña Leonor con voz temblorosa.

—No señora; ahora llegamos precisamente á lo mas espuesto.

—Pues no hemos salido bien de esa tropa que habia reunida en la plataforma?

—Ese era un peligro; pero faltan otros, cuales son llegar al pátio, donde están reunidos nuestros soldados, y pasar el puente del castillo, que sin una orden espresa del Maestre no bajarán.

—Y qué haremos? repuso Nuño pensando un momento.

—Nada, llegar al pátio del castillo, montar en nuestros caballos y hacer bajar el puente.

—Comprometido es eso; pero vamos andando.

A poco de esto llegaron al pátio del castillo, donde se hallaban ya montados y dispuestos los soldados del rey.

—Ha habido alguna novedad, señores? preguntó Felipe á estos.

—Ninguna: todo el mundo se halla durmiendo ahora. Nosotros hemos salido de las caballerizas sin ser notados siquiera.

—Y sabeis quien es el encargado de abrir las puertas y mandar echar el puente?

—El alcaide que es la única persona que está despierta. Pero mirad, mirad, mi capitán; viene ahí, sin duda alborotado por los relinchos de los caballos.

Con efecto, un hombre bajo de cuerpo, de rostro bondadoso y de abultado abdomen, se acercó al grupo que habían formado los libertadores de Doña Leonor.

—Diablo! me había asustado! creí que... pero ya veo por fortuna que sois de la escolta que acompaña al caballero hospedado aquí esta noche.

—Y el mismo caballero en persona: dijo Felipe presentándose al mofletado alcaide.

—Ah, perdonad: repuso este descubriendo su calva cabeza; creí que hablaba con vuestros soldados solamente! Y qué, os disponeis á marchar tan tarde estando los caminos tan malos?

—Sí, amigo; nos es forzoso estar mañana al amanecer en el alcázar de su alteza.

—Que Dios nos lo conserve largos años: repuso el alcaide haciendo una profunda reverencia.

—Gracias, amigo; le diré al rey que tiene un ardiente servidor en el alcaide del castillo del gran maestro de Alcántara.

—Por Dios, mi rey y mi señor, daría yo cien vidas que tuviera.

—Bravo! sois todo un servidor leal... conqué cuando gustéis podremos salir...

—Llevais orden del Maestre, ó algun anillo con sus armas?

—No; nada me ha dado ni nada me ha pedido: contestó Felipe frunciendo el ceño.

—Perdonad, yo bien conozco que si mi señor os trata con franqueza, no os habrá dado ninguna señal para que yo os abra las puertas... pero qué quereis... mi responsabilidad queda á cubierto con esa fórmula. Perdonad, caballero; pero en los

treinta años que hace desempeño este destino no he faltado ni una sola vez á mi deber. Las instrucciones que recibí del padre de mi amo actual, y las que he recibido despues de él mismo, se reducian á no dejar salir á nadie del castillo sin una órden expresa del dueño, cuando él se halla aquí. Yo tengo que cumplir siempre con esta órden, para mí sagrada. Al mismo rey si viniera le sucedería igual que á vos.

—Luego...

—Perdonad; por mí os la abriera al instante, pero sin la órden del Maestre no podreis salir de aquí lo mismo que vuestra gente.

—Pues, amigo, tened la bondad de ir á verlo y pedirle el permiso. Yo iria, pero como me hallo ya montado...

—Nada, nada; no os molesteis; tendré un gran placer en serviros: contestó con cortesía el alcaide, hombre muy amable y atento; pero inexorable en el cumplimiento de su deber.

El anciano encargado de la portería del castillo, comenzó á subir la ancha escalera principal, con harto trabajo.

Entonces Felipe se volvió á Doña Leonor que durante la anterior escena, habia permanecido oculta y silenciosa y le dijo con viveza:

—Pronto, señora; no hay que perder tiempo!..... subios en mi caballo con la ayuda de Nuño, y partamos cuanto antes.

—Pero cómo! repuso el ex-teniente: la puerta se halla cerrada y guardada por centinelas.

—La primera la abrirás tú, los segundos serán muertos por nuestros soldados. El trabajo de este segundo peligro se ha de distribuir entre todos.

—Adelante: dijo Nuño echando á andar el primero, y llevando del diestro á su caballo blanco como la nieve.

No bien hubieron llegado al arco que servia de ingreso al

pátio, cuando dijo uno de los centinelas con voz aguardentosa y soñolienta:

—Alto!

—No me conoces, bellaco? dijo Felipe queriendo seguir en su papel de Maestro.

—No conozco á nadie: atrás!

—Abres la puerta?

—Atrás, voto al diablo! volvió á decir el soldado con aire amenazador.

—Nuño, este es tuyo: dijo Felipe metiendo espuelas á su caballo, en tanto que el segundo gefe de los *formidables* descargaba un terrible golpe con la empuñadura de su espada, en la cabeza del pobre centinela.

—Cayó? preguntó Felipe volviendo la cabeza.

—Cayó, pero no para siempre. Solo me he contentado con atolondrarlo un poco. Estos pobres no tienen la culpa y tienen que cumplir con su deber.

—Has hecho bien; pero mira, aqui tienes otro: si lleva tan buen golpe como el primero, nos hemos salvado!

La cruz de la espada de Nuño, cayó con terrible furia sobre el casco del segundo centinela. El infeliz solo tuvo lugar para decir dos veces: —«Socorro! socorro!...

—Dios te perdone! dijo Nuño acercándose á la puerta para abrirla.

Pero en el momento de poner las manos sobre los cerrojos y palancas de hierro que la sostenian, se vió aparecer en el pátio al Maestro, seguido por multitud de soldados y criados todos armados, y todos corriendo velozmente.

—A ellos! gritó el Maestro echando chispas de fuego por los ojos. A ellos, señores; y al que me entregue la cabeza de ese infame le doy cien maravedises de oro!

—Somos perdidos! exclamó Felipe poniéndose á la defensiva.

Doña Leonor lanzó un grito que fué oído por el Maestre y cayó desmayada en los brazos del amante de Elvira.

—Miserable! ahora vás á pagar tu villanía! exclamó Don Gonzalo, furioso de rabia, y preparando la pesada maza toda llena de pinchos, que en su furor manejaba como una espada.

—Somos perdidos! volvió á decir Felipe, ahogando al mismo tiempo un suspiro, que cruzó velozmente el espacio, y se detuvo en el real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

—Cuerno y sangre! no habria Dios si tal sucediera! exclamó Nuño, haciendo el último esfuerzo, por abrir la puerta acompañado de los soldados del rey.

—Toma, miserable! dijo el Maestre alzando la maza con ferroz alegría.

Pero en el momento en que Don Gonzalo iba á dejar caer la terrible arma sobre la cabeza de Felipe, la colosal y hasta entonces obstinada puerta se abrió con fuerza, y los caballos de Felipe y Nuño salieron á escape por el puente levadizo, echado por un descuido de Rui Pero, desde que ellos penetraron en el castillo.

—A ellos! á ellos! gritó Don Gonzalo, furioso sobre manera, y sin separarse del caballo de Felipe.

—Retírate, infeliz, retírate y no me sigas porque te va á salir peor la cuenta.

—A los infiernos te seguiria por beber tu sangre! repuso el Maestre casi sin fuerzas.

—Nuño, gritó Felipe; este miserable tiene que entrar con nosotros en Burgos, cójelo por los cabellos y llevalo en tu caballo como si fuera un niño. Cuidado con que te se escape.

—Nada temas: contestó el ex-teniente cogiendo al Maestre como si tal cosa y antes que éste tuviese lugar para huir.

—Es nuestro?

—Tan nuestro que no puede mover los ojos siquiera.

Don Gonzalo lanzó un suspiro que conmovió á Felipe.

—Ah; maldicion! maldicion! esclamó despues; el infierno me ha retirado su apoyo!

Sus lábios no se desplegaron despues en todo el camino.

El gigante Nuño le llevaba sujeto con sus manos de hierro.

Antes que la aurora acabara de recorrer el espacio en su carro de marfil; antes que el dia viniera arrollando paso á paso á las sombras de la noche, llegaron nuestros viajeros á Burgos.

Felipe llegó al alcázar real en el momento que dos personas, las dos hijas de reyes, y las dos fatigadas de la mala noche que penas antiguas le habian hecho pasar, estaban asomadas en las ventanas de sus habitaciones, entretenidas en ver despuntar el dia y aspirando la suave frescura de la mañana del estío.


Las dos fijaron la vista en la estravagante cabalgata que vieron salir por un ángulo de la plaza. La primera reconoció en el hombre que iba atravesado en el caballo y sujeto por Nuño, á su cómplice el maestro de Alcáñara.

La segunda vió en la jóven que Felipe llevaba con el mayor cuidado, á la mujer que su corazon ardiente y apasionado amaba con delirio. Las dos tambien lanzaron al mismo tiempo una exclamacion que no tuvo eco, porque casi espiró en sus lábios. La del rey llena de felicidad y de una alegría indecible: la de la reina, de rabia y venganza.



CAPITULO XXIII.

*De como se habla de otra cosa, porque así lo hace la crónica
de que está sacada esta historia.*

i hemos de seguir en un todo á la crónica y á los historiadores de la época, nos vemos en la precision de abandonar á los viajeros para hablar de otras cosas y personas tambien muy principales en nuestra narracion.

Elvirá salió del Monasterio de las Huelgas, porque Don Jimeno de Luna y Osorio regresó de Alemania, donde habia ido á recojer una inmensa herencia que pasaba á aumentar la dote de la amante de Felipe. Gran sentimiento mostró esta al salir del convento y no dejó de derramar sentidas lágrimas al separarse

de Doña Beatriz su amiga y madre á un mismo tiempo. La abadesa que estaba perfectamente instruida de lo que habia pasado con el conde de Haro, no le pareció prudente de decir á Don Jimeno lo ocurrido, porque al parecer Don Lope de Haro, habia desistido ya de su propósito. Ningun pesar aquejaba ya el corazon de la interesante Doña Elvira; al contrario, todo en él era dicha, felicidad; su padre habia vuelto de su largo y espuesto viaje sin que le hubiese ocurrido el más mínimo contratiempo: Felipe, el objeto amado de su corazon podia ya ser su esposo, porque ocupaba una posicion brillante y porque Don Jimeno no podia negar la mano de su hija al amigo más íntimo del rey, y mucho más cuando este se habia propuesto casar á los dos jóvenes. Todas estas cosas las sabia Elvira por su mismo amante, que siempre que podia escalar el muro del jardin del convento, sin esposicion alguna, volaba á referirle cuantas circunstancias los iba acercando á la felicidad que ya casi tocaban.

Aunque el conde de Haro no habia vuelto al Monasterio porque la superiora le quitó el derecho que como tutor de una educanda tenia para penetrar en él á toda hora, aunque dejó de importunar á Elvira con su presencia, y aunque al parecer se habia conformado con su destino, Don Lope amaba cada día con más vehemencia á la hija de su amigo. Y no habia desistido ni de casarse con ella, ni de vengarse del audaz rapazuelo que le insultó de una manera afrentosa. Don Lope no era ya el hombre irascible que conocimos en otro lugar: no era el malvado que no podia diferir ninguna de sus venganzas y proyectos para media hora despues de haberlas concebido; el conde de Haro que vemos en esta segunda parte, de ahora habia aprendido tal vez con los años, á reprimirse y poner por obra sus pensamientos á tiempo y lugar oportuno. Por lo demás su corazon era el mismo. Don Lope se hizo el siguiente razonamiento:

—Qué adelanto yo con vengarme ahora del amante de Elvira? Adelanto que ella me aborrezca mas de lo que me odia, y que si mañana la obliga su padre á que me dé su mano de esposa, no querrá dárme la, á mí, el asesino de su primer amante. Aguardemos: consigamos la mano de Elvira, y despues, cuando ya sea mia, desaparecerá para siempre su amante y mi rival.

Pero habia una persona que observaba los menores movimientos del hijo del último señor de Vizcaya. Esta persona, que lo conocia demasiado bien, que conocia además que el vengativo y sanguinario conde proyectaba alguna venganza, á pesar de hallarse al parecer tan tranquilo. Piedad, la penitente, protectora de Felipe, no perdía de vista al conde de Haro ni desperdiciaba sus menores movimientos.

Piedad tenia que cumplir un deber sagrado. Habia ofrecido á Felipe librarlo de las tentativas ocultas que el conde de Haro preparase para satisfacer su venganza, y la penitente sabia hasta los mas insignificantes pensamientos, porque habia conseguido ganar al criado en quien Don Lope tenia mas confianza.

Tan luego como el de Haro supo que habia regresado á Burgos el padre de la mujer por quien se abrazaba de amor, determinó ir á verlo y al mismo tiempo pedirle la mano de Elvira. Esta, afortunadamente para D. Lope, no habia dicho á su padre ni una palabra de cuanto le habia sucedido con el conde, porque la amante del valiente Felipe, creia que ya el de Haro no volveria á molestarla, sabiendo como habia tenido lugar de ver, que amaba á otro hombre.

El hijo del último señor de Vizcaya, que una pasion arrastró á cometer todos los crímenes que en la primera parte de esta crónica se refieren, pasion ya apagada enteramente, porque Don Lope era tambien inconstante y veleidoso, se propuso por todos los medios posibles obtener, si no el amor de Elvira porque eso